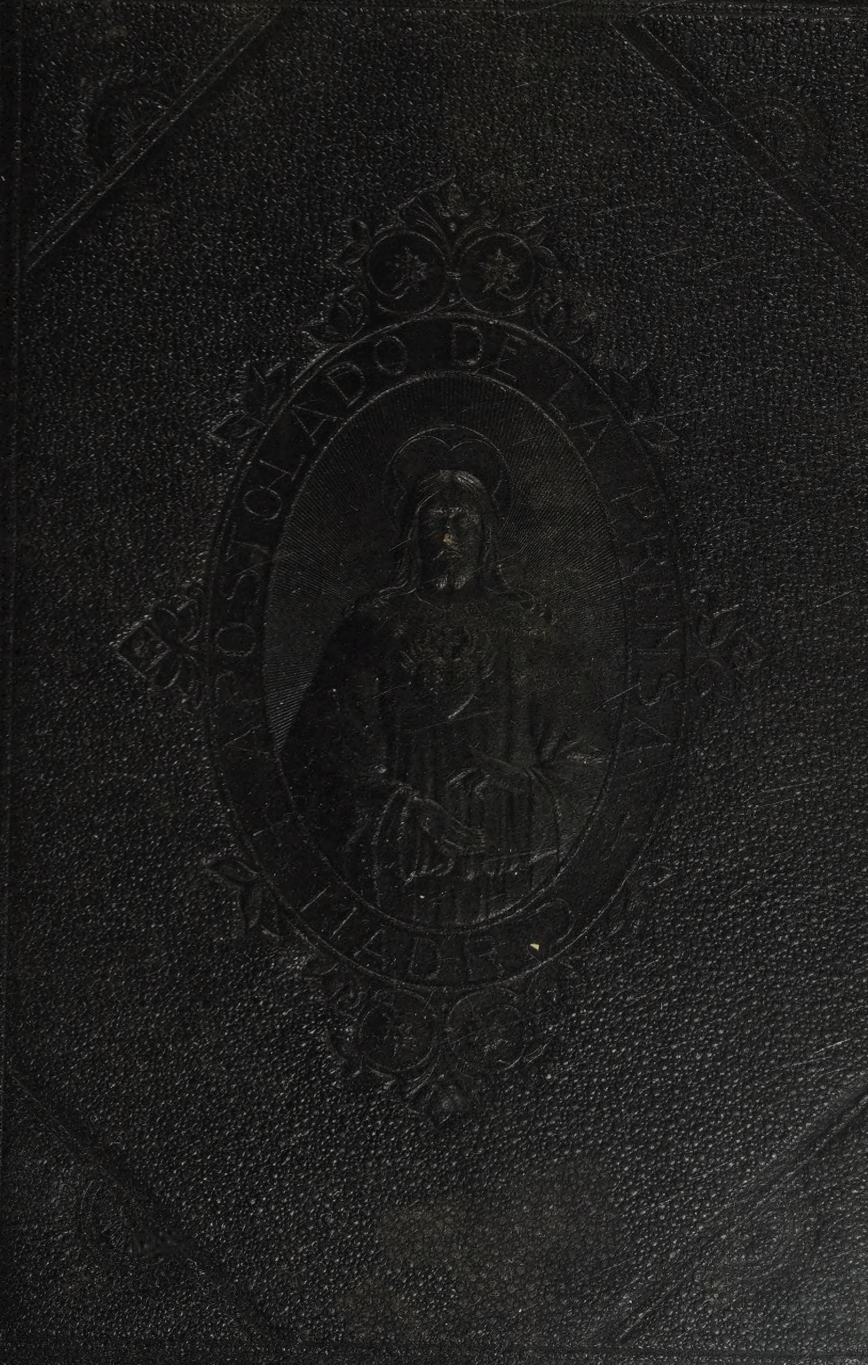
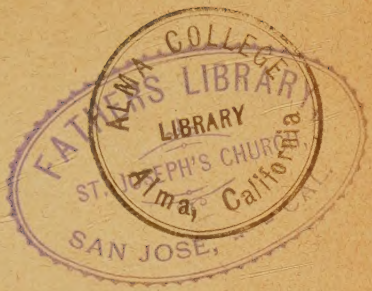


LIBRERIA CATOLICA
DEL SAGRADO CORAZON
DE JESUS
Aduana Vieja n.º 4.
APARTADO Nº 84.
PUEBLA

er.
m.



HISTORIA

DE LA

SAGRADA PASIÓN

۱۸۱۹

BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

SEGUNDA SERIE

TOMO SÉPTIMO

HISTORIA

DE

LA SAGRADA PASIÓN

SACADA DE LOS CUATRO EVANGELIOS

POR EL

PADRE LUIS DE LA PALMA

Provincial de la Compañía de Jesús en la provincia de Toledo, y natural de la misma ciudad.

ALMA COLLEGE
233.36
LIBRARY
P181
Alma, California

FATHERS LIBRARY
LIBRARY
ST. JOSEPH'S CHURCH
Alma, California
SAN JOSE, CAL.

MADRID
BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA
14 — Plaza de Santo Domingo — 14

1901

4632

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

Tipografía del Sagrado Corazón, Leganitos, 54.—Madrid.

PRÓLOGO

Á LOS PADRES Y HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

§ I

LAS CAUSAS QUE HAN MOVIDO Á ESCRIBIR ESTA HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN

TRAIGO entre las manos (muy Rvdos. Padres y carísimos Hermanos) un tratado más largo, en que muy de propósito y despacio pretendo declarar el camino espiritual con todas las jornadas y partes de él, desde el principio de la conversión hasta el fin de la perfección, de la manera y en la forma que nos enseñó nuestro B. P. San Ignacio en su libro de los *Ejercicios espirituales;* el cual, si Nuestro Señor es servido de darme tiempo y gracia para acabarle, espero que ha de ser para gloria suya y honra de nuestro santo Fundador y provecho de los que profesamos y seguimos su Compañía. Y antes de sacar á luz el primer tomo, me pareció enviar delante este pequeño libro de la HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN; y para ello me ha movido, entre otras muchas, esta razón.

Porque uno de los principales ejercicios de este camino espiritual es el de la meditación, y los que meditan (principalmente á los principios) se suelen hallar faltos de materia, y desean se les den algunos puntos en que puedan ocupar su pensamiento provechosamente; y es así, que el

B. P. San Ignacio en su libro, aunque dió reglas maravillosas de cómo se había de proponer la materia y dividir los puntos á los que meditan; pero poco ó nada fué lo que dejó de estos puntos de la meditación, ocupado tan solamente en guiar á los que van por este camino, dándoles documentos para hacer cualesquiera ejercicios con provecho y reglas para hacer sus elecciones y determinaciones sin pasión, y avisos excelentes sacados de su experiencia y de la luz divina que le enseñaba para alcanzar la prudencia y discreción espiritual, y el conocimiento de los varios espíritus que suelen obrar dentro de nosotros. Y como generalmente los hombres buscan en los libros y gustan de hallar discursos tiernos y devotos que les muevan la voluntad, los cuales como no hallan en este libro, y por otra parte las reglas que se dan en él sean sutiles y delgadas, dichas con brevedad y sin ostentación de palabras, y que más son para ayudar á los maestros que dan los ejercicios que no á los discípulos que los hacen; de ahí es que este libro, tan rico de enseñanza espiritual, es conocido de pocos y entendido de menos. Pues así como ha sido necesario en tratado más largo declarar las reglas y documentos de este libro, y descubrir el tesoro que está encerrado en él para que se goce, y dar luz á la luz y sabiduría que está escondida con él para que se vea; y porque, como dijo el Sabio (Eccl., xx, 32), la sabiduría escondida y el tesoro que no se ve, ¿qué provecho tiene lo uno ni lo otro?, así también convenía suplir la falta que tiene (si puede decirse falta) de materia de meditación, lo cual remitió el mismo santo Padre á los maestros que dan á otros los ejercicios, para que les platiquen los puntos en que han de meditar, acomodándose en todo á su capacidad y necesidad. Esta, pues, ha sido la causa por que en primer lugar me ha parecido escribir esta HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN, para satisfacer la devoción de muchos y socorrer la necesidad de otros que se hallan faltos de materia para meditar, y deseosos de que se les abra camino con algunas ponderaciones bien fundadas en la verdad, para enderezar por ella sus discursos y mover sus afectos al ejercicio de las virtudes perfectas.

Y aunque es verdad que es muy copiosa y se extiende á muchas cosas la materia en que podemos meditar provechosamente, como son la fealdad de los pecados, las penas que les corresponden, los cuatro Novísimos del hombre, que son Muerte, Juicio, Infierno y Gloria, los cuales, bien rumiados, tienen gran fuerza para enfrenar nuestro apeti-

to y mala inclinación, y para despreciar las cosas perecederas de la tierra y amar las eternas y las celestiales; asimismo da muy copiosa y provechosa materia de meditación todo el discurso de la vida de Cristo nuestro Señor, y cualquier paso de ella, sus milagros, sus sermones y doctrina, en que está la suma de la verdad, su sagrada Pasión y Muerte, su gloriosa Resurrección y Ascensión, los beneficios y perfecciones divinas. Todas estas cosas es verdad que son materia de meditación, y cada una tiene muchas y diferentes partes, y cada parte se puede dividir en muchos puntos; y en cada punto hay tiernas ponderaciones, y se pueden mirar por visos muy diferentes; y de estas consideraciones, unas son más á propósito para unos tiempos y personas, y otras para otros. Todo esto es así verdad, y con todo eso la Historia de la sagrada Pasión y Muerte de nuestro Salvador tiene particulares excelencias, y hace particulares ventajas á todas las demás en que nos podemos ejercitar en la meditación.

Porque primeramente (como más á la larga probamos en otro lugar) la meditación de la Pasión es buena para todas personas y para todos estados. Es poderosa para arrancar al hombre de la mala vida, y despertar á los que empiezan al dolor y aborrecimiento de sus pecados; es aliento para los que aprovechan, y un perfectísimo dechado de toda virtud; y es incentivo eficacísimo de amor para los varones perfectos. Así como la Pasión del Señor fué lo último de su vida, así también contiene lo último y más acabado de la perfección; todos los ejemplos de las virtudes de Cristo nuestro Señor, que están repartidos por su vida, resplandecen más altamente en su Pasión; todos los documentos de sus sermones, toda su doctrina y excelentísimos consejos están predicados en su Pasión; todo el fondo de los trabajos que uno puede padecer, y el extremo de las miserias á que puede llegar por seguir la justicia, está en la Pasión; todo desengaño y conocimiento de la verdad se halla en la Pasión; toda la ciencia, entendimiento y sabiduría celestial está en la Pasión. Y el gran Doctor de las gentes decía, que no sabía otra cosa sino á Jesucristo Crucificado; y por ser tan grande el tesoro que aquí está escondido, vemos que los Santos se ocupan de ordinario en este pensamiento, como se descubre por sus libros y tratados; pues por esta causa, y por la devoción que generalmente tiene todo el pueblo cristiano con la Pasión de su Redentor, me ha parecido escoger esta materia entre todas y proponerla á los que meditan, dándoles primero una bue-

na instrucción del modo que han de tener en la meditación, remitiendo el tratar de esto despacio para tratado más largo.

§ II

DEL MODO QUE SE DEBE GUARDAR EN LA MEDITACIÓN DE LA SAGRADA PASIÓN

El que piensa recogerse algún rato señalado del día, nunca se ha de distraer del todo; y el que desea entrar alguna vez dentro de sí, nunca ha de salir del todo fuera de sí; y el que pretende volverse á sí no se vaya muy lejos de sí; y el que quiere tener quieta la imaginación y fija la atención en las cosas celestiales, nunca se derrame del todo por los sentidos en las cosas de la tierra; guarde su corazón y su pensamiento si quiere hallarle, porque verdadero es el refrán que dice, que quien guarda halla y persuádase, que la principal disposición que puede hacer para meditar, es conservarse todo el día en la paz y quietud de su espíritu, sin dar lugar á pensamientos ó pasiones que le turben.

Venido el tiempo de la meditación, póngase con reverencia delante de nuestro Señor, imaginando (lo que es verdad) que está allí presente, y empiece su ejercicio ofreciéndose con entera resignación á la divina voluntad, pidiendo luz á nuestro Señor para conocer lo que es más agradable á su Divina Majestad, y gracia para cumplirlo, así en sus pensamientos como en sus palabras y obras. Después de esto, haga brevemente tres cosas como preámbulos de su meditación. La primera, pase por la memoria la historia ó paso en que ha de meditar. Segunda, aquella misma historia imagínela como si pasara allí delante de él, y deles su lugar cierto y acomodado á todas las cosas que pasaron en ella. Pongo por ejemplo si quiere meditar en la Oración del Huerto, imagine allí delante de sí un huerto de cierto tamaño y figura, y en él ponga en su lugar determinado á los ocho Apóstoles que se quedaron como á la puerta; y en otro lugar más adentro á los tres que apartó consigo el Salvador, y dé su lugar al mismo Señor que se apartó para orar de estos tres como un tiro de piedra, de manera que la imaginación pueda estar descansada y quieta, teniendo allí cerca de sí y en lugares determinados las cosas que medita. La tercera, ponga los ojos en el fruto que desea sacar de esta meditación, como es el fervor en la oración, la paciencia en los trabajos, la conformidad con

la divina voluntad en las adversidades, ó cosa semejante, á propósito de lo que medita, y pida á nuestro Señor le dé gracia para meditar aquel paso de manera que saque el fruto que pretende.

Hecho esto, aplíquese á meditar aquel paso ó parte de la historia que lleva apercibida; y entienda que esto que llamamos oración ó meditación no es cosa que está sobre el cielo, que sea menester tomar alas para alcanzarlo, ni está de la otra parte de la mar, que sea menester navegar para hallarlo; mas es cosa que está dentro de nosotros, y no es más que ejercitar las tres potencias del alma y ayudarnos de ellas acerca de las cosas espirituales y celestiales, de la misma manera que las ejercitamos y usamos de ellas en los negocios humanos y temporales. Porque así como un hombre que quiere deliberar sobre algún negocio que mucho le importa, primero trae á la memoria el tal negocio y circunstancias de él; lo segundo discurre con su entendimiento ponderando las razones y la fuerza y peso que tiene cada una de ellas, y de aquí nace lo tercero, que es resolverse y proponer con la voluntad de tomar ó dejar de hacer ó no hacer, etc., y por este propósito se gobierna después la ejecución y las obras, esto mismo es lo que pasa en la oración en materia diferente. Porque lo primero es traer á la memoria el punto de la historia en que quiere pensar. Lo segundo es discurrir con el entendimiento sobre aquel punto, ponderando todas las circunstancias que hay en él, buscando razones, comparaciones ó argumentos que muevan mi voluntad á aborrecer aquel vicio ó abrazar aquella virtud que pretendo; y esto es lo tercero y como el fin y fruto de toda la meditación; los buenos propósitos de la voluntad, los cuales se han de hacer después en la mudanza de la vida y en el ejercicio de las obras virtuosas.

Esto mismo se declara bien con el ejemplo del sustento corporal, en el cual la mano es la que parte la comida y la llega á la boca; luego el bocado entero que llega á la boca, allí se desmenuza con los dientes y muelas con gusto y sabor del paladar; de allí lo tira el estómago para digerirlo; y el manjar digerido y hecho sangre se reparte por todo el cuerpo y se comunica á todas las partes de él para darles, vida, aumento y vigor. En lo cual es mucho de notar la fidelidad con que unas partes del cuerpo sirven á otras, no rehusando ninguna el trabajo que le pertenece por razón de su oficio, ni alzándose ni reteniendo lo que no es suyo, sino dándolo á cuyo es, en orden al fin que la naturaleza pretende; porque ni la mano que partió el manjar se queda

con él, sino que lo lleva á la boca; ni la boca que lo masticó y lo desmenuzó con su trabajo se alza con él por entretener su gusto, sino que lo entrega fielmente al estómago; ni el estómago que gasta su calor y su fuerza en digerirlo, lo quiere para sí, sino que lo reparte por todo el cuerpo, á fin de que todos los miembros tengan fuerza para hacer sus oficios. No parece que se puede hallar otra semejanza más á propósito para declarar lo que tratamos, porque el manjar del alma es la palabra de Dios y las verdades eternas. Estas verdades, divididas en sus partes y puntos como en diferentes bocados, las propone la memoria al entendimiento; el entendimiento desmenuza estas verdades con su discurso, y las vuelve y revuelve de una parte á otra con mucho gusto y sabor de espíritu, que se sigue ordinariamente del conocimiento de la verdad. Estas verdades así rumiadas las abraza la voluntad con el amor de lo bueno y aborrecimiento de lo malo, y con los buenos propósitos y determinaciones; y, en suma, con el aborrecimiento del pecado y con el amor de Dios, en que consiste la satisfacción y hartura del espíritu. De este amor de Dios, si es verdadero en la voluntad, se sustentan y crecen todas las virtudes, y procede el fruto abundante de las buenas obras; porque, como dice el Apóstol, la caridad es paciente y benigna; es humilde y no es ambiciosa; todo lo cree y todo lo espera; es compasiva y misericordiosa y no busca su propio interés; y, finalmente, es reina y madre de todas las virtudes. De esta manera la memoria es como la mano que lleva el manjar á la boca; el entendimiento es como la boca, que lo desmenuza y quebranta; la voluntad es el estómago que lo recibe y abraza, y lo reparte por todas las acciones y obras virtuosas. Si la memoria se quedara con la verdad sin rumiarla, no fuera más que una pura lección del libro espiritual, seca, sin gusto y sin provecho; y si parara todo este ejercicio en el discurso del entendimiento, fuera estudio y especulación pero no llegara á ser oración, la cual en esto se diferencia del estudio que llega á mover la voluntad y á formar buenos propósitos y deseos; y si estos deseos no son eficaces y tienen ejecución, todo este ejercicio se queda estéril y sin fruto. Es, pues, la meditación, uso y ejercicio de las tres potencias acerca de las verdades eternas que pertenecen á la reformación de la vida y salvación del alma en la forma que hemos declarado; veamos ahora cómo puede ser ayudada en cada una de estas tres potencias para el uso de la meditación.

§ III

CÓMO DEBE SER AYUDADA LA MEMORIA PARA LA MEDITACIÓN

Cuando tenemos algún oficial para trabajar en casa, procuramos que estén apercibidos y á punto todos los materiales porque no se pierda tiempo en apercibirlos y esperarlos. Y en esta obra de la meditación, á la memoria le toca apercibir los materiales, esto es, tener prevenidos y á la mano los puntos en que ha de trabajar discurriendo el entendimiento, y sacar sus buenos propósitos y afectos la voluntad. Porque de no hacerlo así se suele perder mucho del tiempo señalado para la oración, mientras uno busca en lo que se ha de ocupar y aplicar la atención á cosa cierta y determinada. Pues luego cuando se llega la hora de la oración ha de estar ya la memoria apercibida de lo que ha de meditar.

Para cumplir con esto, la principal ayuda es cuando el Padre espiritual que da los ejercicios platica á su tiempo los puntos de la meditación, acomodándose en la materia y en el modo de proponerla á la capacidad y disposición del que se ejercita. Mas esto no se puede tener siempre, y las más veces ha de suplir el libro la falta de la viva voz del maestro, leyendo á tiempo aquel paso ó parte de la historia que se ha de meditar: y si la meditación ha de ser á media noche ó por la mañana, ha de quedar hecha esta diligencia antes de acostarse; y además de esto encomienda nuestro P. San Ignacio *(ad 1 et 2)*, que después de acostado, antes de dormir, haga memoria de la hora en que se ha de levantar y del ejercicio en que ha de meditar; y asimismo en despertando, cerrando la puerta á todos los otros pensamientos, aplique su atención á lo que ha de meditar. Todas son diligencias de ánimo cuidadoso, y que se enderezan á que la memoria esté pronta para socorrer de materia al entendimiento al tiempo de la meditación, de la manera que un padre de familia que tiene huéspedes requiere muchas veces si están los manjares guisados y á punto, porque no aguarden los convidados después de sentados á la mesa.

El que platica á otro la materia ó los puntos en que ha de meditar, debe observar tres cosas, las cuales sabiamente advirtió el glorioso P. San Ignacio; y las mismas propiedades, cuanto fuere posible, ha de tener el libro por donde

uno ha de preparar la materia de la oración. La primera es que cuente con fidelidad y verdad la historia, en lo cual hizo fuerza el santo Padre en la anotación segunda cuando dijo *(Annot., 2): La persona que da á otro modo y orden para meditar ó contemplar, debe narrar fielmente la historia de la tal contemplación ó meditación, discurriendo solamente por los puntos con breve ó sumaria declaración; porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, discurriendo y raciocinando por sí mismo,* etc. Y es así, que sobre mentira, ni se puede sacar provecho que sea sólido, ni levantar edificio que sea firme. Porque ¿de qué sirve en la Pasión del Señor exagerar y encarecer y fingir cosas que no pasaron, no más que para mover al vulgo á lágrimas y á compasión, como si en la verdad de lo que pasó y de lo que cuentan los Evangelistas no hubiese sobrados motivos para llorar y compadecerse? En lo cual podemos decir lo que decía el Santo Job (XIII, 7): "¿Por ventura tiene Dios necesidad de vuestra mentira, ó de que digáis en su favor engaños?„ Pues por esta causa hemos procurado en esta historia de la sagrada Pasión ajustarnos cuanto ha sido posible al texto de los Evangelios, notando en la margen muy por menudo el capítulo y el número del Evangelista donde se hallará aquella circunstancia de palabras que vamos ponderando: y los que tuvieren curiosidad de requerir aquellos lugares del Evangelio, se admirarán de ver cómo los Evangelistas notaron cosas mucho más menudas y particulares de lo que generalmente advierten los que los leen de prisa y con menos consideración.

La segunda cosa que se debe observar es que de tal manera se proponga al que medita la verdad de la historia, que juntamente se dé una breve declaración, abriéndole camino por una parte y por otra, dándole lugar á que él por sí mismo discurra y saque los afectos que Dios le ayudare; porque es cierto que lo que cada uno descubre, ó por su propio discurso ó por ilustración divina, le da más gusto y le entra más en provecho que lo que halla hecho y trabajado de otro. Bien puede ser que los conceptos que halla escritos en los libros sean más sabios, más curiosos y limados; mas no por eso serán para él más provechosos: y puede ser que los discursos suyos propios sean más groseros, las comparaciones más bajas, y las razones menos sutiles; y con todo eso será más cierto que por medio de ellas le alumbrará Dios más el entendimiento en el conocimiento de los misterios, y le inflamará más la voluntad en el amor

de las cosas eternas; y por esta causa, el que propone la materia y platica los puntos á otro para meditar, se debe templar de manera que, diciéndole algo para facilitar el discurso, no se lo diga todo, porque le quede alguna dificultad que vencer, y trabajando él por sí mismo, sea su meditación más provechosa y sabrosa. Las palabras con que nuestro Padre San Ignacio enseña esta doctrina son estas (*Annot.*, 2): *Porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la historia, discurriendo y raciocinando por sí mismo y hallando alguna cosa que haga un poco más declarar ó sentir la historia, quiere por la raciocinación propia, que sea en cuanto al entendimiento es dilucidado por la virtud divina, es de más gusto y fruto espiritual que si el que da los ejercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la historia, porque no el mucho saber harta y satisface el ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente.*

De aquí se ve la diferencia que hay entre los libros que se escriben para parar tan solamente en la lección de ellos, y los que se escriben para dar materia de meditación sosegada y quieta. Porque algunos hay, que por no ayudarles el natural, ó por la costumbre, ó por desayudarles la muchedumbre de negocios en que andan distraídos, no se pueden aplicar á meditar por sí mismos; y para estos tales es gran socorro el de los libros devotos y espirituales, y que sean tales que hallen en ellos todo lo que desean, y puesto en práctica todo el ejercicio de las tres potencias; conviene á saber: la historia relatada, los discursos y ponderaciones hechas, movidos los afectos y sacados en particular los propósitos de las virtudes; y con este género de lección queda su espíritu mantenido y satisfecho. Otros hay que toman tiempo para ejercitarse á solas en la meditación, y estos tales no gustan de hallarlo todo en el libro porque les quede á ellos algo que buscar, ni quieren que se lo den todo hecho, porque les quede algo que hacer; porque de otra manera el espíritu que en el recogimiento no tiene que ocuparse, está remiso y descuidado, y fácilmente se divierte á vagueaciones inútiles: y esta por ventura es la causa porque Dios nuestro Señor á los que oran no les concede si no piden, ni les abre si no llaman, ni se deja hallar si no le buscan. Y por esto dijo el Salvador: "Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y abriros han.„ Que todas son semejanzas de la instancia y fervor que han de tener los que oran, y de cuánto ayuda para esto tener algo

en que trabajar, y alguna dificultad que vencer en la oración.

De estos dos géneros de personas que hemos dicho, los primeros, que no se aplican á meditar y lo quieren hallar todo escrito en los libros, son semejantes á los viejos ó enfermos, que no pueden comer sino pistos y substancias y otras cosas líquidas, sorbidas y casi digeridas. Porque estos tales, lo que tienen menos de trabajo al tiempo de comer, tienen también de menos gusto y de menos sustento en la comida. Pero los segundos son semejantes á los hombres robustos, que si bien quieren que les den el manjar guisado y partido, pero no que les den el manjar mascado como se hace con los niños, ni quieren que les excusen el trabajo de desmenuzar la comida con sus dientes y muelas y de revolverla con la lengua en la boca, porque de este trabajo resulta el gusto y sabor de lo que se come, y el abrazarlo mejor el estómago y ser más sólido el sustento para dar fuerza y vigor á todo el cuerpo. Así que, los que son tan flacos de espíritu que no pueden aplicar sus potencias á la consideración y amor de las cosas celestiales, es muy útil y necesario que se ayuden de tales libros, que leyendo por ellos con mediana atención, hallen enseñado su entendimiento y movida en alguna manera su voluntad; pero los que tienen fuerzas para ejercitarse por sí mismos y á solas en la meditación, no tomen de los libros más de lo que fuere menester para recoger la atención y despertar su discurso, y luego trabajen con su pensamiento y procuren mover la voluntad con exclamaciones y coloquios, no de palabras compuestas y estudiadas, sino de aquellas que les dictare su afecto y fervor. Porque de este ejercicio resulta el consuelo y gusto espiritual, y los propósitos firmes conque se crian las virtudes sólidas y perfectas.

Pues porque esta HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN, aunque se ha escrito con deseo de ayudar generalmente á todos, pero particularmente á los que tratan de oración y meditación; así hemos procurado ajustarnos cuanto ha sido posible á estas reglas del santo Padre, y en especial hemos tenido atención á tres cosas. La primera, á poner fielmente la historia y circunstancias de ella, sacada por la mayor parte de los lugares del Evangelio que van citados al margen, y esto en estilo historial, siguiéndole siempre sin cortarle el hilo de la narración. Porque de esta manera pudiese ser la lección de gusto y de provecho aun á los que no tratan más que de leer; y los que se ejercitan en meditar sobre el fundamento de la historia verdadera

(conque ha de ir prevenida la memoria), pueden fabricar los discursos del entendimiento. Lo segundo, en el corriente de la historia se apuntan muchas ponderaciones para abrir camino á los discursos del entendimiento, no de manera que se diga: sobre este paso se debe considerar lo primero esto, lo segundo aquello, etc., ni tampoco que se diga: este es el primer punto, este es el segundo, etc., porque aunque este modo de decir es bueno y va más dirigida la materia de la meditación, pero para nuestro contento tenía dos dificultades: la primera que corta el hilo de la narración, y en gran parte quita el gusto y la inteligencia de la historia; la segunda, que da las consideraciones tan hechas, que no le queda qué hacer ni en qué trabajar al que medita, lo cual (como decíamos) quita el sabor y el provecho de la meditación. Pues por esta causa, aunque en esta Historia hay muchas ponderaciones conque poderse cebar y entretener el entendimiento, pero todas van entretejidas por la misma historia, de manera que no causen fastidio á los que no traten más que de leer, y den materia bien dispuesta para ejercitarse á los que tratan de meditar. Lo tercero, para ayudar la voluntad se ha tenido cuidado de que toda esta Historia vaya como preñada de buenos afectos, y de propósitos de virtudes sólidas y perfectas (que son las que el Señor ejercitó en su Pasión), y esto se hace ponderando particularmente estas virtudes, y apuntando, como con la mano, el silencio, la paciencia, la mansedumbre, el desprecio de la honra, la entereza y constancia, el amor de la verdad, la obediencia y conformidad con la divina voluntad, y las circunstancias, ocasiones y modo conque el Señor ejercitó estas virtudes, de donde nace el deseo de la imitación. Asimismo á sus tiempos se ponderan los altísimos fines de la divina Providencia, y los medios convenientísimos que dispuso en su Pasión, de donde nace la admiración; la gravedad de los dolores, el exceso de la tristeza, la descortesía y crueldad de sus enemigos, de donde nace la compasión; el amor grande conque el Señor padeció, de donde nace el retorno de amor; la grandeza de males de que nos libró con su Pasión, de donde nace el agradecimiento, y así de otros afectos semejantes; de manera que todos los afectos provechosos y todos los propósitos virtuosos están como en su semilla en esta HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN. Y aunque esto es así, pero algunas, aunque pocas veces, se ponen exclamaciones ó coloquios, ó estos propósitos de las virtudes expresados ó declarados, porque aquellos son para cada uno más dulces y más

provechosos adonde le lleva su consideración y la gracia divina, que secretamente se comunica á cada uno como quiere; y por esto basta poner en la historia la semilla de estos afectos y propósitos, porque escondiéndola cada uno en su corazón y abrazándola con su pensamiento, con la influencia de la divina gracia broten las flores de los buenos afectos y deseos, y los frutos de las virtudes perfectas que se desean.

Todo esto se ha dicho para declarar la segunda cosa que nuestro glorioso Padre San Ignacio enseña acerca del modo del proponer la materia de la meditación; conviene á saber: que de tal manera se dé una breve declaración de la historia para despertar la consideración, que se le deje algo en qué trabajar por sí mismo al que medita. Porque así como para hincar un clavo en un madero le abrimos camino con un barreno proporcionado al tamaño del clavo, y después dejamos que rompa lo demás el clavo por sí mismo con los golpes que se dan, porque sin esta ayuda del barreno el clavo no entra, y si se la queremos dar mayor para que entre holgado y con descanso no prende ni tiene fuerza, lo mismo suele suceder á los que meditan, que es menester darles alguna declaración ó ponderación proporcionada á su capacidad é ingenio por la cual encaminen su discurso, y luego dejarlos que prosigan con su trabajo y conato propio; porque si no se les dice nada, ellos no hacen nada ni hallan que pensar nada, y así, ó se divierten á negocios temporales ó vagueaciones inútiles, ó dan en unas consideraciones secas y estériles, de que no puede resultar sino cansancio y desvanecimiento de la cabeza: y por el contrario, si para excusar este inconveniente les damos las consideraciones hechas y los afectos y propósitos expresados y puestos en práctica, no prenden ni hacen fuerza en los pensamientos y afectos ajenos, como lo hicieran si fueran suyos propios.

La tercera cosa que nuestro Santo Padre advierte es que, antes de entrar en la meditación, ha de llevar uno la historia dividida en cierto y determinado número de puntos. Porque aunque es verdad que algunos, ó porque tienen mayor luz del cielo, ó porque tienen más vivo y presto el discurso, cada palabra es para ellos un punto; y otros, por faltarles lo uno y lo otro, apenas les basta una historia entera para cada punto, y con lo que unos tienen para meditar una semana y un mes, apenas tienen otros para una hora; pero de cualquiera manera que sea, á todos les conviene llevar divididos en cierto número los puntos en que

han de meditar. Y las palabras del Santo Padre en la nota tercera, después de la cuarta semana, son estas: *La tercera: dado que en todas las contemplaciones se dieron tantos puntos por número cierto, así como tres ó cinco, etc., la persona que contempla puede poner más ó menos, según que mejor se hallare, para lo cual mucho aprovecha, antes de entrar en la contemplación, conjeturar y señalar los puntos que ha de tomar en cierto número.*

La razón de esto está clara, porque llevando la historia así repartida en puntos determinados, tiene uno cosa cierta adonde aplicar la atención cuando medita, y cosa cierta donde volver cuando se distrae, y en no hallando ya más que discurrir sobre un punto, le queda otro segundo y tercero en que ocupar el tiempo señalado; y habiendo discurrido de esta manera por todos y por cada uno de por sí, no le quedará nada en aquella historia de donde se pueda sacar algún provecho sin rumiarlo y ponderarlo, y sin que el entendimiento pase por ello, y todos estos provechos faltarían si se tomase uno con toda la historia junta, y sería como querer engullir la comida toda de una vez sin partirla en diferentes bocados para desmenuzarlos y saborearse en ellos, y tragar el uno después del otro por el tiempo que dura la comida.

Pues también hemos procurado ayudar en esto á la memoria, porque aunque no decimos expresamente: primer punto, segundo punto, etc., por no cortar (como muchas veces hemos dicho) el hilo de la narración, pero hemos tenido atención á que se escriba esta Historia dividida en muchos párrafos, que sirvan de señal á los que meditan, para dividir la meditación y los puntos de ella.

§ IV

CÓMO DEBE SER AYUDADO EL ENTENDIMIENTO EN LA MEDITACIÓN DE LA SAGRADA PASIÓN

Estando ya la memoria apercibida y pronta para poner delante la materia en que se ha de meditar, síguese que el entendimiento discurra sobre ella, para lo cual se puede ayudar principalmente de dos cosas. La primera, de ponderar en cada parte de la historia las circunstancias que hay en ella. La segunda, en cada una de estas circunstancias que ponderare, buscar razones, comparaciones y argumentos para mover la voluntad al efecto y propósito que deseamos.

Las circunstancias que se pueden considerar y ponderar en cualquiera parte de la HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN se pueden reducir á seis, las cuales pone nuestro glorioso Padre San Ignacio en la primera meditación de la tercera semana. Porque los seis puntos que allí señala, no tanto son puntos particulares de aquel ejercicio (que es de la última cena), cuanto circunstancias generales que se deben considerar en toda la Historia de la Pasión, y se deben aplicar y acomodar á las demás meditaciones, como lo advierte el mismo santo Padre y lo probamos más largamente en otro lugar.

La primera es de las personas que intervienen en aquel paso, conviene á saber: quiénes son; su dignidad ó indignidad; sus méritos ó deméritos; el hábito, el gesto y disposición de ellas; su mansedumbre y modestia, ó su descompostura y crueldad, y cosas semejantes; y á esto se reduce aquella ponderación tan necesaria en esta materia, esto es, quién es la persona que padece, y cuáles las personas de quienes padece y por quienes padece.

La segunda es considerar las palabras que se dicen; conviene á saber: las calumnias, acusaciones, falsos testimonios, injurias y blasfemias, y no menos las respuestas de Cristo nuestro Señor, tan llenas de sabiduría y de humildad, de mansedumbre y de entereza, de modestia y de majestad; y sobre todo se debe considerar el silencio del Salvador, que fué tan grande y en tal ocasión, que bastó para que el juez, siendo gentil, se admirase vehementemente.

La tercera, considerar las obras que se hacían; conviene á saber: por una parte los tormentos y de la manera y gravedad de ellos, y por la otra la paciencia y mansedumbre, y las demás virtudes que resplandecían en el Salvador.

La cuarta, pasar á lo interior del Corazón de Cristo nuestro Señor, y considerar sus tristezas y congojas, y las causas y motivos de ellas, y mucho más el deseo y hambre de padecer, la sed de la salud de las almas, y el encendido amor y caridad de Dios y de los hombres con que padecía, y los demás afectos y sentimientos de su sagrado Corazón.

La quinta, subir más arriba á la consideración de su Divinidad, y mirar cómo estaba escondida y disimulada sufriendo aquellas injurias, y no estorbando la tristeza ni los tormentos de la santísima humanidad, ni castigando á los atormentadores, antes los sustentaba y les daba ser y movimiento, etc. Item, cómo estaba dando valor infinito á las pasiones de Cristo. Item, cómo estaba reconciliando á todo

el mundo con su Padre, consigo y con el Espíritu Santo, como lo dijo el Apóstol (II Cor., v, 19), que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo: *Quonian quidem Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.*

La sexta, mirar por quién padece estas penas; conviene á saber: por mí y por mis pecados, y considerar que será razón que yo haga y padezca en retorno y agradecimiento de tan alto beneficio, y ayudará mucho mirar estos misterios como si se hubieran obrado por mí solo. Porque yo estuve tan presente á los ojos de Cristo nuestro Señor cuando padecía, como si yo fuera solo y no hubiera otro en el mundo; y á mí me cupo tanta parte y me puedo aprovechar tanto de estos merecimientos, como si yo fuera solo el que se aprovechara de ellos. Porque no goza menos cada uno de la luz del sol por haber otros muchos que gocen de ella, ni la gozara más si fuera él solo y no hubiera otro ninguno en el mundo; y finalmente, porque la caridad de Cristo nuestro Señor fué tanta, que si necesario fuera, padeciera por mí solo lo que padeció por todo el mundo. Y por todas estas razones debo hacerme á mí solo todo el cargo de este beneficio, y tenerme por obligado á agradecerle y aprovecharme de él, como si fuera yo solo. De esta manera parece que meditaba la Pasión el Apóstol San Pablo cuando decía (Galat., II, 20): *Qui dilexit me et tradidit semetipsum pro me:* que me amó á mí y se entregó á sí mismo por mí.

Estas son las circunstancias de que se puede ayudar el entendimiento para entretener y dilatar su discurso en la meditación de la sagrada Pasión, mas no por eso es necesario meditarlas todas en cada punto, ni por este orden que aquí se pone; pero puédense considerar todas ó algunas, y por el orden que fuere más acomodado, sin hacer violencia á la historia ni perder el gusto que suele traer ella misma consigo; y por eso lo mejor es dejarse llevar del corriente de la historia, discurriendo y ponderando aquella circunstancia que fuere más á propósito de ella.

§ V

QUÉ AFECTOS SE PUEDEN SACAR DE LA MEDITACIÓN DE LA PASIÓN PARA AYUDAR Á LA VOLUNTAD

Para ayudar á la voluntad (á la cual se endereza toda la meditación) se deben advertir los afectos buenos y provechosos que se puedan sacar de la consideración de la Pa-

sión, los cuales apunta nuestro santo Padre en el tercer preludio de la tercera semana, donde dice así: *El tercero, demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusión, porque por mis pecados va el Señor á la Pasión.* Y el cuarto punto dice: *El cuarto, considerar lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad ó quiere padecer según el paso que se contempla; y aquí comenzar con mucha fuerza, y esforzarme á doler, tristar y llorar, y así trabajando por los otros puntos que se siguen.* Y en el sexto punto dice así: *El sexto, considerar cómo todo esto padece por mis pecados, etc., y qué debo yo hacer y padecer por él.* Todas estas son palabras del Santo Padre; y declarando más en particular esta su doctrina, para que sepa el que ora lo que debe desear y pretender y adónde ha de encaminar su meditación, se pueden notar los afectos siguientes:

El primero es de compasión, cosa muy debida á cualquiera que padece por nuestra causa. Y es mucho de considerar que, así como Dios nuestro Señor quiso honrar la muerte de su Hijo con lágrimas y lamentaciones de aquellas piadosas mujeres y santas matronas que le acompañaban y seguían, así ha conservado siempre y conserva hasta el día de hoy este espíritu en su Iglesia de almas devotas, que así se afligen y lloran la Pasión del Señor como si se hallasen presentes á ella, lo cual parece que profetizó Zacarías (XII, 10) cuando dijo: *Aspicient ad me quem confixerunt, et plangent eum planctu, quasi super unigenitum; et dolebunt super eum, ut doleri solet in morte primogeniti; in die illa magnus erit planctus in Jerusalem,* etcétera. Mirarán (dice) al que enclavaron y llorarán sobre él con grande llanto, y se dolerán sobre él como se suelen doler cuando muere el hijo primogénito; en aquel día habrá grande llanto en Jerusalén, etc.

El segundo, aborrecimiento del pecado, que fué el principal verdugo que llevó á la muerte al Señor, y el que hizo feo y como leproso al más hermoso de los hombres. No está para ser visto (dice Isaías), ni tiene hermosura; verdaderamente que él llevó nuestras enfermedades y tomó sobre sí nuestros dolores, y nosotros le tuvimos como leproso, y como herido y humillado de la mano de Dios; pero él fué llagado por nuestras maldades, etc. (LIII, 4). *Non est species ei neque decor,* etc. *Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit; et nos putavimus eum quasi leprosum et percussum a Deo, et humiliatum; ipse autem vulneratus est propter ini-*

quitates nostras, attritus est propter scelera nostra, etcétera.

El tercero, temor de la divina Justicia: este fruto nos enseñó á sacar el Salvador cuando hablando con las mujeres que le seguían les dijo (Luc., XXIII, 28): *Filiae Jerusalem nolite flere super me; super vos ipsas flete et super filios vestros,* etc., *quia si in viridi ligno haec faciunt, in arido quid fiet?* No lloréis sobre mí, hijas de Jerusalén, sino llorad sobre vosotras y sobre vuestros hijos; porque si en el árbol verde y fructuoso se hace este castigo por culpas ajenas, ¿qué se hará en el árbol seco por las suyas propias?

El cuarto, es admiración de la sabiduría y bondad de Dios, que halló y puso en ejecución medio tan conveniente para gloria suya, para satisfacción de su justicia, para demostración de su misericordia, para remedio del mundo, y para destrucción del pecado y del infierno. Todo lo cual cifró el Salvador en aquella palabra (Luc., XXIV, 26): *¿Por ventura no convenía que padeciese Cristo?* etc. Y en otra parte (46): *Porque así estaba escrito y así convenía que Cristo padeciese,* etc.

El quinto, es esperanza, que quien nos dió lo que es más no nos negará lo que es menos. Este sentimiento se halla frecuentemente en San Pablo, que nos enseña á sacar este fruto de la sagrada Pasión, y hace el argumento, así de parte de Dios que nos hizo este beneficio, como de parte nuestra que le recibimos; de lo primero dice (Rom., VIII, 32): *Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* El que no perdonó aun á su propio Hijo, sino que le entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos ha dado ya todas las demás cosas juntamente con El? De lo segundo dice (Rom., V, 19): *Si enim, cum inimici essemus, reconciliavit nos Deus per mortem Filii ejus, multo magis reconciliati salvi erimus in vita ipsius.* Si la muerte (dice) del Hijo de Dios tuvo tanta fuerza que nos reconcilió con su Padre cuando éramos sus enemigos, mucho mejor seremos salvos, por virtud del mismo Señor vivo y resucitado, después de estar amigos y reconciliados con Dios. Que fué como si dijera, usando de una galana acomodación: Si su muerte nos resucitó cuando estábamos muertos, mucho mejor su vida nos ha de salvar cuando ya estamos vivos; y á estas dos cabezas se pueden reducir los motivos de esperanza que podemos sacar de la sagrada Pasión.

El sexto, es amor de quien tanto nos amó y tal beneficio nos hizo. Porque en esto subió de punto Dios su amor para con nosotros, que siendo como éramos pecadores, Cristo Señor nuestro dió su vida por nosotros (Rom., v, 8): *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cum adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est.*

El séptimo es la imitación de las virtudes que más resplandecen en la Pasión del Salvador, el cual es principalísimo fruto de este ejercicio. De él dijo el Apóstol San Pedro (I, 2, 21): *Christus passus est pro nobis, relinquens exemplum ut sequamini vestigia ejus*, etc. Cristo (dice) padeció por nosotros, para dejaros á vosotros ejemplo para que sigáis sus pisadas, el cual, cuando le maldecían, no volvía maldiciones, y cuando padecía, no hacía amenazas, etc.

El octavo es armas y remedios contra todas las tentaciones. Porque ¿qué otra cosa hay que así anime para pelear, y ayude para vencer, y debilite nuestros enemigos y los ponga en huída, como la memoria de la Pasión? Este fruto nos dió á entender el Apóstol San Pedro cuando dijo (I, 4, 1): *Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini*, etc. Habiendo (dice) padecido Cristo en su carne, armaos vosotros con ese mismo pensamiento.

El nono es celo de las almas, porque no puede dejar de estimarlas y amarlas, y ponerse á cualquier trabajo por ellas, el que considera cuánto Dios las amó y estimó, y cuánto precio le costó su rescate. Con esto atemorizó el Apóstol San Pablo á los que escandalizaban á sus prójimos. ¿Y perecerá (dice) por tu causa tu hermano que es flaco, por el cual murió Jesucristo? (I Cor., VIII, 11): *Et peribit infirmus in tua conscientia frater, propter quem Christus mortuus est.*' Y con esto mismo se anima á trabajar y padecer por la conversión de las almas, viendo que llevaba adelante lo que Cristo nuestro Señor había padecido por ellas, y que suplía lo que el mismo Señor no podía ya padecer por estar glorioso, y lo que padeciera por su inmensa caridad si no lo estuviera (Colos., I, 24): *Et adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* Yo (dice) cumplo en mi carne lo que le faltó por padecer á Jesucristo, para llamar y convertir, y enseñar y perfeccionar á todos los fieles, y para acabar de formar y hermosear su Cuerpo místico, que es la Iglesia. Y esto mismo hacen todos los predicadores y ministros del Evangelio hasta la fin del mundo.

El décimo fruto que se puede sacar de la meditación de la Pasión, es ofrecerse y dedicarse del todo al servicio y voluntad de Jesucristo, con íntimo agradecimiento de tan inestimable beneficio, como esclavos comprados con tan alto precio (Rom., XIV, 7): *Nemo enim nostrum sibi vivit, et nemo sibi moritur; sive enim vivimus, Domino vivimus; sive morimur, Domino morimur; sive ergo vivimus sive morimur, Domini sumus. In hoc enim Christus mortuus est, et resurrexit, ut et mortuorum et vivorum dominetur.* Ninguno de nosotros (dice el Apóstol) ha de vivir ya para sí, ni morir para sí, esto es, para sus gustos ó ganancias particulares; así que, si vivimos, para este Señor vivimos, y si morimos, para este Señor morimos; luego ya sea vivos, ya sea muertos, siempre somos de este Señor. Porque para esto murió Jesucristo y resucitó, para ser Señor de los vivos y de los muertos. Y en otra parte dice (II Cor., V, 15): *Et pro omnibus mortuus est Christus; ut et qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est et resurrexit.* Para esto (dice) murió por todos Jesucristo; conviene á saber: para que los vivos no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos y resucitó, etc. Otros muchos afectos buenos se pueden sacar de la meditación de la Pasión del Señor; pero basta para nuestro intento haber tocado los sobredichos.

§ VI

DEL COLOQUIO

Al fin de la meditación se debe hacer un coloquio, hablando con Cristo nuestro Señor, como si le tuviésemos presente en aquel mismo paso que habemos meditado, compadeciéndonos en sus dolores, estimando su inmensa caridad, agradeciendo tan grande beneficio, representando nuestras necesidades, pidiendo el remedio de ellas, acusándonos á nosotros mismos de haber sido causa con nuestros pecados de tan acerba Pasión, ofreciéndonos á hacer y padecer muchas cosas por este Señor, y, finalmente, rogando por todas aquellas personas y negocios que se nos hubieren encomendado.

De todo lo cual se sigue cuán grande campo se descubre en la meditación de la sagrada Pasión. Porque toda la historia se puede dividir en muchas partes, y cada parte

en muchos puntos, y en cada punto se pueden ponderar diferentes circunstancias, y de la ponderación de cada una se pueden despertar diferentes afectos, y con cualquier afecto de éstos se pueden hacer varios coloquios, y de esta manera puede dilatarse el que ora, y entretenerse á veces mucho tiempo en un solo punto ó paso de la Pasión.

Esto es lo que ha parecido decir ahora brevemente, para dar alguna luz y forma de meditar á los que desean ocuparse provechosamente en este ejercicio, remitiendo lo demás para tratarlo á la larga y de propósito en sus propios lugares. Ahora volvamos al intento de este tratado, que es escribir la HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN.

HISTORIA

DE LA

SAGRADA PASIÓN

PREÁMBULO

La Muerte y Pasión con que nuestro Rey y Salvador Jesucristo dió remate á su santísima vida y gloriosa predicación, por redimir el miserable cautiverio de la culpa y dar la salud espiritual de la gracia y la bienaventuranza eterna de la gloria á todo el linaje humano, por cualquier parte que la miremos, ya sea por parte de la persona que padece, ya de las cosas que padece ó del fin porque las padece, es la cosa más alta y la más divina y secreta que ha sucedido en el mundo, después que Dios le crió, ni sucederá hasta el fin de él. Y para mayor claridad de esta historia será bien presuponer brevemente la ocasión que tomaron los pontífices y fariseos para levantar esta tempestad, y determinar en su concilio una muerte tan ignominiosa para un Señor que, cuando se quisieran cegar para todo lo demás, por lo menos no podían negar sino que había sido ilustrísimo profeta

y bienhechor insigne de toda su república; y juntamente notaremos las cosas que el mismo Señor hizo en cada uno de los días de aquella postrera semana de su vida, que ahora por memoria de su santísima muerte llamamos Santa. El caso, pues, pasó de esta manera:

Fué tan grande y evidente, y tan público, aquel milagro de la resurrección de Lázaro, que con el resplandor de tanta luz se acabaron de cegar y endurecer los corazones de los judíos. Porque dado caso que muchos creyeron, pero otros, llenos de envidia y de furor infernal, volvieron á Jerusalén (Joann., xi, 46) á contar y publicar lo que en Betania había sucedido. Con esta ocasión juntaron concilio los pontífices y fariseos, y después de haber dado y tomado sobre el negocio, se resolvieron en que era necesario poner algún remedio para que no pasasen adelante las maravillas que obraba el Señor, porque á no hacerlo así, sería cierto que todos creerían en Él, de lo cual resultaría que los romanos presumiesen que se amotinaban y rebelaban contra ellos, y viniesen con mano armada á destruir su templo y su ciudad.

Con este miedo nacido de su codicia y ambición, ó por ventura queriendo dar color con ese celo del bien público á la envidia y al odio que tenían concebido en sus entrañas, no hallaron otro medio para atajar los milagros sino acabar con su vida, y así se determinaron de dar la muerte al Salvador. Y moviendo el Espíritu Santo la lengua infame de Caifás, por respeto del oficio y dignidad que tenía de sumo sacerdote, dió resolución á lo que se había conferido en el concilio, diciendo ser cosa conveniente que muriese uno porque no pereciese todo el pueblo. Y esta sentencia, entendida como se ha de entender, no la dijo él de su cabeza, sino que siendo como era pontífice de aquel año, profetizó que Cristo nuestro Señor había de morir por los pecados de su pueblo, y no solamente por el

pueblo judaico, sino también para recoger las ovejas que estaban derramadas en la gentilidad, y llamar á su Iglesia (Joann., 52) los que estaban predestinados para hijos de Dios. Desde el día, pues, de este concilio quedaron determinados á darle la muerte; y como á hombre cuya vida era contraria al bien público (Joann., 56), dieron mandamiento general que todos los que supiesen de El lo manifestasen, para que fuese preso y se ejecutase la sentencia.

En lo cual se descubría la ceguedad y perversión de estos jueces, porque primero dieron la sentencia y después hicieron el proceso. La sentencia de muerte la dieron en este concilio estando el Señor ausente, sin tomarle su confesión ni oirle sus descargos, movidos tan solamente de la envidia de sus milagros y del temor de perder sus bienes temporales. Y si después en el discurso de la Pasión hubo acusadores y testigos y fué preguntado de sus discípulos y doctrina, todo fué color y apariencia, y hacer fuerza á todas las cosas para que el proceso viniese bien con la primera sentencia. Y así suelen ser muchas veces nuestras determinaciones, nacidas de pasión y de intenciones torcidas y viciosas, y queremos después hacer fuerza á la razón para que venga bien con ellas.

Pues como supo el Salvador esta sentencia y el mandamiento de prisión que los Pontífices habían dado contra El, para que como á enemigo público cualquiera del pueblo tuviese obligación de declararle, retiróse á la región que está cerca del desierto, á una ciudad que se llamaba Efrén (Joann., 54), y allí se entretuvo con sus discípulos por aquellos días, para dar lugar á la ira de sus enemigos, y para esperar el tiempo de su muerte que le tenía señalado el Padre Eterno, y para darnos ejemplo á nosotros de tomar tiempo y escoger lugar conveniente para prepararnos á salir de esta vida. ¿Quién dirá en qué ocupó estos días en aquella ciudad el Salvador? ¿Qué pensamientos tenía,

estando tan cercano á su muerte? ¿Qué pláticas y conversaciones? ¿Y cuánta fué la tristeza de los discípulos, y con qué palabras del cielo serían enseñados y animados de su Maestro?

Llegóse con esto el tiempo conveniente, y partióse el Salvador del desierto y ciudad de Efrén para venir á padecer y morir en Jerusalén, con tan grande constancia y determinación y con tanto fervor y ligereza (Marc., x, 32), que llevaba á todos la delantera, de manera que los mismos discípulos iban admirados de ver esta novedad.

En este camino tomó á parte sus doce Apóstoles, y en secreto y á solas les dió cuenta de las injurias y de los tormentos y muerte que le estaban aguardando en Jerusalén, y despachó la petición de la madre de los hijos del Zebedeo, que pretendía para ellos (Matth., xx, 20) los dos mejores lugares del reino de Dios. Y prosiguiendo su camino y llegando á la ciudad de Jericó, dió vista á un ciego (Luc., xviii, 35) que á voces se la pedía; y entrando en la ciudad se fué á hospedar en casa de Zaqueo (Luc., xix 2), convidándose El mismo y entrándose por las puertas del que deseaba conocer y tenía mayor voluntad de regalarle, dando salud con su presencia á toda aquella casa, y obrando la conversión de aquel pecador y príncipe de publicanos. A la salida de la ciudad se fué tras Él gran muchedumbre de gente (Matth., xx, 29), y sanó otros dos ciegos que estaban junto al camino, y entendiendo que pasaba por él, le daban voces para que se compadeciese de ellos. De esta manera, yendo el Señor á padecer y morir, por dondequiera que pasaba iba haciendo mercedes y abriendo los tesoros de su poder, y derramando la dulzura de su misericordia, y dejando señales y rastros de quién era.

Prosiguiendo, pues, en esta forma su camino, vino á llegar á Betania seis días antes de la Pascua, como dice San Juan (xii, 1); y como solía el Salvador hospedarse de

ordinario en este lugar y tenía en él tantos conocidos y devotos, y por otra parte estaba tan fresca la memoria de aquella grande maravilla de la resurrección de Lázaro, todos tenían deseo de regalarle y festejarle y dar algunas señales de su agradecimiento. Por esta causa se detuvo allí el Señor el día que llegó, donde le hicieron un gran convite en casa de Simón, hombre principal y muy aficionado y obligado, por haber sido curado de la lepra por el Salvador. Lázaro, el resucitado, era uno de los convidados que estaban á la mesa; Marta, su hermana, servía á ella, y María Magdalena, tomando un vaso de ungüento preciosísimo, ungió los pies del Salvador y los limpió con sus cabellos; y después, quebrando el vaso, lo derramó todo sobre su cabeza, de manera que extendió por toda la casa el buen olor. Judas murmuró, teniendo esto por prodigalidad, y los demás discípulos parece que le siguieron; y el Salvador, con su acostumbrada benignidad, les fué á la mano, alabando el oficio que había hecho aquella mujer, mostrando que había recibido con gusto aquella honra y regalo, que era representación y le había traído á la memoria el día de su sepultura, que estaba tan cerca. Con esta ocasión de haber vuelto el Salvador á Betania, luego que se supo en Jerusalén vino tanta muchedumbre de gente, no sólo por ver á Jesús, sino también por ver á Lázaro después de resucitado, que los príncipes de los sacerdotes, perseverando en su envidia y ceguedad, y en el vano temor que habían cobrado, tomaron acuerdo y resolución de matar á Lázaro, porque muchos por su causa creían en el Salvador.

Otro día siguiente, que fué domingo, salió el Salvador de Betania y vino á Jerusalén (Joann, 12), donde se le hizo aquel solemne recibimiento con los ramos, y aquella tan honrosa aclamación de Hijo de David. Toda la gente iba dando testimonio del poder y majestad conque llamó

á Lázaro cuando estaba en la sepultura; y esta fué la causa (Joann., 17) de haberle salido á recibir con tanta pompa, y con ceremonias de tanta honra y solemnidad. Cuando llegó ya cerca y á vista de la ciudad (Luc., XIX, 41), se enterneció y lloró sobre ella, y le anunció el castigo riguroso que la esperaba, por no quererse aprovechar de la ocasión presente y de la salud y paz que se le entraba por las puertas.

Con el ruído de esta entrada y de recibimiento tan solemne, toda la ciudad se removió (Matth., XXI, 10), preguntando unos á otros: ¿quién es este? Y por no olvidar su antigua costumbre, y hacer mercedes como Rey el que había sido recibido en la ciudad como tal, entrando en el templo sanó todos los cojos y ciegos que allí estaban; de lo cual recibían tan grande enojo los sacerdotes y escribas, que no podían disimularlo, y le hacían cargo porque consentía á los niños que le aclamasen por Hijo de David, y porque no iba á la mano y reprendía á los que creían en Él, porque le confesaban á voces rey de Israel (Lucas, XIX, 39). Pero el Salvador no hizo caso de ellos, teniendo por excusado hacer callar á los hombres en una causa tal, que cuando ellos callasen, las piedras y las paredes hablarían. Y oyendo de buena gana las voces y predicación de los niños (Matth., XXI, 16), pues estaba escrito que de la boca de ellos había de sacar Dios las alabanzas; después de toda esta fiesta, siendo ya tarde, mirándolos á todos (Matth., 17) y no habiendo quien le hospedase ni convidase á comer, se tornó á salir de la ciudad, y se volvió con sus discípulos á Betania aquella noche.

Otro día siguiente, que fué lunes, luego por la mañana (Matth., 18), salió de Betania para volver á Jerusalén, y sintiendo hambre (Marc., XI, 13), vió de lejos una higuera que estaba junto al camino, verde y bien poblada de hojas, y vino caminando á ella por ver si hallaba alguna

cosa que comer: y no hallando más que las hojas, las echó su maldición oyéndolo sus discípulos, y dijo: Nunca para siempre tengas más fruto, ni hombre alguno le coma de ti. Y después de haber llegado á la ciudad, entrando en el templo, lleno de celo de la honra de su Padre, empezó á echar de allí á los que vendían y compraban, trastornando las mesas del dinero y los asientos de los que vendían palomas, y se puso con gran fuerza y autoridad (Marc., 16,) á estorbar que no atravesase nadie con ninguna cosa por el templo; y aunque no pudieron resistir á la virtud y majestad con que esto obraba, pero concibieron grande ira y odio contra él, y buscaban traza para quitarle la vida, porque le habían cobrado miedo (Marc., 18), viendo que la turba del pueblo le seguía y oía su doctrina con admiración. Y aunque es verdad que esta historia del templo la pone San Mateo consecutivamente (XXI, 12) á la entrada de los ramos, pero San Marcos, que notó el día (XI, 15), dice que fué otro día después; conviene á saber, el lunes: y siendo ya tarde (Marc., XI, 19) se salió otra vez de la ciudad al monte de las Olivas, como lo tenía de costumbre por las noches (Luc., XXI, 37), y se aposentaría en Betania, que está á la falda de este monte, y donde El se hospedaba de ordinario.

Otro día siguiente, que fué martes, luego por la mañana volvió á la ciudad; y pasando por el mismo camino del día antes, echaron de ver los discípulos cómo la higuera que el Señor maldijo se había secado: y esta maldición del Salvador, ni fué ímpetu de ira, porque no cabía en El, ni fué castigo de la higuera, porque no le merecía (Marc., XI, 13), pues no era tiempo de higos, ni cuando lo mereciera lo sentía; solamente fué misterio y representación de la sinagoga, que teniendo tantas hojas de ceremonias y apariencias, nunca llevó el fruto que había pretendido el Señor que la plantó, aun cuando era tiempo y tenía obligación

de llevarle; y por eso quedó maldita, y se secó para no llevarle para siempre.

Llegando el Señor este día al templo, que fué el martes, y cercándole los escribas y fariseos, y los sacerdotes y ancianos, les respondió á varias preguntas que le hicieron, y les convenció en otras que les hizo; y lo que había pasado en misterio por la higuera, se lo predicó en diferentes parábolas, con que les daba á entender que habían de ser desechados y reprobados, como se ve en el capítulo XXI y XXII de San Mateo.; y luego les reprendió asperamente y con palabras claras y manifiestas sus pecados y abusos, como se ve en todo el capítulo XXIII, y se despidió de ellos con aquellas palabras tan sentidas, en que estaban clara la sentencia de su reprobación (Matth., XXIII, 38): *Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta.* Que fué tanto como decirles: vuestro templo se quedará presto sin morador, porque Dios no morará de aquí adelante en él, y como casa desierta y sin morador se vendrá á tierra; porque os digo de verdad, que pasado este tiempo no me veréis jamás hasta que de fuerza ó de grado me confeséis por rey y digáis: Bendito sea aquel que vino en nombre del Señor: que fué tanto como remitirlos al día postrero del juicio, cuando con el rigor del castigo y la pena de su condenación reconociesen la grandeza de su Majestad. Y con esta reprensión y despedida, tan llena de constancia y de verdad, concluyó el Salvador sus sermones, y los dejó y se salió del templo, que fué martes por la tarde.

Saliéndose, pues, del templo, con determinación y por ventura con muestras de indignación de la dureza y obstinación de aquel pueblo, los discípulos, que veían esto y le habían oído decir que había de quedar desamparado el templo y había de ser destruído, movidos de admiración, ó de lástima ó compasión, se llegaron mansamente al Salvador, y le mostraban (Matth., XXIV, 1) y le hacían que mi-

rase la grandeza y majestad de aquel edificio y las riquezas del templo. Y el Salvador les respondió afirmándose otra vez en que había de ser destruído, sin que quedase piedra sobre piedra en él. Y pasando adelante en su camino, y estando asentado en el monte de las Olivas á vista del templo y de la ciudad, le tornaron á preguntar sus discípulos del tiempo en que esto había de suceder y de las señales de su postrera venida. Y con esta ocasión les predicó el Salvador del juicio final, y de las señales de aquel día, y todo lo que está en el capítulo XXIV y XXV de San Mateo; y concluyó su plática diciendo (XXVI, 2), que de allí á dos días había de ser muerto y crucificado.

El miércoles siguiente parece que se quedó el Salvador en Betania todo el día, porque no se halla que volviese otra vez á Jerusalén hasta que entró el jueves á celebrar la Pascua. En este día, ó por entonces debió de ser, cuando los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, irritados con la reprensión del día de antes, se juntaron otra vez en el palacio del sumo sacerdote á hacer contra el Salvador aquel concilio de que San Mateo (XXVI, 3) hace mención; y habiendo ya decretado en el primer concilio de dar la muerte al Salvador, en éste determinaron otras dos cosas. La primera, cuanto al modo, que le prendiesen con maña y con engaño. La segunda, cuanto al tiempo, que lo dilatasen después de la Pascua; y esto no por celo de religión, sino de temor, que habiéndose de juntar tanta gente en Jerusalén que conocía y estimaba y había recibido beneficios del Salvador, no levantase algún motín y alboroto que les quitasen el preso de las manos y se estorbasen sus intentos. Esto es lo que salió de esta junta, la cual por haberse hecho el miércoles, se ayunaba este día antiguamente en la Iglesia, como dice San Agustín (Ep., 86); y parece misterio que notó el Evangelista, que en el mismo tiempo que el Salvador decía que ha-

bía de ser crucificado en el día solemne de la fiesta, en ese mismo estaban los pontífices decretando en su concilio que no fuese en el día de la fiesta. Porque allí se vea cómo el tiempo y lugar y las circunstancias de la Pasión se decretaron todas en el consejo divino, el cual prevaleció contra el consejo de los hombres; y la ocasión de mudar su parecer parece que pudo ser esta.

Andaba Judas indignado y mal tentado contra el Salvador y su doctrina; y entendiendo que los pontífices y fariseos trataban en su concilio de buscar alguna traza cómo sin alboroto del pueblo le pudiesen prender y dar la muerte, no quiso perder esta ocasión, y así se fué para ellos, y ofreció que si bien se lo pagaban le entregaría y pondría en las manos. Ellos tuvieron por hecho su negocio con la buena industria de Judas, y asentaron con él lo que le habían de dar por esta venta, y desde entonces se puso Judas en cuidado de buscar alguna buena ocasión (Matth., XXVI, 16) para entregárselo á solas y sin ruido. De lo cual se saca, que este contrato y venta no la hizo Judas la misma noche de la cena, sino algún día ó días antes, en los cuales andaba buscando esta buena ocasión de entregarle. Ni parece que la hizo antes de este concilio, porque si estuviera hecho este concierto, no trataran los pontífices del modo que habían de tener para prender á Jesús con engaño; y así parece más probable lo que comunmente se piensa, que sabiendo Judas lo que se trataba en el concilio, vino á darles la traza que buscaban, teniendo por buena coyuntura para vender, la sed y codicia de los que habían de comprar, y por eso les dijo: *Quid vultis mihi dare*, etc.? Como si dijera: Si tanto deseáis haberle en las manos sin ruido y con engaño, ¿qué me queréis dar? que yo os le entregaré y cumpliré vuestro deseo.

Holgáronse (Marc., XIV, 11; Luc., XXII, 5) los sacerdotes de tan buena ocasión para cumplir sus malos intentos, y

por no perderla, determinaron de ejecutar su furor en el mismo día primero y solemnísimo de la Pascua, contra lo que tenían tratado en el concilio. Ni es de maravillar que gente tan supersticiosa guardase tan mal esta fiesta, pues también otras veces (Joann., VII, 2, 30) en la fiesta de los Tarbernáculos y en la de los Encenios (Joann., X, 22, 31 39) ó renovación del templo, le habían querido prender y apedrear. Porque los que estaban ciegos para pedir la muerte al Santo é inocente, ¿qué mucho que lo estuviesen para quebrantar la fiesta? Aunque también pudieron dar algún color á esta su maldad teniendo al Salvador por hombre tan sacrílego y blasfemo, que les pareciese que era honra de Dios y guarda de la ley crucificarle en la fiesta, como á quebrantador que ellos decían que era de las fiestas. Finalmente, no hallaron otra razón para dejarle de crucificar el día de la fiesta, sino el temor de que se alborotase el pueblo; y viendo que este inconveniente cesaba con la traza que había ofrecido Judas, mudaron de parecer y no quisieron tener mala Pascua dejando en ella vivo al Salvador.

Amaneció el jueves, que fué aquel año el día catorce de la primera luna de Marzo. En este día concurrían dos solemnidades. La primera, el sacrificio del cordero pascual con todas sus ceremonias (Exod., XII, 6), el cual se había de hacer en la luna catorce por la tarde, y, por consiguiente, se había de hacer aquel año jueves por la tarde antes de ponerse el sol. La segunda solemnidad era la que llamaban de los Acimos (Exod., XII, 18), que duraba por siete días desde los quince de la luna hasta los veinte y uno, y el primer día, que era solemnísimo, empezaba en jueves por la tarde, según la costumbre de los judíos que celebraban sus fiestas desde la una de la tarde hasta la otra siguiente: y de aquí se entiende del diferente modo de hablar que tienen los Evengelistas. Porque San Juan dice (XIII, 1),

que el Salvador cenó la última cena y lavó los pies á sus discípulos un día antes de la fiesta de la Pascua, llamando día de fiesta ó día solemne de Pascua el viernes, que fué el primer día de los Acimos. Los otros tres evangelistas (Matth., XXVI, 17; Marc., XIV, 12) dicen que el primer día de los Acimos envió el Salvador dos discípulos suyos á preparar el lugar donde había de celebrar la Pascua, y llaman primer día de los Acimos el jueves, porque aquella noche se empezaban á comer los panes acimos con el sacrificio del cordero.

Conforme á esto, el jueves por la mañana fué cuando envió el Salvador dos de sus Apóstoles desde Betania con ciertas señas á Jerusalén, para apercibir el lugar donde había de celebrar la Pascua, al cual fué después El con sus discípulos todos, y á la tarde á hora competente hizo el sacrificio del cordero con las ceremonias que mandaba la ley. Siguióse la cena común y ordinaria, el lavatorio de los pies la institución del Santísimo Sacramento y todo lo demás por su orden, hasta que fué preso y presentado al sumo sacerdote.

El viernes se fué prosiguiendo el proceso de la Pasión, hasta que fué crucificado y murió á la hora de nona en la cruz. Este mismo día del viernes llamó San Juan (XIX, 14) *Parasceve Paschae*, y es lo mismo que lo que dijo San Marcos (XV, 42): *Parasceve, quod est ante Sabbatum*; y Parasceve significa lo mismo que preparación, que por cuanto el sábado no era lícito preparar la comida ni aun encender fuego, por eso les mandaba Dios (Exod., XVI, 22 et 23) que el viernes preparasen la comida del sábado, y por eso se llama el viernes *Parasceve, quod est ante Sabbatum*. Y porque este sábado caía dentro de los siete días de la Pascua, dijo San Juan que era grande (XIX, 31), con particularidad aquel día del sábado, porque concurrían en él el ser sábado y el ser uno de los días de la Pascua, y la

muchedumbre de forasteros que habían venido á la Pascua y se detenían en Jerusalén por no poder caminar en sábado á sus lugares, todo lo cual junto hacía que fuese aquel sábado tan grande y tan solemne.

Pues por todas estas razones, como dice San Juan XIX. 31, se dieron tanta prisa los judíos á quitar la vida á los crucificados, porque antes que entrase el sábado pudiesen quitar los cuerpos de las cruces y darles sepultura, pensando por ventura que no les era lícito hacer esto en el sábado, en que les estaban prohibidas muchas más obras que en las otras fiestas, principalmente habiéndolo podido prevenir y estando mandado en la ley (Deut., XXI, 22) que los cuerpos de los ajusticiados se quitasen el mismo día de la cruz y se les diese sepultura. Según esto, el mismo viernes por la tarde fué nuestro Salvador quitado de la cruz y sepultado.

El sábado, los discípulos y las mujeres santas que acompañaban al Salvador, estuvieron en su recogimiento quietas (Luc., XXIII, 56) conforme al mandamiento de la ley. Y pasada la fiesta del sábado (Marc., XVI, 1), que debió de ser á la tarde después de puesto el sol, salieron á comprar unciones aromáticas, para ir luego muy de mañana al sepulcro á ungir el cuerpo del Señor.

Este es el orden de las cosas que pasaron en esta semana (que llamamos santa) y lo que parecía necesario presuponer para entender algunas dificultades en la HISTORIA DE LA SAGRADA PASIÓN, la cual empezaremos á contar (ponderando los puntos en que con más provecho puede hacer fuerza la meditación) desde la venta de Judas, que, como dijimos, es muy probable que se hizo el miércoles, cuando los sacerdotes hicieron segundo concilio sobre la muerte del Salvador en Jerusalén.

CAPÍTULO PRIMERO

Hácese concilio contra el Salvador, y Judas le vende.

Comoquiera que nuestro Maestro y Redentor Jesucristo se ofreció á la muerte porque quiso, y ninguna violencia le puso en la cruz sino su libre y amorosa voluntad; así, cuanto más se acercaba el tiempo, se iba El acercando al lugar de su muerte y Pasión. Habiendo, pues, entrado en Jerusalén con la solemnidad de los ramos, y hecho por aquellos días algunas idas y venidas desde Betania al templo y á la ciudad; después de acabados todos sus sermones y habiendo cumplido con el oficio de Maestro, y estando para empezar el oficio de Redentor, por remate de su doctrina, avisó clara y descubiertamente á sus discípulos del día que estaba tan cercano de su afrentosa y acerbísima Pasión (Matth., xxvi, 2). Bien sabéis (les dijo) que de aquí á dos días se ha de celebrar la fiesta solemne de la Pascua; pues yo os hago saber que en este mismo día solemne tengo yo de ser entregado en manos de los judíos y gentiles, los cuales me darán la muerte en una cruz.

Los príncipes de los sacerdotes, que estaban llenos de envidia y de pasión, y habían quedado irritados de la reprensión de sus vicios que con tanta entereza y verdad les había dado el día de antes el Salvador, juntaron contra El concilio (Matth., 3) en casa del sumo pontífice, que se llamaba Caifás, y en él determinaron dos cosas. La pri-

mera, que convenía prenderle con maña y con engaño, no con violencia ni publicidad. La segunda, que lo dilatasen para después de la Pascua; y esto, no por celo de religión ni por la reverencia que debían al día de la fiesta, sino por temor que habían cobrado, que habiendo de concurrir tanta gente en Jerusalén, que conocía y estimaba, y había recibido beneficios del Salvador, no levantasen algún motín y alboroto que les quitase el preso de las manos y se estorbasen sus intentos; y todo como lo determinaron lo hicieron del revés. Porque la muerte se la dieron al Salvador en el día de la fiesta, y la prisión se hizo con violencia y á mano armada. Así se ve cuán flacos son los consejos de los hombres, y que no pueden prevalecer contra los consejos de Dios; y la ocasión de mudar parecer pudo ser esta.

Andaba Judas indignado y mal tentado contra el Salvador y contra la doctrina que predicaba. Empezó la perdición de este apóstata infeliz y miserable por la codicia, porque estando á su cargo la limosna que se daba al Salvador, él como ladrón hurtaba de ella (Joann., XII, 6) para sus usos particulares. Vencido, pues, y enseñoreado de esta pasión, empezó á perder el gusto, y poco á poco á cobrar odio y aborrecimiento á la doctrina y persona del Salvador, que tan sencillamente enseñaba el amor de la pobreza y condenaba la codicia de las riquezas temporales.

Andando adelante vino á endurecerse de manera, que no queriendo reconocerse ni echarse la culpa á sí mismo del disgusto que traía, la cargaba toda sobre el Salvador, censurando y murmurando lo que decía y hacía; y, finalmente, no creía en El, teniendo su doctrina por embuste y sus milagros por hechizos, y haciendo daño con sus palabras y ejemplo en los demás que oían y seguían al Salvador. Porque en aquel altísimo sermón que predicó en el

capítulo VI de San Juan, en que prometió que había de dar á comer su Cuerpo y beber su Sangre, Judas debió de ser el principal de los que murmuraron diciendo (Joann., VI, 61): Dura es esta palabra, ¿quién podrá sufrir el oirla? Y debió de ser el capitán de aquel motín que fué causa de que (Joann., 67) muchos de los discípulos del Salvador volviesen atrás y dejasen su doctrina, porque entre otras palabras que les dijo el Salvador en esta ocasión, una fué decir (Joann., 65): Algunos hay de vosotros que no me creen; y dice el Evangelista, que dijo esto el Salvador porque sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién era el que lo había de vender. Y como todavía Judas se quedase disimulado entre los Apóstoles, sabiendo y conociendo el Señor que tenía tan mal pecho y tan poca fe como los que se habían ido; para corregirle con honra y con secreto, dijo el Señor á todos doce en común: ¿Por ventura os queréis ir vosotros también? Y creyendo San Pedro que los demás tenían el pecho como él, respondió en nombre de todos: Señor, ¿á quién ó adónde iremos? que tus palabras son de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres Cristo, Hijo de Dios. Mas el Salvador, que conocía bien lo que tenía en su escuela, respondió notando á Judas, y dándole ocasión para compungirse, si no estuviera tan duro: ¿Por ventura no os escogí doce á vosotros, y es el uno demonio? Y dice le Evangelista que lo dijo por Judas, el cual le había de vender, con ser uno de los doce; y á este demonio sufrió el Salvador por tanto tiempo y con tanta mansedumbre y paciencia, y con tan grande honra y secreto, hasta que con efecto le entregó á sus enemigos.

Sucedió en estos días postreros otro caso con que Judas se acabó de irritar y caer en lo profundo de su perdición. Viniendo el Salvador seis días antes de la Pascua á Betania (Joann., XII, 1), donde poco antes había resucitado

á Lázaro, como estaba fresca la memoria de aquella grande maravilla, todos tenían deseo de regalarle y honrarle, y dar alguna señal de su agradecimiento, y por esta causa le hicieron un convite, en que Lázaro el resucitado era uno de los convidados que estaban á la mesa, para mayor testimonio del milagro y para mayor honra del Señor, que le hizo con tanta admiración y espanto de todos, que á sólo ver esto (Joann., 9), había venido mucha gente de Jerusalén.

Las dos hermanas de Lázaro, Marta y María (á cuya instancia había el Señor resucitado á su hermano), llenas de fervorosa caridad y agradecimiento, se hallaron en este convite, dando muestras, las mayores que pudieron, del ánimo que tenían para con el Salvador. Porque Marta, siendo mujer principal y estando en casa ajena de Simón leproso (Matth., XXVI, 6), no quiso que le tomase nadie el oficio que solía ella hacer en la suya, y así servía por su misma persona á la mesa (Joann., XII, 2), traía la comida, partíala y hacía el plato, y con toda devoción y alegría se ocupaba en regalar al Salvador.

María Magdalena, que todas sus delicias pasadas había guardado para servir y regalar al mismo Señor, entre ellas tenía un vaso de ungüento oloroso, líquido de mucho valor y precio por ser hecho de la espiga del nardo (Marcos, XIV, 3), y no en pequeña cantidad, porque era una libra entera (Joann., XII, 3); finalmente, tal que á Judas le pareció gran perdición y demasía el derramarlo. Pero la santa Magdalena, que tenía otra estima y amor del Señor, todo le parecía poco para emplearlo en su servicio; y así, entrando en la sala y echándose á sus pies, se los ungió con parte de aquel óleo, y los limpió con sus cabellos; y de creer es que se los besaría muchas veces con amor y reverencia. Después se levantó, y para descubrir más la grandeza de su amor y cuán poco le dolía derramar licor

tan precioso en razón de servir y honrar al Señor, para que no quedase ni una gota, quebró el vaso, que era de alabastro (Matth., XXVI, 7), dejando caer todo lo restante del ungüento sobre la cabeza; y como era tan fino, toda la casa se llenó de buen olor, y hasta el día de hoy lo está toda la Iglesia del ejemplo de tanta devoción y caridad.

Admitió el Salvador benignamente este servicio de la Magdalena, no por el gusto y regalo que podía tener su cuerpo con aquella unción, que quien tenía ofrecidos los pies y las manos á los clavos y la cabeza á las espinas, no buscaba ni pretendía regalarse con las delicias de los ungüentos olorosos. Pero agradóse mucho de este servicio por el ánimo y devoción de quien lo hizo, y por el buen tiempo y sazón en que le hizo. Su ánimo venía encendido de amor, porque si la primera vez, cuando entró en casa del fariseo á llorar y pedir perdón de sus pecados, venía movida y traída del amor, como dió de ello testimonio el mismo Señor, ¿cuánto habría crecido este amor después de haber visto con tanta admiración sus milagros, y oído con tanto gusto y quietud sus sermones, y recibido con tanta largueza sus beneficios? El tiempo en que lo hizo fué tan cerca de la muerte del Salvador, que casi pudo servir aquella unción para sepultarle con ella, conforme á la costumbre de aquel pueblo; y así, queriendo el Señor dar á entender que no tanto se dejaba regalar como vivo cuanto se dejaba ungir por muerto, como si ya lo fuera, y volviendo muy cortesanamente por aquella mujer, dijo á sus Apóstoles (Matth., 10): «¿Por qué dais molestia á esta mujer con vuestras calumnias y murmuraciones? Que bien hecho está lo que conmigo ha hecho: hase adelantado á ungir mi cuerpo para sepultarle; dígoos de verdad que, dondequiera que se predicare este Evangelio por todo el mundo, juntamente con lo que yo hice y padecí por los

hombres, se ha de predicar lo que esta mujer ha hecho por mí, para que sea honrada y alabada por ello».

Estaba presente Judas á todo esto, y habiendo tantas causas para alabar la devoción de esta mujer, y para alegrarse de la honra y regalo que se hacía á su Maestro, él llevó muy pesadamente que se hubiese derramado este ungüento, dando por razón (Joann., 124) que era de mucho valor, y que del precio de él se pudieran remediar las necesidades de los pobres. Y á la verdad, á él se le daba muy poco del remedio de los pobres, sino que era ladrón y tenía bolsa aparte como propietario, y hurtaba de las cosas que se daban al Salvador, y así quisiera mucho que esta limosna se hubiera hecho en dineros; y (lo que hace el mal ejemplo) los demás Apóstoles debieron de hablar también en la misma murmuración, movidos de la razón que dió Judas en favor de los pobres, aunque no con la malicia que él tenía, prosiguiendo con ignorancia y engaño (como suele acaecer muchas veces) la murmuración que él había empezado con malicia y pasión.

Estando, pues, Judas en esta disposición, con el cuerpo tan solamente entre los Apóstoles y con el espíritu entre los fariseos enemigos de Cristo, y habiendo salido tan enfadado del convite de Betania, entendiendo, por otra parte, la tempestad que se levantaba contra el Señor, y que sus enemigos le buscaban para darle muerte; temiendo que no le alcanzase á él parte de este trabajo por tratarse como discípulo suyo, determinó asegurar su persona y ganar de solo un lance amigos y dineros. Y sabiendo que los príncipes de los sacerdotes hacían concilio y buscaban trazas para prender al Salvador con engaño, el hombre falso y fingido, enseñoreado del demonio, se fué para ellos, y confirmándolos (á lo que se puede creer) en sus intentos, dando testimonio como quien había vivido y conversado con El, que era merecedor de la muerte que le procura-

ban, les ofreció su industria y les prometió de ponérsele en las manos, si le quisiesen dar algún interés por ello (Matth., XXVI, 14).

Ellos se alegraron mucho (Marc., XIV, 11; Luc., XXII, 5) de tener en su favor el testimonio de Judas, y le señalaron por precio de su buena diligencia treinta reales; y él, como vil y apocado, tuvo por bueno este precio para vender por él al Señor de la Majestad; y el que había sido traidor á Dios y á la justicia y á la verdad, quiso ser fiel á los enemigos de Dios y de la justicia y verdad, y andaba desde aquel punto (Matth., XXVI, 16) buscando con mucho cuidado alguna ocasión para cumplir la palabra que les había dado.

CAPÍTULO II

Entra el Salvador en Jerusalén á cenar el cordero con sus Apóstoles.

LLEGANDO el jueves por la mañana, que era el primer día de los panes Acimos, estando el Salvador en Betania (donde se había quedado el día de antes), ó yendo camino de Jerusalén, antes de entrar en la ciudad empezaron los discípulos á tratar con Él (Matth., XXVI, 17), dónde gustaría que dispusiesen lo necesario para celebrar la Pascua, pues estaban ya tan cerca de ella. El Salvador, para mostrar que no tenía olvidado esto, sino que su Divina Sabiduría entendía de todas las cosas y las guiaba y encaminaba con su Providencia, llamó á dos de sus Apóstoles (Luc., XXII, 8), que fueron San Pedro y San Juan, y les dijo: «Idos adelante á la ciudad, y á la entrada de ella encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle hasta la casa donde fuere, y al señor de ella le daréis este recado de mi parte: El Maestro te envía á decir: el tiempo que tengo señalado y determinado de mi muerte

está ya muy cerca; esta ha de ser la postrera Pascua y la postrera Cena, la cual yo he determinado de hacer en tu casa con mis discípulos; y cuando le hayáis dicho esto, os enseñará una sala grande y bien aderezada, y allí podréis disponer la Pascua.» Los dos discípulos fueron, y les sucedió todo puntualmente como el Salvador lo había dicho: apercibieron todas las cosas necesarias en casa de aquel hombre tan dichoso, á quien el Salvador, con un recado tan regalado, pidió su casa para celebrar en ella tan altos misterios.

Entró después el Salvador en la ciudad, y fué con toda su familia á casa de su húésped, que le estaba esperando. Estaba ya á punto el cordero, las lechugas amargas, los panes sin levadura, los báculos y las demás cosas necesarias para celebrar la Pascua. Llegada que fué la hora conveniente, se dispuso el Salvador á hacer esta ceremonia. Sacrificaron el cordero, rociaron con su sangre los umbrales de la casa, asáronle en el fuego, calzóse el Salvador los pies, ciñóse el vestido, tomó el báculo en la mano, púsose en pie á la mesa, y sus Apóstoles con el mismo hábito y disposición como Él; luego empezaron á comer del cordero con los panes sin levadura y lechugas agrestes, de prisa, y como quien está de camino, que todo esto se hacía en memoria de la salida de Egipto y de la libertad temporal que había dado Dios á aquel pueblo, y era figura de la libertad espiritual que habíamos de alcanzar de la servidumbre del pecado y del demonio, por virtud de la sangre de Jesucristo, el cual con grande constancia y entereza de ánimo estaba dando principio á su Pasión con esta figura y representación de ella.

Acabada esta ceremonia, arrimaron los báculos y se sentaron á cenar la cena común y ordinaria, en la cual el Salvador con mucha mansedumbre y ternura, y con señales extraordinarias de amor, se empezó á regalar con sus

Apóstoles, diciendo cuánto deseo había tenido de cenar aquel día con ellos antes de su muerte, y tenerlos aquella Pascua por sus convidados (Luc., XXII, 15): «Con deseo (dijo) he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión»; dándoles á entender con esta grandeza y fuerza de su deseo, que los misterios que se habían de obrar en aquella Cena para bien de toda la Iglesia eran tan grandes, que merecían que se empleasen en ellos los deseos y grandes deseos del Hijo de Dios. Díjoles también, cómo aquella había de ser la postrera Cena que había de cenar con ellos en carne mortal, hasta que se viesen juntos en el convite del cielo, donde les había de llenar los deseos y dar perfecta hartura. «Porque vosotros, dice (Luc., XXII, 28), habéis sido mis fieles amigos y compañeros, que habéis permanecido conmigo y no me habéis desamparado en mis trabajos y tentaciones, y yo, por consiguiente, os tengo de hacer compañeros de mi descanso y de mi gloria, y daros parte en el reino que mi Padre me ha dado á mí, para que os sentéis á mi mesa, y comáis de aquel manjar espiritual que da hartura, y seáis embriagados del torrente de los deleites de Dios.» Todo esto decía el Salvador consolando á sus discípulos, que quedaban huérfanos, prometiéndoles grande y muy rica herencia por medio de su muerte.

Estaba Judas entre ellos, disimulando el rostro la maldad y traición de su corazón. Y el Salvador, con inefable mansedumbre, comía en una mesa y un plato con un hombre de quien sabía que había ido á los príncipes de los sacerdotes y trataba con ellos de venderle, y que tenía ya hecho el concierto y señalado el precio, y que no pensaba en otra cosa sino en buscar una buena ocasión para ponerle en sus manos. Y para mostrar el Señor que sabía y entendía bien esto y padecía voluntariamente, y para compungir el corazón de Judas y darle ocasión de volver

en sí, viendo que sabía su secreto; entre las demás palabras que dijo en esta Cena, se quejó también amorosamente de esto, diciendo (Matth., XXVI, 21; Marc., XIV, 18; Luc., XXII, 21): «De verdad os digo, que uno de vosotros me hace traición, y se ha conjurado con mis enemigos contra mí.» Oyendo esta palabra se entristecieron todos grandemente, y se miraban con turbación los unos á los otros y mucho más miraba cada uno á su propia conciencia, procurando ver si podía descubrir cualquiera de ellos en sí mismo ó en el otro algún rastro de esta traición: y aunque no les reprendía su conciencia, preguntaba cada uno con humildad: ¿Por ventura, Señor, soy yo? movidos de santo temor, y deseando de satisfacerse á sí y á los otros con la respuesta del Señor.

Entre estas pláticas iban prosiguiendo la Cena, y de trece que estaban en la mesa mojarían, como suele suceder, tres y cuatro en un plato; y como los Apóstoles hiciesen instancia al Salvador para que declarase quién era el traidor, y librase de esta sospecha y temor á los que estaban inocentes, el Salvador, que más pretendía reducir á Judas que infamarle, no quiso descubrir del todo aquel secreto, porque la nota y el odio de los condiscípulos no fuese causa á aquel desventurado de desconfiar y desesperar del todo; pero para exagerar más el caso y dar alguna seña más particular á los que preguntaban, les respondió (Matth., XXVI, 23): «De verdad os digo, que el que me ha de vender, no solamente está conmigo á la mesa, pero que moja conmigo en un plato: en verdad que por este camino el Hijo del hombre (que soy Yo) va á la muerte, y á muerte afrentosa de cruz; pero va de su voluntad, y por obedecer á su Padre, y por el rescate de todo el mundo, y para alcanzar por medio de la muerte grande gloria y nombre, sobre todo nombre, como todas las Escrituras lo afirman y testifican; mas ¡ay! de aquel que le ha de entregar á la

muerte, que aunque al presente parece que triunfa y que va á ganar amigos y dineros, pero en la verdad va á la horca, y va á tormentos eternos, y tan grandes y tan graves que le estuviera mejor no haber nacido.

Viéndose Judas entendido, y que la señal de mojar en un plato le tocaba á él, irritado con esta última palabra, que era palabra de amenaza, revolvió como víbora, y con rostro fiero y voz desentonada, y con tan poca vergüenza en la cara cuan poco era el temor de Dios que tenía en el corazón, mirando al Señor con los ojos turbados y encendidos, le dijo (Matth. xxv): ¿Soy yo, por ventura, Señor? Y el Salvador, con mucha mesura y mansedumbre; y á lo que parece con la voz baja (Joann., xiii, 28), que los demás no le entendieron, le respondió: Tú lo dices (Matth. xxvi, 25); que, en el modo de hablar de aquella lengua, tanto fué como concederlo llanamente.

CAPÍTULO III

Lava el Salvador los pies á sus discípulos.

Siendo, pues, como era, la noche antes del día solemne y festivo de la Pascua, sabiendo Jesús que era ya llegada su hora, y que aquel era el día en que por medio de la muerte había de pasar de este mundo á su Padre, aunque siempre había tenido y mostrado mucho amor á los suyos que estaban en este mundo, pero al fin de la vida quiso darles mayores muestras y argumentos de este amor. Y esta fué la causa porque habiéndose acabado aquella cena común y ordinaria, estando ya determinado Judas por instigación y persuasión del demonio á venderle, y siendo Él tal y tan grande que era Hijo Unigénito de Dios, en cuyas manos había su Padre puesto todas las cosas, y estando ya para volver á su Padre que le había enviado para darnos ejemplo de humildad y muestras de la terne-

ra con que amaba á los suyos, hizo una obra tan nueva y nunca pensada como veremos. Porque se levantó de la mesa, y mandó á los Apóstoles que se levantasen y se sentasen después por el orden y en la forma que convenía para lo que pretendía hacer, y hecho esto, se quitó el vestido ó túnica superior, quedándose con la interior solamente; y tomando un lienzo ó toalla, se ciñó con ella. Después de lo cual echó agua en una vacía, y arrodillándose en tierra, empezó á querer lavar los pies de sus discípulos.

De esta manera, no solamente les dió ejemplo de humildad, sino una manifiesta señal y prenda de su amor, el cual nunca se desdeña de hacer ningún oficio, por bajo que sea, con los que ama; é hizo éste el Salvador, siendo tan bajo y servil, con tanta alegría y con tanta diligencia, y tan bien hecho y con tanta perfección, como si no se hubiera ocupado en otra cosa por toda su vida. Porque Él lo hizo todo por sí mismo sin ayuda de nadie, y no se desdeñó de levantarse de la mesa, y quitarse el vestido, y ceñirse con un lienzo, el que siendo Hijo de Dios se dignó de hacerse hombre y se humilló y deshizo (Phil., II, 6), tomando en sí la forma de siervo; ni tuvo asco entre la mesa y los manjares de tratar con sus manos los pies inmundos de los Apóstoles, el que tuvo amor para derramar su sangre con que se lavasen las inmundicias de nuestros pecados.

Empezó, pues, el Señor á hacer este oficio por Simón Pedro, al cual en todas las cosas le solía dar el primer lugar como á cabeza, y de la cual es razón que empiece siempre la purificación y limpieza y reformación de las costumbres. Pues como San Pedro vió cosa tan nueva y admirable, respondió con el fervor y determinación que solía: ¿Señor, tú á mí me lavas los pies? ¿Tú, y á mí? ¿Qué es tú, y qué es á mí? Más es esto para pensarse (dice San

Agustín sobre este lugar) que para decirse; porque, por ventura, no acertará á declarar la lengua lo que en alguna manera acertó á concebir de estas palabras el pensamiento.

No desistió el Señor de su intento por este comedimiento del apóstol San Pedro, el cual, aunque nacía de reverencia y humildad, también se fundaba en ignorancia de las causas que el Señor tenía y fines que pretendía de hacer este oficio; porque no solamente quería dar ejemplo de humildad y muestras de su caridad, sino enseñar también con esta ceremonia cuán necesaria sea la limpieza interior del alma para recibir el Sacramento de su cuerpo y sangre que dentro de poco tiempo les había de dar; y que no era posible alcanzar esta limpieza de las culpas si El mismo no se la daba lavándolos con la sangre, y que sin este lavatorio no podían tener parte en El ni con El. Todo esto quería enseñar el Salvador á San Pedro con aquella semejanza y figura del lavatorio de los pies, y tomó ocasión de la resistencia que el Apóstol hacía, no mirando más que á la corteza y á lo que aquel hecho se descubría por de fuera, y así le respondió: Lo que Yo hago, tú no lo entiendes ahora; Yo tengo causas muy bastantes para hacerlo, las cuales si tú supieras, no trataras de estorbarlo; más como ahora no las sabes, haces esta resistencia: déjate ahora lavar como Yo pretendo, que á su tiempo las entenderás. Después pasó con todo eso adelante San Pedro en su porfía, por ventura pensando que las causas de hacer este oficio que el Salvador decía, no eran más que darles aquel ejemplo de humildad y no quería consentir que se diese este ejemplo á sus pies, y así respondió con resolución: No me lavaréis los pies ahora ni en ningún tiempo para siempre; eso es, no consentiré tal, no pasaré por ello, no vendré para siempre en ello, en que Vos me lavéis los pies.

Viendo el Salvador la porfía de San Pedro, y que no se quería rendir á dejarse lavar los pies con agua, de aquel Señor que había de lavar todos sus pecados con su sangre, le respondió con la misma resolución: Si Yo no te lavare á ti, no tendrás parte conmigo; como si dijera: No tratéis, Pedro, de quitarme este oficio de lavar las manchas y las inmundicias de los hombres; porque no lo puede hacer otro sino Yo, que he venido al mundo á servir y no á ser servido (Matth., xx, 28), y á dar mi vida por el rescate de todos los hombres; no queráis hacer cortesía con tanto daño vuestro, sino dejaos lavar y gozad de este beneficio, porque si Yo no os lavare, os podéis despedir de mi amistad y miraros como á hombre que no tiene que ver nada conmigo.

Mas como la porfía del Apóstol no nacía de dureza y desobediencia, sino de reverencia y humildad, cuando vió lo que le importaba dejarse lavar y lo que el Salvador le amenazaba, ofreció de buena gana que le lavase, no sólo los pies, sino las manos también y la cabeza; como si dijera, dice San Agustín *(Trac.*, 36 in Joann.): Pues que así me amenazáis, no solamente no quito que me lavéis lo más bajo del cuerpo, que son los pies, sino que os ofrezco lo más alto que es la cabeza; y porque no me neguéis el tener en Vos parte, yo tampoco quiero negaros que me lavéis cualquiera parte. El que está lavado, dijo el Salvador, no tiene necesidad de lavarse más que los pies, que en lo demás limpio está ya todo; mostrando que ni había de rehusar que le lavase los pies que estaban sucios, ni había para qué ofrecer la cabeza y las manos, que estaban limpias; y que así como suele acaecer, que después de estar un hombre limpio y lavado, cuando sale del baño se le pegue algún polvo ó lodo, á los pies, por lo cual los vuelve á lavar otra vez, así también después de estar uno limpio de las culpas graves y mortales, se le suele pegar el polvo de las veniales, y este tal, bien es que se lave los pies, y que

se purifique más y más cuanto le fuere posible, antes de recibir el divino Sacramento. Y como traía el Señor atravesada en el corazón aquella espina de la perdición de Judas, ninguna acción perdía de mostrar este sentimiento y despertarle á que volviese en sí; y así la tomó de lo que trataba para herirle como de paso, diciendo: Y lo que acaece á un hombre que, estando limpio todo, no tiene limpios los pies, eso mismo os ha sucedido á vosotros, que de verdad estáis limpios, pero no estáis limpios todos. Porque como sabía bien quién era de ellos el que le había de vender, por eso dijo que no estaban limpios todos. Rendido, pues, el Apóstol con estas palabras, se dejó lavar los pies, y todos los demás por su orden, no atreviéndose ninguno á hacer contradicción ni resistencia después de haber oído lo que se le había respondido á San Pedro. Y porque sobre este beneficio quiso el Salvador cargar esta pensión de que hiciésemos con nuestros hermanos lo que El hizo con nosotros, debemos estar muy atentos á lo que El hizo, para saber lo que debemos hace; y considerar en todo este acto el silencio, la humildad, la alegría del rostro, la diligencia y modestia del Salvador; y por otra parte, la devoción y reverencia, el encogimiento y admiración de los Apóstoles, y el enfado y desdén y desacato con que se dejó lavar Judas, y la mansedumbre y paciencia, humildad y caridad con que el Salvador estaba á sus pies.

CAPÍTULO IV

Instituye el Señor el Santísimo Sacramento, y declara á San Juan quién es el traidor.

Habíase llegado la hora en que Jesucristo nuestro Señor, sacerdote sumo y eterno según el orden de Melquisedec, había de ofrecer su Cuerpo y Sangre en verdadero sacrificio para aplacar la ira de Dios y reconcilíar todo el

mundo con El. Y ese mismo Cuerpo y Sangre que se había de ofrecer en la Cruz, nos le quiso dejar perpetuamente en la Iglesia debajo de especies de pan y de vino, para que fuese sacrificio limpio y Hostia agradable de la ley de gracia, y excelentísimo Sacramento en que El mismo realmente estuviese presente, y nos diese su Cuerpo en verdadero manjar y su Sangre en verdadera bebida, en testimonio de su amor, para esfuerzo de nuestra esperanza y despertador de nuestra memoria, para compañía de nuestra soledad y recurso en nuestras necesidades y tribulaciones, y para prenda de la bienaventuranza y confirmación de las promesas del nuevo Testamento: y con la providencia amorosa que tenía de su Iglesia, estando á la entrada de su Pasión y tan cercano á su muerte, todo su cuidado era dar órdenes como no faltase en ella este soberano pan hasta el fin del mundo.

Acabada, pues (Joann., XIII, 12), aquella obra de tanta caridad y humildad como fué lavar los pies á sus discípulos, estando todos suspensos y atentos para ver en qué paraba aquella nueva ceremonia, el Salvador, aunque cansado del oficio que había hecho, pero con mucho sosiego y mesura, tomando los vestidos que se había quitado, se tornó otra vez á sentar á la mesa; y como si hubiera de empezar otra nueva cena y convite, mandó á sus discípulos que se sentasen con El, y estando todos atentos, les dijo: «Bien habréis echado de ver lo que yo he hecho con vosotros: vosotros me llamáis Maestro y Señor, y en esto decís bien, porque de verdad lo soy; pues si yo, siendo vuestro Maestro y vuestro Señor, os he lavado los pies, obligados quedáis á hacer unos con otros cualquier oficio de caridad y humildad, por muy dificultoso y despreciado que sea. Porque Yo os he dado ejemplo, para que de la manera que lo he hecho Yo, así lo hagáis vosotros; pues ni el siervo es mayor que su señor, ni el apóstol mayor que el que le envía. Si enten-

déis bien estas cosas, entonces seréis bienaventurados cuando las hiciereis.» Y es cosa maravillosa y muy digna de considerar, cómo no perdía ocasión el Salvador de significar el sentimiento que le causaba la traición de Judas, y de dar á entender que no le llevaban engañado á la muerte, sino que El iba de su voluntad; y por eso añadió: «Y lo que os he dicho que seréis bienaventurados, no lo digo por todos, que Yo conozco bien á los que Yo mismo escogí. Mas al fin se ha de cumplir la Escritura que dice: El que come pan á mi mesa me ha de dar traspie y hacerme traición. Y dígoos esto desde ahora y con tiempo, antes que se haga, para que cuando lo veáis hecho cumplido, creáis que Yo soy el que os tengo predicado que soy.»

Mirábanle todos con atención y reverencia, reconociendo en su semblante y disposición que trataba de hacer alguna obra grande y desacostumbrada; y el Señor, tomando en sus manos un pan de aquellos ácimos y sin levadura que había quedado en la mesa de la cena pasada, considerando la grande maravilla que había de obrar en él (que había de ser cifra (Salmo CX, 4) de las maravillas y misericordia de Dios), levantó los ojos al cielo á su omnipotente y Eterno Padre, mostrando con esta ceremonia que de El procedía todo el poder y virtud para hacer obras semejantes. Juntamente le dió las gracias (que sólo El se las podía dar dignamente) por todos los beneficios que en su santa Humildad había recibido, y particularmente por aquel inmenso beneficio que en aquella hora disponía de hacer á todo el mundo. Bendijo también aquel mismo pan con nuevas palabras y particular bendición, y tal que dispusiese los ánimos de los discípulos, y los hiciese atentos para aquella obra nueva y particular que quería hacer. Después de esto partió con sus mismas manos aquel pan en las partes que convenía para comulgar á todos con él, y el mismo Señor lo consagró con sus palabras, convirtiendo, por vir-

tud de ellas, aquel pan en su Cuerpo, y haciendo con su divino poder que aquel mismo Cuerpo suyo, que estaba presente y visible á los ojos de los Apóstoles, estuviese El mismo realmente presente aunque no visible á los ojos del Cuerpo, sino escondido y encubierto debajo de los accidentes de pan; y las palabras con que le consagró fueron aquellas mismas con que clara y distintamente les dió á entender cuál era aquel manjar que les daba, diciendo: Tomad y comed, porque esto que os doy es mi Cuerpo, el mismo que ha de ser entregado por vosotros y puesto en la cruz por la salud del mundo.» Y dicho esto, Él mismo antes que los demás comulgó de su propia mano, recibiendo su mismo Cuerpo debajo las especies de pan, y luego dió á todos y á cada uno en particular de aquel pan consagrado; y todos lo recibieron y comieron, entendiendo bien lo que aquello era, porque el Salvador lo había dicho con palabras claras y manifiestas.

Estaba también dispuesta sobre la mesa una copa ó cáliz con vino mezclado con alguna poca de agua, y tomando el Señor en sus manos aquel cáliz y dando gracias á su Eterno Padre, lo bendijo asimismo con particular bendición, y lo consagró con sus palabras, convirtiendo aquel vino en su Sangre, y haciendo con su divina virtud que aquella misma Sangre suya, que tenía en las venas, estuviese realmente presente en aquel cáliz debajo de los accidentes de vino; y las palabras con que lo consagró fueron aquellas mismas con que, clara y distintamente, dió á entender á sus discípulos lo que les daba á beber, diciendo: «Bebed todos de este cáliz, porque lo que os doy á beber en él es mi Sangre, con que se confirma el nuevo Testamento; aquella misma que será derramada en la cruz por vosotros para remisión de los pecados.»

Había venido el Salvador al mundo para hacer un pueblo nuevo y espiritual, y establecer y asentar con él

un nuevo pacto y Testamento mucho más excelente que el Testamento viejo que había sentado con el pueblo carnal de los judíos; porque los mandamientos de este nuevo Testamento son más suaves y más perfectos, y las mandas y promesas que se hacen en él son más ilustres, pues no son de bienes temporales, sino de eternos: y así se confirmó este Testamento, no con sangre de animales como el primero, sino con la Sangre del Cordero sin mancilla, Jesucristo nuestro Señor, que derramada en la cruz tuvo eficacia para quitar los pecados del mundo. Este Testamento ordenó el Señor en su última Cena, estando presentes sus Apóstoles, en nombre de toda la Iglesia; y para mayor firmeza de lo que en él ordenaba, les dió á beber su Sangre, diciendo: «Bebed todos de este cáliz, porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, la cual se derramará por los hombres para remisión de los pecados.»

Y porque pretendía el Señor que este sacrificio y Sacramento que en esta postrera Cena instituía, durase en su Iglesia hasta el fin del mundo, no solamente consagró Él, por sí mismo, el pan y el vino en su Cuerpo y Sangre, sino que dió potestad á sus Apóstoles para que ellos también ol hiciesen, y para que fuesen comunicando la misma potestad por medio de los obispos á los sacerdotes legítimamente ordenados, hasta que Él viniese á juzgar y mientras este mundo durase. Y les mandó expresamente que todas cuantas veces celebrasen este sacrificio, lo hiciesen para acordarse de Él y del amor conque moría por los hombres, que por eso se quedaba entre ellos presente, y les dejaba una manda tan rica como era su Cuerpo y su Sangre, con todos aquellos tesoros que mereció en su Pasión, para que en ningún tiempo pudiesen para siempre olvidarse de Él; y así les dijo: *Haec quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis;* siempre que hiciereis esto, lo haréis para acordaros de Mí.

¡Oh Sacramento admirable! ¡Oh beneficio inestimable! ¡Oh amor incomprensible! ¡Oh pan de los angeles y manjar del cielo, dispuesto para el sustento y esfuerzo de los hombres que van peregrinando por el mundo, con aquel excelentísimo fuego de caridad que descubrió el Señor en su Pasión, con tanta fuerza y eficacia que hace de los hombres ángeles y de los terrenos celestiales, transformándolos en amor de quien los tuvo tanto amor! ¡Oh palabras dignas de ser recibidas con toda fe, agradecimiento y reverencia! Que aquel Señor, que no sabe ni puede engañar, diga por su boca: Tomad y comed, que este es mi Cuerpo; bebed todos de este cáliz, que esta es mi Sangre. ¡Oh grandeza de liberalidad! ¡Oh dádiva digna de Dios! ¿Qué podré yo, Señor, daros por este beneficio sino decir con todo el afecto de mi corazón: Ved aquí, Señor, este es mi cuerpo, el cual ofrezco por Vos á dolores, enfermedades, cansancios, fatigas y penitencias; y esta es mi sangre, la cual desde luego os ofrezco para derramarla, si Vos fuereis servido, por vuestra gloria; y esta es mi alma, criatura vuestra, sujeta y rendida á toda vuestra voluntad?

Después de hechas todas estas cosas, viendo el Señor su muerte tan cercana y la dureza y obstinación de Judas en su mal propósito, que ni bastaba haber declarado su traición y significado tantas veces y de tantas maneras, que le era notorio el secreto que él tanto disimulaba y encubría, ni bastaba haberle visto arrodillado á sus pies y lavárselos para mover y ablandar su corazón, ó ponerle siquiera un poco de vergüenza en la cara, antes con nefario atrevimiento estaba con los demás á la mesa, y con mala conciencia había recibido el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, y miraba y conversaba y comía en un plato con Aquel que sabía su maldad. Viéndose, pues, el Señor tan cerca de hombre tan endurecido y de tan dañadas entrañas, dió el lugar al sentimiento que como hom-

bre podía tener de tan fea y abominable traición, y empezó á congojarse (Joann., XIII, 21) y turbarse en su ánimo, y afirmó otra vez con grande aseveración diciendo: «De verdad os digo, que uno de vosotros es el que me ha de vender.» Y como el Señor no nombraba á ninguno, ponía temor á todos (Joann., 22), y unos se miraban á otros, dudando por quién lo decía. Porque aunque no les acusaba su conciencia de esta traición, pero más crédito daban á las palabras del Señor que á su propio pensamiento, reconociendo con humildad que eran hombres, y que el hombre fácilmente se muda y puede caer.

Estaba en esta sazón el Apóstol San Juan inmediato al Salvador en la mesa; y viéndole congojado y turbado, con la confianza que le daba aquel particular amor que le había mostrado siempre su Maestro regalándose con él (Joann., 23), reclinó la cabeza sobre su sagrado pecho; y el Salvador, en una noche de tan altos misterios y de tan profundos Sacramentos, entre tantos cuidados y congojas, recibió amorosamente á San Juan en su pecho, descansando Él también en el pecho leal y en el amor sincero de su Evangelista, y recibiendo de buena gana aquel alivio de la congoja que le causaba la presencia del traidor.

Pero el Apóstol San Pedro, con su acostumbrado fervor, estaba con grande ansia de descubrir este enemigo, para despedazarle, si pudiera, con sus manos; y no atreviéndose á preguntar por sí mismo, ni sufriéndole el corazón dejar de hacer alguna diligencia en ello; viendo, por otra parte, el favor particular que hacía el Salvador á San Juan en presencia de los demás condiscípulos, y la comodidad que tenía para averiguar este negocio sin ruido y con el secreto que convenía (Joann., 24), hízole señas desde su lugar, para que preguntase quién era aquel por quien lo decía. Pues como San Juan estuviese recostado sobre el pecho de Jesús, preguntóle con toda confianza

que le dijese quién era. Y el Señor le respondió, á lo que parece con voz baja, y que lo entendió San Juan solamente: «Aquel es á quien yo diere el pan mojado.» Y luego, tomando un bocado de pan y mojándolo en algún pebre ó salsa que había quedado en la mesa, se lo dió á Judas; lo cual para el Apóstol San Juan fué como una cifra y contraseña por donde conoció al traidor, y para el mismo Judas un particular regalo y favor para ablandarle el corazón, y obligarle, si no estuviera del todo obstinado, á mudar sus intentos.

Pero el desventurado, por su culpa y mala disposición, empeoraba siempre en los remedios que se tomaban para su salud. Porque tras este bocado que le dió el Salvador (Joann., 27), se le entró Satanás en el alma, y el que había entrado primero en él para que tratase y concluyese la venta de su Maestro con los judíos, se apoderó de él con mayor fuerza, instigándole para que fuese luego á ejecutarla; y viéndole el Salvador todo ciego y turbado, le dijo con su acostumbrado sosiego y mansedumbre: «Lo que has de hacer (Joann.), hazlo presto.» Ninguno de los que estaban á la mesa entendió para qué fin le decía el Salvador estas palabras; antes imaginaron algunos que como Judas tenía la bolsa y el gasto común, el Salvador le quería decir que comprase alguna cosa necesaria para la Pascua, ó diese alguna limosna á los pobres, como lo tenía de costumbre. Pero en la verdad, el Salvador le hablaba á su pensamiento, y por eso le dijo: «Lo que haz de hacer, hazlo presto.» No porque le aconsejase ó instigase á ejecutar tan gran maldad, antes le daba en rostro con ella, dándole á entender que le veía el corazón, y que cuanto era de su parte no trataba de atajarle los pasos ni estorbarle sus intentos, sino que se los permitía y daba lugar á su malicia; y que tenía mayor deseo por su encendida caridad de padecer la muerte, que tenía él por su increíble maldad de

venderle para que se la diesen. Así que Judas comió aquel bocado y oyó estas palabras, incitado de furias infernales, se salió al momento del aposento y casa donde el Salvador estaba, para no volver jamás á su compañía; y cuando (Joann, 30) Judas salió ya era de noche.

CAPÍTULO V

Despídese el Salvador de su Santísima Madre para ir á padecer.

Cosa cierta es que la Virgen Santísima no ignoraba la causa por qué el Hijo de Dios se había hecho hombre en sus entrañas, que era para redimir el linaje humano con acerbísimos tormentos, con el derramamiento de su sangre y con la muerte en la cruz. Esto supo lo primero con la lección y meditación de la Sagrada Escritura, aun antes que su Hijo encarnase. Lo segundo, con la profecía que le dijo el viejo Simeón cuando presentó á su Hijo en el templo. Lo tercero, por la frecuente comunicación que tendría de este punto con su Hijo; porque si el Señor avisó tantas veces de esto á sus discípulos, mucho mejor avisaría á su Madre: y así son de considerar aquellas largas y retiradas conversaciones que tendría con Ella, dándola inteligencia y luz de las Escrituras, y mostrándola por todas ellas que convenía que padeciese Cristo para entrar en su gloria. Porque si el Salvador dió cuenta de su Pasión diferentes veces á sus discípulos, ¿cuánto mejor y más en particular se la daría á su Madre para consolarse y descansar con Ella? Porque los discípulos, así como entendían este misterio (Luc., XVIII, 34), así tenía el Salvador poco alivio en tratarlo con ellos. Cuando se lo descubrió la primera vez, quisieron persuadirle que no tratase de ello, como se lo persuadía (Matth., XVI, 22) San Pedro. Cuando se lo volvió á decir cerca de la Pasión, como perdieron la espe-

ranza de estorbarlo y vieron que el Salvador iba ya de hecho á padecer (Marc., x, 32), se pusieron tristes y llenos de temor. Después, en la oración del huerto, estando tan prevenidos y avisados, y viendo á su Maestro en tanta agonía y que se iba á consolar con ellos, estaban cargados de sueño y de congoja. De esta manera tenía siempre el Señor trabajo con ellos; unas veces reprimiendo su celo indiscreto con reprensión, otras animando su flaqueza con consuelo, otras exhortándolos con doctrina y armándolos contra la tentación. Y si con todo esto perseveraba el Señor en dar parte de sus penas y buscar consuelo en donde hallaba tan poco, ¿cómo creeremos que trataría este negocio con su Madre? ¿Cómo descansaría con Ella, dándola cuenta de sus cuidados y congojas? ¿Cómo la contaría las calumnias y envidias, los odios y persecuciones de los judíos? ¿Cuán por menudo la daría razón del fin en que había de parar aquella borrasca y tempestad, y cómo, finalmente, había de ser anegado de sus olas? (Salm. LXVIII, 3). No se puede dudar sino que muchas veces y muy despacio trataría de estas cosas con su Madre, desahogándose y consolándose con Ella, la cual entendía tan profundamente este misterio, y le aceptaba con tanta conformidad, y le ofrecía con tanta devoción, y le sentía con tanta ternura; y, finalmente, tenía el corazón tan semejante, y tan unido y tan uno con el de su Hijo.

Y por todo lo dicho, no se puede creer sino que tenía esta Señora muy frecuente y casi continua meditación de esta Pasión, porque á este pensamiento la llevaba el amor y dolor; porque ¿cómo no había de tener dolor siempre que pensaba en la Pasión de su Hijo, y sentía ya, con la experiencia lo que le había profetizado Simeón (Luc., II, 35), que había de atravesar su ánima el cuchillo? Siempre que veía ó consideraba el Cuerpo de su dulcísimo Hijo, la

ocurrían los tormentos que en cada uno de sus miembros había de padecer: consideraba la cabeza con las espinas, el rostro con las bofetadas, las espaldas con los azotes, los pies y manos con los clavos, el costado con la lanzada; y siempre que abrazaba á su Hijo, abrazaba juntamente en su corazón todos estos dolores y afrentas, y decía: «Manojito de mirra es mi Amado para mí (Cant. I, 12), y le daré yo morada entre mi pecho.»

Y de aquí se despertaba en la Virgen una grande admiración y ardientísimo amor: porque con la luz que el Espíritu Santo le comunicaba, conocía bien la alteza de la Majestad de Dios, la pequeñez y vileza de los hombres, y la acerbidad de los tormentos que por ellos había de padecer; y confiriendo entre sí estas cosas, sacaba la grande caridad de Dios, y el inestimable beneficio que se hacía á todo el género humano, y la parte tan aventajada que Ella tenía en él. Y á este conocimiento correspondía en su casto y humilde corazón un profundo agradecimiento y fervorosísimo amor de Dios, y no menos una grande y encendida caridad para con los mismos hombres, á los cuales veía que había Dios estimado tanto, que por su remedio entregaba á su Hijo á muerte tan ignominiosa y acerba: y de aquí nacían aquellas entrañas de misericordia y piedad con los miserables pecadores, deseando emplearse toda, cuanto le fuese posible, en el remedio de ellos. Y aquí debe estribar también nuestra esperanza, que nunca se ha de cansar de abogar por nosotros: pues en hacer nuestro negocio hace aquel porque su Hijo vino al mundo, y se logra el precio de su redención y la sangre que derramó por nosotros.

Estando, pues, la Virgen tan apercibida con tan clara noticia, y con tan contínua y profunda meditación de la Pasión de su Hijo, y sabiendo cierto que aquella era la noche que había de ser entregado á la muerte, se vino en

pos de El á Jerusalén, y se recogió, con otras santas mujeres que de ordinario la acompañaban, en aquella misma casa donde su Hijo había de celebrar la Pascua. Y aunque en otro aposento diferente, como se debe creer, de aquel en que su Hijo estaba con los Apóstoles, pero muy á menudo y por momentos sabía todo lo que el Salvador hacía, decía y ordenaba. Ella, con su grande caridad y humildad, aderezaría la cena, como otras muchas veces lo había hecho; y no se desdeñaría de ningún oficio, por humilde que fuese, sabiendo que su Hijo se ocupaba en lavar con sus manos los pies de los Apóstoles. Allí entendió cómo su Hijo les había dado á comer su Cuerpo, y á beber su Sangre, debajo de accidentes ajenos de pan y de vino, é instituído este divino Sacramento para que durase perpetuamente en la Iglesia; y como quien estaba más herida que otra ninguna criatura del amor de su Hijo, y estaba más alumbrada que otra ninguna del Espíritu Divino, supo conocer mejor que todas la alteza de este misterio, y estimar la inmensidad de este beneficio, y agradecer más de corazón este consuelo y compañía que la quedaba en la ausencia de su Hijo y tiempo de su peregrinación. Allí, finalmente, estaría y oiría cuanto pudiese aquel largo razonamiento y sermón conque su Hijo se despedía de sus Apóstoles, esperando el fin que había de tener aquella despedida tan amorosa.

Acabado, pues, el sermón (Matth,. XXVI, 30) se levantó con grande determinación el Salvador en pie, y sus discípulos con El, y todos juntos dieron gracias y cantaron alabanzas á Dios, y parece que dijeron alguna oración ó cántico acostumbrado para dar gracias después de comer, al cual se refieren los Evangelistas cuando dicen: *Et hymno dicto.* Y si este himno que se acostumbraba (como algunos piensan) eran siete salmos enteros, desde el salmo CXII, que empieza: *Laudate, pueri, Dominum*, hasta el sal-

mo CXVIII, que empieza: *Beati immaculati in via*, se puede sacar de ahí cuán advertido estaba el Salvador de dar gracias á su Eterno Padre por cualquier beneficio; pues en esta noche de tantos cuidados y de tanto dolor, se las dió después de su última cena tan despacio y cantando, dándonos ejemplo de agradecimiento y de cumplir lo que mandaba Dios en su ley (Deut., VIII, 10): *Cum comederis et satiatus fueris, benedicas Domino Deo tuo pro terra optima quam dedit tibi.* Cuando comieres (dice) con abundancia y á tu satisfacción, tendrás cuidado de bendecir y dar gracias al Señor Dios tuyo, por la tan gruesa gracia y excelente como te ha dado.

Viendo, pues, la Virgen á su Hijo en pie, se retiró á lo secreto de su aposento á esperar el último abrazo y despedida que tanto dolor la había de costar: cuando le ve entrar con el sosiego y mesura acostumbrada, encendido el rostro del trabajo de haber lavado los pies y del largo razonamiento que había hecho después de la cena, y mucho más del grande fervor de su abrasada caridad, y puesto delante con el amor y reverencia que tal Hijo debía á la Madre; Señora (la dice), no vengo á deciros cosa que no sabéis, sino á despedirme para lo que ya sabéis. Muchas veces he descansado con Vos tratando de ello; dad gracias á Dios, Señora, que os ha cabido en buena suerte tener un Hijo que haya de morir por justicia, pero para satisfacer á la Justicia Divina, y para justificar á los hombres y reconciliarlos con Dios. Consolaos, Señora, que el fruto es grande y la tempestad breve, y muy pronto os volveré á visitar lleno de inmortalidad y de gloria. En hacer yo esta jornada cumplo el mandamiento de mi Padre y hago su santísima voluntad. El consuelo que yo llevaré, será saber que Vos quedáis con alguno; porque el tiempo da prisa, dadme, Señora, vuestra licencia, vuestra mano y vuestra bendición.

¡Qué lágrimas tan sosegadas correrían por aquel rostro de la Virgen! ¡Qué corazón tan atravesado de dolor, y tan constante y esforzado para obedecer y conformarse con lo que Dios disponía! ¡Qué caridad tan abrasada para ofrecer el Hijo que tanto quería, por la gloria de Dios y la salud de los hombres! Vuestro Padre, Hijo mío (respondería la Virgen), os dé la bendición desde el cielo; y añadiría luego: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su voluntad. El Salvador lloraría también, pues se enterneció y lloró de ver llorar á María Magdalena (Joann., XI, 35) en la muerte de Lázaro su hermano, y mudos los dos con el sentimiento, se debió de hacer aquella última despedida, echándose los brazos y haciéndose el uno al otro con silencio el debido acatamiento, y con esto se arrancaría el Hijo de su Madre, y Ella le seguiría con los ojos hasta perderle de vista, y nosotros debemos estimar y agradecer, y tenernos por muy obligados al amor con que la Virgen nos da su Hijo para padecer y morir por nosotros.

CAPÍTULO VI

Sale el Salvador al Huerto, y da cuenta de su tristeza á sus discípulos.

Despedido el Salvador de su Madre, recogió sus discípulos, que le estaban esperando, y acompañado y rodeado de ellos salió de aquella casa donde había cenado, y salió de aquella desdichada ciudad que no le había recibido, desamparando la ingrata y desconocida sinagoga, y dejándola en la eterna noche y ceguedad en que hasta hoy persevera; y salió camino del monte de las Olivas (Matth., XXVI, 30), de la otra parte del torrente de Cedrón, adonde otras veces (Luc., XXII, 39) solía ir por las noches á tener oración. Yendo, pues, andando y mirándolos á to-

dos, les dijo: «Todos vosotros os habéis de escandalizar esta noche, y habéis de huir y me habéis de desamparar, cuando veáis lo que ha de pasar por mí.» Díjoles esto el Salvador hablando como se suele hacer según el tiempo y ocasión presente de lo que traía atravesado en su Corazón, y mostrando que sabía y entendía (Aug., lib. III de *Cons. Ev.*, c. II), como verdadero Dios, lo que había de pasar por El y por ellos; y que de su propia voluntad iba á la muerte, no por fuerza, ni por ignorancia, ni por engaño: y para darles buen ánimo que se volviesen á El después de haberle desamparado, confiados y seguros que les perdonaría aquella flaqueza, que El mismo había sabido antes que sucediese, y estando en amor con ellos se lo había profetizado. «Porque á Mí (dice) no se me hará nuevo este vuestro escándalo y caída, que bien sé que ha de suceder; y muchos años ha que está profetizado por Zacarías (XIII, 7), cuando dijo: Heriré al pastor; esto es, entregaré mi Hijo á la muerte, y se descarriará el ganado, porque vosotros habéis de andar huídos y turbados. Pero dos cosas os pueden consolar y animar: la primera, que Yo resucitaré al tercero día después de mi muerte, y la segunda, que después de resucitado, me pondré antes que vosotros en Galilea, y allí me veréis y os gozaréis y animaréis con mi vista.»

Dos veces había reprimido el Salvador, antes de salir de casa, en el discurso del sermón que hizo después de la cena, el demasiado fervor de San Pedro (Joann., XIII, 37), que confiando en sí más de lo que debiera, había blasonado delante de los demás que primero se dejaría encarcelar y morir, que desamparar ó negar á su Maestro; y al parecer, venía también ahora con el mismo brío y sentimiento, armado con su cuchillo si fuese menester para la defensa. Y como vió que el Salvador había hablado generalmente de todos, cuando dijo: «Todos vosotros os habéis de

escandalizar» (Matth., XXVI, 31), no considerando la verdad del que lo decía y su propia flaqueza, se salió afuera de esta generalidad diciendo: «Aunque todos los demás (Matth., 33) se turben y escandalicen, yo no me tengo de escandalizar.» Decía Pedro lo que sentía de presente en su corazón; y porque él se quiso hacer singular entre los demás, á él singularmente le volvió á decir el Señor que no tenía por qué presumir en su vana confianza, ni por qué dudar de la verdad de su profecía, la cual sería tan cierta y se cumpliría tan en breve, que en aquella misma noche (Marc., XIV, 30), antes que el gallo cantase dos veces, ya Pedro le habría negado tres. No acababa con todo eso San Pedro de recibir con humildad esta profecía del Salvador, y parecíale que era negarle desde luego si no declaraba el ánimo y determinación que tenía de seguirle y confesarle; y así le dijo (Matth., XXVI, 35): «No penséis, Señor, que mi amor es tan corto, que se ha de turbar por veros prender para la muerte; porque si fuese menester morir con Vos y en vuestra compañía, eso haré yo de buena gana, pero no negaros.» Y todos los demás Apóstoles hacían las mismas ofertas y blasonaban de la misma manera.

En estas pláticas salieron de la ciudad y bajaron á aquel valle hondo y sombrío, que por serlo tanto se llamaba (IV Reg., XXIII, 4) valle de Cedrón, y por lo más hondo de él pasaba un arroyo que, tomando nombre del lugar, se llamaba (Jerem., XXXI, 40) también el torrente de Cedrón. De la otra parte del arroyo, sobre la mano izquierda, en la falda del monte de las Olivas, estaba el huerto que llamaban Getsemaní, al cual por estar tan solo apartado (Joann., XVIII, 2), solía el Salvador acudir muchas veces á hacer oración. Y aunque al pasar de este valle y arroyo se esforzaban los discípulos á mostrar buen ánimo, pero de creer es que llevaban mucha congoja y temor, porque el valle era hondo y sombrío, y así por la espesura de los

árboles como por los riscos y concavidades del monte, la soledad y silencio era grande, la noche obscura y cerrada, que ya había pasado buen espacio de tiempo desde que Judas salió del Cenáculo (Joann., XIII, 30), y cuando salió era ya de noche. Todo lo que se había tratado aquella tarde eran anuncios de traiciones, de deshonras, de tormentos y de muerte. Pues ¿qué efecto podía hacer todo esto, en medio de aquella soledad y obscuridad, en los corazones de aquellos pocos hombres flacos y desarmados?

Llegando, pues, á la entrada de aquella granja ó huerto de Getsemaní, mandó (Matth, XXVI, 36) á los ocho de sus discípulos que se quedasen allí, mientras El se retiraba más adentro á hacer oración, encargándoles también á ellos que velasen y orasen porque no fuesen vencidos de la tentación (Luc., XXII, 46); y llevando consigo á los tres más amados discípulos, se retiró con ellos (Matth., XXVI, 36) más adentro en el huerto. Y empezó á sentir un nuevo accidente de un desacostumbrado temor y caimiento de corazón, con una profundísima tristeza, que le obligó á comunicarla con los tres discípulos, y les dijo: «Triste está mi ánima hasta la muerte»; que fué tanto como decir: tan grande es la tristeza que mi ánima siente, que ella sola bastaría á causarla la muerte. Y para mostrar la fuerza de ese sentimiento, le declaran los Evangelistas con diferentes nombres por qué le llaman tristeza (Matth., 37), que es un afecto nacido de la aprensión de algún mal presente, y le llaman pavor ó temor (Marc., XIV, 33), que nace del mal que se espera. Y lo uno y lo otro, la tristeza con el temor, y el temor con la tristeza, como dos losas pesadísimas apretaron el corazón del Señor, de manera que causaron aquella congoja mortal, que significó el Evangelista con nombre de tedio (Marc., XIV, 33), cuando dijo: *Coepit pavere et taedere.*

Traía el Salvador muchas causas de congoja y dolor

encerradas en su corazón, las cuales había sufrido por todo el tiempo de su vida; y en este punto, con las nuevas ocasiones le apretaron más y se vinieron á declarar de muchas maneras. Porque aunque es verdad que aquella alma santísima desde el primer instante que fué criada vió á Dios claramente, y la ley ordinaria de aquel que ve á Dios sea que no pueda tener pena ninguna, y que en cuerpo y en alma goce de gloria y bienaventuranza; mas porque nosotros pudiésemos ser rescatados con los preciosos trabajos de este Señor, fué ordenado que la bienaventuranza y gozo se quedase en la parte superior de su ánima y no redundase en la inferior y en el cuerpo, renunciando lo que juntamente le era debido de gozo, por aceptar y sufrir las penas que nosotros debíamos. Y de aquí nacieron, no sólo los dolores de su sagrado Cuerpo, sino también las tristezas y congojas de su ánima bendita, mostrando en todo que era verdadero hombre y dando lugar á los sentimientos y afectos en que no había culpa, como si fuera sólo hombre. Y así como no fué mengua del Salvador padecer hambre, sed y cansancio, y las demás fatigas de su cuerpo, así tampoco lo fué padecer tristeza, temor y congoja en su ánimo. Porque lo uno y lo otro lo padecía voluntariamente, y pudiera, si quisiera, estorbarlo. Y aunque lo padecía voluntariamente, y pudiera si quisiera estorbarlo, no por eso dejó de mostrar en padecerlo que era verdadero hombre, y tenía la misma naturaleza como los otros hombres. Porque así como un hombre que teniendo un recio dolor de estómago ó de cabeza, tuviese también en la mano un remedio tan eficaz que sería cosa infalible y cierta quitársele el dolor luego que se le aplicase, éste tal diríamos que tiene en su mano el remedio de su dolor, y que si padece, voluntariamente padece; y con todo eso, en tener aquel dolor muestra que es hombre flaco y sujeto á dolores como los demás; de esta misma manera pode-

mos filosofar en Cristo nuestro Señor, que aunque podía por virtud de su divinidad, y por la visión clara de Dios, estorbar los dolores de su cuerpo y las tristezas de su alma, pero mientras no las quería estorbar, las mismas causas naturales obraban naturalmente en el alma tristeza, y en el cuerpo dolor. Y así padecía por una parte voluntariamente, porque pudiendo estorbar su Pasión no lo hacía; y por otra parte mostraba ser verdadero hombre, porque supuesto que no quería estorbar la tristeza, los motivos que había eran tan grandes, que naturalmente la padecía, sin que la humanidad por sí sola la pudiese excusar. Y este, por ventura, fué el desamparo de que El se quejó estando en la cruz, cuando dijo: «Dios mío (Matth., XXVII, 46), Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»

Y esta fué una y la primera de las causas porque nuestro Salvador, no solamente quiso padecer dolores en el cuerpo, sino también tristeza y congoja en su ánima, para mostrar que era verdadero hombre, de nuestra misma naturaleza, que vivamente sentía los tormentos y afrentas, y que ni tenía cuerpo impasible, ni era de bronce y de piedra, como decía Job (VI, 12). Aprovechaba también esto para nuestro consuelo, para que cuando alguno de los santos y amigos de Dios sintiese repugnancia á las pasiones y congojas en medio de ellas, no por eso se desanimase y pensase que perdía la gracia de este Señor. Porque semejantes sentimientos, no tanto son pecados cuanto indicios de flaqueza del hombre, la cual quiso tomar en sí este Señor, haciéndose en esto semejante á nosotros, para que nosotros procurásemos hacernos semejantes á El en la fortaleza y conformidad con la Divina voluntad. Porque allí hay sin duda mayor fortaleza, no donde los trabajos son mayores, sino donde es el sentimiento mayor; *nec enim habent fortitudinis laudem qui stuporem magis vulnerum tolerant quam dolorem;* no deben ser alabados de va-

lientes, dice (in cap. XII, Luc.) San Ambrosio, los que más padecen pasmo en sus heridas que tristeza ó dolor. Quiso, pues, nuestro Salvador tener parte, no solamente en los dolores del cuerpo, sino también en las tristezas del alma, porque cuanto participase de nuestros males, tanto nos comunicase de sus bienes. (Ambros., in cap. XII, Luc.) *Suscepit enim tristitiam meam, ut mihi suam laetitiam largiretur; et vestigiis nostris descendit usque ad mortis aerumnam, ut nos suis vestigiis revocaret ad vitam. Debuit ergo et dolorem suscipere, ut vinceret tristitiam, non excluderet.* «Tomó, dice el mismo Santo, mi tristeza para darme su alegría, y por mis pasos bajó hasta la muerte, para que por los suyos subiese yo hasta la vida. Según esto, también era razón que sintiese el dolor y la congoja, no para desterrar del todo la tristeza, sino para vencerla. Había también el Señor de tomar en sí la medicina amarga de nuestras enfermedades, para que nosotros sanásemos de ellas, y castigar en sí mismo nuestros desórdenes, y hacer la penitencia de nuestros pecados, para que se nos perdonasen á nosotros. Pues así como curó nuestra soberbia y satisfizo por ella con sus afrentas, y nuestra gula con su hiel y vinagre, y nuestro regalo con sus dolores, así también los que interiormente pecamos con el deleite, lo quiso curar y castigar con su tristeza. Pues por todas estas causas, y por otras que no alcanzamos, el misericordioso Señor y amador nuestro, no solamente quiso padecer azotes en las espaldas, bofetadas en el rostro, espinas en la cabeza y clavos en las manos y en los pies, sino también tristeza y congoja en su bendito corazón; y así como dió licencia y potestad á los ministros de las tinieblas (porque sin ella no pudieran) para que ejecutaran en El estos tormentos, así también dió licencia á la tristeza para que obrase en su corazón, como lo pedía la ocasión presente y los motivos que había para ella.

CAPÍTULO VII

De los motivos de tristeza que tuvo nuestro Salvador.

Fueron grandes sin duda los motivos de tristeza que tuvo el Salvador; pues supuesto que Él no quiso estorbarlos, sino darles licencia para que obrasen en Él lo que pudiesen, tuvieron de suyo tanta eficacia, é hicieron tanta impresión en su corazón, que pudo decir el mismo Señor, que le habían traído á punto de muerte.

Porque, primeramente, sentía el cansancio y fatiga corporal del trabajo de aquel día porque en él vino desde Betania á Jerusalén, había celebrado con sus discípulos la Pascua y Cena del cordero legal, lavado los pies, dando ejemplo de profundísima humildad y muestras de regaladísimo amor; había instituído el Santísimo Sacramento y comulgádolos de su mano á todos; habíales hecho después un largo razonamiento y sermón, en que derramó las riquezas de su caridad, procurando por todos los medios posibles consolarlos y animarlos; llamábalos hijuelos míos, amigos míos, mis escogidos, compañeros de mis trabajos y tentaciones, y más unidos é incorporados conmigo que los sarmientos lo están con su vid. Decíales, que los trabajos habían de ser breves, el gozo grande; el consolador, maestro y abogado que les había de enviar para que estuviese con ellos para siempre, no menos que el Espíritu Santo; que Él iba delante peleando y recibiendo en su cuerpo las heridas, y ellos con esta ayuda habían de alcanzar una gloriosa victoria del mundo; y, finalmente, que Él se volvía y que esto era un bien tan grande, que si ellos le amaban y querían bien, habían de tener y mostrar mucho contento de ello; principalmente, que iba á prepararles el lugar, para venir otra vez por ellos y colocarlos en las mansio-

nes eternas. Y en todo este discurso se mostraba como olvidado de sí y cuidadoso de ellos, escondiendo su pena por no aumentar la de ellos, y derribar su flaqueza con el peso de tanta tribulación, que fué oficio de grande y entrañable caridad.

Había también sufrido á Judas cerca de sí, en una mesa y en un plato, y había peleado con la dureza de su corazón, ya con palabras disimuladas, ya con otras más claras y manifiestas, ya con obras y muestras de particular regalo y amor, sin poder vencerle ni hacer mella en él; lo cual le daría tanta pena, como suele dar naturalmente la presencia de los enemigos y traidores: y por esto, diferentes veces y por diferentes maneras declaró aquella noche este sentimiento, hasta venir á demostrar en lo de fuera congoja y turbación.

Habíase también despedido con suma ternura y dolor de su Santísima Madre, y la compasión con que ella quedaba la llevaba Él atravesada en el corazón; y en todas estas cosas había procurado reprimirse, y hacer rostro á las penas, y disimular lo que pasaba dentro de sí por consolar á los suyos, y cumplir con las obligaciones de aquella Cena postrera. Mas como la tristeza encerrada hace más fuerza al corazón que la padece, y naturalmente busca por donde desfogar para tener algún alivio y descanso, cuando el Señor se vió en la soledad del huerto, y desobligado de cumplir con los ocho discípulos que dejaba á la entrada de él, dió lugar á la tristeza para que se declarase, y al corazón para que descansase, y se regalase con el amor y lealtad de los tres discípulos más queridos, y así se declaró con ellos diciendo: «Triste está mi ánima hasta la muerte.»

Y no era consideración de menos dolor ver el odio y mala voluntad de sus enemigos, de la cual nacía, no sólo el darle la muerte, sino el haber buscado y hallado tantas trazas é invenciones de injurias y de tormentos, y haber-

le tratado en medio de sus angustias, con tanta mofa é irrisión. Porque esto era como de gente que veía la suya, y que triunfaba de Él como decaído y desamparado de Dios y que decía lo que en su nombre había dicho el Profeta en el Salmo (LXX, 11): *Deus dereliquit eum, persequimini et comprehendite eum, quia non est qui eripiat.* Este sentimiento de verse debajo de sus enemigos, y que se había llegado la hora en que ellos á toda su voluntad ejecutasen su odio en Él, representaba el Salvador á su Eterno Padre para llamarle en su ayuda cuando decía (Thren., I, 9): *Vide, Domine, afflictionem meam, quoniam erectus est inimicus.*

Y si el oir bramar un león ó un toro pone miedo y pavor aun á los que están en seguro, imaginando lo que haría, si pudiese, la fuerza natural de aquella bestia, ¿cuánto más pavor y congoja causaría en el Salvador verse cercado de otras, y tan libres y desembarazadas para hacer á su gusto salto en Él? Porque verdaderamente aquel pueblo suyo y regalado se volvió contra Él como un león en esta ocasión, como lo había significado el Profeta, que dijo (Jerem., XII, 8): *Facta est mihi haereditas mea quasi leo in sylva: dedit contra me vocem*, etc. Y de este odio y mala voluntad de los príncipes y poderosos del pueblo se había dicho también aquella profecía del Salmo (XX., 13): *Circumdederunt me vituli multi, tauri pingues obsederunt me, aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens, et rugiens.* Pues esta mala voluntad de sus enemigos, que habían de ser sus jueces, y todas las trazas y consejos que habían de tomar para su condenación, las conoció el Señor antes clara y distintamente; y como cosa que muy especialmente le había de causar pena y dolor, tuvo el Espíritu Santo cuidado de ponderarlo muchos años antes por el Profeta, que dijo (Jerem., XI, 18): *Tu autem demonstrasti mihi, et cognovi: tunc ostendisti*

mihi studia eorum, et ego quasi agnus mansuetus, qui portatur ad victiman, etc.

Conoció también el Señor, que estando cercado de tales enemigos sin poder huir ni escapar de ellos, había de ser desamparado de los amigos y conocidos, sin tener quien le mirase ni le abonase entre tantas calumnias, ni volviese por Él entre tantas acusaciones, ni procurase su vida, ni se doliese de su muerte: de lo cual se quejaba Él cuando decía (Salm. CXLI, 5): *Considerabam ad dexteram, et videbam, et non erat qui cognosceret me: periit fuga a me, et non est qui requirat animam meam.* Pues cuánta congoja y desmayo haya causado en su bendito corazón este desamparo de los amigos y violencia de los enemigos, Él mismo lo declaró en el Salmo cuando dijo (XXI, 15): *Sicut aqua effusus sum, et dispersa sunt omnia ossa mea: factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei.*

Sobre todo le era causa de suma tristeza la muerte que tenía tan presente y tan cercana; muerte tan dolorosa y afrentosa y tan vivamente conocida por El, porque muy distintamente, y en particular, se le representaban todos los tormentos que había de padecer, y aprendía perfectísimamente con aquella su imaginación nobilísima, tan crueles dolores como se preparaban para el más delicado de los cuerpos. La cual imaginación suele muchas veces afligir y turbar más que la misma muerte; y por eso á los que son condenados á ella, suelen cubrirles los ojos porque no vean el instrumento que les ha de quitar la vida, y procuramos con buenas pláticas y razones apartar de su imaginación este pensamiento, usando con ellos de este género de misericordia, porque juzgamos que no es tan penoso el recibir la muerte como el esperarla y temerla. Pero el Salvador, que por nuestro amor no quiso en sus dolores ningún alivio, acometió cara á cara á una muerte tan cruel,

y quiso, no solamente padecer en el cuerpo, sino que las aguas de las tribulaciones entrasen también hasta lo interior de su alma, como estaba escrito (Salm. LXVIII, 1): *Quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam.* Pues para esto dió lugar á su pensamiento, y empezó á discurrir en el discurso y proceso de su Pasión y circunstancias de ella, como en cosa que tenía tan presente á la vista de su entendimiento, y tan cercana á la ejecución. Miraba con cuánta pasión los injustos jueces, con color de justicia, habían de prender la misma Justicia, y con cuánta soberbia los viles gusanos habían de desacatar al Rey de todos los siglos, y con cuánto atrevimiento los esclavos del pecado habían de atar al Señor de la verdadera libertad. Pensaba con cuánto tropel y deshonra le habían de llevar á casa del príncipe de los sacerdotes por las calles públicas de Jerusalén, donde El había obrado tantas maravillas; y cómo los sacerdotes, ciegos de su codicia y ambición, habían de solicitar testigos para que dijesen falso testimonio contra El. Púsosele delante cómo habían de mandar á sus ministros que le escupiesen y le burlasen, y diesen bofetadas, y cómo los desventurados hijos de ira habían de emplear la suya en herir afrentosamente al Señor de la Majestad.

Vió cómo había de ser entregado á Pilatos y al pueblo gentil, y cómo el presidente, por vanos respetos del mundo, le había de remitir al rey Herodes; y cómo había de ser mofado y tenido por loco de sus cortesanos; y cómo vuelto á Pilatos había de ser azotado y entregado á los soldados, á gente de guerra, para que con escarnio y baldón de burlas coronasen de espinas al Rey verdadero. Y discurriendo más adelante, vió cómo le habían de sacar condenado de casa de Pilatos con público pregón y con la cruz á cuestas; y cómo entre tanta multitud de gente que se había de hallar á este espectáculo, había de encontrarse

con las santas mujeres que le habían seguido y regalado en su vida, y entre ellas había de ver á su afligida Madre. Y no pudo ser sino que en este pensamiento se enterneciese, y le traspasase agudamente la tristeza y dolor de su corazón.

Y llegando con la consideración al monte Calvario, vió la manera en que había de ser crucificado, y cómo aquellos ministros de la justicia y crueles ejecutores de ella, le habían de levantar puesto en la cruz, desnudo delante del acatamiento Divino y de toda la corte del cielo, y delante de su bendita Madre, y en los ojos y á vista de todo el mundo en medio de dos salteadores. Púsosele delante aquel intenso dolor en que más de tres horas había de estar colgado en la cruz, desamparado de los amigos y escarnecido de los enemigos; y que, finalmente, á vista de su Eterno Padre y en presencia de su santa Madre, había de venir á expirar en el tormento.

Y con la viva representación de una muerte con tantas circunstancias de afrenta y dolor, fué tanto el que sintió en su corazón, que de espanto de él empezó á temblar y temer, y desmayársele el corazón, y deshacérsele como cera con la fuerza de la tristeza (Mar., XIV, 33): *Coepit pavere, et taedere, et* (Matth., XXVI, 37) *contristari, et moestus esse.* Y para descansar con sus tres amados discípulos, les dijo: «Triste está mi ánima hasta la muerte; congojas tengo y tristezas como de muerte; siento penas y apreturas, que bastan á dar la muerte; sufríos un poco aquí, yo os lo ruego (Matth., 38), y perseverad conmigo y velad, estad despiertos, y hacedme en este aprieto buena compañía.»

CAPÍTULO VIII

De otras causas más secretas de la tristeza de nuestro Salvador.

Aunque todas las causas que hemos dicho eran motivos de suma tristeza y dolor, no fueron con todo eso parte para que el Salvador no se ofreciese prontamente á la muerte por la obediencia de su Padre y salud de los hombres, como se había ofrecido desde el primer instante de su concepción; y con todo eso, mirando la carga que tomaba sobre sus hombros, se puso en agonía (Luc., XXII, 43), y perseveró haciendo más larga su oración hasta sudar de pura congoja la sangre de sus venas. Porque el negocio que emprendía de pacificar los cielos y la tierra, reconciliar los hombres con Dios, pagar por los pecados de todo el mundo, satisfacer á la Divina Justicia y hacernos propicia su misericordia, vencer al demonio, despojar el infierno y abrir camino y puerta para el cielo, era negocio de tanto peso y cuidado, que ponía en más congoja al amoroso Corazón de nuestro Salvador, que los mismos tormentos y deshonras que en lo de fuera había de padecer. Y de aquí podemos sacar algunos de los motivos y causas más secretas que tuvo el Salvador en su oración, de tanta tristeza y agonía.

La primera causa fué la grandeza de su amor, porque su dolor fué á la medida de su amor; y así como no se puede comprender del todo su amor, tampoco su pena y dolor (M. Avila: *Audi filia*, 79). Porque es así, que en siendo criada aquella ánima santísima é infundida en su Cuerpo en el vientre virginal de Nuestra Señora, luego vió tan claramente como ahora la Divina Esencia, y en viéndola juzgó ser digna de toda honra y servicio, y así lo deseó con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para

amar. Mas como también vió todas las ofensas que los hombres habían hecho contra Dios desde el principio del mundo, y las que habían de hacer hasta el fin de él, fué tan entrañable su dolor de ver ofendida la Divina Majestad, cuan grande era el deseo que tenía de verla servida; y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor *(Audi filia*, 80). Y así leemos de algunos, que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado, que no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida. ¡Qué dolores obró en Ti, Señor, aquel amor sin medida que á Dios y á los hombres tuviste!; pues que una centella de este amor infundida en los corazones de aquéllos, les apretó tanto que les hizo reventar como pólvora.

A esta primera causa del amor de Dios, es consecuente otra del amor grandísimo que tenía este Señor á los hombres; y como Él solo sabía conocer y estimar dignamente cuán grande mal es estar en desgracia de Dios, y haber de carecer para siempre de su gloriosa vista y compañía, así se acongojaba sobremanera de ver á los que Él tanto quería en tan grave y manifiesto peligro *(Audi filia*, 79), que ver á Dios ofendido y á los hombres perdidos por el pecado, era cuchillo de dos filos que entrañablemente lastimaba su Corazón, por el amor que á Él tenía por sí y á los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y el remedio de los hombres, aunque fuese muy á su costa. Porque si el Apóstol (II Cor., XI, 28) dice de sí que le consumía más la solicitud y cuidado de las iglesias que le fatigaba allá dentro, que todos los trabajos y persecuciones que padecía por de fuera; y que cuando alguno flaqueaba, él se enflaquecía; y cuando era escandalizado, él se abrasaba, ¿qué padecería dentro de sí aquel Señor que tenía tanta mayor caridad que el Apóstol?

Demás de este dolor que atravesaba el corazón de Cris-

to nuestro Señor, de ver á Dios ofendido y á los hombres condenados, había otro que no le causaba menores congojas: el cual era, haberse hecho cargo de todos los pecados de los hombres para satisfacer las injurias de su Padre que estaba ofendido, y pagar las deudas de sus hermanos que estaban condenados (*Audi filia*, 79).

¡Oh Jesús benditísimo, que verte de fuera atormentado quiebra el corazón del cristiano, y verte dentro quebrantado con algunos dolores, ni hay vista ni fuerza que lo pueda llevar! Isaías dice (LIII, 6): «Cada uno de nosotros se perdió por su camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos. Y esta sentencia tan rigurosa de la Divina Justicia, tu amor, Señor, la tuvo por buena, y echaste sobre tus hombros y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor y amador nuestro, con dolores de tu Corazón. Pues ¿quién podrá contar el número de estos dolores, no habiendo quien pueda contar el número de nuestros pecados?

Mas hay aquí otra consideración que ensalza sobremanera la divina misericordia, y descubre otra vena de la tristeza y congoja de este día, y es, que, no solamente quiso el Señor pagar como fiador por culpas ajenas, sino como si El mismo fuera el culpado y los pecados fueran suyos propios. Porque los fiadores, aunque pagan por aquellos á quien fían, pero pagan como por extraños, y no se les pega deshonra de los delitos ajenos, y créceles mucha honra porque pagan lo que no debían. Mas el Señor se hizo tan uno con nosotros como es la cabeza con su cuerpo; y por esta razón quiso que las culpas nuestras se dijesen culpas suyas, y no solamente pagarlas con su Sangre, sino pasar vergüenza y confusión por ellas. Y sin duda que fué muy grande la que nuestro Salvador padeció por nuestros deli-

tos, y que fué gran parte de la congoja que tuvo á la entrada de su Pasión, cuando se hizo cargo y se ofreció á pagar por ellos. Esto quiso El significar por el Profeta cuando dijo (Salm. XLIII, 16): *Tota die verecundia mea contra me est, et confusio faciei meae cooperuit me.* Y en otra parte dice (LXVIII, 8): *Operuit confusio facien meam.* Y representando á su Eterno Padre esta congoja como una de las mayores que padecía, dice así (Salm. 20): *Tu seis improperium meum, et confusionem meam, et reverentiam meam.*

Y aquí se nos descubre un nuevo argumento de la humildad y caridad de Cristo nuestro Señor; porque siendo nuestros pecados tan feos, y pasando El tanta vergüenza y confusión en interceder por ellos, intercedió y abogó por ellos con profundísima humildad y ardentísima caridad como si fueran suyos propios. Suele acaecer, que cuando un hombre comete algún delito infame, sus amigos y deudos le desconocen y desamparan porque no se les pegue el mal olor de aquella infamia; y si hay alguno tan padre ó tan amigo que quiera dar algún paso en su negocio, entra siempre abominando del hecho y mostrándose muy libre y ajeno de él. Pero este benignísimo Señor y amador nuestro, cubierto su rostro de vergüenza por las abominaciones que nosotros cometimos, no se desdeña ante el tribunal de la Divina Justicia de reconocernos y confesarnos, no sólo por amigos, por deudos, por hermanos y por hijos, sino también por sus miembros y por cuerpo suyo, cuya cabeza es El. Y de ahí es, que, no solamente ruega y negocia que seamos perdonados, sino que también se ofrece, como si fuera El malhechor, á pagar la pena que merecimos; y por eso, aunque tres veces pidió en su oración que si era posible pasase de El aquel cáliz de su muerte sin beberle; pero bien veía que estaba lejos de alcanzar su petición, por razón de los pecados de que se había hecho cargo, y que por esta causa

los llamaba y tenía por suyos, según lo que en el Salmo estaba escrito en su persona (21): *Longe a salute mea verba delictorum meorum.* ¿Pues cuál congoja fué la tuya, Señor, en este paso, pues te hizo sudar la sangre de tus venas? ¿Y qué vergüenza pasarías, siendo tan honesto, cuando vieses relatar en el acatamiento de Dios cosas tan feas, haciéndosete el cargo á Ti como si fueran culpas tuyas? ¡Ay de nosotros porque las hicimos!

No parece que podían ser mayores las congojas de nuestro Salvador, si no las hiciera crecer nuestro desagradecimiento y mala correspondencia, que es la cosa que más aflige á los que hacen beneficios y tienen amor. Porque el ver que había de haber tantos que no conociesen, ni estimasen, ni agradeciesen este beneficio, ni se aprovechasen de remedio tan costoso; y que después de haber dado su sangre para medicina de nuestras dolencias, y para hacer un bautismo con que purificar nuestras manchas, hubiese con todo eso tantos que por no curarse muriesen eternamente, y tan pocos que lavasen sus vestidos en la Sangre del Cordero; esto era una cosa que lastimaba el corazón de este Señor más de lo que con palabras se puede declarar. Aquí sintió de nuevo los pecados de los hombres, como de gente que pisaba su sangre, y despreciaba su amor y desestimaba sus beneficios; y mucho más los pecados de aquellos que, por ser cristianos ó religiosos, ó por haber recibido mayores dones de Dios, era mayor y más feo su desagradecimiento. Y si los que mucho aman se afligen notablemente cuando les responden con desamor, dinos, Señor, ¿qué sentiste cuando, teniendo tanto amor á los hombres, viste en ellos tanto desamor, tanto olvido y desagradecimiento?

Además de lo dicho, tuvo el Señor otro motivo de dolor que declara mucho su amor, y para nosotros es de mucho consuelo; porque vió claramente los caminos que ha-

bían de llevar sus escogidos para conseguir el fruto de su redención. Allí se representaron muy en particular y por menudo sus tentaciones y luchas, sus ayunos y vigilias, sus persecuciones y penitencias, sus trabajos y cansancios, sus injurias y deshonras y sus dolores y martirios. Todas estas cosas no las miró como ajenas, sino como pasiones propias suyas, porque en la verdad, le tocaban de muchas maneras. Lo primero, porque eran pasiones de sus miembros, y por ese título eran suyas. Lo segundo, porque ellos las habían de padecer por su amor, y por no negarle ni ofenderle á Él. Lo tercero, porque los mismos perseguidores y tiranos habían de perseguir y atormentar á los justos por su respecto, y porque le seguían y servían á Él. Por todo lo cual, el benignísimo y fidelísimo Señor se hacía cargo de todas estas pasiones, como si fueran suyas y las padeciese Él.

Porque si á Saulo, cuando perseguía á sus fieles, le dijo: ¿por qué me persigues? de la misma manera pudo decir que las piedras de San Esteban le herían, y el fuego de San Lorenzo le quemaba, y todas las otras congojas de sus Santos le afligían, las cuales Él sabía y penetraba mejor que otro ninguno, y las aceptó este día y las ofreció al Eterno Padre en su oración, no sintiendo menos los trabajos de su cuerpo místico que sentía los de su mismo cuerpo natural.

CAPÍTULO IX

Hace el Salvador oración en el Huerto y suda sangre.

Estando el Salvador en estos pensamientos tan congojosos, nos dió un ejemplo excelente de acudir á la oración antes que á otros medios humanos en semejantes tribulaciones. Porque rehusando su santísima Humanidad, por lo que tenía de nuestra flaqueza, de beber este cáliz

tan amargo, y viendo que toda esta tempestad se levantaba contra El por el odio y envidia de los escribas y fariseos, y por la soberbia y ambición de los príncipes de los sacerdotes, no quiso hacer diligencia ninguna con los hombres antes de presentarse en la oración delante de Dios, sabiendo que sin su disposición no se mueve una hoja en el árbol, y que por su voluntad se gobiernan todas las cosas á los fines altísimos y secretos de su eterna Providencia. Y para cumplir con la obra lo que había enseñado de palabra (Matth. VI, 6), que la oración se había de hacer en secreto y á puerta cerrada, dejó también aquellos tres discípulos que había llevado consigo (Matth., XXVI, 39), y se apartó un poco, como un tiro de piedra de ellos, con tanto sentimiento de dejarlos, que para significarlo el Evangelio usó de aquella palabra (Luc., XXII, 41): *Et ipse avulsus est ab eis*; esto es, que se arrancó de ellos, como quien se le arrancaba el ánima de dejar tan fieles amigos en tiempo de tan grande tribulación. Pero al fin se apartó, no obstante que se le arrancaba el alma en apartarse, mostrando la firmeza y constancia con que se debe ejecutar lo que se juzga por mejor y de mayor servicio divino; y púsose en tal distancia que ellos pudiesen recibir ejemplo y El pudiese orar con más sosiego, y derramar su corazón afligido con más libertad en el divino acatamiento.

Puesto allí (Luc., XXII, 41), se hincó de rodillas, y luego (Matth., XXVI, 39) se postró con profundísima humildad y no menor congoja, y poniendo su divina faz sobre la tierra, dió principio á su oración diciendo (Luc., XXII, 42): Padre. Y por otro Evangelista repitió dos veces (Marc., XIV, 36): Padre, Padre. Y por otro dice (Matth., XXVI, 39): Padre mío; regalándose con el Padre que le mandaba morir y le entregaba á la muerte, y sujetándose amorosamente y con espíritu de hijo á su Padre, aunque le veía con el cuchillo en la mano, mucho mejor que lo hizo Isaac, que

viendo á su padre armado con el fuego y el cuchillo para ofrecerle en sacrificio, le dijo (Genes., XXII, 7): *Pater mi.* Enseñónos también un grande remedio para esforzar en los trabajos nuestra confianza; y es, reconociendo las entrañas de Padre con que Dios nos castiga, y llamándole á boca llena Padre, Padre.

Dijo, pues, el Señor: Padre, y Padre singularmente mío, que soy tu Hijo natural (Matth., XXVI, 39), si es posible (ó como dijo otro Evangelista), si Tú quieres (Luc., XXII, 42), esto es, si con tu voluntad, y queriendo Tú, es posible, suplícote que no beba yo este cáliz. Como si dijera: yo no quiero cosa que Tú no quieras; lo que Tú no quieres, eso, aunque sea por sí mismo muy fácil, es para Mí como imposible; y, por tanto, Señor, lo que te pido es con condición que Tú lo quieras; y si queriéndolo Tú se puede hacer, lo que yo querría es no beber trago tan amargo. Y para enseñarnos que el sentir dificultad y repugnancia á los trabajos, y tristeza y agonía con ellos, y desear según la carne excusarlos y huir de ellos, no disminuye un punto de la perfección de la virtud, como esté la voluntad sujeta perfectamente y conforme con la de Dios; por eso, después de haber mostrado por una parte la tristeza y repugnancia natural de su santa Humanidad, aunque la había significado con tanta cortesía y resignación, diciendo si era posible, y si su Padre lo quería así, con todo eso, hizo fuerza otra vez en lo mismo, remitiéndose más expresamente á la voluntad de Dios, y como volviendo sobre sí dijo: *Verumtamen* (Matth., XXVI, 39) *non sicut ego volo, sed sicut tu;* pero no se haga, Señor; como Yo lo quiero, sino como lo quieres y ordenas Tú.

¡Oh ejemplo digno de ser recibido ó imitado con toda reverencia y humildad! Porque considera que el que aquí ruega es Hijo natural y Unigénito de Dios, Hijo amantísimo sobre todo amor, Hijo obedientísimo en quien su Pa-

dre se había siempre agradado, y á quien ruega es á su mismo Padre, y Padre Todopoderoso, en cuya voluntad estaba todo lo que se le pedía; y sobre lo que ruega es sobre su muerte, y sobre muerte tan cruel y afrentosa, y sobre muerte que no merecía. Y con todo eso, mira la reverencia con que habla, y la templanza con que pide, que no se determinó á pedir sino es que fuese así su voluntad; y en negocio tan grande cual nunca se vió, el Hijo amantísimo no quiere lo que su carne, sino lo que quiere su Padre. Y nosotros, viles esclavos, y que por nuestras culpas merecemos cualquier castigo, no miramos sobre qué y con qué causa, y con cuánta determinación pedimos y somos importunos. Aquí nos da nuestro Soberano Maestro hecha la oración, para que después de haber representado al Eterno Padre nuestros deseos, digamos con toda resignación y reverencia: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu.*

Acabada la oración, vino el Salvador á visitar y requerir á sus discípulos, que con el cansancio y tristeza estaban dormidos, haciendo en esto oficio de superior solícito y vigilante, para despertarlos y prevenirlos para el encuentro que esperaban. Y no dejaría de causarle mucho sentimiento ver qué vivo y despierto andaba Judas en la traición, y qué remisos y dormidos estaban los suyos en la oración. Y porque Pedro había demostrado mayor animosidad y presunción, ofreciéndose más arrojadamente á las prisiones y á la muerte en razón de no desamparar á su Maestro, y no acababa de reconocerse y humillarse con lo que otras veces le había dicho, amonestándole por la flaqueza y cobardía que en aquella misma noche había de tener, tomó ahora ocasión el Señor de su sueño para advertirle y hacerle entrar dentro de sí, y que no presumiese de sí cosas grandes y dificultosas, pues no podía salir con las fáciles y menores. Y por esto, hablando particularmente

con él le dijo (Marc., XIV, 37): «¿Así, Pedro, vos también dormís? ¿Vos decíais (Luc., XXII, 23) que estando conmigo y en mi compañía, estabais dispuesto para prisiones y muerte, y ahora no habéis podido velar conmigo y en mi compañía, siquiera por espacio tan pequeño? ¿Conmigo (digo), que estoy velando y orando, y agonizando y sudando sangre, conmigo, que cuando yo durmiera y descansara habíais vos de velar en mi defensa? Esta es la fuerza que tiene aquella reprensión tan sentida y tan amorosa: *¿Simón, dormís? Non potuisti una hora vigilare mecum?*

Y vuelto á los demás, que como siguieron á San Pedro (Matth., XXVI, 35) en las ofertas, también le imitaban en el sueño, les exhortó amorosamente, diciendo: «Velad y orad, no tanto ya por mi respeto cuanto por vuestro peligro, porque no seáis vencidos de la tentación. Y no os descuidéis fiados de vuestra buena voluntad, porque aunque está el espíritu pronto para hacer y padecer, pero la carne es flaca que hace guerra al espíritu, y se le llevará tras sí si no perseveráis en la oración para alcanzar de Dios vigor y fortaleza.»

Y lo que les enseñó de palabra lo confirmó luego con su ejemplo; porque estando en aquella agonía volvió segunda vez á la oración, é hizo fuerza en la sujeción y conformidad con la voluntad de su Padre, y así le dijo (Matth., 42): Padre mío, muy amado; Yo te he suplicado que si es posible pase Yo sin beber un cáliz tan amargo; mas si está otra cosa determinada ya por Ti y no puede ser sino que Yo le beba, hágase en Mí tu voluntad. Y no olvidando la flaqueza de los suyos, volvió á ellos después de su oración y los halló otra vez durmiendo (Matth., 43), porque estaban vencidos del sueño, los ojos cargados y sin acabar de volver en sí; y así daba á entender cuán flacos habían de estar después en la ocasión los que tan poco antes estaban tan dormidos en la oración. El manso

y prudentísimo Maestro no quiso decirles nada por no afligirlos, teniendo por bastante reprensión que ellos echasen de ver cómo después de avisados los había hallado durmiendo, de lo cual estaban tan confusos (Marc., XIV, 40), que no sabían qué responder en su disculpa, ni nosotros tenemos otra de la poca compañía que hacemos al Señor en su Pasión, sino tener los ojos tan cargados de sueño con los vapores de las cosas de este mundo.

De esta manera los dejó el Señor en su puesto (Mateo, XXVI, 44), y Él se volvió al suyo de la oración, y dijo por tercera vez las mismas palabras que la primera y la segunda había dicho, para enseñarnos que tres y muchas veces hemos de orar hasta ser oídos, y perseverar llamando á las puertas de la Divina misericordia hasta alcanzar lo que pedimos, y hacer tanto más larga la oración cuanto fuere mayor la congoja que llevamos. La cual sintió tan grande el Salvador en esta tercera oración, que la llamó San Lucas agonía, que propiamente quiere decir lucha y pelea, para significar la que Cristo nuestro Señor padecía dentro de sí, cuando la memoria y viva representación de su muerte, armada con la voluntad y mandamiento del Eterno Padre, peleaba con el afecto natural de la santa Humanidad, que la rehusaba y huía; y por otra parte, el espíritu, pronto y esforzado, animaba á la carne flaca para que aceptase la muerte y se sujetase al mandamiento de Dios. Pues en esta lucha y agonía, dice el Evangelista (Luc., XXII, 43-44), que hizo el Salvador más larga y más fervorosa su oración; y como quiera que en estas apreturas se suele recoger la sangre de los demás miembros, dejándolos fríos, para cercar y favorecer el corazón, ¿cómo pudo el Salvador sudar esta sangre por las venas, sino por haber hecho un esfuerzo tan magnánimo y generoso para sacudir de sí el temor que juntamente desvió la sangre que se había recogido al Corazón, con tanta fuerza, que no pu-

diéndola contener la estrechura de las venas, se desataron y dieron libre salida por los poros á las gotas de sangre que corrían hasta la tierra? Y si esto fué así, el sudor de sangre no nació de temor, sino de grandeza de ánimo; si bien es verdad que pudo proceder también de la vehemente congoja y agonía, la cual, así como en muchos suele ser causa de sudor, así cuando es muy crecida, principalmente cuando la sangre es delicada, puede ser causa de sudar la sangre también. De cualquier manera que sea, quiso el Señor darnos esta señal en lo de fuera de la lucha y agonía que pasaba allá dentro, y encarecer más la resignación con que se ofrecía á la voluntad de su Padre en una cosa tan dificultosa, que solamente imaginada le hacía sudar la sangre.

Creció, pues, la agonía estando en la oración, y creció también la oración estando en la agonía, porque la hizo más larga y más fervorosa, suplicando á su Eterno Padre con toda humildad y resignación, que si era posible pasase de El aquel cáliz, y le excusase un trago tan amargo, pero que se hiciese en todo su santa voluntad. Y es de creer que todos los ángeles del cielo estarían suspensos en profunda admiración, viendo al Hijo de Dios que con tanta agonía y con tanta reverencia, por tres veces rogaba al Eterno Padre no menos que por la vida, y por excusar la muerte, y muerte de tanta afrenta y dolor. Y todos postrados (como veían que estaba el Hijo muy amado y su Señor), esperarían el despacho que había de tener aquella petición en el tribunal y presencia de su Padre, y si había de tener efecto aquella muerte ó no; si el cuchillo que amagaba á la cabeza del Hijo se había de volver sin sangre y sin efecto á la vaina, como lo hizo antiguamente el de Abraham.

Entonces declaró Dios en su corte á todos los espíritus celestiales, que su determinada voluntad era que su Hijo

muriese; y que aceptaba su oración cuanto al ofrecimiento que con tanta resignación le hacía, para que sin mirar á su deseo y gusto natural, ejecutase en El su eterno consejo y santa voluntad. Y que por este medio quería engrandecer su justicia y misericordia, y dar luz al mundo y salud á los perdidos, y perdonarles sus ofensas y volver por su honra que estaba ofendida; y todos adoraron con profunda reverencia la soberana Majestad, y se les descubrió un nuevo argumento de su infinita sabiduría é incomprensible bondad.

Y porque la oración humilde y perseverante nunca vuelve vacía de las puertas de Dios, dado caso que la Divina Majestad no mudó el decreto que tenía hecho antes de todos los siglos acerca de la muerte de su Hijo, pero acordó de enviar un ángel del cielo (Luc., 43), que en forma visible le hablase y confortase. Mas, ¿con qué razones le confortó y le consoló, pues sabía el Señor todas las que había para animarse en este aprieto, y ninguna le podía enseñar el ángel que El ya no la supiese? Porque, ¿qué otras pudiera decir el ángel mejores ni tan buenas, como las que en el mismo propósito y al mismo fin de confortarlos había dicho el Señor á los suyos después de la cena? Pero el misericordioso Señor, que de su voluntad quiso estar triste por nuestro remedio, quiso también por entonces apartar de su memoria la consideración de aquellas cosas que podían darle algún alivio, porque así padeciese su santa Humanidad más sin consuelo, y pudiese ser confortada de aquel ángel. Diónos también en esto un nuevo ejemplo de humildad, holgándose de ser consolado y animado por el ministerio de aquel ángel, que le proponía exteriormente y como que le traía á la memoria las razones que había para aceptar con prontitud aquel cáliz de amargura; enseñándonos á nosotros, que si en nuestras apreturas no halláremos dentro de nosotros el consuelo que da-

mos á los otros en la suyas, nos holguemos de recibirle con humildad por medio de cualquiera que el Señor nos enviare.

Acabada la oración, levantóse el Señor de la tierra (Luc., 45), donde estaba ó arrodillado ó postrado: y á lo que se puede creer, se limpiaría el rostro del sudor de la sangre antes de volver á sus discípulos, los cuales, después de avisados y reprendidos la primera vez de su sueño, y visitados la segunda y hallados durmiendo, sin tener que responder en su defensa, se habían dormido por tercera vez, sin acabar de poder velar en la oración con su Maestro. Pues hallándolos así dormidos (Luc., 45), de puro cansancio y tristeza, los despertó con una grave y mansa ironía, diciendo (Matth., XXVI, 45): Dormid ahora y decansad; como si dijera: Buen tiempo, buen lugar, buena ocasión por cierto para dormir; la tierra fría, la noche obscura, el aire helado, los enemigos á la puerta, que vienen á prenderme; dormid y descansad si podéis. Hasta ahora Yo os he pedido que veléis conmigo y en mi compañía; ahora, por cierto, ya por Mí, si queréis, dormíos, que aunque queráis, no podréis. Y luego con palabras sentidas y graves les dijo (Marc., XIV, 41): Ea, basta lo dormido; qué, ¿os dormís? Mirad que ya no hay tiempo de dormir, porque ya es llegada la hora en que tengo que ser entregado en manos de hombres facinerosos y perdidos.

Y no es de olvidar, que entre las demás penas sintió el Salvador en este punto la injuria del Apóstol que le vendía; que aunque le dolía la malicia de los judíos, pero mucho más la de Judas, y el ser vendido, no por cualquiera de sus discípulos, mas por uno de los doce, que era su Apóstol y su compañero, y que cada día comía con El. Y no por precio de mucho valor, sino por el que le quisieron dar, que así dijo el hombre apocado (Marc., XXVI, 15): ¿Qué me queréis dar, que yo os lo entregaré? Y no hubo otro

ajuste sino lo que le quisieron prometer. No quiso disimular el Señor el sentimiento que le causaba esta injuria; y por eso, despertando á los discípulos, les dijo: Qué, ¿os dormís? Pues el que me ha de vender viene ya muy cerca. (Marc., XIV, 42), que no está durmiendo, ni ha perdido un punto de solicitud y diligencia; ea, pues, levantaos y vamos, y sin mostrar flaqueza, salgamos con ánimo al encuentro á los que vienen á buscarnos.

En esto nos enseñó el Señor dos cosas. La primera, que la oración siempre hace buenos efectos, y nunca sale el hombre vacío del acatamiento de Dios; porque aunque no tenga consolación (como no la tuvo el Señor, sino congoja y desconsuelo), pero saca buen ánimo y esfuerzo para padecer y vencer cualesquiera dificultades y tentaciones. La segunda, que si bien es necesario derramar nuestro corazón, y descubrir nuestras congojas, y representar nuestras repugnancias y temores en el acatamiento de Dios, como lo hizo el Salvador y como lo hacía David cuando decía (CXLI, 3: *Effundo in conspectu ejus orationem meam, et tribulationem meam ante ipsum pronuntio*, pero puestos en la ocasión del trabajo, es menester hacer rostro y mostrar valor á los hombres ó á los demonios que nos persiguen.

CAPÍTULO X

Es el Salvador entregado y preso.

Luego que el falso apóstol Judas, arrebatado del demonio, se salió del Cenáculo y se apartó de los demás discípulos, empezó á poner diligencia y dar orden en la prisión del Salvador. Andaría de casa en casa por los pontífices y cabezas de aquella sinagoga, ofreciéndoles el cumplimiento de la palabra que tenía dada, pintándoles la ocasión que tenían en las manos, y dando la traza y orden que ha-

bían de tener para que no se les fuese. Y como no creía en El (Joann., VI, 65), antes le tenía por engañador y embustero, hizo todas las prevenciones posibles para salir con su intento. Porque negoció del presidente una cohorte de los soldados de su guarda y custodia (XVIII, 3), que los que menos números le dan, dicen que tenía ciento veinticinco soldados, y pareciéndoles poca gente, mandaron los pontífices y fariseos (Joann., VI, 65) que se fuesen con ellos sus criados, para que hiciesen mayor cuerpo de ejército y ayudasen en las ocasiones cuando fuese menester. Mas porque por falta de cabezas y de gobierno no se perdiese la jornada, determinaron que se hallasen presentes algunos de los príncipes de los sacerdotes (Luc., XXII, 52), que entre ellos eran personas de mucha autoridad, y de los que años pasados habían sido sumos sacerdotes. Y en su compañía, para hacer más grave el caso, iban muchos magistrados del templo (Lucas, XXII, 52), que eran las personas que tenían á su cargo, unos la fábrica, otros la hacienda, otros los sacrificios y ofrendas, y cosas semejantes. Todos iban bien armados (Mateo, XXVI, 47), y apercibidos para lo que podía suceder, unos con alfanjes y espadas, otros, que menos podían, con buenos palos y bastones: llevaban muchas hachas y linternas (Joann., XVIII, 3) para poder caminar, y para que con la obscuridad no se les escondiese el Señor; que para juntar tanta gente y hacer tanto aparato, bien se deja entender el fuego que metería Judas, y el ruido y alboroto que andaría en la ciudad. Porque si bien lo miramos, se juntó ejército de todo género de gentes, de judíos y de gentiles, de siervos y de libres, de lo eclesiástico y de lo seglar, de gente de guerra y de gente de paz; porque se hallasen todos en aquella prisión por la cual todos habían de alcanzar libertad.

De este ejército se hizo Judas el capitán: y así dice San Lucas (XXII, 47), que uno de los doce, que se llamaba Ju-

das, iba en primer lugar y delante de ellos: y en los *Actos de los Apóstoles* (I, 16) se dice de Judas que fué el capitán de los que prendieron á Jesús. Este oficio hizo Judas exactamente en muchas cosas; porque lo primero, escogió el tiempo de la noche por excusar el alboroto y resistencia que podían hacer las turbas que de día seguían y acompañaban al Salvador, y con esto satisfizo el temor de los pontífices, que por no dar lugar á algún alboroto del pueblo, querían dilatar esta prisión para después del día de la Pascua. Lo segundo, escogió lugar fuera de la ciudad y en el campo para hallarle más solo y más lejos de quien le pudiese favorecer; porque bien sabía el traidor aquel lugar (Joann., XVIII, 2), que muchas veces el Señor solía ir allí con los discípulos, buscando la quietud y silencio para orar y para tratar con ellos de los misterios más escondidos y secretos; pues sin duda fuera á buscarle á su casa si pensara que había de estar á aquella hora durmiendo, pero fuéle á buscar al huerto porque sabía que había de estar orando. Lo tercero, previno á sus soldados de linternas y hachas, y de armas: las linternas y hachas por la obscuridad de la noche, y porque si quisiese esconderse en el campo y huir, le buscase y hallasen con ellas: tanto se encubrió aquella serpentina luz en nuestra carne mortal, que el poder de las tinieblas iba á buscarle con linternas. Las armas eran para poner terror, y que ninguno se atreviese á hacerles resistencia; y si alguno la hacía, para pelear y defenderle el preso con ellas. Lo cuarto, les dió la señal, así de la persona del Salvador para conocerle, como del tiempo en que habían de cerrar con El para prenderle, lo cual es propio del capitán. La señal que les dió, fué la salutación común y ordinaria que se usaba entre los amigos, que era dar paz en el rostro, lo cual fué de traidor, porque como hombre falso y doblado, quería hacer á dos manos; por una parte entregarles la presa, y por otra en-

cubrirse á su Maestro; y como quien venía de otro negocio entrarse con los demás Apóstoles, sin darse por entendido que tenía parte en aquella maldad. Lo quinto, les hizo la exhortación diciendo (Matth., XXVI, 48; Marc., XIV, 44): *Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum, et ducite caute:* al que yo diere beso de paz es á quien buscáis, asidle y llevadle con recato; como si dijera: Porque es de noche y muchos de los que aquí vais no le conocéis, y El es tal que no sería mucho haceros algún trampantojo é írseos de entre las manos, por eso no se menee nadie hasta que yo dé la señal. Al que yo me llegare y diere paz en el rostro, aquel es; llegad luego de presto y prendedle, llevadle con cautela á buen recaudo, porque ó El con sus malas artes no se os vaya, ó el pueblo que le tiene devoción, no os le quite. De esta manera velaría Judas en su traición, en tanto que los demás discípulos dormían en la oración: en lo cual se ve también, que los que en el estado de la perfección no son muy buenos, de ordinario van á dar, como Judas, en el extremo de la maldad.

Empezó, pues, á marchar el ejército con buen orden fuera de la ciudad hacia el monte de las Olivas. Iban los soldados de la cohorte (Joann., XVIII, 12) y su tribuno con ellos, y muchos de los pontífices y magistrados del templo y otros ancianos y gente de autoridad, acompañados de sus criados y ministros y de otra gente que los seguían. Llevaban, como hemos dicho, hachas y linternas con que resplandecían las armas; y Judas delante de todos, con tanto aparato, como si salieran á pacificar la tierra, y á prender algún salteador capitán de ladrones; y llegaron al huerto de Getsemaní al tiempo que el Salvador, después de haber orado la tercera vez (Matth., XXVI, 47), estaba hablando con sus discípulos.

En esta ocasión quiso el Salvador hacer demostración de su Divinidad, y de la voluntad con que se entregaba

por nosotros, porque trayendo guía y contraseña para conocerle, y tanta fuerza de armas y de soldados para prenderle, y queriendo Judas disimularse y encubrirse con muestras de falsa amistad, ni ellos le conocieron hasta que El se dió á conocer, ni le prendieron hasta que se dejó prender; ni Judas pudo encubrirse encontrándose con los demás Apóstoles, como parece que pretendía. Porque primeramente, llegando ya cerca Judas, se levantó el Salvador (Matth., 46) para salirle al camino; y Judas, con diabólico atrevimiento, fingiendo que era discípulo y amigo, y no enemigo y traidor, le saludó diciendo: Dios te guarde, Maestro (Matth., 49; Marc., XIV, 45), y juntamente le dió beso de paz, usando de aquella señal de amor como instrumento de su traición. Mas el mansísimo Señor, que era pacífico con los que aborrecían la paz (Ps. CXIX, 7), no se desdeñó de recibir aquel beso de Judas; no sólo para ejemplo de incomprensible mansedumbre, sino para mostrar que de su voluntad se entregaba, pues no rehusaba la señal que había dado el traidor; y juntamente para traer á sí á aquel hombre poseído del demonio, viendo que no le negaba aquella señal de amor; y para corregir con su aliento, como divino Saludador, la ponzoña que traía Judas en el suyo, juntándose en uno aquellos abrazos nacidos de tan diferentes corazones.

Y por no perder ocasión ninguna de hacer bien á quien le hacía mal, después de haberle dado aquella significación de amor, le amonestó de palabra con tanta dulzura y suavidad, no como pedía la gravedad del delito, sino como sufría la poca disposición de enfermo; porque le llamó por su nombre propio (que es señal de regalo), y le declaró la gravedad de su delito. Y esto no exagerando ni reprendiendo, sino preguntando, que es señal de cortesía y amor, cuando le dijo (Luc., XXII, 48): *Juda, osculo Filium hominis tradis?* Como si dijera: ¿Con muestras de paz me

haces guerra? ¿Con señales de amor me entregas á la muerte? ¿El discípulo al Maestro, y el siervo á su Señor? Y luego, para moverle más al conocimiento de su culpa, le hizo otra pregunta no con menos fuerza de palabras y de amor (Matth., XXVI, 50): «Amigo, dijo, ¿á qué has venido?» Amigo, no porque lo eres, sino porque lo has sido; y por haberlo sido es mayor la injuria que me haces, y más vivo el sentimiento y dolor que me causas: *Quia si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique*, etcétera (Ps. LIV, 13). Amigo, que lo has sido y lo debías ser, y por lo que á Mí me toca lo puedes ser de aquí en adelante, que yo estoy dispuesto á serlo tuyo. Amigo, no porque tienes gana de mi amistad, ni porque tus obras merezcan este nombre, sino porque lo pide mi amor y las obras que yo hago contigo como si lo fueses. Pues, amigo, ¿qué intento es este que traes, y qué empresa es esta á que has venido? Turbóse, sin duda, Judas de ver que á los ojos de su Maestro estaba tan patente su traición, y quedó atónito y confuso con respuesta de tanta mansedumbre; y no dejándole su mala conciencia juntarse con los otros Apóstoles y condiscípulos suyos, se retiró hacia los soldados y ministros (Joann., XVIII, 5) que habían venido con él. Los cuales, aunque Judas había dado ya la señal que tenían concertada, no se movieron de su lugar, ni conocieron al Salvador, porque no se había de hacer esta prisión á su voluntad y como ellos querían, sino como lo tenía dispuesto y ordenado el Señor.

Después de pasadas estas razones (Augus.: *De Constitución Evangélica*, lib. III, cap. V) por el orden que se ha dicho, viendo el Salvador que Judas se había retirado y los soldados no acometían (Joann., XVIII, 4), aunque sabía todo lo que había de suceder, mas como padecía de su voluntad, no quiso esconderse ni huir, sino antes les salió al camino y les dijo: «¿A quién buscáis?» Ellos estaban tan

ciegos, que teniéndole delante no le veían; y estando (Joann., 5) Judas con ellos para hacer este oficio, ni se le dió á conocer ni ellos le conocieron, y así hablaron con El como con tercera persona, diciendo: «Buscamos á Jesús Nazareno.» Estando, pues, así convencidos de que todas sus diligencias y prevenciones habían salido vanas y sin efecto para poder prenderle ni aun para conocerle, entonces El se dió á conocer, diciendo: «Yo soy.» Y fué esta voz de tanta majestad y de tanto terror y espanto para aquellos ministros de maldad, que como si fuera un rayo, volvieron todos hacia atrás y dieron consigo en tierra, y Judas con ellos, envuelto en las miserias de aquellos á quien seguía. Fué esta caída viva representación de la que dió aquel día la sinagoga, tan peligrosa, que en ella perdió el reino, las escrituras, el templo, los sacrificios, y, finalmente, el nombrarse y ser pueblo escogido de Dios, y tan difícil de levantarse de ella, que hasta hoy no se ha puesto en pie.

¿Qué ánimo y alegría sentirían los Apóstoles viendo el valor de su Capitán, que al primer encuentro, con una sola palabra hizo retirar y caer en tierra un ejército entero? ¿Dónde estaba aquí el tribuno con su cohorte? ¿Dónde el orgullo y braveza de los soldados? ¿Dónde el espanto y terror de las armas? Dios era el que hablaba. ¿Qué hará cuando venga á juzgar, el que cuando iba á ser juzgado hizo tal demostración de su virtud y majestad?

Por todo el tiempo que ellos estuvieron caídos, estuvo el Salvador en pie y sin mudar su puesto; y cuando ya se levantaron, les dió otra vez en rostro con su flaqueza, y preguntóles: «¿A quién buscáis?» Razón fuera que con un milagro tan evidente ellos conocieran á Jesús, y le buscaran para adorarle y servirle. Mas como después de avisados y castigados perseveraban (como hacen muchos) en su mala voluntad de prenderle, así perseveró en ellos la

ceguedàd de no conocerlo, y con la misma turbación respondieron: «Buscamos á Jesús Nazareno.» Y notándoles el Señor la turbación y ceguedad en que estaban, les respondió: «Ya os he dicho que yo soy.» Y para mostrar el amor y providencia que tuvo hasta la muerte, de sus amigos, y el imperio y poder sobre los enemigos, añadió (Joann., 8): «Y si á Mí me buscáis, mirad que os mando que á ninguno de estos míos enojéis, sino que los dejéis ir libremente.» La cual palabra no fué de ruego, sino de imperio; que bien sabía el Señor que no venían sus enemigos dispuestos á hacer lo que El les rogase, y por esto les mandó y les ató las manos. Que si no se las hubiera atado, ¿cómo saliera San Pedro libre entre tantas armas y soldados, después de haber tenido tanta osadía de herir al siervo del sumo sacerdote? Pero ellos oyeron el mandamiento, y obedecieron por virtud de aquel Señor que dijo, hablando con su Eterno Padre (Joann., XVII, 12): «Padre, los que Tú me encomendaste, yo los he guardado con cuidado y no se me ha perdido ninguno de ellos, excepto Judas, que como estaba profetizado en la Escritura, él se perdió por su culpa.»

Lo que acabamos de decir del acometimiento que hizo San Pedro, pasó de esta manera: Entre los demás que venían en aquel ejército estaba un siervo del sumo sacerdote, que se llamaba (Joann., XVIII, 10) Malco, el cual, por ventura, por lo que había oído tratar en casa de su amo, tenía menos crédito y más enojo contra el Salvador, y le parecía que á ninguno le estaba mejor que á él, por ser de casa del Pontífice, ser el primero en este negocio. Pues como el Salvador se dió á conocer, adelantóse á echarle mano con más desenvoltura y atrevimiento; y viendo los discípulos que la cosa iba de hecho (Luc., XXII, 49), y lo que de allí podía resultar, le dijeron: Señor; ¿si es tiempo y sazón? ¿ó si quieres que llevemos este negocio por armas? Porque traían allí consigo (Luc., 38) dos cuchillos ó dos

puñales por lo menos. Entre tanto que unos pedían la licencia, sin aguardar respuesta cerró San Pedro (Joann., XVIII, 10) con el siervo del pontífice y tiróle un golpe á la cabeza, que resbalando, por ventura, del casco con que venía, vino á dar en la oreja derecha y se la cortó. Este era el fervor de San Pedro y el celo que tenía de defender á su Maestro.

El cual, viendo el desorden y la defensa indiscreta que intentaba su Apóstol, y que de ella no se podía seguir otro efecto sino dar á entender que iba contra su voluntad á la muerte, pues se defendía con las armas de los suyos, habiendo El siempre procurado mostrar todo lo contrario, por estas causas aquel divino Señor, pacificador de los cielos y de la tierra, se llegó á poner paz entre los que reñían, y á detener á los demás Apóstoles que se disponían á lo mismo, diciendo (Luc., XXII, 51): Basta, no haya más, no se pase más adelante, cese la venganza, que ahora no es tiempo sino de paciencia. Y no olvidado de su acostumbrada piedad, y por quitarles aquella ocasión de enojo y aquel color de procurarle la muerte por haber hecho resistencia á la justicia, antes por obligarles con nuevo beneficio y aficionarlos con este nuevo argumento de su bondad, se acercó al herido (Luc., XXII, 51), y tocándole en la oreja se la sanó. Tal era la caridad de este Señor, que ardía en medio de las muchas aguas y se enseñoreaba del odio de sus enemigos; y juntamente nos dió esperanza á nosotros, que hemos de cobrar de su mano salud de las heridas que hemos recibido pecando. Y tal, que nos haga reparar todos los daños que han resultado en nosotros, por haberle hecho guerra á El; lo cual es argumento de inefable piedad y misericordia.

Y para no faltar nada á quien era, despues de haber curado la herida corporal del enemigo, se puso á enseñar la ignorancia del discípulo, y dar testimonio con su pala-

bra de la voluntad con que se ofrecía á la muerte por cumplir la de su Padre, y lo que estaba profetizado de El en la Escritura. Y de camino quiso herir los corazones de los judíos, poniéndoles delante la pena y castigo á que se sujetaban por querer darle la muerte tan injustamente. Porque delante de todos ellos dijo á San Pedro (Mateo, XXVI, 52): Volved, Pedro, vuestro cuchillo á su lugar, que no es ahora tiempo de defendernos con armas, aunque los enemigos nos acometan tan injustamente con la suyas; que Yo os digo cierto á vos (y entiéndanlo ellos también), que el que toma en su mano el cuchillo contra justicia y sin legítima potestad, se sujeta también á pasar por él. Mas por lo que á Mí toca, por ahora Yo no trato de huir la muerte, sino de aceptarla con toda voluntad y amor, porque no la miro Yo como dada de su mano de ellos, sino como ordenada y dispuesta por mi Padre. El cáliz (Joann., XVIII, 11) que mi Padre me da, ¿no queréis vos que yo le beba? Que bien basta venir de tal mano para que Yo le tenga por dulce, y le beba con sed y con deseo. Y cuando Yo quisiera defensa, ¿qué necesidad tenía de la vuestra, que sois flacos, pocos y desarmados? (Matth., XXVI, 53). Pues con abrir Yo la boca y rogárselo á mi Padre, me enviaría aquí luego por once hombres que vosotros sois, más de doce legiones de ángeles que asistirían á mi defensa y servicio. Pero Yo no trato de defenderme, ni esto que veis es para Mí cosa nueva y no pensada, que muchos siglos ha que los santos Profetas, movidos del Espíritu Santo, lo dijeron, que convenía que se hiciese así; y si Yo me pusiera en resistencia, ¿cómo se habían de cumplir las Escrituras?

Es mucho para ponderar, que de cualquiera manera que prendieran á Cristo nuestro Señor, aunque fuera con la estimación y respeto que convenía á su persona, fuera materia de mucha deshonra y dolor, por ser persona tan autorizada, y tan conocida y estimada en toda aquella tie-

rra por sus sermones, por sus milagros y por sus excelentes virtudes. Todo lo cual los había tenido enfrenados en el discurso de su predicación; que aunque buscaban muchas veces (Matth., XXI, 46) modos y trazas para prenderle, nunca se atrevieron por temor del pueblo, que le tenía y estimaba como Profeta. Y siendo esto así, salieron en esta ocasión á prenderle, no como á Profeta ni como á hombre de bien, sino como á facineroso y ladrón, y que era menester llevarle á empellones. No fué tan pequeña esta afrenta, ni la sintió tan poco el Señor que la quisiese disimular y callar, habiendo disimulado tantas y tan graves en su Pasión; mas estaba, por otra parte, tan pacífico y sobre sí, que en aquella hora (Matth., XXVI, 55) que le cercaron tantos enemigos con tanta violencia, Él se puso á razones con ellos y les declaró el sentimiento que tenía de lo que hacían con Él, y cómo en todo mostraban que andaban turbados y en tinieblas. Así, dijo á las turbas que allí estaban, y particularmente á los que habían venido (Luc., XXII, 52) de los príncipes de los sacerdotes, ancianos del pueblo y magistrados del templo: Habéis salido de la ciudad á buscarme y prenderme con gente de guerra, con mano armada, con espadas y lanzas, con hachas y linternas, y con guía y adalid que me conozca y descubra, como si yo fuera ladrón ó salteador, que anduviera haciendo mal por los campos y me escondiera en las cuevas por los desiertos. Y no es así, porque muy á menudo y cada día (como dicen) estaba públicamente y muy de asiento y despacio entre vosotros, en el templo y en la ciudad, donde tenéis vuestro gobierno y justicia. ¿Para qué era salir al campo á buscar al que teníais dentro de la ciudad? ¿Para qué armas y soldados para el que andaba pacíficamente entre vosotros? ¿Para qué eran menester malsines para descubrir al que públicamente enseñaba en el templo? Mas entonces, que Yo andaba tan á la mano, no os atrevisteis á

poner las manos en Mí porque Yo no quería; y ahora que habéis hecho todo este ruido para deshonrarme como á ladrón, tampoco pudierais si Yo no quisiera y os diera licencia. Pero ya es llegada vuestra hora (Luc., 53), y es esta que está presente, en que se os da licencia sobre Mí á vosotros y al príncipe de las tinieblas que os incita.

Con estas palabras que el Salvador dijo y licencia que les dió, los demonios, y los judíos sus ministros, se hallaron súbitamente libres y desembarazados para hacer en todo su voluntad. Y luego todos á una, conviene á saber (Joann., XVIII, 12), el tribuno y su cohorte, y la demás gente y ministros de los judíos, pusieron las manos en Jesús y le prendieron. Traían á punto sogas y cadenas; y para usar de toda la cautela que Judas les había dicho (Joann., XVIII, 12), le ataron muy bien con ellas. Ataron al autor de la libertad, y por ventura fueron muchos en atarle, de los que después libertados por Él dirían (Ps. CXV, 16): *Dirupisti, Domine, vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis.* La prisión se haría con mucha violencia, y con toda descortesía de palabra y de obra, pues dice San Mateo (XXVI, 50) que pusieron las manos en El. El pueblo llevaría tanta vocería como suelen tener los vencedores cuando han cogido la presa. Judas se volvería razonando con los sacerdotes y magistrados muy contento del buen suceso de su trabajo y diligencia (Matth., 24); que le fuera mejor si no hubiera nacido. Los Apóstoles, escandalizados y turbados de ver lo que pasaba, conjeturando de allí lo que podía ser, llenos de miedo y pavor, y olvidados de las ofertas que habían hecho después de la cena, venida la ocasión (Matth., 56), le dejaron y huyeron todos.

Y era tanto el alboroto y violencia de los que llevaban preso al Salvador (Marc., XIV, 51), que al ruido salió un mozo (que por ventura estaba ya acostado) cubierto con la sábana y desnudo, y tratando de prenderle, les dejó la

sábana en las manos, y desnudo como estaba huyó de ellos. Así sucede muchas veces, que padecen más los hombres por huir de la cruz de Jesucristo, de lo que padecieran por seguirla. Y al que para ser perfecto no le piden más de que deje todas las cosas y siga desnudo al desnudo Jesús, por no seguirle ni ser participante en sus pasiones, viene á dar en manos de quien le despoja de lo que no quiso dejar, desnudo de lo temporal y huyendo de lo eterno.

Los Apóstoles, derramados por diferentes caminos, vendrían á recogerse á la casa de Sión, de donde habían salido, y darían nueva á la bendita Madre de todo lo sucedido en el Huerto, y del estado en que dejaban á su Hijo, dándole materia de agudo dolor, de altísima contemplación, y de perfectísima conformidad con la voluntad de Dios.

CAPÍTULO XI

Es el Salvador presentado delante de los pontífices y acusado.

Puesto el mansísimo Cordero en manos de aquellos lobos crueles, le sacaron del Huerto donde se había retirado á tener su oración; y pasando otra vez el arroyo del Cedrón le llevaron camino de Jerusalén, bien atadas y apretadas las manos, con grita y vocerío, asido del cuello y apresuradamente más de lo que convenía á su modestia y gravedad, cayendo y levantando, á golpes y empellones, como si fuera ladrón. El camino que llevaba (Matth., xxvi, 57) era á casa de Caifás, sumo pontífice de la sinagoga, y juez supremo en lo eclesiástico del pueblo de los judíos, el cual era presidente de aquel supremo y antiquísimo consejo que llamaban Sanedrín, en el cual se juntaban setenta y un jueces, que con el sumo sacerdote que presidía, hacían setenta y dos. Y si miramos que cuando Judas salió del Cenáculo era ya (Joann., xiii, 30) de noche, y después de haber salido hizo el Salvador un largo sermón después

de la cena, y salió al Huerto, y por tres veces hizo despacio oración, y las cosas que pasaron al tiempo de la prisión, bien parece que cuando volvieron á la ciudad con el preso á las casas del sumo sacerdote, sería ya cerca de la media noche. Mas con todo esto, estaban tan apasionados los jueces, viejos y ancianos de aquel pueblo, que sin tener respeto á su edad y gravedad, se habían juntado á aquella hora á concilio, porque no se perdiese punto, ni se detuviese la causa por falta de diligencia.

Entra, pues, en Jerusalén el Gran Sacerdote del nuevo Testamento á ofrecer su vida en sacrificio agradable á Dios por la redención de todo el mundo, y para dar fin á la ley y sacrificios y sacerdocio antiguo. Empezó el proceso de su Pasión por casa del sumo sacerdote (Marc., XIV, 53), donde se habían juntado los demás sacerdotes y letrados á esperarle; mas los soldados y ministros que le llevaban le pasaron primero (Joann., XVIII, 13) por la casa de Anás, porque era el suegro de Caifás, el sumo sacerdote aquel año: humillándose en esto el Salvador y dejándose llevar atado con tanto tropel é ignominia á las casas del suegro y del yerno, para que á costa de su honra y autoridad se hiciese honra y lisonja á los malos sacerdotes. Pero Anás, luego que se le trajeron á su casa, le envió (Joann., 24) atado (como venía) á Caifás, que era el pontífice, y á quien tocaba la causa. Era este Caifás el mismo que estando en su concilio había dado consejo á los judíos (Joann., 14) que convenía que muriese uno por la salud de todos; y el que había dado el consejo estaba pronto para dar la ejecución de él, y en su casa pasaron todas las cosas que se cuentan de esta noche.

Y aunque al tiempo de la prisión, estando en el Huerto (Matth., XXVI, 56), todos los discípulos huyeron y desampararon á su Maestro; pero después San Pedro, llevado de su fervor y devoción, no pudo sosegar, sino que (Matth,. 58)

le iba siguiendo para ver en qué paraba la prisión, aunque de lejos, por el temor que había concebido. Fuese también tras el Señor otro (Joann., XVIII, 15) de sus discípulos, ora fuese San Juan, como algunos dicen, ó, como otros piensan y parece más probable, algún ciudadano de Jerusalén de los que seguían su doctrina, que por ser de más calidad tenía conocimiento con el pontífice. Entraría, pues, el Señor con todo aquel tropel y griterío de gente con que había salido del Huerto, y más la que se había juntado por las calles al ruido. Y de creer es, que luego en la entrada despacharían bien pagados y contentos al tribuno y á los soldados romanos, que habían sido la principal fuerza y guarda de esta prisión. Estorbando la entrada en la casa á la demás turba de la gente, que con deseo de saber lo que pasaba porfiaban á poder entrar, y despejada la gente que no era de ella, ni criados de los que estaban dentro, se quedaron los jueces con el preso, á puerta cerrada. Mas por ser noche, así para mayor guarda de la casa como para hacer su hecho con más seguridad, por el uso que suele haber en casas de autoridad, había guarda á la puerta, que era una esclava, criada de la casa. Con todo eso, aquel otro discípulo, como era conocido en casa del pontífice (Joann., 16), entró sin estorbo allá dentro, y Pedro se quedó á la puerta, por de fuera. Lo cual, como advirtiese el otro discípulo que estaba allá dentro, habló á la portera y dejó con eso entrar á Pedro. De esta manera no faltó quien le favoreciese y le diese la mano para entrar en palacio, donde por ser tan perseguida la verdad él la negó, y sacó de allí que llorar para toda su vida.

Puesto, pues, el Salvador en presencia del pontífice, y estando dentro San Pedro y el otro discípulo que fueron testigos de lo que pasó en aquella noche, empezó el pontífice á examinar jurídicamente la causa del Salvador delante de los demás sacerdotes y letrados que allí se ha-

bían juntado. Porque aunque pretendían hacer otro concilio pleno y legítimo luego por la mañana, quiso el sumo sacerdote empezar desde la noche antes á desenvolver el negocio, y ver qué aspecto tenía, y qué capítulos y probanzas contra el preso, para ponerle la acusación y darle la muerte como pretendía. Y porque le tenía por alborotador y engañador del pueblo, y que predicaba mentiras contra la ley y tradiciones antiguas, ante todas cosas le examinó en dos puntos (Joann., 19). El primero, acerca de sus discípulos, quiénes eran, cuántos, dónde estaban y á qué fin los había juntado. El segundo, de la doctrina que les enseñaba, para ver si podía hallar alguna falsedad ó calumnia contra ella.

A la primera pregunta, acerca de los discípulos, ninguna cosa respondió el Señor, porque andando todos huidos y escandalizados, y Pedro que estaba presente tan turbado y temeroso, ¿qué podía decir que fuese para defensa suya y para honra de ellos? Principalmente, que para el fin que se lo preguntaba bastaba responder acerca de la doctrina, porque siendo ella buena y de Dios, no podía juntar discípulos para cosa mala; y así, callando á la primera pregunta, respondió á la segunda (Joann., 20): «Yo he hablado pública y patentemente á todo el mundo: de aquella doctrina se puede sospechar que es falsa ó perniciosa cuando se enseña á obscuras y por rincones; mas Yo siempre ó casi siempre y de ordinario he predicado en la sinagoga y en el templo, donde se juntan todos los judíos, y ninguna cosa he dicho á escondidas y en secreto. Porque aunque algunas veces he hablado á solas con mis discípulos para declararles á ellos, como á gente más capaz, lo que al pueblo enseñaba por parábolas y semejanzas, digo que ninguna cosa he enseñado en secreto, porque las que enseñaba en secreto no eran diferentes ó ajenas de las que predicaba en público (Matth., x, 27), ni se las

decía á mis discípulos para que las tuviesen secretas, sino antes para publicarlas por medio de ellos á todo el mundo. (Tales deben ser las palabras y las obras de los que tratan verdad, que puedan parecer en pública luz delante de Dios y de los hombres.) Siendo, pues, esto así, ¿para qué me preguntas á Mí de mi doctrina, pudiendo preguntar á tantos cuya respuesta tú tendrás por más verdadera y menos sospechosa? Infórmate, si quieres, de los que me han oído, que ellos saben bien qué cosas son las que Yo he enseñado.»

Esta respuesta tan llena de verdad y entereza, y dicha con tanta mansedumbre y verdad, la tomó á mal uno de los ministros que allí asistían, pareciéndole que con ella notaba al sumo sacerdote de haber preguntado indiscretamente y fuera de propósito. Y con ánimo de hacer lisonja al pontífice, y de injuriar y castigar al Señor delante de todo aquel concilio y de la demás gente que allí estaba, le dijo (Joann., XVIII, 22): «¿Así habéis Vos de responder al pontífice?» Que fué tanto como si dijera: Mal mirado y descortés, ¿con esa libertad y desenvoltura os habéis Vos de atrever á hablar con el sumo sacerdote? Y diciendo y haciendo, levantó su mano sacrílega, que traía el movimiento y peso de nuestros pecados, y dió una bofetada en su divino rostro al Señor.

Recibida tan grande injuria de mano de un hombre vil, en lugar tan público y delante de los sacerdotes y letrados y de la gente más principal de aquella sinagoga, estuvo tan sobre sí el Salvador, que con la misma mesura, mansedumbre y entereza que había hablado antes con el pontífice, se puso á hablar ahora con el que así le había afrentado. Porque juzgó que en esta ocasión donde estaba la injuria tan reciente, el callar del todo no era tanta humildad, cuanto lo era el dar razón de sí con tanta templanza y mansedumbre á quien no lo merecía. Demás de

esto, como aquel hombre no solamente le injurió la persona sino también le reprendió la respuesta, no quiso disimular esto segundo, porque era en detrimento de la verdad de su doctrina, en cuya defensa Él había respondido. De camino le dió á entender, con buen término, cuánta mayor descortesía había usado él con el sumo sacerdote, poniendo las manos en el reo en su presencia, no más que porque había respondido por sí. Y cuánta era la pasión del mismo pontífice, pues disimulaba su propia injuria por el gusto que recibía de la ajena; como quiera que si aquel negocio se tratara sin pasión, al ministro no le tocaba más que dar testimonio de lo malo, y al juez oirlo y sentenciarlo; y así le dijo: Si en mi respuesta ó en la doctrina que he predicado hallas alguna cosa mala ó digna de reprensión, muéstrame cuál es. Y si ahora ó en algún tiempo Yo he hablado mal, da testimonio de ello delante del pontífice, pues está aquí presente. Mas si en lo uno y en lo otro yo he hablado siempre bien, ¿por qué me hieres? Como si dijera: Di otra causa de haberme así herido, y no digas que por haber hablado mal.

¿Qué respuesta (dice San Agustín, *Tract.* CXIII *in Joann.*) pudo ser más verdadera ni más mansa, ni más justificada y puesta en razón? Si miramos quién es el que recibió esta bofetada, ¿por ventura no quisiéramos que al que se la dió, ó le abrasara fuego del cielo, ó se abriera la tierra y le tragara, ó le arrebatara algún demonio y le arrastrara, ó que luego fuera castigado con estas penas ó con otras mayores? ¿Qué cosa de éstas no pudiera mandar para castigo del sacrílego, aquel Señor que hizo el mundo, si no quisiera enseñarnos la paciencia, con la cual es vencido el mundo? Y si alguno preguntare, ¿por qué no dió la otra mejilla al que le había herido en la una, como lo había (Mateo, v, 39) Él enseñado? A esto se responde: que no sólo estaba dispuesto á dar la otra mejilla para que se la hiriesen

otra vez, sino todo el cuerpo también para que se lo enclavasen en la cruz. Pero enseñónos aquí, que aquellos mandamientos de la paciencia evangélica y perfecta, no tanto se han de cumplir con vana ostentación del cuerpo en lo de fuera, cuanto con la humilde preparación del ánimo en lo de dentro; porque bien puede ser que vuelva uno el otro carrillo estando muy airado, siendo mejor que respondiera sinceramente la verdad estando aplacado, y dispuesto con ánimo quieto á sufrir otras injurias más graves. Todo esto es de San Agustín.

Si se tratara esta causa con justicia y equidad, con esta respuesta del Salvador se conseguía, si era buena, aceptarla, y si mala, refutarla y convencerle. Pero como estaba el juicio pervertido y los jueces apasionados, y todo aquel concilio determinado ya á darle la muerte por su envidia y ambición (Joann., XI, 53), y por el temor que habían concebido de que los romanos habían de destruir su república y templo, y el hacer proceso no era más que por dar color á su malicia, así buscaban y solicitaban testigos falsos (Matth., XXVI, 59; Marc., XIV, 55), deseando hallar entre ellos algún testimonio, aunque fuese falso, que fuese bastante para condenarle á muerte por él. Mas la vida y doctrina del Salvador había sido tal, que no daba lugar á fingir lo que ellos pretendían, aunque con tanta diligencia lo procuraban. Porque muchos por congraciarse con los príncipes de los sacerdotes, ó por las promesas ó amenazas que les hacían, se ofrecieron á decir sus dichos; pero unos decían de una manera y otros de otras, y todos eran testimonios falsos. ¿Y de qué podían ser sino de aquellas cosas que falsa y maliciosamente se habían murmurado de El en su vida? Que tenía pacto con el demonio; que quebrantaba las fiestas; que era comedor y bebedor; que se acompañaba con los publicanos y pecadores: que alborotaba el pueblo; que enseñaba que no se pagasen los tributos á los re-

yes, y, finalmente, que era blasfemo y se hacía Hijo de Dios.

Y aunque es verdad que se valieron después de estos testimonios, ya de unos, ya de otros, como mejor les venía, para hacerle el proceso y para vencer al presidente y traerle á que diese sentencia de muerte, bien se dejaba entender (Marc., XIV, 56), que no eran testimonios convenientes, porque ni venían bien unos con otros, ni eran tales ni tan bien probados que fuesen convincentes para concluir sentencia de muerte como ellos pretendían.

Finalmente, después de todos estos testimonios, se levantaron dos testigos falsos, que dijeron (Matth., XXVI, 60): Nosotros le oímos decir á este hombre: Yo puedo destruir, y con efecto destruiré (Marc., XIV, 58), y desharé este vuestro templo, que se edificó con mano de hombres, y con industria y trabajo de oficiales, y en tres días volveré á edificar y poner en pie otro templo que no esté hecho por mano de hombres. Este testimonio era falso manifiestamente: primero, porque el Salvador no había dicho que El podía destruir, ni menos que destruiría el templo (Joann., II, 19), sino que destruyéndole ellos, le volvería á poner en pie; lo segundo, El no hablaba del templo material (Joann., 21), sino del templo de su cuerpo; dando á entender, que después que le hubiesen ellos quitado la vida, El al tercero día se volvería á resucitar. Mas ellos, para torcer el sentido y mostrar que había hablado de aquel templo material, añadieron aquellas palabras: Destruiré este templo hecho con manos, y volveré á edificar otro que no esté hecho con manos, etc. Así, pues, fué falso testimonio, compuesto maliciosamente por ellos, pues mudaron y añadieron á las palabras de como las había dicho, el Salvador, y pervirtieron el sentido con que les había dicho, como les pareció que convenía para hacerle más odioso con el pueblo, y para dar más ocasión á los jueces que le querían condenar. Pero

no salieron con su intento, porque además (Marc., XIV, 50) de ser el testimonio falso, no era bastante ni á propósito para condenarle á muerte por él.

CAPÍTULO XII

Condenan los sacerdotes al Salvador y es injuriado como blasfemo.

Entre todas estas calumnias y tropel de testimonios falsos que iban y venían, y decían sus dichos y acusaciones, callaba el Salvador con tanta mesura y sosiego como si no se hablara de El; porque como su primera respuesta había sido tan mal recibida, bien se echaba de ver que no estaban aquellos jueces dispuestos á recibir la verdad, y que aquel concilio no era más que una apariencia de juicio, y en la verdad una pura violencia y latrocinio; y como vió que no había de aprovechar á los presentes hablando, determinó de aprovechar á todos los ausentes y venideros callando, con el admirable ejemplo de su mansedumbre y humildad.

Pero el sumo sacerdote, viendo que se deshacían sus trazas y que no conseguía su intento, ni los testigos le daban materia ni ocasión para condenar, deseaba tomarla de las palabras del Salvador, y así estaba impaciente y furioso de ver que callaba con tanta constancia y entereza: y no pudiendo disimular la perturbación de su ánimo (Matth., XXVI, 62), se levantó arrebatadamente del lugar que indignamente poseía, y dijo con ira y enojo al Salvador: ¿Cómo callas? ¿Por qué no hablas? ¿Qué soberbia es esta, ó qué fingimiento y disimulación? ¿Cómo no das razón de Ti? ¿Por qué no respondes siquiera una palabra á tantas acusaciones y testimonios como aquí se han dicho?

Jesus (Matth., 63) *autem tacebat, et* (Marc., XIV, 61) *nihil respondit.* Estúvose firme en su silencio el Salvador; ni convenía que mudase el Hijo de Dios la determinación

que tenía de callar, por temor de la ira de un hombre. Enseñónos también, que el silencio da grande perfección y hermosura á la paciencia; que es gran cosa entre las injurias, desprecios y agravios, perseverar y sufrir callando; y que donde la acusación es más falsa y perjudicial, allí tiene mayor mérito y justificación la humildad y mansedumbre. Enseñónos también, que el hablar en tales ocasiones es cosa peligrosa, aunque sea para decir palabras buenas, porque tras éstas se van otras de ordinario nacidas de la congoja y turbación presente, y así es lo más seguro callar y enmudecer, como lo hacía el Profeta, que en su Salmo dice (XXXVIII, 3): *Posui ori meo custodiam, cum consisteret peccator adversum me. Obmutui et humiliatus sum, et silui a bonis.* Pues, dice, guarda en mi boca cuando el malo y pecador se ponía á hacer guerra contra mí; enmudecí en mi lengua y humilléme en mi corazón, y guardé silencio aun de las palabras que eran buenas, y mi dolor se renovaba dentro de mí.

Juntamente nos mostró el Salvador aquella grande y nunca bien encarecida mansedumbre suya, predicada tanto tiempo antes por los Profetas, de los cuales dijo uno (Isai., LIII, 7): *Sicut ovis ad occisionem ducetur, et sicut agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum:* Será llevado como la oveja al matadero; y como el cordero delante del que le trasquila, así enmudecerá y no abrirá su boca. Y el santo rey David, como si se hallara presente en esta ocasión, parece que habló en persona del Salvador, cuando dijo (XXXVII, 12): *Amici mei et proximi mei adversum me appropinquaverum et steterunt: et qui juxta me erant de longe steterunt, et vim faciebant qui quaerebant animam meam. Et qui inquirebant mala mihi, locuti sunt vanitates, et dolos tota die meditabantur: ego autem tanquam surdus non audiebam, et sicut mutus non aperiens os suum. Et factus sum sicut homo*

non audiens, et non habens in ore suo redargationes. Mis amigos (dice), y los que andaban y trataban conmigo en mi tribulación, huyeron de mí; y los que andaban más cerca se pusieron más lejos; y los que buscaban cómo quitarme la vida, hacían fuerza para salir con ello con sus calumnias y falsos testimonios. Y los que pretendían mi mal no hablaban sino mentiras, y todo el día se ocupaban en urdir engaños. Pero yo como si fuera sordo, no oía, y como si fuera mudo, no abría mi boca, y estuve entre estas acusaciones como si del todo no las oyera, y como si no tuviera con qué convencerlas y volver por mí. Y esto es á la letra lo que hizo el Salvador.

Cansado, pues, de tantas largas el sumo sacerdote, determinó de preguntarle claramente lo que él deseaba oir de su boca delante del concilio, porque él sabía mejor que los testigos, que el crimen que se le había de probar era el de blasfemia, para darle pena de muerte. Y como le habían oído decir que era Hijo de Dios (lo cual ellos tenían por gran blasfemia), determinó armar el lazo y forjar la calumnia sobre este artículo, como se vió después en la acusación que hicieron ante el presidente Pilatos, cuando dijeron (Joann., XIX, 7): *Secundum legem debet mori, quia Filium Dei se fecit.* Esta, pues, fué la causa por qué el sumo sacerdoce tomó resolución de preguntarle derechamente sobre este punto, porque si negaba, le convencía de mentira, y si confesaba, de malicia; y porque no se defendiese callando, añadió más fuerza para obligarle á responder, diciendo (Matth., XXVI, 63): Yo te conjuro por el Dios vivo y verdadero, que nos digas aquí á todos, si Tú eres el Ungido Hijo de Dios.

Entonces el Señor, por el acatamiento que debía á su Padre (por cuyo nombre y reverencia había sido conjurado), y por no faltar un punto á la verdad que siempre había predicado, la confesó y no la negó, aunque sabía que

de confesarla habían de tomar ocasión para condenarle, y así dijo (Matth., 64): Tú lo dices (Marc., XIV, 62); Yo soy ese mismo que tú dices. Y porque no se escandalizasen para creer esta verdad por la humildad con que estaba de presente para ser juzgado, púsoles delante de los ojos la Majestad con que presto había de venir sobre las nubes del cielo para ser Juez, y por eso les dijo: Dígoos de verdad, que muy presto veréis al Hombre que aquí está tan humillado, sentado á la diestra del Eterno Padre en reino firme perdurable, que viene sobre las nubes del cielo á ser Juez de todos los hombres.

Oída esta respuesta, el sumo sacerdote, con el mismo furor que se había levantado de su lugar, rasgó sus vestiduras con sus manos (ademán y ceremonia que solían hacer cuando oían alguna gran blasfemia). Hízolo Caifás para agravar más la causa del Salvador, y condenar por blasfemia intolerable lo que había dicho: y en la verdad permitió Dios que él mismo descubriese su pecho para que todo el mundo viese que le tenía lleno de envidia y de iniquidad; el sacerdote viejo y blasfemo no pudo oir de nuevo la mayor y más excelente verdad de todas las verdades, sin que la tuviese por gran blasfemia. Y así como por la confesión de esta verdad se fundó la Iglesia católica sobre San Pedro, así por tenerla por blasfemia se acabó la sinagoga en Caifás. A este propósito, es mucho de considerar que en el discurso de la Pasión del Señor, el mismo pontífice con sus propias manos rasgó sus vestiduras, comoquiera que la túnica del Salvador, ni aun los mismos verdugos que le crucificaron se atrevieron á rasgarla. Porque la Iglesia católica, que es (Isai., XLIX, 18) la vestidura del Señor, aunque perseguida y afligida, pero fundada sobre esta fe y confesión del Hijo de Dios, había de permanecer entera hasta el fin del mundo, sin que todo el poder del infierno (Marcos, XVI, 18) pudiese prevalecer contra ella. Pero la sina-

goga con su sacerdocio, ceremonias y vestiduras, no se podía ya sufrir, sin que se rasgasen á la verdad del nuevo y eterno Testamento.

Habiendo roto el pontífice sus vestiduras en señal de que abominaba la respuesta, pervirtiendo todo el orden de la justicia, y haciéndose de juez acusador y testigo, vuelto á los demás sacerdotes y letrados que allí estaban, les dijo: ¿Para qué nos cansamos en buscar testigos? (Marcos, XXVI, 65). Y ¿qué necesidad tenemos de ellos, pues por su mismo dicho es convencido de lo que pretendemos? Bien habéis oído la gran blasfemia. ¿Qué os parece? ¿Y qué juzgáis que se debe hacer en caso tan claro y manifiesto? Entonces (Marc., XIV, 64) todos ellos, sin faltar ninguno, le condenaron por merecedor de muerte; y así se cumplió lo que el mismo Señor había dicho de sí: El Hijo del Hombre (Matth., XX, 18) será entregado á los príncipes de los sacerdotes y escribas, y ellos le condenarán y darán contra El sentencia de muerte. Los ministros y criados de los sacerdotes, que estaban presentes y esperaban la resolución y sentencia del concilio, descargaron en El su ira como en hombre condenado, con todo género de golpes é injurias: y se puede entender, conforme al texto de los Evangelistas (Matth., XXVI, 67), que los mismos sacerdotes ayudaron á esto también. ¡Oh inefable paciencia de Dios, que en cierta manera se hace con ella daño á sí mismo, porque aquellos sacerdotes, ignorantes y ciegos, persuadidos que lo merecía, pues que lo sufría, corridos de que un hombre tal hubiese manifestado y reprendido sus vicios, quisieron volver por su honra y vengarse en esta ocasión! Y levantándose de las sillas en que indignamente habían representado personas de jueces, á la sombra de la noche y del secreto con que allí estaban, ejecutarían su rabia y furor con puntillazos y bofetadas, sin tener respeto á la decencia de sus personas, ni á lo que se debía al rostro venerable del Sal-

vador. Con esto se despidieron del concilio y unos de otros, quedando todos de acuerdo de juntarse otra vez por la mañana en concilio pleno, á concluir la causa y dar orden en la ejecución de la sentencia. El sacrílego pontífice é inicuo juez se fué á reposar á su aposento, dejando al inocente Cordero y Santo de los santos encomendado á sus guardas y ministros, los cuales le sacaron de la sala con gran tropel y mucha descortesía. Y debieron de llevarle á algún otro aposentillo más obscuro, menos limpio y mal acomodado, donde como en cárcel le tuviesen aquella noche, con prisiones y soldados de guarda.

Y como le tuvieron allí (Luc., XXII, 63), determinaron de entretenerse aquella noche, y vencer el sueño con juegos y burlas muy pesadas que hacían al Señor de la Majestad. Porque si miramos con atención lo que dicen los santos Evangelistas, hallaremos lo primero (Luc., XXII, 63), que le mofaban y escarnecían, y hacían burla de Él: *Illudebant ei;* lo cual harían con apodos, con silbos, con visajes y risotadas, y otras mil maneras de que suelen usar los pícaros, los muchachos, los esclavos y gente baja que sirve en los palacios de los señores. Lo segundo, le escupían (Matth., XXVI, 67; Marc., XIV, 65): *Tunc expuerunt in faciem ejus, et coeperunt quidam conspuere eum;* hombres viles y atrevidos, que con sus salivas sucias y asquerosas afeaban aquella cara hermosísima, en la cual, como dice San Pedro (I, 12), desean mirar los ángeles. Lo tercero, le herían (Luc., XXII, 63): *Caedentes*, lo cual sería con golpes, ó á coces con los pies, ó á puño cerrado con las manos. Lo cuarto, le cubrieron el rostro (Marc., XIV, 65) para poder con más libertad y menos vergüenza ejecutar sus invenciones, condenándose ya con esto el vil judaísmo para no verle más para siempre. Y habiendo cubierto aquellos ojos (Hebr., IV, 13), á los cuales ninguna cosa hay encubierta, unos le escupían y otros le daban bofetadas á mano abier-

ta, en lo cual había mucho de afrenta y no menos de dolor. Y porque había andado entre los hombres del pueblo en fama y opinión de Profeta, para mayor burla y escarnio juntamente, le daban el golpe y le decían (Mateo, XXVI, 68): Profetízanos ahora, Cristo, ¿quién te hirió? Otras muchas cosas (Luc., XXII, 65) decían como estas, blasfemando de Él en deshonor y afrenta suya. En lo cual se descubre por una parte el atrevimiento, y por otra la ceguedad y engaño de los hombres, que quieren dar á Dios el golpe y esconder la mano, y piensan cubrir á Dios los ojos con su hipocresía y fingimiento, para que no vea ni entienda sus maldades.

Sobre todas estas invenciones de escarnios y de heridas, no se debe callar lo que tantos años antes había dicho el profeta Isaías, que mirando en espíritu este paso, no solamente vió que le herían y escupían y le injuriaban de palabra, sino que también le mesaban los cabellos y le pelaban la barba, y que todo lo sufría voluntariamente y con grande constancia y entereza; y así dijo (L, 6), en nombre de este Señor: *Corpus meum dedi percutientibus, et genas meas vellentibus; faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me.* Ofrecí mi Cuerpo á los que le herían, y mis mejillas á los que las mesaban, y no torcí ni aparté el rostro á los que me injuriaban y escupían. Donde es mucho de considerar, no sólo la mansedumbre y humildad del Salvador, sino la magnanimidad y constancia con que tenía el rostro firme, sin desviarle ni esconderle de los que le escupían y herían con golpes y le daban bofetadas.

Las guardas que tenían á su cargo al Salvador, se irían remudando por toda la noche, durmiendo unos y velando otros; trayendo siempre los que venían de refresco alguna nueva burla ó invención, con que á costa del Señor que padecía, se alegraban todos, y sonaban grandes risotadas

en el aposento donde estaba. De esta manera y con este entretenimiento se pasó toda aquella noche, noche que nunca amaneció para los ciegos de la ciega sinagoga.

CAPÍTULO XIII

Niega San Pedro al Salvador.

Creció el trabajo de esta noche con la negación de San Pedro, el cual, siendo Apóstol y de los más favorecidos y privilegiados, y estando tan prevenido y avisado del Salvador de la tentación que había de tener, allí en su presencia y casi delante de sus ojos, por muy leves ocasiones le negó, no una, sino tres veces, haciendo muchos juramentos y echándose muchas maldiciones sobre que no le conocía. La primera negación parece que fué después de la media noche; porque aunque San Juan (XVIII, 17) la pone luego que Pedro entró en el atrio con el favor que le dió el otro discípulo con la portera, pero púsola luego allí con ocasión de que la misma portera que le abrió fué la que le preguntó. Mas no se lo preguntó cuando entraba, sino después que estaba allá dentro del atrio, como dice San Marcos (XIV, 66), en el cual los ministros y criados habían encendido fuego (Joann., XVIII, 18) para defenderse del frío que hacía; y cuando le preguntó la esclava, como notan (Marc., XIV, 67; Luc., XXII, 55) los Evangelistas, se estaba Pedro calentando al fuego en medio de ellos. Así, parece que no le preguntó la esclava cuando entraba, sino después que estaba ya dentro, y que esta negación fué después de la media noche, cuando suele más apretar el frío. También porque San Marcos dice (XIV, 68), que luego en negando salió fuera del atrio y cantó el gallo la primera vez, el cual canto suele ser ordinariamente después de las doce ó cerca de la una de la noche. La tercera negación debió ser á las cuatro ó cerca, poco más ó menos,

de la mañana, porque todos los Evangelistas dicen (Mateo, XXVI, 74; Marc., XIV, 72; Luc., XXII, 60; Joann., XVIII, 27) que luego en negando la tercera vez cantó el gallo. Y San Marcos notó particularmente que fué la segunda vez que cantaba, porque ya luego, después de la primera negación, había cantado la primera vez, y este segundo canto del gallo es ordinariamente antes del amanecer, que sería como á las cuatro de la mañana. La segunda negación fué como una hora antes de la tercera, como claramente dijo San Lucas (XXII, 59); y según esto, sería á las tres ó cerca de la mañana. De lo cual se ve que, cuando el Salvador dijo á San Pedro que antes que el gallo cantase dos veces (Marc., XIV, 30) le habría negado tres, no contó el número de las voces que da el gallo cuando canta, que suelen ser muchas de una vez y casi continuadas, sino los dos tiempos en que suele cantar el gallo, uno después de la media noche, y otro antes de amanecer por la mañana. Porque del hilo de la historia se saca, que desde la primera vez que cantó el gallo, pasó todo el tiempo que hubo entre la primera y segunda negación, y una hora por lo menos que hubo entre la segunda y la tercera; todo fué muy apriesa, y en breve tiempo, pues, como dicen, fué de la noche á la mañana. Y para significar esto, el tiempo que pasó desde la primera hasta la segunda negación, le llamó San Lucas (XXII, 58) *pusillum*, y del mismo término usó San Marcos (XIV, 70) para significar el espacio que hubo de la segunda á la tercera; esto es, lo que se puede entender del tiempo de las tres negaciones. Cuanto al lugar en que sucedieron estas negaciones, lo más cierto parece que fueron todas en el atrio ó patio común de la casa del pontífice, donde estaban de ordinario los soldados de guarda, y los demás criados de los sacerdotes que estaban en el concilio. En el cual lugar, por estar al cielo descubierto, se suele encender fuego en los palacios y casas principales, para que todos pue-

dan calentarse. Es, pues, de saber que cuando Pedro entró en la casa del pontífice por la intercesión del discípulo, no subió arriba ni entró en la sala interior y secreta donde se hacía la audiencia, sino que se quedó con la demás gente en el atrio. Y de ahí es, que se pudo decir con verdad, que Pedro estaba dentro y estaba fuera. Estaba dentro, porque había entrado dentro de la casa del pontífice; y esto es lo que dijo San Juan (XVIII, 16), que aquel discípulo conocido del pontífice entró con Jesús al atrio de la casa del pontífice, y hablando á la portera introdujo á Pedro. Dícese también que estaba fuera, porque estaba fuera de la sala donde se hacía la audiencia, y los sacerdotes estaban en su concilio. Y esto es lo que dijo San Mateo (XXVI, 69), que estaba Pedro sentado fuera en el atrio. Y que la sala de la audiencia donde llevaron al Salvador estuviese en lo alto de la casa, bastantemente lo significa San Marcos (XIV, 66), cuando dice: Que estaba Pedro abajo en el atrio. Y si alguno preguntare cómo pudo ser que estando el Salvador dentro de alguna sala ó aposento en lo alto y Pedro abajo en el atrio, le pudiese mirar el Salvador, como dice San Lucas que le miró (XXII, 61) después de haberle negado la tercera vez, á esto responde San Agustín, que le miró espiritualmente con los ojos de su divinidad, ayudándole y favoreciéndole con el socorro de su gracia para que volviese sobre sí. Pero aunque es verdad que le miró el Salvador de esta manera, no hay por qué negar que le mirase también con los ojos del cuerpo, lo cual pudo ser en la forma que veremos en el discurso de la historia, que pasó de esta manera.

Siendo ya pasada la media noche, cuando los que eran enemigos ó vencidos del sueño, ó fatigados del frío, ó hartos y cansados de burlar al Salvador se iban remudando y sucediendo unos á otros, entonces en lo que quedaba de tiempo hasta la mañana le negó su Apóstol tres veces,

para que no le faltase materia de sentimiento y dolor. Porque teniéndolo recogido en otro aposento más secreto para guardarle, Pedro estaba sentado (Matth., XXVI, 69) fuera, en el atrio, donde había entrado con favor del otro discípulo conocido del pontífice. Pues como estuviese allí, los ministros que allí andaban y criados de la casa, habían encendido fuego (Joann., XVIII, 18) y hecho brasas en medio del atrio (Luc., XXII, 55), porque hacía frio, y estaban alrededor, ya sentados (Luc., XXII, 55), ya en pie (Joann., XVIII, 18) (como suele acaecer) para calentarse; Pedro, como quien estaba resfriado en el fuego del amor de Cristo, estaba también con ellos para calentarse al fuego de los enemigos de Cristo; porque muy presto apetece la consolación exterior y los entretenimientos y deleites sensuales, á quien le falta la interior y el gusto y el amor de los externos.

Pues como una de las esclavas del sumo sacerdote, y esta era (Joann, 19) la misma portera que le había abierto, le viese (Luc., XXII, 56) sentado á la lumbre en medio de los otros, le dijo: ¿Eres tú, por ventura, de los discípulos de este hombre? Y como reparase más en él (Luc., XXII, 56), y le mirase con cuidado y atención, se afirmó en ello, diciendo (Matth., XXVI, 69; Marc., XIV, 67): Sí, verdaderamente que tú eres de los que andaban con Jesús Nazareno; y á los circunstantes decía (Luc., XXII, 56): Este era uno de los que andaban con El.

Viéndose Pedro acosado de esta mujercilla delante de tanta gente, que por el dicho de la mujer se volvía á mirarle y reparar en él, turbado y lleno de temor negó delante de todos (Matth., XXVI, 70), y dijo (Joann., XVIII, 17): No soy (Luc., XXII, 57); no le conozco (Marc., XIV, 68), mujer, ni sé ni entiendo lo que dices.

¡Oh Pedro, Pedro, cuán poco ha que decías: Cuando todos se escandalizaren, yo no me escandalizaré; y aun-

que sea menester morir por ello en tu compañía, no te negaré! Ahora no estáis en peligro de muerte, no os examina el presidente de los romanos, no os pregunta el sumo sacerdote de los judíos, no os amenazan los soldados: ¿cómo os ha faltado el ánimo á la pregunta de una esclava, y no sabéis responder á las palabras de una vil portera? ¡Oh, cuán vanamente y cuán sin fundamento presume de sí el hombre flaco; cuán pequeña ocasión basta, si no es ayudado de la divina gracia, para ser vencido!

Levantáronse en pie los que estaban presentes (Joanne, XVIII, 25), levantóse también Pedro con ellos después de haber negado, y por disimular se estaba calentando al fuego; pero la mala conciencia no le dejó sosegar mucho, porque luego se apartó disimuladamente de ellos (Marc., XIV, 68) y se salió fuera del atrio al zaguán ó portal de la casa; y estando allí cantó el gallo la primera vez, que sería ya después de la media noche.

La confusión y ruido que allí andaba sería muy grande por la muchedumbre de los que entraban y salían, y por las pláticas tan diferentes que se trataban, y pareceres que se daban, como suele acaecer en semejantes ocasiones en casa de señores entre criados y ministros. Andaba, pues, Pedro entre gente, por una parte con deseos de encubrirse y con temor de ser conocido, y por otra con ansia de ver lo que se hacía con su Maestro. Y como traía la conciencia inquieta después de la primera negación, no sosegaba en ningún lugar ni de ninguna manera, porque ya estaba sentado, ya en pie, ya se apartaba y huía de ellos, ya salía del atrio, ya tornaba á entrar, con no pequeño sobresalto y turbación.

Pues fué así que (Luc., XXII, 58), no mucho después de la primera negación (porque fué la misma noche, como á las tres de la mañana), yendo una vez á salir de la puerta (Matth., XXVI, 71), notóle otra de las esclavas de la ca-

sa, y dijo á los presentes que allí estaban: Este es de los que estaban con Jesús Nazareno. Con ocasión de lo que dijo esta mujer (Aug., lib. III de *Cons. Ev.*, cap. VI), habiendo vuelto á entrar en el atrio y estándose calentando al fuego en pie (Joann., XVIII, 25), le preguntaron los que allí estaban: ¿Eres tú, por ventura, de los discípulos de este hombre? El negó diciendo: No soy. Mas uno de ellos en particular (Luc., XXII, 58), que le miraba con más atención ó le conocía mejor, se afirmaba en ello diciendo: Sin duda ninguna que tú eres uno de ellos. Pero él le dijo: Déjame, hombre, que no soy; é hizo juramento (Mateo, XXVI, 72) que no conocía á tal hombre.

Habiendo experimentado Pedro su flaqueza en la primera negación, debiera huir luego de aquel lugar y de aquella conversación que le había sido causa de tanto daño; mas como perseveró en el lugar, creció la ocasión y creció la culpa. Porque la primera vez preguntó una sola mujer y esclava, y él negó sencillamente la verdad; pero en esta segunda, aunque fué otra criada la que empezó la plática, pero con esta ocasión los circunstantes le apretaban sobre lo mismo; y él, juzgando que era menester darlos mayor satisfacción, como hombre lleno de temor, confirmó la negación con juramento, haciendo con esto mayor su culpa. En lo cual nos enseñó que los hombres flacos se deben apartar con diligencia de las ocasiones, si no quieren dar mayores y más feas caídas. Así le sucedió á Pedro, que quedándose al fuego en la conversación, le negó la tercera vez más feamente que la primera y la segunda.

Dentro, pues (Matth., 73), de poco tiempo, que sería como una hora después (Luc., XXII, 59), uno de los que allí estaban, afirmaba y decía: Verdaderamente (Luc., XXII, 59), que este hombre andaba con Él, porque se echa de ver que es galileo; y tomándole la palabra los que allí estaban, se la repetían á Pedro diciendo (Marc., XIV, 70): Sin duda

ninguna que tú eres de ellos, porque eres galileo y eso no lo puedes negar (Matt., XXVI, 73), porque en el habla se te echa luego de ver. Esto lo decían, porque aunque los galileos hablaban la misma lengua hebrea, tenían su propia y conocida pronunciación. Como Pedro negase que no era de los que andaban con el Salvador, estaba allí uno de los criados del pontífice, pariente de aquel á quien había cortado Pedro la oreja, y apretóle diciendo (Joann., XVIII, 26): No lo puedes negar, porque yo mismo te vi en el Huerto que estabas en su compañía. Entonces Pedro negó diciendo (Luc., XXII, 60): Hombre, no te entiendo ni sé lo que dices; y como aburrido y desesperado (Matth., XXVI, 74), empezó á hacer juramentos, y echarse maldiciones sobre que no conocía ni había tratado con tal hombre; y luego, antes que acabase de hablar, teniendo aún la palabra en la boca, cantó el gallo la segunda vez, que sería antes de amanecer, como á las cuatro de la mañana. Así, pues, con haber negado Pedro tres veces antes que el gallo cantase, se cumplió el pronóstico del Médico celestial, y quedó convencida la vana presunción del enfermo, porque no sucedió como lo había imaginado y prometido: Yo no pondré mi vida por Ti; sino como el Salvador había dicho: Tres veces me negarás. Y no sin causa todos los cuatro Evangelistas, unánimes y conformes, escribieron las tres negaciones de San Pedro, sino para dejarnos enseñados y advertidos cuán gran mal sea confiar y presumir de sí vanamente.

Acordóse el Salvador de Pedro, que andaba tan olvidado de sí y de su buen Maestro, y puso misericordiosamente los ojos en él para alumbrar al que estaba en tinieblas, y dió la mano al que estaba caído para ponerle en pie (Luc., XXII, 61). Volvióse el Señor y miró á Pedro; porque aunque estaba preso y atado en otro aposento diferente, bien pudo ser que acabado el concilio bajasen al Salvador á algún aposento bajo, de los que estaban en el atrio

y donde de ordinario suelen vivir los criados más bajos y humildes de la casa. O si eso no fué así, también pudo ser que Pedro, después de haber negado, al ruido de las voces y chacota que andaba entre los guardas que se burlaban del Salvador, subiese arriba con deseo de ver lo que pasaba. Finalmente, él se puso en parte que por la puerta ó de otra manera pudo el Salvador mirarle; y aunque estaba en tanto aprieto, ayudó á su discípulo de la manera que pudo, que fué con los ojos. Miró, pues, el Señor á Pedro, como dice San León (*Serm.* III *de Pas.*), y puesto entre las calumnias de los sacerdotes, entre las mentiras y falsedades de los testigos, y entre las injurias de los que le escupían y herían, se puso á razonar y entrar en cuenta con el discípulo que andaba turbado, con aquellos mismos ojos con que había visto tanto antes que se había de turbar.

Miró el Señor á Pedro, y esta vista fué tan amorosa y tan eficaz, que entendió luego lo que le quería decir por ella, y volvió en sí, y acordóse de la palabra que le había dicho y él no acababa de creer (Marc., XIV, 72). Que tú mismo en esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado ya tres.

Et egressus foras (Matth., XXVI, 75) *flevit amare.* Lloró con amargura por el claro conocimiento que Dios le dió de la gravedad de su culpa, y de la Majestad y bondad del Señor á quien había ofendido; y lloró con amargura, porque las lágrimas nacían de la dulzura del amor de su Maestro, á quien había negado. Consideraba cómo aquel Señor era Hijo de Dios vivo, y que él lo había confesado y conocido así por divina revelación; y lloraba de haber negado por temor de los hombres al que conocía y creía que era verdadero Dios. Acordábase de las palabras de vida eterna que le había oído, y de su mansedumbre y dulzura que había expirimentado, y por eso lloraba amargamente. Repetía los beneficios singulares que de El había recibido,

y la honra y favores que le había hecho sobre los demás sus compañeros, y la blandura y amor con que le había avisado y prevenido de su flaqueza. Y cuando sobre todo esto se acordaba de cuántas veces y de cuán ligeras ocasiones, y con cuánta porfía le había desconocido, y con cuántos juramentos y maldiciones le había negado, se le abrasaban las entrañas y le hervían con fuego de dolor y de amor, y le sobrevenían nuevas avenidas de lágrimas á los ojos. Y fué tanto su dolor y sentimiento, que toda su vida, por las mañanas, cuando el gallo cantaba, le sobresaltaba el corazón y lloraba de nuevo aquella culpa como si nunca la hubiera llorado. Y así parece que notó San Marcos, que cuando salió de la casa del pontífice, entonces empezó á llorar (XVI, 72): *Et coepit flere;* y empezó (dice) á llorar, esto es, para continuarlo después por el discurso de su vida.

Y aunque quedó este Santo penitente tan herido y tan arrepentido con la fuerza de los ojos del Señor, no quiso, como pudiera, retractarse allí públicamente, sino salirse de allí á llorar secretamente, porque con la caída había quedado más humilde y menos confiado de sí mismo, y no quería ponerse á riesgo, ni hacer nueva experiencia de su flaqueza; enseñando con esto á los flacos á quitarse de las ocasiones y esconderse, y no querer mostrarse en público hasta que estén fortalecidos y vestidos de la virtud de lo alto. No quiso tampoco arrojarse allí á los pies del Salvador á pedirle perdón y misericordia, porque estaba avergonzado de sí mismo, y quiso que sus lágrimas pidiesen y alcanzasen lo que pedir él tan presto parecía atrevimiento. Con razón lloró y calló, porque la culpa que se llora no se excusa, y lo que no se excusa hablando, se suele lavar y limpiar llorando. Y para llorar mejor se salió fuera, porque aunque la confusión y baraunda de palacio es á propósito para negar, pero no para llorar; y el verdadero penitente

se muestra en dejar las ocasiones del pecado. ¿Y adónde iría á consolarse sino á la Virgen, único refugio de pecadores, para darla cuenta de su tristeza y amargura? Así es que animado con sus dulcísimas palabras, se encerró para llorar en una cueva, con esperanza firme de alcanzar perdón.

No sin causa permitió el Señor tanta flaqueza en el que tenía señalado para piedra fundamental de nuestra Iglesia; entre otras, podemos considerar cuatro. La primera, porque ninguno confíe presuntuosamente de sí mismo, pues cayó un Apóstol tan querido y privilegiado; y tome cada uno para sí el consejo de San Pablo: El que piensa que está en pie (I Cort., x, 12), mire bien y esté sobre aviso para que no caiga. La segunda, porque ninguno desconfíe de Dios por caído que se vea, pues Pedro, habiendo cometido tan gran culpa, por medio de las lágrimas y penitencia volvió á la antigua gracia y amistad y fué hecho Príncipe de los Apóstoles, cabeza de la Iglesia, pastor del rebaño de Cristo y depositario de las llaves del reino de los cielos. La tercera, porque quedase el mismo Apóstol humilde y más recatado, lo cual dice San Agustín (lib. XIV, *Dei. civit. Dei*, capítulo XIII) por estas palabras: *Audeo dicere superbis esse utile cadere in aliquod apertum, manifestumque peccatum, unde sibi displiceant, qui jam sibi placendo ceciderant: salubrius enim Petrus sibi displicuit quam flevit, quam sibi placuit quando praesumpsit.* Atrévome á decir (dice este Santo), que es provechoso á los soberbios caer en algún pecado claro y manifiesto, por donde se parezcan mal y se desagraden de sí, los que pareciéndose bien y agradándose de sí mismos habían ya caído; porque más provechosamente se desagradó Pedro á sí mismo cuando lloró su culpa, que no se había agradado cuando presumió de su constancia. La cuarta razón da San Gregorio (*Hom.* XXI *in Ev.*): *Ut iis, qui futurus erat Pastor Eccle-*

siae, in sua culpa disceret qualiter aliis misereri debuisset. Para que aquel (dice este Santo) que había de ser Pastor de la Iglesia, aprendiese en su misma culpa cómo se había de compadecer de las ajenas; porque la misericordia que usó el Señor con San Pedro fué de todas maneras grande y digna de eterna memoria. Niega el siervo á su Señor, que muere inocente por él; y en medio de la muerte que el Señor padece, y en medio de la culpa que el siervo comete, le mira para salvarle y le da la mano para que del todo no quede perdido. Tal por cierto y tan piadoso había de ser el Señor de la vida, y tan apiadado convenía que fuese el pastor que en su lugar había de apacentar su ganado, porque se acordase de la piedad que usó su Maestro con él, y no desamparase ninguna oveja por enferma, rebelde ó descarriada que fuese.

CAPÍTULO XIV

Del amor con que Cristo nuestro Señor padecía por los hombres (1).

Pasó toda esta noche el Salvador en poder de los que le burlaban y afligían, pensando pensamientos de paz y no de aflicción ni de venganza; porque ningún poder bastaba á hacerle fuerza, y Él de su voluntad se entregaba por el amor de Dios y de los hombres. Y aunque por una parte dió lugar á que su santísima Humanidad se entristeciese, mas por otra era su amor tan grande y encendido, que obraba en Él una sed ardentísima de injurias y hambre de dolores. Así, pues, estuvo esta noche con grande consuelo y alegría de su corazón, bañándose, como Él dijo (Luc., XII, 50), con este baño; y como dijo su Profeta (*Therenor.*, III, 30), hartándose de oprobios. Este amor de

(1) Sacado del *Tratado del Amor de Dios*, del M. Avila.

Cristo (como dijo el Apostol, *ad Ephes.*, III, 19) excede y se levanta sobre todo conocimiento y sentido, pues las fuentes de donde nace son sobre todo sentido y conocimiento. Porque no se funda ni estriba en la perfección, hermosura y méritos del hombre; pues siendo una criatura tan baja é imperfecta, según el cuerpo, y según el alma, un vaso de maldad, ¿cómo era posible amarla por sí misma?, principalmente que aquel divino Amador no es ciego, ni apasionado, ni menos antojadizo que hubiera de poner su amor en criatura tan fea y que tan poco lo merecía. Fúndase este amor de Cristo nuestro Señor para con los hombres en el que su Eterno Padre le tenía á Él, y en los beneficios tan excelentes con que le había obligado; porque siendo tantos y tan ilustres los dones que este Señor, en cuanto Hombre, había recibido de su Padre, y tanto el agradecimiento y amor que le tenía, por su respeto y obediencia amó á los hombres sobre toda ciencia y encarecimiento.

Y para saber esto de raíz y glorificar á este Señor, cuando sus enemigos le escarnecían, debemos considerar la grandeza inestimable de gracias que por toda la Santísima Trinidad fué concedida á la Humanidad de Cristo nuestro Señor, en el instante de su concepción. Porque primeramente se la dió el ser Divino, uniéndola con la Divina Persona; de manera que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios é Hijo de Dios, y ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios. Esta gracia ya se ve que es infinita por la dádiva que en ella se da, que es el ser de Dios, y por la manera con que se da, que es la más estrecha que se puede imaginar; conviene á saber: por vía de unión personal.

Diósele también á aquel nuevo hombre que fuese Padre universal y cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos como cabeza espiritual influyese su virtud; de manera que en cuanto Dios es igual al Eterno Padre, y en

cuanto Hombre, es Príncipe y cabeza de todos los hombres. Conforme, pues, á este principio, se le dió gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y mar de santidad, la reciban todos los hombres; y esto, no solamente por ser la gracia en Él mayor que en todos, sino por ser santificador de todos, y, como si dijésemos, un esmalte de santidad donde han de recibir este color y lustre todos los que hubieran de ser santos. Diósele juntamente otra gracia particular para la perfección y santificación de su vida, la cual también se puede llamar infinita, porque nada se la puede añadir. Diéronsele demás de esto en aquel punto todas las gracias, *gratis datas*, de hacer milagros y maravillas cuantas quisiese; y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfección. Sobre todo esto le fué dado en aquel mismo instante que viese luego la divina Esencia, y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con quien estaba unido; y así, viéndola, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria cuanta tiene hoy á la diestra del Padre.

Pues cuando esta ánima santa, en aquel dichoso punto que fué criada, abriese los ojos y se viese tal como hemos dicho, y conociese de cuyas manos la venía tanto bien, y se hallase con el principado de las criaturas, y viese arrodilladas ante sí todas las jerarquías del cielo, que, como dice San Pablo (Hebr., I, 6), la adoraron; dime si es posible decir: ¿Con qué deseo codiciaría que se la ofreciese algo en que pudiese agradar y servir á tal Dador? No hay lenguas de querubines ni de serafines que puedan declarar esto.

Pues si á este deseo tan grande le fuese declarado y dicho que la voluntad de Dios era salvar el género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se había él de encargar por la honra y obediencia suya, tomar á pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansar hasta salir al cabo con ella; que había de

amar á los hombres como cosa encomendada de su Padre, con tanto amor y deseo que por verlos remediados y restituídos á la gloria, se pusiese á hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario; dime ahora, después que aquella ánima tan deseosa de agradar al Eterno Padre esto conociese, ¿con qué linaje de amor no se volvería hacia los hombres para amarlos y abrazarlos por la obediencia de su Padre? No hay lengua ni virtud criada que pueda declarar esto, porque así como de parte de Dios hubo suma comunicación de sus bienes, así de parte de Cristo nuestro Señor hubo suma correspondencia, agradecimiento y amor.

De esta fuente salió aquel grande y caudaloso río de amor que derramó el Salvador sobre todos los hombres, porque los miraba como cosa dada de su Eterno Padre. De este sentimiento está lleno el Evangelio, porque en una parte dice (Matth., XI, 27): *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo.* Esto es, todos los hombres, y todas las cosas que les pertenecen, me las ha dado y encomendado mi Padre. ¿Y para qué fin se las dió sino para el que dijo el mismo Señor? *Haec est autem voluntas ejus* (Joann, VI, 39), *qui misit me, Patris, ut omne quod dedit mihi, non perdam ex eo;* como si dijese: *Ut ex eo omni nihil perdam.* Esta es (dice) la voluntad de mi Padre que me envió, que de todos los que me ha encomendado, no se pierda ninguno; mas porque cuando se los dió y encomendó ya ellos estaban perdidos, el encomendarle que no los perdiese, tanto fué como encomendarle que los ganase (III, 17): *Non enim misi Deus Filium suum in mundum ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.* Porque no envió Dios su Hijo al mundo para que le juzgase y condenase por sus culpas, sino para que el mundo fuese salvo por Él; esto es, que en su primera venida no le envió como Juez, sino como Salvador.

Esta misma recomendación de su Eterno Padre le hizo

tan solícito en la obra de nuestra Redención, como lo ponderó San Juan, cuando dijo (XIII, 3): *Sciens quia omnia dedit ei Pater in manus*, etc. Porque sabía que su Padre le había encomendado los hombres y puesto en sus manos todas las cosas que pertenecían á su remedio; por eso se levantó de la Cena, y se quitó los vestidos, y se ciñó de un lienzo, y no se desdeñó de hacer una obra de tanta humildad como fué lavar los pies de sus discípulos. Por este mismo respeto dice que les había predicado (XVII, 6): *Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi.* He predicado tu nombre á los hombres que Tú me diste y me encomendaste. Por esta misma causa hacía oración por ellos (XVII, 9). *Non pro mundo rogo sed pro his, quos dedisti mihi quia tui sunt.* No ruego (dice el Señor) por el mundo, sino por estos discípulos que Tú me diste, porque son cosa tuya y Tú me los encomendaste. Y finalmente, por esta misma causa se ofreció por ellos (XVII, 19): *Et pro his ego sanctifico meipsum.* Que fué tanto como decir: Por estos me ofrezco á mí mismo en sacrificio. Y cuando le fueron á prender para ser sacrificado, por este mismo respeto salió á la defensa de los suyos (XVIII, 8): *Si ergo me quaeritis, sinite hos abire; ut impleretur sermo quem dixit: quia quos dedisti mihi non perdidi ex eis quemquam.* Si me buscáis á Mí (dijo á los que le prendían), dejad ir á estos mis discípulos libres. Este cuidado tuvo (dice el Evangelista), porque se cumpliese lo que había dicho hablando con su Padre: Los que tú, Padre, me encomendaste, ninguno se ha perdido por mi culpa. Y esta fué una particular razón por qué le dolió tanto la perdición de Judas, porque siendo cosa encomendada por su Padre, no pareciese que había puesto menos cuidado en conservarle y mirar por él; pues aunque había puesto tantos medios para ganarle, con todo eso le dió cuidado el dar satisfacción de que se hubiese perdido con efecto, porque así con-

venía dejarle en su dureza para que se cumpliese la Escritura (XVII, 12): *Quos dedisti mihi custodivi, et nemo ex his periit, nisi filius perditionis, ut Scriptura impleatur.* Los que tú, Padre, me diste, yo los he guardado con cuidado, y ninguno de ellos se ha perdido sino el Hijo de la perdición, como estaba escrito que había de suceder; y sucediendo ello así, se ha cumplido la Escritura.

De esta misma fuente nació, no sólo el amor que tuvo á los hombres, sino el que tuvo también á los dolores y afrentas y á las demás pasiones que convenían para el bien y remedio de los hombres; y esto es lo que El dijo á la entrada de su Pasión (XIV, 31): Para que el mundo conozca cuánto es lo que yo amo á mi Padre, y que de la manera que me lo ha mandado así lo cumplo y lo hago, levantaos y vamos de aquí. ¿Adónde, sino á morir por los hombres en una cruz? Era tan grande el ansia que tenía de hacer á su Padre este servicio, que decía (Luc., XII, 50): Con un bautismo tengo de ser bautizado, ¡cómo vivo en estrechura hasta que venga la hora en que se ejecute! Porque era tan grande el deseo que tenía de verse bañado en su Sangre, que cada hora que se dilataba le parecía mil años por la grandeza del amor. De aquí nació aquella fiesta gloriosa de los ramos, con que quiso ser recibido cuando entraba á padecer en Jerusalén, para enseñar al mundo la alegría de su Corazón; y por la misma causa, con aplauso y cercado de rosas y de flores quiso subir al tálamo de la cruz.

Esta es aquella fuerza que significó el Profeta, cuando dijo (Ps. XVIII, 6): Alegróse como gigante para correr su carrera; desde lo más alto del cielo fué su salida, y su vuelta á lo más alto de él, y no hay quien se pueda esconder de su calor. ¡Oh amor divino, que saliste de Dios y volviste á Dios! Porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios. ¿Quién habrá que se pueda esconder de tu calor y defenderse de tu amor? Porque tu caridad es tan

encendida y abrasada, que hace fuerza á los corazones, como lo sentía tu Apóstol, cuando dijo (II Cor., v, 14): *Charitas Christi urget nos.*

Y de aquí se saca otro nuevo argumento para conocer algo de la excelentísima caridad de Cristo y el ardentísimo deseo que tuvo de padecer. Porque si al Apóstol San Pablo le apremiaba tanto la caridad y le hacía tanta fuerza el amor, que despreciando el hambre y la sed, las persecuciones y el cuchillo, la vida y la muerte, para satisfacer al deseo de su amor, deseó las mismas penas sensibles del infierno (Rom., IX, 3): *Optabam enim ego ipse anathema esse á Christo pro fratribus meis;* esto es, deseaba yo ser apartado de Cristo por el bien de mis hermanos, cuanto á la participación de la gloria, aunque no cuanto al amor y la gracia, ¿qué diré del Apóstol San Andrés, que viendo la cruz en que había de morir, se requebraba con ella como con esposa muy amada, y la rogaba se alegrase con él como él se alegraba con ella? Pues, ¡oh ánima mía!, toma ahora alas y sube de este escalón hasta las entrañas y corazón de Cristo, y mira que si el Apóstol San Andrés se alegraba con la cruz por el amor que tenía á su Maestro, que había muerto en ella, y si el Apostol San Pablo tenía tan grande amor á los hombres, que verdaderamente deseaba padecer las penas del infierno por ellos, ¿cuánto mayores serán los deseos de Cristo, pues tanto mayor era su gracia y su caridad?

Siete años sirvió el patriarca Jacob á su suegro Labán por casarse con la hermosa Raquel, con tanto trabajo (Gen., XXXI, 40), que de noche no dormía y de día no descansaba, y andaba quemado del hielo y del sol; y con todo eso (XXIX, 20), le parecían poco siete años por el grande amor que la tenía. ¿Pues qué le parecería al Salvador una noche de escarnios y tres horas de cruz, y un día, finalmente, de pasión, por desposarse con la Iglesia y hacerla tan

hermosa (Eph., v, 27) que no le quedase mancilla ni arruga? Sin duda que mucho más amó que padeció, y mucho mayor amor le quedaba encerrado en el corazón de lo que mostró por de fuera en sus llagas. Y si como le mandaron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenía amor; y si lo que le mandaron padecer por la salud de todos los hombres, le mandaran padecer por cada uno de ellos, así lo hiciera por cada uno como por todos; y si como estuvo tres horas penando en la cruz, fuera menester estar allí hasta el fin del mundo, amor tenía para todo si nos fuera necesario.

Pues siendo esto así, que fué mucho menos lo que el Señor padeció que lo que amó y deseó padecer; si sola esta centella que nos mostró acá fuera, fué tan espantable á los hombres, que ha sido (I Cor., I, 23) escándalo á los judíos y locura á los gentiles, ¿qué fuera si les diera otra muestra que declarara más toda la grandeza de su amor? Y si ésta ha sido tal que ha hecho á los malos salir de sus sentidos y cegarse en medio de la luz, ¿qué deben sentir y hacer los hijos y los amigos, que tan creído y conocido tienen este amor? Esto es lo que les hace salir de sí y quedar como atónitos y pasmados, cuando recogidos dentro de su corazón les descubre Dios estos secretos, y les da á conocer y sentir estos misterios. De aquí nace el deshacerse en lágrimas y el abrasarse en amor; de aquí el desear los martirios, gozarse con las tribulaciones, alegrarse con las injurias, acometer y abrazar todo lo que el mundo aborrece y teme, y amar y desear todo lo que Cristo nuestro Señor ha deseado y amado.

Y de aquí se nos descubre otro motivo que tuvo nuestro Salvador, para estar esta noche de su Pasión con grande alegría hecho blanco de las befas, mofas y golpes de aquella gente vil y descompuesta. Porque miraba con gozo inefable de su corazón en lo que allí pasaba en su persona, la

imagen del mundo renovado y de los hombres espirituales; los cuales con la consideración de lo que Él padecía, se habían de encender en caridad, y abrasados en esta fragua de amor, se habían de transformar en su imagen y semejanza, aborreciendo la honra, porque el mundo no se la dió á Él, y amando y procurando las deshonras, porque las tuvo Él. Por esta causa se dejaba deshonrar con tanta mansedumbre, y se dejaba herir con tanta constancia y fortaleza, sin huir el cuerpo á los golpes ni desviar el rostro á las salivas; porque veía y conocía que, por manos de aquellos oficiales, labraba el Padre Eterno en Él el dechado y ejemplar de los predestinados.

Finalmente, debemos considerar cómo se estaba agradando el Padre Eterno en lo que su Hijo padecía; cómo se honraba con su obediencia, humildad y mansedumbre, y cómo disponía y trazaba la honra con que le había de honrar, en pago de estas deshonras, y los maitines de alabanzas que se le habían de cantar perpetuamente en el cielo y en la tierra, por los que allí se le decían de injurias y vituperios.

CAPÍTULO XV

Es condenado el Salvador por todo el concilio.

AMANECIÓ, pues, el día siguiente, viernes, día infelicísimo para aquel pueblo ingrato y desconocido, en el cual había de cometer pecado tan horrendo y merecer tan riguroso castigo; día, por otra parte, dichosísimo para todos los siglos, pues en él se había de poner fin al pecado, redimirse el mundo y abrirse la puerta que estaba cerrada para el cielo. Y aunque la noche antes se había juntado concilio en casa de Caifás, y se habían buscado y examinado tanto número de testigos falsos, con todo eso, para dar me-

jor color á su justicia y persuadir al pueblo su maldad, determinaron que luego por la mañana se juntase otro concilio pleno en el lugar acostumbrado, y allí, con forma más jurídica y menos señales de turbación y de pasión, se tratase otra vez la causa del Señor (Matth., XXVII, 1), todo con ánimo de condenarle á muerte, y entregarle al brazo seglar de los romanos. Y si bien es verdad que todos por la mayor parte serían hombres ancianos ó entrados en edad, y habían velado hasta bien tarde de la noche pasada, así en la prisión como en la junta que se había hecho en casa del sumo sacerdote; con todo eso (Marc., XV, 1), apenas era bien amanecido, cuando se habían ya todos juntado en su concilio: tan solícitos y diligentes andaban para ejecutar su maldad.

Hacíase este concilio, como muchos piensan, no en la casa del sumo sacerdote (donde había estado aquella noche el Salvador), sino en casas particulares que para este fin estaban señaladas, como son ahora las casas de Ayuntamientos. Juntos, pues, en estas casas y sentados por su orden los jueces, citan al preso que parezca allí delante del concilio. Sácanle de la cárcel donde estaba, llévanle por calles con mucha gente de guarda, con grande vocerío y ruido, con sumo desprecio é ignominia. Era ya de día claro, y la gente salía por las calles y ventanas, á ver un juicio tan nuevo y extraordinario, y de persona tan conocida y estimada por la opinión de su santidad. Saldría el Señor, atadas las manos y el cuello, pena que se da juntamente á los que han usado mal y en perjuicio de la república de su natural libertad. Saldría helado de frío, y desfigurado el rostro de los golpes y salivas, mesado el cabello y la barba, sus mejillas señaladas de cardenales, y todo afeado con la sangre cuajada y helada, que de los golpes le había salido. De esta manera salió en público el Señor por las calles, con admiración y espanto de todos, que en el mal trata-

miento de su persona echaban de ver claramente que no pudiera ser tal sino para condenarle.

El rumor de lo que andaba en la ciudad, llegó sin duda á los oídos de la Virgen. Contaríanla cuál habían sacado á su Hijo de la cárcel, y cómo le llevaban por las calles á responder por sí delante del concilio; y atravesado el corazón de tan piadosa Madre con la pena y trabajo en que se hallaba tal Hijo, determinó salir de su recogimiento, buscando algún alivio en ver al que no podía ver sin grave dolor. Con ella saldría la Magdalena y las demás santas mujeres, á las cuales acompañaba el Apóstol San Juan; los demás Apóstoles andarían solos por las calles, procurando esconderse entre la gente á ver en qué paraba este negocio. Pero la Virgen nuestra Señora, clavado el corazón con el de su Hijo, andaría á la vista de El con tal recato y providencia, que la turba furiosa no tuviese ocasión de decir alguna injuria ó hacer alguna descortesía. Y es cosa maravillosa y digna de ponderación, que habiéndose hallado la Vigen nuestra Señora presente en el discurso de la Pasión y tan cerca del pie de la cruz, y andando el pueblo tan alborotado y furioso, tuvo el Salvador tanto cuidado con la honra y con el decoro que se debía á su Madre, que no permitió que ninguno se descompusiese ni en una mínima palabra contra Ella. Toda su cruz y su martirio había de ser en el Corazón, dentro del cual ofrecía al Eterno Padre con profundísima humildad y encendidísima caridad á su mismo Hijo, y juntamente con El ofrecía su mismo Corazón, lleno de amargura, pero rendido con perfecta obediencia á toda su voluntad.

Puesto el Señor en forma de reo delante de todo el concilio, le mandaron desatar; ceremonia que se usaba con los delincuentes cuando les tomaban su confesión para que respondiesen con toda libertad; y parece que lo hicieron así con el Salvador, porque acabado el concilio le tornaron

á atar de nuevo (como notó San Marcos, xv, 1) para entregarle al presidente. Estando, pues, desatado y sin prisiones, no solicitaron ni buscaron testigos falsos; sino conforme á lo tratado y resuelto la noche antes, le preguntaron en nombre de aquel concilio (Luc., xxii, 66): Si tú eres Cristo, dínos'o á nosotros. Esta misma pregunta le habían hecho otra vez, cuando cercándole en el templo, le dijeron (Joann,, x. 24): ¿Hasta cuándo nos traes suspensos y colgados? Si tú eres Cristo, dilo claramente: y tan claramente se lo dijo, que resultó de la respuesta tenerle por blasfemo y querer como á tal apedrearle; y las piedras que allí se les quedaron en las manos querían tirárselas ahora, procurándole la muerte con efecto, y así le preguntaron lo que entonces: Si tú eres Cristo, dilo claramente.

El Señor, que veía sus corazones, respondió (Luc., xxii, 67): Bien sé que si os lo digo, por sólo mi dicho no me creeréis; y si quisiere probarlo con razones ó con testimonios de la ley de los Profetas, y con ellos os preguntare y apretare, no me habéis de responder, ni menos por esto ponerme en libertad. Y aunque por esta causa no sois merecedores de oir la verdad que preguntáis, pues la queréis saber para calumniarla y condenarme por ella, tampoco es razón que nadie piense, que por temor ni por otro respeto dejo yo de dar testimonio de esta verdad, siendo preguntado y examinado sobre ella. Dígoos de verdad, que el hombre que veis aquí humillado y para ser juzgado de vosotros, le veréis brevemente sentado á la diestra de la virtud de Dios, para ser vuestro Juez y de todo el mundo.

Oída esta respuesta tan modesta y tan verdadera, por armar mejor su calumnia y hacer más odiosa su acusación, le repreguntaron diciendo (Luc., 70): ¿Luego tú eres Hijo de Dios? mostrando juntamente, en el modo de decir, la mofa y el escarnio que hacían de su locura y de su mentira, y que por soñarse Hijo de Dios, y que vendría sentado

sobre las nubes del cielo á la diestra de Dios, se había de ver presto entre ladrones levantado en una cruz. Así, con ironía disimulada dijeron: ¿Luego tú eres Hijo de Dios? Como si dijeran: Tú, hijo de un pobre oficial; Tú, hombre de malas costumbres, comedor y bebedor, amigo de publicanos y pecadores; Tú, endemoniado y blasfemo, ¿Tú te sentarás á la diestra de Dios? ¿A Ti te veremos venir en las nubes? En el aire colgado te deseemos ver en medio de otros ladrones, no en las nubes ni á la diestra de Dios. Aunque conoció el Señor la malicia de esta pregunta y la calumnia que armaban sobre ella, respondió con todo esto la verdad, con la misma entereza que había respondido la noche antes, diciendo: Vosotros decis que Yo lo soy; que es lo mismo que si dijera: Yo soy ese mismo que vosotros decís.

Oída esta respuesta, y visto que se afirmaba y ratificaba en lo dicho, hablaron entre sí unos con otros y dijeron: ¿Qué necesidad tenemos de testigos, pues lo podemos ser nosotros que hemos oído de su misma boca lo que basta para su condenación? Dos cosas eran las que habian oído y con que le hicieron la guerra después. La primera, que era Cristo ó el ungido Rey de los judíos. La segunda, que era Hijo de Dios. Esta segunda era á su parecer contra Dios, por la cual según la ley de Dios tenía pena de muerte como blasfemo; y la otra era *crimen laesae Majestatis* contra el César, por la cual tenía pena de cruz, según la ley de los romanos. Armados, pues, de estas dos acusaciones, determinaron llevar el reo al presidente. para que ejecutase en Él esta sentencia.

CAPÍTULO XVI

Llevan al Señor delante de Pilatos y Judas se ahorca.

Es mucho de considerar que no fiaron este negocio de tres ó cuatro comisarios, ni de los ministros ordinarios de justicia, que en nombre del concilio tratasen esta causa con el presidente, sino que toda la muchedumbre de jueces, de ancianos y letrados y sumos sacerdotes, y, finalmente (Luc., XXII, 71 y XXIII, 1), todo el concilio, así como estaban sentados á juicio, se levantaron sin juicio, irritados de su pasión y furor, y le llevaron ellos mismos al presidente Pilatos. Hiciéronlo así por dar calor á este negocio y asegurar más el suceso, y por obligar más al presidente y darle más prisa para que no pusiese dilaciones. Y por llevar á cabo el negocio que estaba en tan buen punto, y acudir de presto á todas las dificultades, y tomar consejo y resolución en ellas, sacaron el concilio de su propio lugar y asiento, y le traían en pie y portátil, hechos acusadores y jueces, procuradores y abogados, solicitando y sobornando al pueblo. De esta manera fué llevado el Señor al pretorio de Pilatos, acompañado de lo mejor y más principal de Jerusalén. Así se cumplió lo que El había dicho (Mahtt., XX, 19), que los príncipes de los sacerdotes le habían de entregar á los gentiles; y lo que en figura estaba profetizado de El en el sacrificio del cordero (Exod., XII, 6): *Immolabitque eum universa multitudo filiorum Israel*; esto es, que le había de sacrificar toda la muchedumbre de los hijos de Israel.

Para este camino que se había de hacer de las casas del concilio hasta el pretorio de Pilatos, volvieron á atar (Marc., XV, 1) al Salvador; y sería por las manos y el cuello, con prisiones de hierro, como lo da á entender la palabra con que hablan los Evangelistas: *Vincientes Jesum*,

et vinctum adduxerunt eum (Matth., XXVII, 2) *et tradiderunt Pontio Pilato praesidi.* Porque así es costumbre de entregar al delincuente con prisiones, cuando es relajado del brazo eclesiástico al seglar, en señal de que ya va visto su proceso, y él convencido y condenado. Era ya más entrado el día cuando sacaron al Señor del concilio, por lo cual el rumor de lo que pasaba se había extendido más por la ciudad, y así era mayor el alboroto y muchedumbre de la gente que concurría á este espectáculo, dando ya por concluído este negocio y al Salvador por condenado á muerte, pues le había condenado todo el concilio y llevaban atado al presidente para que ejecutase la sentencia. Esto es lo que dijo San Juan (XVIII, 28): *Adducunt ergo Jesum á Caipha in praetorium.* No porque le llevasen de las casas de Caifás, porque no iba sino de las del concilio; mas tanto fué como decir, que de esta vez salió el Señor de la jurisdicción eclesiástica (cuya cabeza era Caifás como sumo sacerdote) y fué entregado á los gentiles.

No parece que Judas había pensado, ó no se había persuadido que pasara tan adelante este negocio, ni que la malicia y pasión de los sacerdotes fuera tanta que quisieran dar con efecto la muerte al Salvador, sino que se contentarían con otra pena más moderada de destierro, ó afrenta, ó pena corporal. Pues como El (Matth., XXVII, 3) anduviese á la mira de lo que se iba haciendo, y viese que la noche antes en casa de Caifás le habían condenado á muerte, y que todo el concilio había confirmado esta sentencia, y le llevaban á casa de Pilatos para que él la ejecutase, con ánimo obstinado de no desistir de su pretensión hasta salir con ella; entonces el demonio que le había cegado y entrado en su corazón para hacerle cometer tan abominable traición, se apoderó más de él y le abrió los ojos para que la conociese y aborreciese, y con ánimo

inquieto y turbado, y lleno de sentimientos de infierno, se desesperase. Porque pudiera el miserable, ya que conocía su culpa y le pesaba de haberla hecho, pesarle por amor del Señor á quien había ofendido, y llorar delante de Dios con el quebranto y amargura de San Pedro, y acudir en su desventura á la bienaventurada Virgen, que aunque tan gravemente ofendida de él, fuera parte alcanzarle perdón y volverle á la gracia de su Hijo. Mas como hombre que siempre había sido falso y doblado, y andado con hipocresía y fingimiento en la escuela del Señor, así en esta ocasión mereció ser desamparado para que no acertase á volver á buen camino. Porque no se dolía de su culpa por respeto de Dios, con pura voluntad de servirle y enmendarse, ni su arrepentimiento fué de verdadera y fructuosa penitencia, sino de una profunda tristeza y caimiento desesperado del corazón, conociendo el enorme yerro que había cometido; del cual se dolía por respeto de sí mismo, que se corría y deshonraba de haber hecho cosa tal, y por razón de los hombres que con razón habían de aborrecer su maldad; y así para cumplir con ellos y consigo, tomó medio con que acabó del todo de perderse.

Porque primeramente trató de deshacer la mala venta que había hecho, volviéndoles á los sacerdotes su dinero, pareciéndole que no corrían por él de allí adelante los daños que recibiese en su persona el Salvador si él deshiciese el contrato, restituyendo el precio que había recibido por Él. Con esta determinación se fué á los príncipes de los sacerdotes (Matth., XXVII, 3) cuando estaban en medio de su fervor ó furor acusando al Señor para darle la muerte, y les volvió los treinta dineros, diciendo: Yo he pecado, porque he entregado para la muerte un hombre justo é inocente. Como si dijera: No quiera Dios que quede en mi poder dinero tan mal ganado, ni menos que por respeto de él se me haga cargo á mí de lo que este hombre jus-

to, sin culpa suya padece; ni que vosotros tengáis excusa de vuestra maldad con decir que yo le conozco y era su discípulo le he entregado. Porque yo, que le conozco y he vivido y conversado con Él, os afirmo y testifico que es hombre santo y justo; si le vendí, fué pecado y maldad mía, la cual conozco y reconozco por tal, y en testimonio de ello (y es el mayor que puede dar un codicioso) renuncio mi ganancia é interés y no consiento que quede en mi poder el precio: tomad vuestro dinero.

¿Quién pensara que el testimonio y confesión de Judas no había de hacer efecto en los ánimos de los sacerdotes? Porque aunque era hombre malo y perverso, mas al fin era de su misma facción, y como había sido su capitán para prenderle, pudiera también serlo para soltarle y darle libertad. Pero ellos estaban tan ciegos y apasionados, que cuando les dijo Judas: Yo he pecado gravemente en vender la sangre del Justo, ellos le arrojaron de sí, diciendo (Matth., 4): Si tú pecaste, allá te las hayas, á nosotros, ¿qué nos importa? Como si dijeran: Tenemos en nuestro poder al que buscamos; alcanzamos por su medio lo que pretendíamos; si tú pecaste, á tu cuenta va; míralo tú allá, que á nosotros no nos toca.

¡Oh perversos príncipes de los sacerdotes! ¡Oh respuesta tan ignorante y tan inicua! ¿Confesáis que pecó aquel de quien comprasteis la sangre del Justo, y decís que su pecado es solamente de él, y que no os toca á vosotros? Si fué malo venderle, vosotros le comprasteis; y si fué traición entregarle, vosotros hicisteis el concierto; y si la culpa que trae desesperado á Judas, es haberle entregado para la muerte, vosotros sois los que se la dais y ejecutáis. Y con todo eso, restituyendo Judas el precio de lo mal vendido, vosotros de vuestra parte queréis sustentar el contrato, y os tenéis por libres de la culpa cuando decís: Mira tú por tu pecado, que á nosotros nos va nada en eso.

Viendo Judas que los príncipes de los sacerdotes no querían recibir su dinero, y que todo el tiempo que le tenía en su poder andaba con bascas de muerte, fuese al templo (Matth., 5), y arrojó en él el dinero delante de los sacerdotes que allí andaban ministrando; y aburrido y desesperado de lo que había hecho, é incitado de furias infernales, se colgó de un lazo, y colgado se hinchó hasta reventar (Act., II, 18) por medio, como fué cosa pública y notoria en Jerusalén.

¡Oh hombre miserable, merecedor de todo castigo! ¡A ti te sigue la justa paga de tus injustas obras; y porque no había quien pudiese dar pena á tanto pecado, tú te hiciste juez de tu culpa y ejecutor de tu pena! Aborrecido de los ángeles y de los hombres, ni quisiste que tu cuerpo le recibiese la tierra, ni el cielo tu alma; mas escogiste el aire por morada, donde habitan los demonios, los cuales se enseñorearon de ti, y como estaba profetizado, se sentaron á tu diestra (Salm. CVIII, 6).

¡Oh Judas, el más desdichado de los hombres, y que te fuera mucho mejor (Matth., XXVI, 24) no haber nacido, porque añadiste á tu gran culpa otra mayor, desesperando de la Divina misericordia, que excede infinitamente nuestros males! ¿Por qué no te acordaste, estando en este aprieto, del tiempo que anduviste en compañía de este Señor, del trabajo y diligencia que ponía, como solícito Pastor, en buscar sus ovejas y traer sobre sus hombros las perdidas, y el amor con que llamaba y recibía á los pecadores? Y aunque tu pecado era por todas partes grande, debías acordarte que sabiendo el Señor en lo que andabas, El mismo te lavó los pies, y te dió la Comunión del Cuerpo y Sangre que había de ofrecer por ti; y estando en la misma traición, cuando por el beso le entregabas, te convidó á retener su amistad, y haciendo tú oficio de traidor, tellamó amigo.

Hombre sin ventura, ya que no te acordaste de la bondad del Hijo, acuérdate siquiera de la profunda humildad y mansedumbre de su Madre, que tal era la Virgen, que ella misma fuera contigo á su Hijo resucitado y negociara tu perdón. Y aun estando en la cruz, antes que muriera intercediera por ti y procurara tu remedio. ¡Oh hombre sin esperanza! ¿Por qué no te esperaste que el mismo Señor, sin que nadie intercediera, como rogó por otros, rogara también por tí al Eterno Padre estando en el tormento y fatiga de su cruz? Mas tú, hombre ciego, y enseñoreado por tus malas obras del demonio, no mirabas en las palabras y vida del Señor para esperar en su misericordia, sino acusado de tu propia conciencia, te dejaste sumir en la eterna condenación con el peso de tu misma culpa.

Volviendo, pues, á los príncipes de los sacerdotes, no quisieron recibir el dinero cuando Judas se lo ofrecía, porque echaron de ver que pretendía deshacer la venta, y dar por nulo el contrato que había hecho con ellos, y que si aceptaban de su mano el precio, en este caso se obligaban á poner en libertad y desistir de la acusación del Salvador. Lo cual de ninguna manera querían hacer, sino llevar adelante su dañada y perversa intención hasta ponerlo en la cruz. Que si á Judas le parecía que había pecado en la venta, á ellos les parecía que había acertado tanto en la compra, pues (según algunos autores) habían sacado el dinero del gazofilacio y tesoro público del templo, á título de dar la muerte á un blasfemo, como para gasto pío y religioso, y de la honra y culto de Dios.

Pero cuando Judas lo arrojó en el templo, los sacerdotes que allí estaban le levantaron y guardaron hasta ver lo que determinaban los príncipes y magistrados (Matth., XXVII, 6), los cuales estando ya más despacio después de la muerte del Salvador, y sabiendo lo que Judas había hecho, aceptaron primeramente el dinero; mas no les pareció conve-

niente volverlo al gazofilacio ó lugar donde se guardaban las ofrendas, por ser precio de sangre, esto es, dado y tomado para dar la muerte á un hombre. Y habido entre ellos su acuerdo, compraron de este precio un campo, que se llamaba de Fígulo ó del Ollero, que fuese para sepultar á los peregrinos. De esta manera los sapientísimos doctores, por no perder aquel dinero, tuvieron por bien aceptarle como ofrenda, y juzgaron por malo guardarle en el lugar de las ofrendas; y no hallando culpa en sacarle del gazofilacio para comprar la sangre de un hombre justo é inocente, la hallaron en volverle al mismo lugar porque se había comprado con él. Y los santos y piadosos sacerdotes que con tanta rabia y furor daban la muerte al heredero legítimo y natural, trataban de comprar campo para sepultar los peregrinos; y en la verdad, no pretendían sino encubrir y sepultar su maldad, con esta apariencia de piedad y religión. Pero castigóles Dios con su misma traza, porque al campo que compraron se llamó de allí adelante (Mateo, 8) el Campo de la Sangre, por haberse comprado con el dinero que se dió á Judas para que vendiese la sangre de su Maestro. De esta manera, cuantas veces se nombraba aquel campo, otras tantas veces se renovaba la memoria de este delito.

CAPÍTULO XVII

Examina Pilatos al Salvador y remítele á Herodes.

Llevaron, pues, los príncipes de los sacerdotes, y los demás que se hallaron en el concilio, al Salvador hasta la casa y pretorio del presidente de los romanos, que se llamaba Poncio Pilatos. Llevábanle con prisiones atado infamemente para publicarle al mundo por facineroso, en poder de los alguaciles y corchetes, gente vil y sin vergüenza. Seguíanle los sacerdotes y escribas que habían de

ser los actores y acusadores en aquella causa; los cuales se daban tanta prisa para concluirla y llevarla al cabo, que después de haber hecho su concilio, cuando llegaron á la casa del presidente (como dice San Juan, XVIII, 28), aún era de mañana. El caso era nuevo, y de los que raras veces se ven en el mundo. Un hombre que dos días antes había predicado en el templo con tanta majestad, y seis días antes le habían visto entrar en Jerusalén con el más solemne triunfo y mayor aclamación de santidad que jamás en el mundo se vió, y que por todo el tiempo de su predicación, á la fama de sus milagros se iban los pueblos tras Él, reverenciándole como á gran Profeta... verle ahora aprisionado y maltratado por autoridad pública de todo el concilio de los sacerdotes, como el más facineroso y perjudicial hombre del mundo..., sin duda era cosa de grande admiración para el pueblo, y que no se hablaría por entonces de otra cosa en la ciudad, y que se convidarían y llamarían unos á otros para salir á verla. Ni pudo ser sino que la noticia del caso habría llegado ya al presidente Pilatos desde la prisión de la noche de antes, á quien como hombre prudente de este siglo, le habría dado mucha materia para discurrir esta súbita mudanza de las cosas; y sabiendo que traían la causa á su tribunal, estaría bien apercibido para mirarla despacio y con atención.

Llegaron, pues, los sacerdotes á la plaza del Pretorio, que era la casa del presidente, y subieron á la lonja que estaba levantada sobre la plaza, á la cual se subía por unas gradas; pero no entraron en el pretorio (Joann., XVIII, 28), por no quedar como irregulares, inmundos ó contaminados, para poder comer los panes ázimos, y los demás sacrificios que particularmente se ofrecían todos aquellos siete días de la Pascua. Porque á los santos y religiosos sacerdotes que con tanta malicia iban á solicitar la muerte del Salvador, les parecía que habían de quedar conta-

minados é inmundos si pisaban el suelo del pretorio, donde se condenaban hombres (aunque culpados) á muerte, y se trataba del derramamiento de sangre humana. Y así, quedándose á la parte de afuera, entregaron al Señor á los alguaciles y oficiales del presidente para que le llevasen, excusándose, á título de religión, de no entrar adentro, y rogándole tuviese por bien de concluir luego aquella causa, y ejecutar en aquel hombre la sentencia de muerte, pues el negocio era tan grave y de tanta prisa, que venían á tratarle ellos mismos en persona.

Jesus autem stetit ante praesidem (Matth., XXVII, 11): Fué presentado Jesús en pie y con sus prisiones, como reo, delante del presidente, el cual, viendo la mansedumbre y modestia del Salvador (y más si en esta primera vista tuvo por ventura algunas razones con él, lo cual no dicen los Evangelistas), desde luego parece que se inclinó á favorecer su causa, y echó de ver que los ánimos de los sacerdotes estaban llenos de envidia y de maldad, y que el no entrar en su casa y Pretorio era pura hipocresía y simulación de santidad. Y aunque juzgaba ser esto así, le pareció, con todo eso, cumplir con ellos y hacer esta honra á su Pascua y á sus ceremonias: *Exivit ergo Pilatus ad eos foras* (Joann, XVIII, 29); salió Pilatos donde ellos estaban allá fuera. Mas habiendo visto la serenidad y mesura del acusado, y viendo ahora el alboroto y pasión de los acusadores, que con tanta prisa y violencia le pedían para la muerte, se confirmó más en su opinión, y les diría por ventura lo que otro sucesor suyo dijo en semejante ocasión (Act., XXV, 16): Bien sabéis que los romanos no tienen de costumbre condenar á ningún hombre, sino es que el reo tenga presentes sus acusadores, y se le dé tiempo y lugar de descargarse. Vosotros me habéis traído aquí un hombre, al parecer, sin culpa é inocente (Joann, XXVIII, 29): *Quam accusationem affertis adversus hominem hunc?*

¿Qué acusación traéis contra un hombre como este? Pues parece cosa contra justicia y razón entregar el preso y no decir la acusación.

Parece que los sacerdotes se resintieron de esta pregunta del juez, en que los notaba ó de apasionados ó de ignorantes, tomando por agravio que se presumiese lo uno y lo otro de ellos; y así dijeron (Joann., 30): Si éste no fuera malhechor público y notorio, nosotros, que somos los letrados y sacerdotes, no le habíamos de entregar para que le condenases; y bastaba (como si dijeran) estar aquí nosotros, para que haciendo tú lo que te pedimos, aseguraras tu honra y tu conciencia: esto dijeron los soberbios y apasionados sacerdotes. Cuanta verdad fuese que el Señor era notorio malhechor, preguntádselo á los que fueron librados de los espíritus inmundos, á los enfermos curados y á los leprosos limpiados, á los sordos que oían, á los mudos que hablaban, á los ciegos que veían, y á los muertos que había resucitado. De manera, que si hubiera de hacer información de insigne bienhechor de toda la república, se pudiera presentar por testigo un ciego desde su nacimiento, que con un poco de lodo puesto sobre los ojos, había cobrado vista; un paralítico, treinta y ocho años, que con sola una palabra se puso en pie y llevó sobre sus hombros la cama que tantos años le había llevado á él; una hija del archisinagogo, resucitada delante de tres de sus Apóstoles y de su padre y su madre. Y si estos testigos son pocos y apasionados por ser sus discípulos, toda la ciudad de Naín fué testigo de la resurrección del hijo de la viuda; gran parte de la ciudad de Jerusalén, de la resurrección de Lázaro, y, finalmente, para probar beneficios, se podían presentar millares de testigos contestes, á los cuales, después de haber sanado en su presencia muchos enfermos, sustentó milagrosamente en el desierto. Por el contrario, para probar un maleficio, después de haber la noche antes so-

citado y sobornado tantos testigos, aunque fuese mintiendo, no pudieron hallar cosa que fuese de importancia contra el Salvador. Y siendo todo esto así, y estando todo el pueblo tan obligado con estos beneficios, estos hombres, que de balde atorrecían al Señor y le volvían mal por bien, tomaban punto de honra que el juez reparase en condenarle, diciendo ellos que merecía la muerte. Y estribaban tanto en sola su autoridad, que pretendían que fuese puesto en una cruz á título de malhechor, no más que porque lo decían ellos.

Bien echó de ver Pilatos por esta respuesta la soberbia y arrogancia de esta gente: y entendió, como hombre sagaz y prudente, que en este negocio había odio y pasión, y que debía tener más hondas raíces de lo que se descubría en lo de fuera, pues á un hombre tal y tenido por profeta santo, tan de repente y tan de mañana, y con tanta prisa, y sin declarar causas ni delitos, le pedían para la muerte de cruz. Así, pues, con mucha sagacidad y buena disimulación, les respondió (Joann., 31): Si, como decís, este hombre es tan gran malhechor, tomadle allá vosotros, y juzgadle y condenadle conforme á vuestra ley. Tanto fué, como si les dijera: De creer es, por cierto, que hombres como vosotros no pediréis la muerte á nadie, sin saber que lo merece; pero yo no puedo dar sentencia por la noticia que vosotros tenéis, que conforme á las leyes de ramanos, el juez debe recibir por escrito la acusación y tener probanza de ella. Si vuestra ley da lugar á que se condene un hombre con tanta prisa y violencia, y sin oirle y saber por qué, tomadle allá vosotros, y condenadle conforme á vuestra ley, que yo, por lo que á mí toca, no os lo estorbo.

A esta respuesta del presidente, replicaron ellos diciendo (Joann., 31): A nosotros no nos es lícito condenar á nadie á muerte. Lo cual dijeron por una de tres causas: ó porque los romanos que los enseñoreaban, les tenían quitada esta

facultad, porque no usasen mal de ella, aunque se la daba su ley en algunos casos; ó porque por razón del tiempo de la Pascua no podían dar esta sentencia, como también se excusaron por la misma razón de no entrar en el Pretorio; ó porque ellos no podían sentenciar á muerte de cruz, por no ser pena de su ley, sino introducida de los romanos en Judea. Y porque ellos pretendían dar al Señor este género de muerte, como más infame y afrentosa, por eso no quisieron usar de la licencia que les daba el presidente, que fué tanto como decir: Los delitos de este hombre son tan atroces, que no basta para su castigo cualquiera muerte; merece la gravísima, cual es la de la cruz; y si otra hubiere de mayor tormento y afrenta, esa se la había de dar: mas porque á nosotros no nos es lícito castigar con esta pena, por eso venimos á ti, para que le sentencies á crucificar y lo ejecutes. A todas estas razones, favorece lo que añadió el Evangelista San Juan (32), que con esta respuesta que dieron los judíos, se cumplió lo que el mismo Señor había dicho, tratando de la muerte con que había de morir. Lo que el Señor había dicho de su muerte era: Cuanto al género de muerte, que había de ser en cruz; cuanto al tiempo, que había de ser en la Pascua, y cuanto á los ejecutores, que había de ser por mano de los gentiles.

Viendo, pues, los sacerdotes la disposición del juez, y que no quería proceder en la causa sin acusación, se la pusieron, diciendo (Luc., XXIII, 2): *Hunc invenimus subvertentem gentem nostram, et prohibentem tributa dari Caesari, et dicentem...* etc. Tres capítulos le oponen en esta acusación. El primero, que inquietaba y alborotaba al pueblo, y afirman que ellos mismos se han hallado en estas sediciones y engaños. Lo segundo, que vedaba pagar los tributos al César, como si él enseñara que el pueblo escogido de Dios no había de pagar tributo á un emperador idólatra y gentil. Lo tercero, que se predicaba y trátaba

como ungido por Rey. Cuánta calumnia fuese todo esto, lo sabían ellos claramente, porque ¿cómo podía mover sediciones el que nunca fué hallado en juntas ni conventículos secretos? Sus sermones eran de ordinario en el templo y en las sinagogas públicas, donde se juntaban todos, y allí les exhortaba á estar sujetos y obedecer á los mismos escribas y fariseos, porque tenían el lugar y cátedra de Moisés; y cuando le fueron á buscar de noche en el Huerto, le hallaron con sus discípulos, haciendo oración. En lo que toca á los tributos, cuán falso era lo que le imponían, se vió bien una vez que le preguntaron con engaño, y por cogerle en palabras (Marc., XII, 17): si era lícito pagar tributo al César, y Él respondió: Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. Los mismos arrendadores y alcabaleros podían ser testigos, no solamente de que enseñaba que se habían de pagar los tributos (Marc., XII, 17), sino que solía pagarlos Él. Pues, cuán lejos estuviese de alborotar la gente por hacerse Rey, y de pretenderlo ser en este mundo (como ellos lo entendían), bien se vió una vez (Joann., VI, 15) que el pueblo quiso hacerle Rey, y él huyó y se escondió de su presencia. Y siendo esto así, los malos sacerdotes, disimulando por entonces la causa por qué le habían condenado en su concilio, de hacerse Hijo de Dios (porque ésta había de hacer poca fuerza á un hombre gentil), contra verdad y contra conciencia, le acusaron de otro crimen falso, que había de ser más odioso al presidente, por ser contra el César, y contra sus rentas y tributos.

Pilatos, oída esta acusación, desechando los demás capítulos, hizo fuerza solamente en el del reino, en el cual se contenía también lo que decían de los tributos; porque si era ó se hacía Rey, cierto estaba que había de estorbar pagasen los tributos al César. Y por ser esta causa odiosa y ocasión de motines y tumultos populares, se entró otra

vez en el pretorio ó audiencia, para examinar sobre ella al Salvador á solas, dejando fuera á los judíos, que no querían entrar (como está dicho), por causa de su Pascua y ceremonias; y llamando delante de sí (Joann., XVIII, 33) al Señor, le preguntó primeramente: ¿Eres tú Rey de los judíos? Sobre este artículo, convienen todos cuatro Evangelistas (Matth., XXVII, 11; Marc., LV, 2; Luc., XXIII, 3), que le tomó en primer lugar su dicho y su confesión: porque aunque era gentil, mas como vivía entre los judíos, había oído decir del rey Mesías que esperaban, y la fama de las obras del Señor era muy grande: y por otra parte, le acusaban que se llamaba el Rey ungido, y por eso le preguntó: si eres tú Rey de los judíos; siempre entendiendo, que el reino de que se hablaba era temporal y mundano.

El Salvador, que había estado ausente á lo que Pilatos había tratado con sus acusadores, disimulando que lo sabía, le respondió: Esto (Joann., XVIII, 34) que me preguntas del reino, ¿díceslo de tuyo porque tú dudas en ello, ó es parte de la acusación que se ha puesto contra Mí? Que fué darle á entender que sabía bien de dónde venía esta piedra, aunque los que la tiraban escondían la mano. Como si dijera: claro está que tú ni piensas ni crees que yo soy Rey, ni trato de serlo; pero me haces esta pregunta porque te han informado en este punto contra Mí, y te han puesto en que me la hagas.

Viéndose Pilatos notado, á su parecer, con estas palabras de que se había dejado impresionar de los judíos, para preguntarle lo que él ni imaginaba ni creía, respondió con algún resentimiento y libertad: ¿Soy yo por ventura (Joann., 35) judío para saber esas cosas que vosotros decís del reino del Mesías, ni menos para curarme de ellas? Si yo te pregunto, no es por lo que á mí me va ni viene; sino pregunto como juez, de las cosas que se han propuesto contra Ti. Tus mismos naturales, y no cualesquiera, sino

los pontífices y sacerdotes de tu ley, te han traído á mis manos; ¿qué es lo que has hecho? Que fué como decirle: O tú te haces Rey sin serlo, ó si lo eres, ¿qué has hecho que no quieren reconocerte ni admitirte?

A estas palabras del juez: *Quid fecisti?* ¿cuánto pudiera el Salvador responder en su defensa, pues eran tales y tantas las obras que había hecho? Mas porque Pilatos había hecho dos preguntas, la primera de su reino, si era Rey; la segunda, qué había hecho, esto es, de sus delitos, por los cuales le entregaban los judíos; respondió á ellas por su orden, y dijo á la primera (Joann., 36): Mi reino no es de este mundo; y llama su reino, no sólo el celestial de los bienaventurados, sino la congregación de los fieles que está en este mundo, y es la Iglesia católica. Y por eso no dijo: mi reino no está en este mundo, que en este mundo está; sino dijo: mi reino no es de este mundo; no es terreno ni temporal, porque trae su origen del cielo, de donde bajé á juntarle con mi predicación, por medio de la fe; á rescatarle del poder de sus enemigos con mi muerte; á santificarle con los Sacramentos; á lavarle con mi Sangre; á hermosearle con mi gracia, y darle vida con mi espíritu. No es de este mundo mi reino, porque no consiste en bienes de este mundo, sino que por el desprecio de ellos se camina á la vida y salud eterna.

Esto dijo el Salvador á Pilatos para desengañarle, y más á los judíos, que le habían puesto en que merecía la muerte porque se quería levantar con el reino contra el César. Por eso dijo: Mi reino no es de este mundo; yo no trato de quitaros el reino temporal, sino daros el eterno. Esto es lo que á ti te podía poner en cuidado, y lo que te importa averiguar por la fidelidad que debes al César; y de esto yo te aseguro que ningún rey temporal tiene de qué temer ó recelarse de mi reino. Porque si mi reino fuera de este mundo, yo tuviera criados, ministros y gente de guar-

da (Joann., 36), como tienen los otros reyes, los cuales pelearan por mí para que no viniera á manos de los judíos. Pero estoy tan lejos de esto, que á uno de mis discípulos que quiso en el Huerto defenderme con armas, se lo estorbé y reprendí por ello: porque, en conclusión, mi reino no es de acá abajo, ni de este mundo. De esta manera templó el Señor su respuesta con el presidente gentil, que en pocas palabras repitió tres veces que tenía reino, por no negar ni disimular el que su Padre Eterno le había dado; y otras tantas dijo que su reino no era de este mundo, por quitarle el vano temor de querer rebelarse contra el César y estorbarle sus tributos. Luego de esa manera (Joann., 37), dijo Pilatos: sea ó no sea tu reino de este mundo, mas al fin, ¿Rey eres tú? Concedió el Señor modestamente cuando dijo: Tú así lo dices, que yo soy Rey.

Continuando la plática, respondió á la segunda pregunta que hizo (Joann., 37). *Quid fecisti?* Y dijo así: Yo para esto nací, y á esto vine al mundo; para ser testigo de la verdad, esto es, para decir siempre y predicar la verdad. Como si dijera: No dudes de la verdad de lo que te he dicho de mi reino, porque Yo no sé decir sino verdad, y para esto nací, y á esto vine al mundo, y no he hecho otra cosa después que estoy en él. Todos los amadores de la verdad, y los que son de parte de la verdad y tienen gusto de ella, oyen de buena gana mi palabra y reciben mi doctrina. Con esta respuesta juntamente le declaró, con muy buen término y modestia, la causa por qué los judíos y sacerdotes le aborrecían, que no era otra sino haberles dicho la verdad, y estar ellos tan lejos de ella. Preguntóle Pilatos: ¿Qué es verdad? Y sin aguardar respuesta, se levantó para salir á darla á los judíos y sacerdotes, que estaban aguardando allá fuera.

Parece que de esta plática quedó Pilatos satisfecho, persuadido que el Salvador no tenía culpa en lo que le acusa-

ban, ni causa para condenarle á muerte como lo pedían: porque Él mismo confesaba que no tenía reino de este mundo ni le pretendía, y hacía evidente esta su confesión con el poco fausto y aparato de rey que tenía. Las otras teologías del reino espiritual no se quiso meter en ellas, y menos alargar pláticas sobre lo que tacitamente oponía á los pontífices, que aborrecían la verdad, y á Él porque la predicaba. Así, habiendo dicho el Salvador que había nacido para decir verdad, y que los que amaban la verdad le oían de buena gana, con el desdén y autoridad de señor, le preguntó: ¿Y qué es verdad? Y levantóse sin darle lugar á responder, mostrándole en aquello mucha superioridad, y que no le preguntaba para oirle sino para atajarle, haciendo menos caso de El. Porque es cosa ordinaria entre señores no querer oir la verdad, ni saber lo que es. O por ventura Pilatos, advirtiendo que le esperaban allá fuera los pontífices y letrados y lo más principal de los judíos, no le pareció justo detenerlos; y así, estando satisfecho del punto principal, cortó la otra plática y salió á darles respuesta, y les dijo (Joann., XIV, 38; Luc., XXIII, 4): Yo he examinado á este Hombre en lo que le acusáis, y después de muy mirado, no hallo en Él causa ninguna para condenarle á muerte. Esta fué la primera audiencia que tuvo Pilatos con el Salvador, y la primera vez que dió testimonio de su inocencia y de la injusticia y pasión de sus acusadores.

Viendo, pues, los pontífices el mal despacho que llevaban de su petición, y sabiendo por ventura, ó conjeturando lo que el Salvador había respondido del reino espiritual, y que no era reino de este mundo, debióles de parecer que con aquellas palabras fingidas y razones sutiles había trastornado al juez, y divertido mañosamente la pregunta del reino á sentidos espirituales. Y (Luc., XXIII, 5) daban voces como furiosos diciendo: Bueno es eso no querer reino de este mundo y traer alborotado todo el pueblo, predicando

y enseñando por toda Judea. Porque Él empezó desde Galilea (adonde llamó á los Apóstoles y empezó á juntar escuela), y el ruido, alboroto y movimiento del pueblo ha llegado hasta esta ciudad. Esto por ventura dijeron, porque pocos días antes, en la entrada de los ramos (Mateo, XXI, 10), se había removido toda la ciudad, preguntando los unos á los otros: ¿Quién es éste?

Pues como Pilatos vió negocio tan enmarañado, deseaba cuanto le fué posible eximirse de él, y oyendo nombrar á Galilea, preguntó con esta ocasión si era galileo aquel Hombre (Luc., XXIII., 6); y entendiendo que pertenecía á la jurisdicción de Herodes, determinó remitírsele á él porque, ó por razón de la Pascua ó por algún otro negocio, estaba en Jerusalén aquellos días.

CAPÍTULO XVIII

Búrlase Herodes del Salvador como de loco.

Era este Herodes, llamado Antipas (Luc., III, 1), tetrarca de la provincia de Galilea, hermano de Filipo, tretrarca de Ituréa, y de Arquelao, que fué tetrarca de Judea. A este Arquelao, por informaciones siniestras, le desterró el emperador á Viena de Francia, y se empezó á gobernar Judea por presidentes, de los cuales fué el sexto Poncio Pilatos, que gobernaba en esta sazón. Todos aquellos tres hermanos eran hijos de Herodes, rey de Judea, llamado Ascalonita, el que mató los Inocentes, deseando matar entre ellos al Salvador. Hijo, pues, de éste era Herodes tetrarca, el que se halló en este tiempo en Jerusalén: el cual era tan deshonesto, que había tomado la mujer á su hermano Filipo y públicamente estaba amancebado con ella; y porque San Juan Bautista le reprendía de este escándalo, le mandó degollar por instigación de la misma mujer: y era tan ambicioso, que por alcanzar el reino de Judea,

que habían quitado á su hermano Arquelao, ninguna cosa dejaba de hacer para dar gusto y ganar la voluntad de los judíos. Por esta causa venía á Jerusalén á celebrar la Pascua, y por la misma mandó degollar en otra (Act., XII, 2), al Apóstol Santiago, y prendió á San Pedro, con determinación de entregarle después de ella á la voluntad del pueblo. Este rey tenía enemistades con Pilatos (Luc., XIII, 1), ó por vengar cierta muerte de unos galileos que Pilatos había ejecutado con mucha crueldad, ó por hacer lisonja á los judíos, á los cuales hacía Pilatos muchas vejaciones; ó, finalmente, como Pilatos, tenía la gobernación de Judea, que Herodes tanto deseaba y pretendía, con poca causa tendrían siempre de qué asirse para armar pesadumbres y enemistades. Tales monstruos como éstos eran los que entonces gobernaban, y en manos de tales jueces andaba la causa del Salvador.

Porque viendo Pilatos su inocencia y la rabia y furor de los judíos, olvidado de las enemistades de Herodes, tomó ocasión de hacerle esta lisonja, enviándole un preso tan insigne, como excelente don y presente real: juzgando por ventura que por ser de profesión judío, entendería mejor lo que le oponían de hacerse rey Mesías; y por ser su legítimo señor, le defendería mejor del furor de sus acusadores. De cualquier manera que esto fuese, por eximirse y desembarazarse de negocio tan obscuro y enmarañado, hizo como flaco juez. Porque conociendo la verdad no tuvo ánimo de defenderla, y parecióle que cumplía con enviar la causa á un hombre deshonesto y ambicioso, que por dar gusto á una adúltera, quitó la vida al Bautista; y por darle á los judíos, se la pudiera quitar al Salvador. Así es de creer que los pontífices, ya que no consiguieron su intento con Pilatos, no les pesó ir á Herodes, porque conocían que él deseaba darles gusto, y que por ser hombre vicioso y enemigo de la verdad, presto le imprimirían el odio contra

el autor y predicador de ella. Principalmente, trayéndole á la memoria que este hombre era el que su padre anduvo buscando con la matanza de tantos inocentes, teniéndole por sospechoso cuando apenas era nacido: ¿y qué debía él hacer habiéndole á las manos, después que traía alborotado al pueblo y estaban descubiertos sus intentos? De esta manera ordenó Dios con su secreta providencia que todos los tribunales y jueces que había en Jerusalén conociesen de la causa, y en todos fuese conocida la inocencia del Señor, y nos diese nuevos ejemplos de su entereza, mansedumbre y humildad. Salió, pues, la voz del pretorio de Pilatos que llevaban á Jesús al rey Herodes; y al ruido de esto, y bullicio de la gente y ministros que salían, se convocó otra vez el pueblo á ver al Salvador, que le llevaban atado á la vergüenza con la misma deshonra é ignominia. Fué delante el aviso de Pilatos para Herodes con mucho cumplimiento. Previniéronse los pontífices á dar sus quejas é informaciones, y llegó después el Salvador en poder de los ministros de justicia, atado y preso. Holgóse (Luc., XXIII, 8) Herodes en gran manera de verle, porque había mucho tiempo que deseaba conocerle de vista por lo que había oído decir de El, y tenía deseo de ver en su presencia algún milagro. *Interrogabat eum multis sermonibus* (Luc., 9); empezó á querer trabar pláticas con El en muchas y varias materias. Diríale cuánto contento tenía de que en su tierra y provincia de Galilea se hubiese criado un hombre tan insigne; cuánto deseo había tenido de conocerle; cuán grande era la fama de su doctrina y de sus milagros; cuánta alegría tenía de verle, y en ocasión tal que podía ayudarle á salir de aquel aprieto; prometeríale favor si le daba gusto en lo que pidiese; preguntaríale si era El á quien, cuando nació, vinieron á adorar los Reyes de Oriente, por cuya venida se alborotó tanto su padre y toda la ciudad; ó sí, como otros decían (Matth., XIV, 2), era Juan

Bautista, el que él había degollado, y si era así que había resucitado para hacer tantos milagros. Y de sus milagros le preguntó si era verdad lo que se contaba de El; porque si lo era, parecia cosa más que humana. Rogóle que hiciese allí delante de El algún milagro de éstos, y que no le vendiese á El tan caro lo que de balde daba á todos, siendo principalmente su rey y su juez, y estando en sus manos la causa de su vida.

At ipse nihil illi respondebat (Luc., XXIII, 9). Tuvo el Señor firme determinación, no sólo de no hacer ningún milagro, pero ni aun de responderle una sola palabra. A Pilatos le respondió y le dió la razón de lo que le preguntaba de su reino muy despacio y en particular, porque aunque era gentil, preguntaba con deseos de saber la verdad y de defenderla, como lo procuró hacer, aunque se dejó después vencer con flaqueza. Pero á Herodes no le quiso responder, porque era vicioso y deshonesto, y por serlo aborrecía la verdad, en tanto grado, que á Juan Bautista (el cual era la voz de Jesucristo), porque se la decía, le mandó cortar la cabeza. Pues ¿cómo no había de estar mudo el Señor delante de aquel que, tan ciega y apasionadamente, había quitado la vida á su voz?

Era también Herodes curioso y ambicioso, no pretendía otro provecho de los milagros del Salvador, sino ver alguna novedad que le admirase, y algún juego de manos que le entretuviese. Y que lo hiciese allí delante de él por sólo su respeto, y que alegrase á aquellos cortesanos mostrándoles lo más secreto y admirable de las obras que hacía, y platicándoles lo más curioso de la doctrina que enseñaba, dando en esto gusto á él y haciéndole lisonja como vasallo á su señor. Mas de ninguna manera se inclinó el Señor de la Majestad á hacerse juglar del rey Herodes, y dar á los soberbios y curiosos lo que tan liberalmente comunicaba á los humildes y sencillos. Tampoco quiso que se en-

tendiese que se acomodaba al gusto del rey porque pretendía su favor para escaparse de la muerte, á la cual El se ofrecía de su misma voluntad; ni se inclinaba á ruegos ó suplicaciones, ni á tomar medios humanos para su libertad.

De esta manera con su silencio nos dió ejemplo de humildad, despreciando las honras y favores de los príncipes, y no cuidando de las burlas y escarnios de sus cortesanos. Juntamente nos dió ejemplo de constancia y entereza, no consintiendo que la virtud de hacer milagros sirviese en alguna manera á la ambición y curiosidad del rey Herodes: enseñándonos en esto á tener en poco el favor de los señores, los cuales hablan muchas veces de cosas de Dios y quieren que les hablen de ellas, no por aprovecharse, sino por curiosidad de saberlo todo, y por vanidad de mostrar que saben de todo, y por razón de estado de querer servirse de todos.

Stabant autem Principes Sacerdotum (Luc.. 10) *et Scribae constanter accusantes eum.* Los príncipes de los sacerdotes y escribas que se hallaban á todo esto presentes, estaban con grande atención, temiendo el suceso que de allí podía resultar. Y al principio, viendo á Herodes tan deseoso de milagros, y creyendo que el Salvador haría alguno que del todo le ganase la gracia, le acusaban fuertemente y sin perder punto, y sería de aquello que le podía hacer más odioso y sospechoso con el rey. Porque así como le acusaron delante del sumo sacerdote que se jactaba que había de destruir el templo, y que se hacía Hijo de Dios; y delante de Pilatos, que se hacía rey y estorbaba los tributos al César: así, sobre todo esto, le acumularían delante de Herodes, que El y Juan Bautista se habían puesto de acuerdo para infamarle sobre el adulterio de Herodías; que teniendo él á Juan en la cárcel (Matth., XI, 2), este hombre le había alabado y vuelto por él en públi-

co sermón, que había sido tanto como condenarle á él por tirano, pues tenía preso un Profeta tan grande; que además de esto le había afrentado delante del pueblo (Luc., XIII, 32), llamándole raposo; y que no podía tener seguro su estado con él siendo ya grande, pues su padre no lo estuvo cuando era niño; y otras cosas semejantes. Mas como echaban de ver que, con el largo silencio del Señor, Herodes le iba teniendo por tonto y mentecato; temiendo que por esta causa le diese libertad, le acusaban con más fuerza y con mayor instancia, y decían que era fingido y disimulado; que entonces se hacía mudo, pero que bien sabía hablar, y hablaba cuando estaba delante del pueblo, y le traía todo inquieto y perturbado: *Stabant ergo Principes Sacerdotum et Scribae constanter accusantes eum.*

Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo (Lucas, XXIII, 11). Parecióle á Herodes que le había tenido en poco el Señor, y no halló mejor camino para salir de esta afrenta que tenerle en poco á El; y (¡lo que hace la diferente disposición del ánimo de cada uno!) el silencio del Salvador puso en admiración á Pilatos, y el mismo silencio le dió ocasión á Herodes para despreciarle: porque aquél miraba las cosas como juez prudente y bien advertido, y este otro como cortesano vano y ambicioso, que se pagaba de cumplimientos y apariencias. Y como vió que al Salvador no le había podido sacar una palabra, ni de agradecimiento á las muchas ofertas que le había hecho; ni de ruego estando en el peligro que estaba de muerte, y de muerte tan infame y atroz; ni de disculpa ó descargo de tantos delitos como le imputaban, parecióle (como era de verdad) que esta filosofía no se podía alcanzar con sabiduría humana, y túvola por locura. Por esto le despreció como á flaco é impotente, que no podía hacer ningún milagro, y como á ignorante que no sabía hablar una palabra, y como á tonto que no sabía volver por sí ni valerse de la buena ocasión

que tenía para negociar su libertad. Esta es la sabiduría del mundo, que tiene por locura la sabiduría de Dios.

Empezaron, pues, los cortesanos y soldados de la guardia del rey á hacer burla y mofa del Salvador con dichos, con donaires, con apodos y risotadas, y puede ser también que con golpes, como se suele hacer con un tonto en palacio. Mandóle vestir Herodes con una vestidura blanca como á inocente y mentecato, y no quiso conocer de su negocio, sino volverle á Pilatos, con libre facultad de hacer de El lo que quisiese. Con este cumplimiento y cortesía se hicieron en este mismo día amigos (Luc., 12), Herodes y Pilatos; y habiéndose querido salir los dos afuera y eximirse de esta causa, se vinieron á concertar los dos (Act. IV, 27) en la muerte del Señor, afligiéndole cada uno por su parte, y dejándole á la voluntad del otro, cuando por razón de su oficio debía cualquiera de ellos absolverle.

CAPÍTULO XIX

Examina otra vez Pilatos al Salvador, y da otra vez testimonio de su inocencia.

Volvieron al Señor otra vez, por las calles públicas, desde el palacio de Herodes hasta el pretorio de Pilatos, con el mismo acompañamiento de ministros y ruido de armas, con más furor y menos cortesía de los que le llevaban, echándole toda la culpa de tantas idas y venidas; con mayor alboroto del pueblo que concurría, y con nueva materia de conversación sobre la fiesta que habían tenido con El los soldados de Herodes, y con mayor curiosidad de mirarle, por haber salido de palacio mejorado con aquella vestidura blanca, para que todos le burlasen como á loco: oficio que hace el mundo muy á menudo, vistiendo cada cosa de la ropa que le parece, para que todos le tengan por tal. Porque los vicios los cubre con capa de virtud, lla-

mando á la parlería discreción, á la libertad cortesanía, á la astucia sabiduría, y á la venganza fortaleza y valor; por el contrario, á las virtudes las cubre con ropas muy diferentes, calificando el recato por rusticidad, la modestia por cortedad, la devoción por hipocresía, y la simplicidad y verdad por tontería y locura. Y para poder hacer esto, tiene siempre á la mano todo género de vestidos; esto es, de razones y de discursos, con que dar á cada cosa el color que le parece, como tuvo á la mano Herodes el vestido blanco con que hacer burla del Salvador.

Sabía la Virgen por momentos lo que pasaba; y aunde lejos, estaba siempre á la mira de estas procesiones: y si vió á su Hijo en esta jornada, ¿quién dirá el sentimiento que obró en su corazón el ver á la sabiduría de Dios con aquella nueva librea y vestidura?

Llegados al Pretorio, y entendida por Pilatos la resolución de Herodes, y que no hallaba causa de muerte en el Señor; para satisfacer á los judíos, y que no pensasen que la primera vez que le había examinado á solas y dentro del Pretorio, había llevado la mano blanda y no había hecho su oficio con la entereza y rigor que convenía, para quitar toda sospecha, llamó delante de sí (Luc., XXIII, 13) á los príncipes de los sacerdotes, los magistrados y á los demás del pueblo, y volvió á examinar segunda vez al Salvador, delante de ellos, sobre las cosas que le habían acusado. Mas no resultando cosa de importancia contra El, les dijo á todos (Luc., 14): Aquí me habéis traído este hombre como á blasfemo y revoltoso, y que turbaba é inquietaba el pueblo, y le apartaba del culto de Dios y observancia de su ley, y de la obediencia y servicio del César: ved aquí que yo le he examinado, no en secreto como la primera vez, porque no sospechéis algún engaño, sino en público delante de vosotros, y no hallo en El causa ninguna de muerte ni delito ninguno de aquellos de que le acusáis.

Tampoco le halló Herodes, á quien, como habéis visto, le remití; y habiéndoos oído á vuestro gusto, ninguna cosa habéis probado que merezca muerte, sino que se ha contentado con ponerle este vestido blanco, haciendo burla de El y de vosotros, que con tanta fuerza acusáis á un hombre simple é inocente. Es cierto que si este hombre hubiera quebrantado vuestra ley, Herodes, que la entiende y la profesa, le hubiera convencido. Pero ni ha hecho delito contra vuestra ley, pues no le halló Herodes; ni contra la de los romanos, pues no le hallo yo (Luc., 16); mas si acaso ha dado ocasión á vuestro enojo con algún exceso, descuido ó imprudencia, yo le castigaré con castigo más ligero y le pondré en libertad.

Et accusabant eum Summi Sacerdotes in multis. Los príncipes de los sacerdotes, que veían inclinado al juez á dejar al Señor con la vida, se acongojaban demasiado por el odio que le habían concebido, y por el temor que tenían de verle otra vez sobre sí; porque como tenían experimentada la fuerza de su palabra para enseñar y para reprender, y la virtud de sus milagros, con que se llevaba la gente tras sí, ¿qué podían esperar que había de resultar de aquí, sino perder ellos su honra y sus intereses? Por eso trabajaban con todas sus fuerzas por desengañar, ó más por engañar al presidente, acusándole en muchas cosas para mostrar fingimiento y disimulación de este hombre, y que en la verdad alborotaba el pueblo, y era blasfemo contra Dios y traidor al César.

Et cum accusaretur (Matth., XXVII, 12) *a Principibus Sacerdotum, et senioribus, nihil respondit.* Callaba el Señor entre estas acusaciones, con grande modestia y autoridad. Primero, había respondido al mismo Pilatos lo que bastaba, y aquello solamente que importaba para la causa; conviene á saber, lo que pertenecía al artículo de su reino, y esto porque lo preguntaba con deseo de saber

la verdad. Pero á las acusaciones de los sacerdotes no quiso responder, porque todo era vocería y confusión, calumniándole de lo que había discurrido por la tierra, de lo que había predicado, de los milagros que había hecho, de los discípulos que había juntado, y de otras cosas semejantes, todas las cuales habían sido y eran públicas y notorias; y como El había dicho la noche antes á Caifás (Joann., XVIII, 21), no había para qué preguntárselas á El. Además, que no las preguntaban con deseo de saber la verdad, que aunque el Señor se la respondiera (Luc., XXII, 67) no le creyeran.

Tampoco le parecía que su negocio tenía necesidad de defensa, y así estas acusaciones no quiso refutarlas hablando, sino menospreciarlas callando. Por lo cual dijo San Ambrosio (Lib. x in Luc., 15): *Accusatur Dominus, et tacet, et bene tacet, quia defensione non indiget: ambiant defendi quid timent vinci; non ergo accusationem tacendo confirmat, sed despicit non refellendo.* Es el Señor acusado (dice este Santo), y calla, y con razón calla, porque no ha menester defensa. Procuren ser defendidos los que temen ser vencidos; pues luego no concedió su acusación callando, sino túvola en poco, no refutándola.

Admirado Pilatos de tan profundo silencio y de tanta serenidad, le dijo (Matth., XXVII, 13): ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? Porque verdaderamente estaba tan sin perturbación, ni muestras ó señales de ella, como si del todo no oyera aquel Señor, de quien estaba escrito (Ps. XXXVII, 14): *Ego autem tanquam surdus non audiebam;* y como si fuera sordo, no oía, y tan callado como si del todo fuera mudo: *Et sicut mutus non aperiens os suum;* y como (dice) mudo que no abre su boca. Por eso, habiendo dicho el juez: ¿No oyes?, le dijo también: ¿No respondes (Marc., XV, 4) siquiera una palabra? Mira en cuántas cosas te acusan. Pero el Señor no le res-

pondió más palabra; de manera que el hombre gentil se maravilló (Matth., XXVII, 14) vehementemente de tan alta filosofía, y quedó como espantado y atónito, sin saber la causa de dónde procedía este tan nuevo y no acostumbrado silencio; y debieran los sacerdotes reverenciarle más y admirarse de él, pues habían leído lo que estaba escrito en Isaías (LIII, 7): *Quasi agnus coram tondente se obmutescet, et non aperiet os suum.*

CAPÍTULO XX

Es antepuesto Barrabás al Salvsdor.

De todo esto que pasaba, se persuadió Pilatos, y tuvo por cierto qus los sumos sacerdotes (Matth., XXVII, 18) habían entregado al Salvador por sola envidia y malquerencia; y así ponía más cuidado y estudio en buscar alguna traza para librarle; y ya que no le había podido librar como á inocente, quiso probar á librarle siquiera como á culpado. Y fué así (Matth., 15): Tenían los judíos introducido por costumbre que cada año por la Pascua, en memoria de la libertad de Egipto, y para mayor alegría y solemnidad de aquella fiesta, les diese libre el presidente un preso de la cárcel á su voluntad (Marc., XV, 6), cualquiera que ellos escogiesen y pidiesen. Pues como este beneficio se hacía en gracia del pueblo, llegó la turba en esta sazón á casa de Pilatos, y (Marc., 8) empezó á rogarle que les hiciese la gracia que siempre solía los demás años. Con esta ocasión le pareció á Pilatos que había hallado traza para librar al Salvador, porque tenía entonces en la cárcel un preso insigne (Matth., XXVII, 16) y famoso por sus delitos y maleficios, que se llamaba Barrabás, el cual era ladrón (Joann., XVIII, 40), y demás de esto, hombre inquieto, alborotador y sedicioso (Marc., XV, 7), y que en cierto ruido que había sucedido en la ciudad, había muerto á un hom-

bre. Y aunque en los años pasados escogían ellos libremente (Marc., 6) el preso que querían, esta vez no fué así, sino que les obligó el presidente á pedir uno de dos: ó á este Barrabás, ó á Cristo nuestro Señor, y así les dijo (Mateo, XXVII, 17): ¿A quién de estos queréis que os libre, á Barrabás ó á Jesús que se llama Cristo? Púsoles en este aprieto, porque estaba cierto que era todo envidia lo que trataban contra el Salvador, y le parecía que no podía ser tanta su pasión, ni estar ellos tan ciegos, que no viesen el castigo que merecía aquel ladrón, y que no se atrevieran á darle libertad en competencia del Señor, siquiera porque el pueblo no descubriese su pasión con señal tan evidente.

Pero venció la maldad de los sacerdotes á la opinión de un hombre profano y gentil. Porque oyendo lo que proponía el juez, y sabiendo que la turba de la gente popular había oído siempre con admiración la doctrina del Salvador, y reverenciado sus milagros, temieron que por su voto había de quedar libre, y repartidos entre ellos unos á unos y otros á otros, empezaron á sobornarlos y solicitarlos (Mateo, 20), persuadiéndoles con razones aparentes que pidiesen libertad para Barrabás, y para el Salvador la muerte. Porque verdad es (dirían) que Barrabás es ladrón y homicida, pero diferente cosa es ser ladrón, y mucho peor ser blasfemo; y si es malo matar á un hombre en una pendencia, ¿qué tiene que ver con haberse ofrecido á deshacer este templo santo de Dios, que es reverenciado en todo el mundo? Y mucho menos es mover alguna riña ó cuestión en la ciudad, que traer inquieta y alborotada toda la tierra; y si Barrabás no se enmendare con este beneficio que recibe de vosotros, siempre que quisiereis le podréis castigar á vuestro gusto; pero él quedará tan escarmentado de este aprieto en que se ha visto, y tan obligado del beneficio que le hacéis, que tendréis en él un perpetuo esclavo sin contradicción ni resistencia. Mas este hombre

está tan satisfecho de sí mismo, y es tan libre en decir su parecer, que ninguna cosa os agradecerá si le libráreis, ni dejará de ser un punto el que ha sido, discurriendo por la tierra y removiendo los humores de la gente, con tanto peligro, que cuando queramos remediarlo no podremos, si ahora que podemos usamos con él de misericordia. Y ¿quién podrá entender el intento del juez? Que como ha sido acusado este hombre de quererse hacer rey, y amotinar el pueblo contra el César, con maña y astucia os le propone si queréis librarle, para tomar de ahí argumento que le tenéis y le queréis por rey, y traer sobre nosotros todo el poder de los romanos. Con estas y semejantes razones metían fuego los sacerdotes (Marc., xv, 11), é incitaban al pueblo contra el Salvador.

Deteniéndose, pues, en dar la respuesta, les dijo el presidente otra vez: ¿Qué resolución tomáis ó á quién de los dos queréis que ponga en libertad? Bien clara estaba la intención de Pilatos, que era la de hacer esta gracia al Salvador; en lo cual no procedía con maña ni con doblez, sino porque en la verdad así lo juzgaba (Act., III, 13), que según lo alegado y probado merecía quedar libre el Salvador (Luc. XXIII, 20), y así lo procuraba y deseaba. Sin embargo, el darle la libertad en competencia de Barrabás, era una gracia tan corta, que aun cuando quedara libre y con la vida, no era como inocente, sino como culpado y malhechor, y por sólo el privilegio de la Pascua, y por voto de la gente popular, contra el parecer de los príncipes y letrados, y en competencia de un hombre tan revoltoso y facineroso como Barrabás, que sólo esto había sido gravísima injuria ponerle en competencia con El, aunque de ella saliera vencedor. Pero aun esta honra y beneficio tan pequeño, no quiso hacerle el pueblo, porque estando bien dispuesto y sazonado con las persuasiones de los sacerdotes (Luc., 18), daban voces todos á una, diciendo: «Quí-

tanos á éste de delante y danos libre á Barrabás.» Tanto era el odio que le habían concebido, que por odio y desprecio no le llamaban por su nombre, sino decían (Joanne, XVIII, 40): «No á éste, sino á Barrabás.»

Este agravio recibió el Señor de su pueblo, que, por ventura, fué el mayor de los que recibió en todo el discurso de su Pasión, porque un ánimo generoso no siente tanto los dolores, cuanto las afrentas; y entre las afrentas, ¿qué otra mayor se le pudo hacer que compararle con un hombre tal y estimarle en menos que él? Por lo cual pasó el Señor para nuestro ejemplo y consuelo cuando somos agraviados, y para enseñarnos á despreciar los juicios de los hombres cuando con buena conciencia y sencilla intención deseamos y procuramos agradar á solo Dios. Por cuanto aquí vemos al Santo de los Santos, no solamente reputado como malo entre los malos, como dijo Isaías (LIII, 12): *Et cum sceleratis reputatus est*, sino tenido por peor y más indigno de la vida que todos ellos (Isaías, 3): *Despectum, et novissimum virorum.* Esta fué la culpa gravísima de que les hizo cargo San Pedro, cuando dijo: «Vosotros sois (Act., III, 14) los que desconocisteis y negasteis al Santo y Justo, y pedisteis al Juez que os hiciese gracia de hombre revoltoso y homicida, y al Autor de la vida se la quitasteis. Y es cierto que esta su petición se les volvió á los judíos en su daño: porque los que escogieron por el Salvador á un ladrón, y por el Autor de la vida á un homicida, justísimamente perdieron la vida, y la paz y prosperidad de su república, y se sujetaron á latrocinios y sediciones, en tal manera, que vino á perecer miserablemente su reino y su ciudad.

Viendo, pues, Pilatos la obstinación y dureza del pueblo y la respuesta que habían dado por instigación de los sacerdotes, tan fuera de su pensamiento (Luc., XXIII, 20), volvió á hablarles otra vez en favor del Salvador, deseando (si le fuese posible) darle por libre con gusto y satisfacción

de todos, y les dijo: (Matth., XXVII, 22): ¿Pues qué queréis que haga de Jesús, que es llamado Cristo (Marc., XV, 12) y rey de los judíos? Esta pregunta les hizo por ponerles vergüenza y confusión de lo que habían respondido, mostrándoles que si les dieran á escoger libremente como otros años, no fuera tanto mal haber escogido y pedido un hombre revoltoso; pero siendo la competencia entre dos, tanto era librar al uno como condenar al otro. Como si dijera: si vosotros pedís á Barrabás, ¿qué queréis, según eso, que haga de Jesucristo, que se llama rey de los judíos? Que sólo por este título habíais de pretender que se le diera algún despacho honroso.

Mas ellos, que estaban muy adelante en este negocio y tenían muy tragado este inconveniente, y no deseaban otra cosa sino la condenación del Señor, no respondieron como pudieran, pidiendo á su Barrabás y remitiendo la causa de Jesucristo á derecho y voluntad del juez, sino que con atrevimiento y desvergüenza, diciendo Pilatos: ¿Qué haré de Jesús? dijeron todos y á voces (Marc., 13): Crucifícale, sea puesto en un palo; crucifícale, crucifícale. Pilatos, viendo que se habían declarado tanto, y perdido todo buen respeto, dijo tercera vez con más fuerza (Luc., XXIII, 22): ¿Qué delito ha hecho este inocente para crucificarle? Yo no descubro en Él ninguna causa de muerte. Lo que haré será darle un algún castigo más fácil y ligero, y darle libertad.

Cuanto el juez hablaba con más resolución en favor del Salvador, tanto ellos se embravecían más y daban voces como furiosos, y pedían con grande instancia y hacían fuerza para que fuese crucificado (Luc., 23); y las voces que daban prevalecían y sobrepujaban á la buena voluntad y autoridad del presidente.

CAPÍTULO XXI

Manda Pilatos azotar al Salvador.

No era poco lo que ofrecía Pilatos al pueblo judaico; porque además de los golpes, salivas y bofetadas que había recibido el Señor en casa de Caifás, y la burla y escarnio que hizo de Él Herodes y su corte (Luc., 22), él prometía castigarle y corregirle con azotes. La cual pena no era solamente dolorosa, sino infame y propia de esclavos, que no se podía (Act., XXII, 25) dar á un ciudadano romano, y para el intento que tenían los judíos y odio que habían concebido al Señor porque se subía á mayores y se quería hacer su rey, le parecía al presidente que este castigo era muy bastante, y que quedaría tan humillado y descompuesto con él, que no sólo no trataría de reino, sino que andaría corrido y avergonzado entre los hombres. Mas como vió que ni el pueblo ni los pontífices que le instigaban admitieron su traza cuando se la propuso de palabra, determinóse de ponerla por obra, presuponiendo y teniendo por cierto que cuando le viesen azotado, mudarían de parecer.

Con este intento, y huyendo de las voces que el pueblo daba, se retiró con el Salvador á su pretorio, quejándose por ventura de la obstinación y malicia de aquella gente que le forzaba á hacer lo que no quería. Bien has visto (le diría al Salvador) el furor y alboroto de este pueblo y los medios que yo he puesto para librarte; claramente conozco que todo es odio y envidia esta tempestad que se ha levantado contra Ti; pero ¿quién podrá poner en razón y enfrenar un pueblo furioso? Tiempo es de padecer algún daño por excusar otro mayor. Si yo hago fuerza por defenderte á Ti, me pierdo á mí, y por ventura á

toda la provincia, y si Tú quisieres excusar del todo la afrenta, habrás de perder también la vida. Un solo medio hay con que todo se asegura, y es, que en caso tan apretado, Tú lleves en paciencia algún castigo, con que tus enemigos se sosieguen y yo me vea libre de ellos, y Tú quedes siquiera con la vida, y así conviene que Tú te dispongas para que seas azotado. ¿Qué respondería á esto el Salvador? Sino callando y con la mansedumbre, mesura y disposición de todo el cuerpo, decir lo que en su nombre estaba escrito (Ps. xxxvii, 18): *Quoniam ego in flagella paratus sum.*

Este paso de los azotes á la columna, es uno de los más insignes y devotos de la Pasión del Señor, por haber concurrido en él en sumo grado tanta afrenta, tanto dolor y tanto derramamiento de sangre, no de una ni de otra herida, sino de muchas y repartidas por todo su cuerpo; porque así quiso el Señor quedar llagado desde la planta del pie hasta la cabeza, para curar las llagas de su cuerpo místico, que, como dijo Isaías (i, 6), no se hallaba en él parte sana desde la planta de los pies hasta lo más alto de la cabeza. Quiso también el Señor corregir y castigar en su carne la mala inclinación y excesos de la nuestra, y condenar la demasía del regalo con que la tratamos, y hacer penitencia por los deleites sensuales y deshonestos de los hombres, que siendo tantos y tan feos, bien se echa de ver cuán rigurosa y cruel había de ser la disciplina que descargase sobre las espaldas de este Señor. Y ésta, por ventura, es la causa porque siempre que el Salvador daba parte de su Pasión á sus discípulos, hacía (Matth., xx, 19; Marc., x, 34; Luc., xviii, 32) particular mención de sus azotes, y con particular ponderación, como quien traía siempre delante de los ojos esta afrenta y este dolor.

Siendo, pues, entregado el Señor por mandamiento del presidente, en poder de los lictores y verdugos que le ha-

bían de azotar, quitáronle de la presencia del juez, y allí, en el mismo pretorio (que era el lugar público y patente, destinado para castigar y dar tormento á los malhechores) le mandaron que se desnudase diciéndole muchas descortesías, y amenazándole con los azotes que presto habían de descargar sobre El. El Señor era tan manso y humilde que, como dice San Pedro (I, II, 21), por darnos el ejemplo que habíamos de imitar, no maldecía á quien le injuriaba, ni amenazaba venganza cuando padecía; antes obedecía y se sujetaba al que le juzgaba y condenaba injustamente. Y así, por mandado de aquellos verdugos, se iría quitando los vestidos, disponiéndose para recibir aquella afrenta y padecer aquel tormento. O por ventura se dejó desnudar de ellos, porque el término y modo fuese más áspero y descortés, y la injuria fuese mayor; ó comenzando El con humildad á desnudarse, ellos acabaron con descortesía hasta dejarle del todo desnudo.

Quedó desnudo aquel cuerpo virginal, y el arca del Testamento descubierta á los ojos de los hombres profanos, y puesto á la vergüenza aquel mancebo honesto y vergonzoso, y hermoso sobre todos los hijos de los hombres, padeciendo la confusión de la desnudez que había merecido nuestra culpa, y mereciéndonos la vestidura de la gracia y la estola de la inmortalidad, que nos había de dar en la gloria. Descubrióse aquella carne pura, concebida sin pecado por obra del Espíritu Santo, la cual, el Hijo de Dios había unido consigo para honrar con ella á toda la naturaleza humana, y para enseñarnos por ella á honrar á Dios, y para ofrecer en ella sacrificio agradable y sin mancilla á su Eterno Padre. Finalmente, se dejó ver aquel amado y deseado Esposo de las almas castas y puras, cuya hermosura hace castos á los hombres, y cuya Majestad mueve á reverencia á los ángeles del cielo, al cual puede decir toda la Iglesia con verdad, lo que por desprecio le dijo á David

su esposa Micol (II, Reg., VI, 20): Cuán glorioso ha estado hoy el rey de Israel, descubriéndose delante de sus esclavas: ha quedado desnudo, como si desnudaran á cualquier hombre bajo y vil.

Pero aquellos ministros del demonio, que por aquella hora se les había dado licencia sobre el Salvador, desnudos ellos de toda humanidad y buen respeto, ataron al Señor, así desnudo como estaba, á una columna de piedra. Y es así que las ataduras debieron de ser muy fuertes y seguras, por el falso pensamiento é imaginación de los judíos, que como le habían visto hacer tantos milagros, temían de su poder no se les fuese; y por la crueldad con que pensaban azotarle los verdugos, que había de ser tanta, que temían de El no se moviese. ¡Oh hombres ciegos!, ¿por qué atáis al Omnipotente? que El se estará quedo. ¿Por qué atáis las manos en cuyo poder están las vuestras? que no las moverá; porque El quiere y es contento de sufriros. ¡Oh caridad, y cuán poderosas son tus ataduras, pues el mismo Dios pudo ser atado con ellas! Y si faltaran las ataduras y prisiones del amor, ¿qué otras bastaran para atar al Hijo de Dios á una columna? ¡Ah! Si la noche antes tenía frío San Pedro estando vestido, ¿qué haría el Señor estando desnudo, y atado á un mármol, y estando desvelado y gastadas las fuerzas con el mal tratamiento de la noche pasada?

Estando, pues, así atado, empezaron los ministros á azotar aquel delicadísimo cuerpo, ó con varas, conforme á la costumbre de los romanos, ó con riendas y azotes de cuero, conforme al uso de los judíos; ó con lo uno y con lo otro, sucediéndose unos verdugos (que según algunos dicen eran seis), y descargando su frenesí y furia maldita en las sacratísimas carnes é inefable paciencia del Hijo de Dios: espectáculo el más horrendo que el mundo vió, ni jamás verá. ¡Que estén los hombres azotando al Hijo de Dios, á

vista de su Eterno Padre y de todos los ángeles del cielo, sin que haya quien se lo estorbe! Venid todos los hombres, y hallaos presentes en el pretorio de Pilatos, y veréis azotado á Dios por vuestras culpas. ¡Reconoce, oh hombre, cuánto vales, pues fuiste comprado con este precio, y cuánto debes al que tan liberalmente lo pagó por ti; y ten vergüenza de hacerte otra vez esclavo del pecado, si sabes estimar el valor y dignidad de este rescate!

El número de los azotes que recibió este Señor, ¿quién los contará, pues algunos dicen que pasaron de cinco mil? Mas no pudieron ser pocos los azotes que le dieron para castigo de tantos y tan feos delitos como los hombres cometen. Isaías dijo, que había puesto (LIII, 5 y 6) Dios sobre él los pecados de todos, y que él había sido llagado por nuestras maldades; y que la disciplina que merecían nuestras culpas, había descargado sobre sus espaldas. Y la ley mandaba (Deut., XXV, 2), que á la medida del delito fuese la de los azotes. ¿Pues qué medida pudieron tener sus azotes, cuando tan sin medida fueron nuestros delitos? Por eso los santos Profetas tanto antes dijeron que había quedado tal, que no tenía parecer ni hermosura, que su cuerpo estaba como de hombre leproso, y que desde la planta del pie hasta lo más alto de la cabeza no había quedado cosa sana en él.

Y si este sentimiento tuvieron los Profetas, que le miraban tan de lejos, ¿cuál sería el que tuvo su Santísima Madre, que estaba tan de cerca? Porque muy presto la llegó la nueva de la resolución que tenía Pilatos, y cómo mandaba que azotasen á su Hijo; con lo cual se renovarían las lágrimas suyas, y de todas aquellas santas mujeres que estaban en su compañía. Pues si es tanto el sentimiento que tienen las madres cuando sacan á afrentar á sus hijos ó maridos, ¿qué sentiría el corazón de la Virgen cuando supiese que trataban de poner á su Hijo en esta

afrenta y dolor? Pudo ser que en este caso no se pudiese contener sin que llegase más cerca del pretorio, donde viese, ó por lo menos oyese los golpes de los azotes, los cuales le sonarían en los oídos, y le herirían fuertemente el corazón, y sacarían tantas lágrimas de sus ojos como sangre del cuerpo de su Hijo.

En las revelaciones de Santa Brígida (libro I, 10), se escribe que la Bienaventurada Virgen habló á esta Santa de esta manera: «En el tiempo de la Pasión de mi Hijo, sus enemigos arrebataron de El, hiriéndole en el cuello y las mejillas; y llevado á la columna, El mismo por su persona se desnudó sus vestiduras, y aplicó sus manos á la columna, y sus enemigos se las ataron en ella. Al primer golpe, Yo, que estaba allí cerca, caí como muerta; y tornando á volver en Mí, vi su cuerpo azotado hasta las costillas, de manera que las mismas costillas se le veían; y lo que era más triste y doloroso, cuando retiraban los azotes, le surcaban con ellos las carnes. Y como mi Hijo estuviese así todo sangriento y todo despedazado, de manera que no se hallaba en él parte sana, ni parte en que le pudiesen azotar, entontes uno de los que allí estaban, con enojo preguntó: ¿Por ventura habéis de matar á este hombre antes de sentenciarle? Y diciendo esto, cortó luego las ataduras, etcétera.»

Esto es lo que se halla en aquel libro; y lo que no se puede dudar es, que sola la Virgen, con altísima contemplación, sabía reconocer y estimar el amor que el Eterno Padre tenía al mundo, que no perdonaba á su propio Hijo, sino que le entregaba á los azotes por su remedio y salud; y la obediencia y caridad con que el Hijo se ofrecía, y ella también le ofrecía como cosa tan propia suya, con profunda reverencia y encendida caridad, por el remedio suyo y de todos los hombres, deseando grandemente que todos conociesen y estimasen este inestimable beneficio.

¿Pero qué hombre habrá tan ciego que lo conozca, y qué corazón tan duro que lo penetre y no se rinda á los pies de este Señor? Porque si estando preso en la cárcel un ladrón, y condenado por sus hurtos para que fuese azotado, un hombre honrado é inocente saliese por fiador, y para que dejasen libre al ladrón se entrase en la cárcel por él, ¿qué lástima haría á todos si le vendiesen toda su hacienda para pagar los hurtos que no hizo, y mucho más si le afrentasen su persona y le azotasen públicamente por el delito que no cometió? Y si el ladrón verdadero tenía sentimiento de hombre, la afrenta de su fiador le había de salir al rostro; y los azotes que le daban en las espaldas, los había de sentir él en el corazón, y con lágrimas, y á voces había de ir pregonando que él era el delincuente y el merecedor de aquel castigo, y el que le padecía estaba sin culpa é inocente. Pues ¡oh corazón ingrato y duro! que sabes los pecados que has cometido contra Dios, y ves azotar por ellos al Santo de los Santos, y fuente de toda la santidad, no más que por haber salido por tu fiador, ¿qué sentimiento tienes? ¿qué venganza y confusión? ¿qué voces de alabanza y agradecimiento? ¿Cómo no te das por su esclavo y te rindes á su perpetua obediencia, cuando atado á una columna y cubierto de llagas le oyes decir (Ps. LXVIII, 5): *Quae non rapui tunc exolvebam* (LXXII, 14): *Et fui flagellatus tota die, et castigatio mea in matutinis?* (M. Avila: *Audi fil.*, c. 19).

Y si es verdad que no dan molestia al deudor cuando su fiador ha pagado, ¿qué confianza tan grande debemos tener que la Justicia divina no tiene nada que pedirnos, pues está tan satisfecha con la paga que le hizo Jesucristo, si nosotros queremos valernos y ayudarnos de ella? La redención está hecha tan copiosa, que aunque perdonar Dios las ofensas que contra él hacen los hombres sea dádiva sobre todo humano sentido, mas la paga que hizo Je-

sucristo nuestro Señor, excede en valor á la deuda del hombre, mucho más que lo más alto del cielo ó lo más profundo del abismo. Azotes debía el hombre culpado, y ser preso, escarnecido y muerto; ¿pues no está bien pagada esta deuda con azotes y escarnios, con tormentos y muerte de un Hombre, no sólo Justo, más que juntamente es Hombre y Dios? El cual quiso tomar en su cuerpo santo é inocente la penitencia que merecían los desórdenes del nuestro, y corregir en su carne la rebeldía de la nuestra, y á costa de su dolor dejarla sujeta y rendida, y darnos ejemplo cómo la hemos de castigar nosotros, para que sirva al espíritu y no sirva con sus obras al pecado; y el que era hermoso sobre todos los hijos de los hombres, quiso quedar sin lindeza ni hermosura, hecho todo una llaga, como leproso, para hacer nuestras almas hermosas y agradables á sus ojos (Ephes. v, 27): *Et ut exhiberet ipse sibi gloriosam Ecclesiam non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi, sed ut sit sancta, et inmaculata*, etc.

CAPÍTULO XXII

Es el Salvador burlado de los soldados gentiles.

AZOTABAN los soldados al Salvador, y Pilatos disimulaba y hacía como que no lo veía ni oía, y por ventura andaba en el entre tanto fuera del pretorio; porque el mal juez no pretendía tanto con esta pena castigar el delito del acusado, cuanto satisfacer, á la pasión de los acusadores. La cual era tan grande, que se puede bien presumir de ellos que tenían pagados y cohechados á los verdugos, para que de tal manera azotasen al Señor, que si Pilatos (como había significado) no le crucificaba, quedase tal que no pudiese vivir de los azotes. Con esta disimulación del juez y rabia de los acusadores, excedieron los ministros en este

castigo todos los límites de la justicia y humanidad; y apenas le habían desatado de la columna, y el Señor había cubierto con sus ropas sus llagas y desnudez, cuando añadieron otras nuevas maneras de mofas y de escarnios. No se sabe de cierto del Evangelio si sacaron de su cabeza estas invenciones, por ser la vanidad de los soldados inclinada á semejantes burlas; ó si por instigación de los judíos, que se aprovechaban en todas ocasiones para ejecutar su dañada voluntad; ó con licencia y permisión del presidente, ó por ventura mandándoselo él, buscando modos cómo castigar al Salvador á satisfacción de los judíos, de manera que desistiesen de pedirle la muerte de cruz.

Había formado Pilatos no sé qué imaginación del reino de Cristo, parte por la acusación de los pontífices, y parte por lo que el mismo Señor le había respondido, y también por la solemnidad con que pocos días antes había entrado en Jerusalén, aclamándole todo el pueblo como si fuera Rey; de lo cual barruntaba que el reino del Mesías no era de este mundo, sino cosa misteriosa que El no entendía ni creía, y que aquel hombre pretendía usurpar para sí aquella dignidad, y los judíos no le querían admitir. Y aunque no hallaba causa de muerte, pero bien se persuadía ser posible que hubiese tenido el Señor algún exceso en el ruido y alboroto que había metido en el pueblo. Por lo menos, parece que convino con Herodes en tenerle por tonto, por haber intentado subir por aquellos medios al reino. Pues por estas causas pudo ser que le pareciese á Pilatos castigarle por su exceso, y hacer que los soldados le burlasen como á loco en la misma materia del reino en lo que había sido, y que con esto los judíos quedasen satisfechos, sin procurarle la muerte, y seguros que así azotado no quedaba para rey, ni menos para tratar de ello. Con esto se animaron los soldados á tomar muy de propósito este juego y entretenimiento, y añadir nuevos escar-

nios y dolores sobre las llagas de los azotes que estaban frescas, y se cumplió lo que de El estaba escrito (Ps. LXVIII, 27): *Et super dolorem vulnerum meorum addiderunt.* Las invenciones fueron tan nuevas, tan crueles y tan ignominiosas, que ninguno las pudiera inventar sino sólo el demonio, que se había apoderado de aquellos ministros para irritar, si pudiera, la paciencia del Salvador; y ninguno las pudiera imaginar ni creer, si tan en particular no las escribieran los Evangelistas.

Porque lo primero, no se contentaron con hallarse presentes á este espectáculo diez ó doce soldados gentiles, sino que pasando la voz de unos á otros juntaron toda la cohorte (como notaron San Mateo y San Marcos), que por lo menos tenían ciento veinticinco soldados (XV, 16): *Et convocant totam cohortem*, dijo San Marcos, y San Mateo (XXVII, 27): *Congregaverunt ad eum universam cohortem.* Y es cierto que no se juntaron sino como á negocio de entretenimiento, y como á ver un entremés de un rey de burlas y fingido, ó como quien va á entretenerse y pasar tiempo con un loco, ó alguna otra cosa semejante, ridícula y de placer.

Lo segundo, le desnudaron sus vestidos, como dice San Mateo (28): *Et exuentes eum;* que no fué pequeña crueldad acabándose de cubrir con sus vestidos, después de tantas llagas y derramamiento de sangre, volverle otra vez á desnudar; ni fué pequeña afrenta para un hombre de honra, parecer desnudo y azotado delante de tanta muchedumbre de soldados.

Lo tercero, le vistieron una clámide de púrpura ó de grana, ó por mejor decir, le envolvieron en un andrajo viejo que había sido clámide ó vestidura de grana. Y eso parece que da á entender aquella palabra de San Mateo (28:) *Clamidem coccineam circumdederunt ei.* De la misma palabra usó San Juan (XIX, 2): *Et veste purpurea cir-*

cumdederunt eum: porque de esta manera, en el color del vestido (que era de púrpura) y en la forma de clámide (que era la veste militar de los emperadores), mostraban que aquel hombre se había querido hacer rey; y en ser la púrpura vieja, rota y deslucida, y en el modo de ponérsela descompuestamente y revolviéndole con ella, mostraban que toda su pretensión había sido burla y locura.

Lo cuarto, conforme á la púrpura fué también la corona, tejida de agudos juncos (Matth., XXVII, 29), ó de cambroneras y espinas, tan sólidas y agudas como las vemos el día de hoy en diferentes iglesias, donde se guardan con suma reverencia. Esta corona tejieron los soldados con mucho cuidado, ayudándose de instrumentos por no lastimarse las manos; la cual estaba hecha, ó en forma de guirnalda como la pintan de ordinario, ó como muchos piensan, en forma de casco ó capacete que cubría toda la cabeza. Y estando así tejida, la levantaron en alto y se la asentaron sobre la cabeza, clavándosela en ella con mucha fuerza y no menor crueldad; afrentándole con la corona como á rey fingido, y lastimándole con las espinas con muy agudo dolor. De esta manera quiso el Señor que, para sus amigos y fieles imitadores, la afrenta y el dolor fuesen como dos joyas de inestimable precio, las cuales El en su reino dejaba vinculadas á su corona.

Lo quinto, le pusieron una caña en la mano derecha en lugar de cetro, como lo notó San Mateo (XXVII, 29): *Et arundinem in dextera ejus*, y con ella le notaban de liviandad y de hombre falso y vano de sentido, como lo es la caña; y juntamente querían dar á entender que su reino era una pura burla, sin ninguna substancia ni firmeza.

Lo sexto, después de haberle así compuesto con estas insignias y apariencias de rey fingido, empezaron á burlarse de El, con donaires, apodos y risotadas, y entre otras burlas hincaban la rodilla delante de él dándole la enho-

rabuena del reino, y decían: Dios te salve, rey de los judíos; así lo dice San Marcos (xv, 19): *Et ponentes genua adorabant eum.* Y San Mateo: *Et genuflexo ante eum illudebant ei dicentes: Ave, Rex Judaeorum.*

Lo séptimo, le escupían en el rostro, señal de sumo desprecio, dejándole feo y como leproso, señalado con golpes, y afeado con sus asquerosas salivas, mezcladas con la preciosa sangre que goteaba de la cabeza. Este agravio y desprecio de escupirle en el rostro le tuvo el Señor tan delante de los ojos, que hizo de él particular y expresa mención, cuando subiendo á Jerusalén dió cuenta de su pasión á sus discípulos; y así les dijo por San Marcos (x, 34): *Et illudent ei, et conspuent eum.* Y por San Lucas (xviii, 32): *Tradetur enim gentibus, et illudetur, et flagellabitur et conspuetur.*

Lo octavo, le dieron muchas bofetadas en el rostro, lo cual notó particularmente el Evangelista San Juan cuando dijo (xix 3): *Et veniebant ad eum, et dicebant: Ave, Rex Judaeorum, et dabant ei alapas.* De manera que se iban llegando uno después de otro á saludarle, é hincadas las rodillas, fingiendo que le querían besar la mano como á rey, levantaban las suyas, y con la mano abierta le daban bofetadas.

Lo nono, venían otros y haciendo la misma cortesía, le tomaban la caña de la mano, y le daban de palos con ella sobre la cabeza, afrentándole con el golpe de la caña vacía, y lastimándole con las espinas agudas, que se las hincaban más en la cabeza. Esto advirtió San Mateo (xxvii, 30): *Acceperunt arundinem, et percutiebant caput ejus.* Y San Marcos (xv, 19): *Et percutiebant caput ejus arundine.*

Para hacer esta representación, escogieron los soldados el pretorio del presidente, como dice San Mateo (xxvii, 27), y no cualquiera parte de él, sino el atrio del pretorio, como

declaró particularmente San Marcos (xv, 16): *Milites autem duxerunt eum in atrium praetorii;* que debía de ser algún patio grande y espacioso (tal como convenía para tanta gente como allí se había de juntar), el cual estaba delante de la sala del pretorio ó tribunal donde se hacía la audiencia. Trayendo, pues, allí al Señor, le desnudaron descortesmente sus vestidos, y le sentaron en algún asiento bajo y despreciado, donde pudiesen hacer su juego y tener su entretenimiento con más comodidad. Allí trajeron primeramente la clámide de púrpura, la cual era un vestido ó capa grande abierta por delante, que se prendía al pecho con una fíbula ó corchete; y, como hemos dicho, era insignia de reyes, y que los emperadores se la solían enviar con honra. Esta le pusieron los soldados, y poniéndosela le dirían: Esta púrpura, Señor Rey, os envía de Roma el emperador, tal cual vos la merecéis; y escupiéndole el rostro y dándole bofetadas, le dejarían mal compuesto y envuelto en ella, descubriendo por diferentes partes su desnudez. Llegarían otros con el cetro de caña, y se le pondrían en la mano, diciendo: Tomad esta caña en la mano, que cual es el reino, tal es el cetro; y tan vacía como ella está, así tenéis Vos la cabeza, sobre la cual le asentarían luego la corona de espinas; y clavándosela con mucha fuerza, dirían: Pues mueres por ser Rey, no es bien que mueras sin corona; pero será tan miserable como conviene al que condenan por hacerse Rey, porque estas son las espinas en que Tú te has metido con esas pretensiones. Y diciendo esto, le daban de palos sobre la cabeza, y con suma deshonra y desprecio le causaban intensísimo dolor. Con tal corona como ésta, empezó á gotear la sangre y correr hilo á hilo por los cabellos, por el cuello, por la frente y por todo su sagrado rostro, quedando obscurecida la lumbre de sus ojos, y caída y humillada aquella cabeza, que lo es de los hombres y de los ángeles, para que por su humillación

los que estábamos caídos, levantásemos la cabeza, y dijésemos al Señor (Ps. III, 4): *Tu autem, Domine, susceptor meus es, gloria mea, et exaltans caput meum.*

Y estando así compuesto el Señor por mano de los soldados, con tal cetro y tal púrpura y coroña, empezaron á jugar y entretenerse con él, burlándose de su reino como de hombre loco y sin juicio, porque hincaban la rodilla y hacían otras ceremonias y señales de cortesía, con grandes risotadas, dándole juntamente bofetadas en el rostro y palos en la cabeza, y le decían: Dios te salve, Rey de los judíos; mofándose de él porque lo había pretendido ser, y había venido á tan miserable estado. Muy semejantes á éstos son los hipócritas, que honrando á Dios de palabra y con ceremonias exteriores, andan con el corazón muy lejos de él, y con sus obras le deshonran y ofenden, como hacían estos fingidos honradores del Señor, que hincando la rodilla para hacerle reverencia, levantaban la mano para darle bofetadas. ¿Quién se podrá quejar de agravíos ó menosprecios, viendo los que aquí padeció en su persona el Salvador?

Pero quitemos ya los ojos de estos ministros injustos y crueles, y pongámoslos en el Señor que padece, porque tenemos mucho que mirar en El; el cual estaba tan firme y constante en tan pesados encuentros, como lo había profetizado Isaías (L, 6), ofreciendo su cuerpo á los que le herían, y sus mejillas á los que le abofeteaban y mofaban, y no huyendo el rostro de los que le injuriaban y escupían. Más poderoso para sufrir, que sus enemigos atrevidos y crueles para hacerle tanto mal, estaba sentado con tanta mesura, sosiego y majestad, recibiendo estas insignias de escarnio, como si de veras le coronaran de rey, y aceptando las injurias con tanto gusto, como si en la verdad fueran cortesías. Ni hubo jamás emperador que con tanta alegría de su corazón se vista de la púrpura, acepte la co-

rona y tome el cetro en la mano cuando le están coronando, como el Señor se aplicó al cuerpo y se adornó con aquella púrpura vieja, y aceptó la corona de espinas, y recibió en la mano aquella caña, deseando que en el día de su honra y coronación, se hallara (si fuera posible) todo el mundo presente. Porque pocos le parecían los cien soldados de la cohorte, al que tantos años antes había madrugado á convidar á todas las almas para este día (Cant. III, 11): *Egredimini et videte, filiae Sion, Regem Salomonem in diademate, que coronavit illum mater sua in die desponsationis illius, et in die laetitiae cordis ejus.* Salid (dice), hijas de Sion, y veréis al Rey Salomón con la corona que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. Y supuesto que este rey santo había de ser (Exod., XV, 11) magnífico en la santidad, más que en la pompa mundana, así como su reino no era de este mundo, así tampoco lo habían de ser las ceremonias de su coronación; y estas que aquí se hicieron, fueron las más convenientes que podían ser, y las que el Padre Eterno había determinado, para obrar por medio de ellas la exaltación de su querido y obediente hijo.

La púrpura convenía que fuese vieja y deslustrada, y que se asentase sobre sus llagas recientes y se tiñese de nuevo con su sangre; por cuanto la púrpura con que El se había de vestir y adornar, y representar la gloria de su reino, eran sus fieles vasallos, como estaba escrito en Isaías (IL, 18): Vivo yo, dice el Señor, que de todos estos que has de vestir como de ornamento, y como desposada te has ataviar con ellos. Pues todos estos que habían de ser su púrpura y su vestidura, los halló el Señor gastados y sin lustre por la vejez del primer hombre; y aplicándolos á sus llagas les dió nuevo color y hermosura, y los dejó renovados, hermosos y limpios, porque quitaron sus manchas (Apoc., XXII, 14), y lavaron sus estolas en la Sangre del

Cordero. Y por este camino vino á ser este Señor Rey de los reyes, porque todos sus vasallos quedaron vestidos de púrpura, teñida con su sangre preciosa.

Su corona fué también de espinas, y no había de ser de otra cosa, ni había otra cosa en este mundo de que poderla hacer: porque todo lo que en él florece, y es de algún deleite y gloria, presto se marchita, y lo que permanece son las penas, que como espinas punzan y lastiman. De estas espinas hay abundante cosecha en este valle de lágrimas y tierra de maldición, de las cuales se hizo participante nuestro verdadero Rey y legítimo Señor, por librarnos á nosotros de ellas, y las que nosotros merecíamos le cayeron á El sobre la cabeza. Pero estas penas, que en nosotros eran castigo de nuestras culpas, fueron en él merecimiento de gloria sempiterna; y de las espinas arrancadas de nosotros y trasplantadas á la tierra bendita y soberana de la cabeza del Señor, y regadas con su preciosa sangre, brotaron flores de inmortalidad, y nos ganaron aquella corona que nunca se marchita. Quiso también el Señor que su corona fuese de espinas, porque su reino había de ser firme y perpetuo, y por eso convenía que la corona fuese tal que se pudiese fijar y enclavar en la cabeza, para denotar que por ningún acaecimiento se le podrá caer ni fuerza ninguna se la podrá quitar.

El cetro fué de caña; y para la significación que tenía, de caña había de ser, aunque los efectos que hizo fueron tan grandes como si fuera de hierro, según que estaba escrito (Ps., II, 9): *Reges eos in virga ferrea et tanquam vas figuli confringes eos.* Tú los gobernarás con cetro de hierro, y los quebrantarás como á un vaso de barro. Porque había de rendir las provincias y los reinos, y domar los pueblos, y humillar á sus enemigos, y quebrantarlos y desmenuzarlos como vasos de barro, y enseñorearse de ellos, según que dijo el mismo David en otro salmo (CIX, 2):

Virgan virtutis tuae emittet Dominus ex Sion: dominare in medio inimicorum tuorum. El cetro poderoso de tu virtud, le enviará Dios desde el alcázar de Sión para que conquiste todo el mundo y se enseñoree de tus enemigos: puesto que de Sión salieron los Apóstoles, y rindieron con su palabra á todo el mundo, y le sujetaron al reino de Cristo; pero su fuerza y virtud era la que les había venido de lo alto, porque ellos por sí mismos eran idiotas, humildes y flacos. Mas quiso el Señor sujetar y domar el poder del mundo, y darle de palos con esta caña flaca, para mayor gloria de su santo nombre. Por lo cual dijo uno de los mismos Apóstoles (I, Cor., I, 25), que lo flaco de Dios era más fuerte que lo fuerte de los hombres: conviene á saber, que una caña puesta en las manos de Dios es más poderosa que todo. Y esto flaco de Dios, dijo San Atanasio (Lib. qq. *ad Antioch.*, q. 129), que eran los Apóstoles, que siendo idiotas y sin letras, en breve tiempo penetraron por todo el mundo, y sujetaron los sátrapas y letrados, los reyes y príncipes poderosos, y como el cetro del poderío de Dios, salieron de Sión á rendir sus enemigos. Y no solamente los Apóstoles que predicaban, pero los mismos fieles que se convertían eran de los más flacos y desechados que tenía el mundo; y así dijo el mismo Apóstol (I, Cor., I, 26): Mirad, hermanos, los que habéis sido llamados á la fe, y hallaréis que entre vosotros no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; antes bien, se ha valido Dios de los más ignorantes, para confundir y echar en vergüenza á los sabios; y de los más flacos del mundo, para confundir á los poderosos; y de los viles y despreciados que no tienen nombre ni ser en los ojos de los hombres, para derribar y destruir á los que tienen ser y resplandor en el mundo. Y si, como dice aquí el Apóstol, quiere Dios con los ignorantes confundir á los sabios, con los flacos arruinar á los poderosos, con los despreciados y viles destruir á los que lucen y tienen el más

alto lugar; luego con una caña flaca, quiso Dios pelear con el mundo, porque no se gloríe toda carne en su acatamiento, ni atribuyan á sus fuerzas los efectos que son de la virtud de Dios. Por esta causa quiso el Señor que el cetro de su reino fuese de caña, porque las maravillas que se habían de obrar con él no se atribuyesen á la caña flaca, sino al brazo de Dios que la sustentaba.

Todas las demás ceremonias que pasaron en esta coronación de injurias que se decían y hacían al Salvador, eran necesarias para la firmeza de su reino, que está fundado en paciencia, y en el desprecio de la honra mundana, y verdadera renunciación de todas las cosas. Por cuanto de aquí quedaron instruídos los santos confesores y mártires, y todos los que son del reino de Cristo, á la paciencia y sufrimiento de todas las cosas adversas; y el reino que no era de este mundo, empezó á vencer y á triunfar del mundo, no resistiendo, sino padeciendo; no con orgullo y braveza, sino con humildad y llaneza.

Y porque una coronación tan solemne y de tan gran Rey, no era razón quedara escondida en el pretorio á vista de pocos soldados, proveyó Dios que el mismo presidente sacase de la mano al Señor, así como estaba, á un lugar público y patente donde todo el pueblo le viese.

CAPÍTULO XXIII

Saca Pilatos al Salvador delante del pueblo, y ellos le piden para la muerte.

El lugar donde Cristo nuestro Señor fué coronado, era (como dijimos) el atrio del pretorio, que sería algún patio grande de las casas del presidente, donde había de ordinario cuerpo de guardia, ó aquella cohorte ó compañía de soldados romanos, que era parte del presidio que aquella república tenía en Jerusalén. En este patio había una

puerta grande, por donde entraba el presidente por dentro de su casa al pretorio, que era una sala grande y espaciosa, donde oía las causas y pronunciaba las sentencias. En esta sala había también puerta que salía á una lonja, que estaba levantada con algunas gradas sobre la plaza. En cuya plaza estaban los sacerdotes, los escribas y fariseos y todo el pueblo congregado, que por el escrúpulo de la Pascua, no querían entrar en el pretorio; y estaban parte contentos de entender el mal tratamiento que hacían los soldados al Salvador, y parte quejosos de que se dilatase tanto la conclusión de esta causa y la sentencia de muerte.

Salió, pues, Pilatos por su patio al pretorio, con deseo de hallar algún medio, cómo templar el odio y aquietar los ánimos de los judíos, y con su presencia cesó aquel juego tan pesado que los soldados tenían con el Salvador; los cuales, desviándose á una parte y á otra, le dejaron solo en medio del atrio, donde pudo verle bien el presidente y moverse á compasión; y teniendo por cierto que su vista causaría la misma lástima á los judíos que había causado en él, le mandó que le siguiese, y le sacó por la puerta del pretorio á la lonja que estaba sobre la plaza, á vista de todo el pueblo. Salió, pues, el Señor siguiendo al presidente que se lo mandaba, desnudo de sus vestidos, cruelmente azotado, desollado el cuerpo y llagado en muchas partes; y donde no, señalado de los látigos y cardenales, sin tener otra cosa sobre sus carnes más que aquel andrajo viejo, que le habían puesto los soldados (Joann., XIX, 5). Llevaba también la corona de espinas; y á lo que se cree (aunque no lo dice el Evangelista), sacó las manos atadas como reo, y el cetro de caña en ellas, que también como la corona, servía para su afrenta y para burlarse de él, como de rey fingido. Llevaría los ojos llenos de lágrimas que de ellos salían, y de la sangre que destilaba de la cabeza; las meji-

llas amarillas, sin color, llenas de sangre, y afeadas con las salivas que le habían escupido en su faz; las piernas temblando, no menos del frío que de la flaqueza, y todo el cuerpo humillado y encorvado con el peso de la afrenta y el dolor.

Teniendo Pilatos á su lado y cerca de sí este retablo tan lastimoso, que bastaba á mover á compasión á las fieras y enternecer corazones que fueran de pedernal, haciendo silencio, les dijo en voz alta (Joann., 4): Ved, aquí os le traigo acá fuera, para que sepáis que yo no hallo en él causa ninguna; como si dijera: ni ha habido otra de ponerle como está, sino condescender en algo con vuestra petición, para obligaros á que vosotros condescendáis en algo con la mía de dejarle con la vida. Y volviéndose á mirar al Señor que allí estaba, y señalándole con la mano, les dice (Joann., 5): Mirad á este hombre; deseando con tal vista moverlos á compasión, y juntamente asegurarlos que no estaba el tal hombre para tratar otra vez de ser Rey: esa fuerza tenía aquella palabra: *Ecce Homo.*

¡Oh mal juez (si alguno se ha visto en el mundo), que confesando ya la tercera vez que después de muy examinado y mirado, no halla causa en este hombre para que sea castigado, con todo eso, le ha puesto tal que, conociendo la rabia de sus enemigos, le parece que con sólo mirarle, se han de mover á compasión! ¡Oh ángeles del cielo, que os hallasteis presentes á este espectáculo; quién os viera arrodillados y postrados, reverenciando esta santa Humanidad, y confesando que todo vuestro amor es como hielo si se compara con el fuego encendido de su caridad! ¡Quién os viera cruzadas las manos, confesando que sola su voluntad y mandamiento os las tiene atadas para no vengar sus injurias! ¡Oh pueblo judaico! antes escogido y regalado de Dios, y ahora justamente reprobado y desechado de El, ¡cómo ha caído en tus ojos tanta ceguedad, y en tu co-

razón tanta dureza! Y ya que pusiste esta causa en manos de un juez profano y gentil, ¿por qué no te sujetas á su parecer y pasas por su sentencia? Ya que has cerrado los oídos á las voces de Dios, ábrelos siquiera á las voces del presidente Pilatos. El cual, desde aquel lugar alto, y en presencia del mismo Salvador, para ponerles vergüenza, ó para moverlos á compasión, les estaba diciendo: *Ecce Homo*. Mirad este hombre: ¿veis aquí el hombre que acusáis? Este es el hombre que me entregasteis, que por ventura no lo conoceréis por el riguroso castigo que se ha hecho en Él; mirad qué hombre para emplear contra El tan grande furor; veis aquí á este hombre, no esclarecido con imperio, sino obscurecido con oprobios; si teníais envidia de El como de Rey, compadeceos ahora como de miserable; estad seguros y ciertos que no se acordará más del nombre de Rey, que tan caro le ha costado; está infame, azotado por justicia, coronado de espinas, vestido de andrajos, deshonrado con todo género de afrentas, afrentado con mil invenciones de injurias: ¿qué más le pedís? Mucho más habéis alcanzado de lo que pudisteis desear ni pensar; y yo por vuestro respeto he hecho mucho más de lo que quisiera y de lo que pensé; pues ha pasado tan adelante su pena y su ignominia, razón es que cese vuestro odio, y que se temple vuestra cólera y se mitigue vuestra envidia.

¿Quién pensara, que la autoridad del presidente, y la presencia del Salvador, no habían de alcanzar del pueblo lo que se les pedía? Pero sucedió muy al revés; porque los pontífices y ministros de la sinagoga, que eran los que habían de poner al pueblo en razón, eran por el contrario, los que atizaban y soplaban el fuego del odio y de la envidia contra el Salvador (Joann., 6); los cuales, habiendo oído lo que Pilatos decía, y entendiendo lo que pretendía, olvidados de su autoridad y de la clemencia que debían

mostrar y tener por razón de su dignidad y oficio, en medio de la plaza, que estaba llena del pueblo, empezaron á dar voces diciendo: Crucifícale, crucifícale; como si dijeran: Bien está lo hecho, pero llévalo hasta el cabo, que muy bien merece estar puesto en la cruz.

No pudo dejar de hacérsele muy nueva á Pilatos, esta respuesta, porque cuando él mismo en persona salió del pretorio, y se puso á razones con ellos, en lugar tan público, no hiciera esta diligencia, ni pusiera á riesgo su autoridad, si no estuviera muy satisfecho que con la vista lastimosa del Señor, y con su razonamiento blando y cortés, había de acabar con los pontífices y alcanzar del pueblo lo que pretendía. Pero como vió su obstinación, maravillado de su dureza, colérico por su descortesía, y corrido, por otra parte, de ver que todas sus trazas se le deshacían y no le sucedían como pensaba, con enojo y desdén, y como hombre falto de consejo y enfadado, les dijo: Tomadle allá, vosotros (Joann., 6), y crucificadle, que yo no hallo causa. Como si dijera: ¿Por ventura, por vuestros gritos y vocería, tengo yo de condenar á nadie sin culpa? ¿Por ventura, queréis vengar por mi mano vuestros odios, y que sea yo el instrumento para satisfacer vuestras envidias? No ha de ser así, que yo administrador soy de justicia, y no he de ser autor de injusticias y de agravios; juez soy para castigar culpados, no para ser verdugo de inocentes. Lo que he hecho hasta aquí no ha sido por castigarle, sino por librarle de vuestras manos, pensando que había de hallar algún rastro de humanidad si condescendía en algo con vosotros; pero ya que os habéis declarado tanto, no hay que tratar más de que yo pase adelante, pues no consiente la razón ni sufre la justicia que ninguno sea condenado sin causa: yo no la hallo en este hombre para lo que pedís, ni aun para lo que se ha hecho con él; si vosotros la halláis, tomadle allá y crucificadle, y corra por vuestro riesgo y á

vuestra cuenta, para darla á quien os la pidiere de tan injusto homicidio.

Como los pontífices oyesen esta respuesta del presidente, bien echaron de ver que aquellas palabras: Crucificadle vosotros, no era tanto darles licencia de hacerlo así, cuanto salirse él afuera, para no hacer una cosa tan injusta y notarlos á ellos de tan apasionados que la pedían, y de tan atrevidos y sin vergüenza, que no dudarían de ejecutarla. Y para mostrarse sentidos de esta palabra, y turbar con otra nueva acusación al presidente, le dijeron (Joann., 7): Sí, nosotros ley tenemos; pues conforme á nuestra ley este hombre merece morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Como si dijeran: Tú, Pilatos, has afirmado tantas veces que este hombre es inocente, y que tú no quieres ni te atreves á crucificarle, sino que le crucifiquemos nosotros, como si nosotros fuéramos hombres sin ley y sin Dios. Pues nosotros ley tenemos, y ley dada del verdadero Dios; y si según las leyes no has hallado causa en este hombre, es porque vosotros adoráis muchos dioses, y pensáis que tienen hijos, y no tomáis á mal que se hagan los hombres hijos de los dioses; pero conforme á nuestra ley santa, que no conoce sino un solo y verdadero Dios, este hombre, como blasfemo, es merecedor de muerte, porque se ha hecho Hijo natural de Dios.

¡Oh ciega obstinación y vana presunción de los judíos, que se jactan y se glorían que tienen ley recibida de la mano de Dios, y se quieren mostrar muy observantes de ella! Pero ya se ve cómo la guardaban, no entrando en el pretorio en Pascua por no contaminarse, y siendo muy celosos (como los había, Matth., XXIII, 23, reprendido el mismo Señor) de que se pagase el diezmo del anís y del comino, y olvidando las cosas que eran de más substancia y peso de la ley; conviene á saber, el juicio y la misericordia. Porque de la misericordia estaban tan ajenos, que les faltó

á ellos siendo sacerdotes, cuando la tuvo el mismo juez siendo gentil; y el juicio andaba tan fuera de ellos, que hacían mil nulidades en el proceso, atropellando las leyes de la justicia, y mudando la acusación como les venía bien para salir con su intento. Porque primero le acusaron de que se hacía Rey y estorbaba que se pagasen los tributos al César; y como vieron que el presidente, ni hallaba pruebas de este delito ni substancia en esta acusación, acusáronle de otro delito que él entendiese menos y le turbase más, diciendo que se había querido hacer Hijo de Dios; y para obscurecer más el negocio, le alegaron las leyes que el no sabía ni tenía obligación de saber, diciendo: Nosotros tenemos ley, y según nuestra ley ha de morir. ¿Pero qué leyes son estas que alegan estos sapientísimos doctores y abogados de la injusticia y de la maldad? ¿Qué ley es esta que condena á muerte al que se hace Hijo de Dios? No puede ser otra sin duda sino la que está dada contra los blasfemos en el capítulo XXIV (16) del Levítico, donde manda Dios: El que blasfemare el nombre del Señor, muera por ello. Mas esta gente tenía por gran blasfemia que el Salvador dijese que era Dios ó Hijo de Dios; y de aquí nació, que, levantando una vez piedras (Joann., x, 31) para apedrearle, les dijo el Señor: Muchas buenas obras os he hecho el tiempo que he vivido entre vosotros; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Y ellos respondieron: no te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia, y porque siendo Tú, como eres, hombre, te haces Dios. Pues, gente ciega y perversa, si es esta la blasfemia, ¿por qué ahora le pedís la muerte? ¿Por qué entonces no le tirasteis las piedras? ¿Cómo con una breve razón que os dijo entonces en su defensa os quedasteis atajados, sin saber responder una palabra? Y las piedras que se os quedaron entonces en las manos, ¿las queréis tirar ahora, cuando El no vuelve por sí ni el presidente entiende estas razones? Y

si es que ha de morir por esta blasfemia, ¿por qué ha de morir en cruz, pues la ley no manda sino que muera apedreado? *Et qui blasphemaverit nomen* (Lev., XXIV, 26) *Domini, morte moriatur, lapidibus opprimet eum omnis multitudo*, etc. Vosotros sois testigos que por esta misma causa (que llamáis blasfemia) le quisisteis diferentes veces (Joann., X, 33) apedrear. ¿Pues qué furor es este que ahora os incita para entregarle al brazo seglar, y pedirle con tanta fuerza la muerte de Cruz? Si á vosotros, como decís (Joann., XVIII, 31), no es lícito dar este género de muerte, ¿cómo os es lícito pedirla? Y si el delito de que le acusáis no merece pena de muerte sino según vuestra ley, ¿por qué pedís otro género de muerte del que manda la ley? Y no habiendo ley entre los romanos que condene esta blasfemia, ¿queréis que sea castigada con la pena que señalan las leyes de los romanos?

Todo esto demuestra la ceguedad de esta gente, y con cuánta pasión y soberbia dijeron: Nosotros tenemos ley, y según la ley ha de morir, porque se hizo Hijo de Dios. Pero así como Caifás, sin saber lo que decía, profetizó que había de morir el Salvador porque no pereciese toda la gente; así éstos, sin saber lo que decían, dijeron una cosa muy verdadera y misteriosa. Porque primeramente era verdad que su ley era dada de Dios, y sus profecías reveladas y dictadas de Dios, y sus sacrificios ordenados de Dios. También era verdad que el Salvador había predicado muchas veces que era el Hijo de Dios, por lo cual, ni era blasfemo ni hacía agravio á nadie (Philip., II, 6), ni robaba lo que no era suyo, porque era Dios é Hijo de Dios. Era también hombre, que se había hecho por nosotros, y era hombre justo y santo, sin tener raza de ninguna culpa ni pecado. Y siendo tal, conforme á toda ley, había de vivir y ser honrado y adorado de todos, solamente conforme á la ley de los judíos había de morir, porque así estaba escrito en

la ley, y figurado en todos los sacrificios, y profetizado de los Profetas; y toda aquella ley no clamaba otra cosa sino que el Hijo de Dios hecho hombre había de morir, y no de cualquiera muerte, sino muerte de cruz, por la obediencia de su Padre y por la salud del mundo. Por eso dijo el mismo Señor tratando de su muerte, que así como Moisés (Joann., III, 14) levantó una serpiente de metal sobre un palo en el desierto, para que mirándola sanasen los que estaban mordidos de las serpientes verdaderas; así convenía que fuese levantado en la cruz el Hijo de la Virgen, para que fuesen salvos los que le mirasen con fe y caridad.

No piense, pues, Pilatos que atavió á Cristo en balde, aunque no pudo mover á compasión á los judíos que allí estaban, pues tantos han sanado después con su vista de las serpientes ponzoñosas de los pecados, y han mirado los trabajos de este Señor con tan grande compasión, que están azotados y coronados de espinas y crucificados en el corazón con El.

Miremos, pues, todos á este Hombre de Dios, al cual desearon ver tantos reyes, tantos patriarcas y profetas. Miremos á este Hombre para oir sus palabras, porque El es el Maestro que el Padre Eterno nos ha dado. Miremos á este Hombre para imitar su vida y seguir sus pisadas, porque no hay otro camino para ser salvos sino El. Miremos á este Hombre para compadecernos de El, pues estaba tal que bastara á mover á compasión á los que le querían mal. Miremos á este Hombre para llorar y hacer penitencia, pues nosotros con nuestros pecados le paramos tal como está. Miremos á este Hombre, porque no puede escapar de la muerte eterna quien así no le mirare; porque El es la serpiente de metal levantada en el desierto, para que los que le miraren, no perezcan. Miremos en la faz de aqueste Hombre, meditando siempre en El, y arreglando nuestra vida por El, para que en El como en un espejo veamos

nuestras faltas, y conociendo lo que nos afean, tomemos de las lágrimas y de la sangre que por su hermoso rostro va corriendo, y limpiemos con dolor nuestras manchas, y quedaremos limpios y hermosos en su divino acatamiento.

CAPÍTULO XXIV

Examina Pilatos otra vez al Salvador, y desea librarle de la muerte.

Como los pontífices y ministros de los judíos aborrecían de balde al Salvador (según estaba escrito en su ley), así en lugar de moverse á compasión (Joann., XIX, 6) cuando le sacó á su vista el juez, se irritaron más y le pedían para la cruz acusándole de blasfemo porque se había hecho Hijo de Dios (Joann., 8). Y como Pilatos oyese esta palabra, púsose en más temor, dícelo así el Evangelista: por cuanto no era poco lo que hasta entonces había temido desde que vino esta causa á sus manos (la cual le pareció siempre muy enmarañada y peligrosa); pero ahora temió mucho más con esta nueva acusación de que se hacía Hijo de Dios. Porque es de saber y notar, que los pontífices habían callado hasta ahora este delito de hacerse Hijo de Dios, y hecho fuerza solamente en que se quería hacer rey, por ser cosa que tocaba á la dignidad del César, y presumir de Pilatos lo que suele de ordinario acaecer en muchos jueces, que con más celo castigan las injurias que se hacen contra el rey, que no las que se hacen contra Dios; pues en esta causa que era contra el César se halló Pilatos con mucho temor. Porque por una parte vió la inocencia del Salvador que en ninguna cosa había pecado contra las leyes ni contra el emperador, y por otra, vió la envidia y furor de aquel pueblo que con tanta pertinacia le acusaba de un crimen tan odioso contra la dignidad y fisco imperial, que sólo el nombre le ponía en obligación, á ley de buen ministro, de hacer mucha demostración en el caso,

Hallóse, pues, muy congojado entre estas dos cosas, no sabiendo qué consejo tomar. Porque si le condenaba, además de ser cosa fea condenar por temor á un hombre inocente, cualquiera que le quisiese mal le podía pedir la muerte de tan grande Santo é insigne Profeta; y si le absolvía, mucho más todo el pueblo y los pontífices y cabezas de él, le podían acusar de que daba libertad á un traidor que quería levantarse con el reino, lo cual era fácil de persuadir al emperador. Viéndose, pues, en esta congoja, como hombre político y flaco para defender la verdad, usó de los medios que la prudencia humana le enseñaba; porque primero intentó eximirse de la causa remitiéndola á Herodes, y después deseó cuanto pudo componerse con el pueblo, procurando algún buen medio para que de su voluntad viniesen en dejar con la vida al Salvador. Para esto tomó dos medios: el primero, á costa de su honra, pidiéndole en competencia con Barrabás; el segundo, á costa de su cuerpo, azotándole gravemente y coronándole de espinas.

No le salió bien ninguno de esos medios; antes, andando con esos temores y respetos humanos, acusaron de nuevo al Señor de que se había hecho Hijo de Dios; y si antes había tenido temor, esto se le puso mucho mayor, porque le vino á la memoria lo que le había respondido, que su reino no era de este mundo, y que El había venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Por otra parte, como había visto tanta gravedad en su persona, tanta prudencia en sus respuestas, y (lo que más le admiraba) tanta constancia y entereza en su silencio, y había oído decir las cosas maravillosas que de El se contaban, no le pareció muy ajeno de la verdad que fuese lo que de El se decía. Ayudaba á esto en parte la vana opinión de los gentiles, conque vulgarmente estaban persuadidos que sus dioses tenían hijos entre los hombres. Los cuales, si bien de parte de sus madres eran mortales y pasibles, pero por parte de

sus padres tenían virtudes excelentes y hacían hazañas heroicas. Y como las que se contaban del Salvador eran tantas y tales, que no parecía posible que pudiesen proceder sino de divina virtud, no le quitaba la opinión de que por ventura era Hijo de Dios el ver que era pasible y mortal. Con esto se empezó á congojar de haber azotado y burlado al que podía ser que fuese Hijo de Dios, y á temer mucho más y dudar de lo que había de hacer, pues estaba en términos, ó de absolver á un blasfemo ó de crucificar un Hijo de Dios, que por lo uno y por lo otro podía temer la ira y castigo del cielo.

Y por parecer este punto muy grave y digno de ser averiguado, entróse otra vez Pilatos en su pretorio ó audiencia, pensativo y lleno de temor y de cuidado; y llamando al Señor aparte le preguntó diciendo (Joann. 9): ¿De dónde eres Tú? No le preguntaba de su patria, que ya sabía que era galileo, sino de su origen y naturaleza; como si dijera: ¿Qué es esto de tu divinidad de que estos tus naturales te acusan? ¿De qué linaje eres? ¿Quiénes son tus padres? ¿Viniste del cielo, ó de alguna parte más remota y escondida de la tierra? ¿Traes origen de alguno de los dioses, ó eres puro hombre? Eso quiso preguntarle con aquella palabra preñada y llena de turbación: ¿De dónde eres Tú?

Viendo el Salvador que esta pregunta nacía, parte de temor mundano, de algún castigo ó pérdida temporal, parte del error de los gentiles que daban hijos á sus dioses, y que ni aquel era tiempo de ponerse á declarar tan alta verdad como era la de su eterna generación, ni Pilatos estaba en disposición de oirlo, ni con capacidad para entenderle y creerlo, determinóse á callar y no responder palabra, conservando su acostumbrada gravedad y modestia. Principalmente que no le pareció necesaria esta pregunta para la causa que se trataba, estando como estaba Pilatos satisfecho de su inocencia, para lo cual era bastante lo

que El había respondido en general, que su reino no era de este mundo. Y si era rey y no de este mundo, fácil era de entender que su reino era espiritual y divino, el cual reino es propiamente de Dios. Y aunque es verdad que por dos veces había respondido el Señor á los sacerdotes (Mateo, XXVI, 64; Luc., XXII, 70) á esta misma pregunta, afirmando claramente que era Hijo de Dios, hízolo así porque los sacerdotes, por la luz que tenían de las Escrituras, sabían mejor lo que preguntaban, y tenían más obligación de entenderlo y creerlo. Pero no quiso responder al presidente gentil, porque ni sabía lo que preguntaba, ni estaba en disposición de creerlo, y solamente había de servir de acrecentarle la opinión y estima que había concebido de El y el temor de condenarle. No quiso tampoco que pensase nadie que se quería defender de la muerte, persuadiendo á un hombre lego y gentil lo que los sacerdotes y letrados habían tenido por blasfemia. De esta manera callaba el Señor lo que había de ser para su honra y defensa, y hablaba para cuando era honra de Dios y provecho de los que le oían; y, por tanto, cuando no respondía, callaba como Cordero, y cuando respondía nos enseñaba como Pastor.

Como Pilatos aguardaba del Señor alguna respuesta amorosa y agradecida, y alguna razón que fuese en abono de su persona, maravillóse de este silencio, más que por ventura se pudiera maravillar de cualquiera respuesta. Porque en un negocio tal y de tanto peligro, no querer un reo responder á su juez, y juez que con tantas veras le defendía y se ponía en tanto trabajo por El, era cosa muy nueva y muy digna de admiración; y no hubiera por ventura palabras con que un hombre sin fe así se confirmara en la opinión que iba cobrando del Hijo de Dios, como verle callar en esta ocasión. Y mostrándole algún sentimiento y queja del poco caso que había hecho de él, y avisándole juntamente

con buena voluntad del término que había de tener para hacer bien su negocio, le dijo (Joann., XIX, 10): «¿A mí no me hablas, que aunque no fuera tu juez me debías hablar por el buen oficio que hago por ti? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder también (si me parece) de soltarte?» Con la cual palabra se condenó Pilatos por su boca, sin que le valga el haberse lavado las manos para echar la culpa de esta muerte á los judíos; pues aunque le faltó el ánimo y el esfuerzo, la potestad él mismo confesó que la tenía para librarle.

Fué con todo eso palabra arrogante y tiránica el atribuirse á sí mismo la potestad, y decir que la tenía para dar y para quitar la vida. Porque la potestad en los legítimos jueces ha de seguir á la justicia y no ir delante de ella: y por eso, aunque tienen potestad de librar á los inocentes y condenar á los culpados, no la tienen para absolver á los culpados y crucificar á los inocentes. Como lo hacía cada uno de aquellos perversos jueces á quien dijo Daniel (XIII, 52): Envejecido en días malos, ahora han venido á caer sobre ti los pecados que primero hacías juzgando juicios injustos, oprimiendo á los inocentes y dando por libres á los culpados, habiendo mandado Dios: No quitarás la vida al inocente ni al justo. Estos son aquellos jueces que se les sube á la cabeza el vino de la potestad, y les trastorna el juicio para no acertar á juzgar conforme á justicia y razón; y ciegos con sus intereses ó ambiciones, saben encaminar las cosas de manera que por el proceso salga el culpado inocente y el inocente salga culpado. Por los cuales dijo el Profeta Isaías (V, 20): ¡Ay de vosotros, que al malo le decís bueno y al bueno le decís malo! ¡Los que sois poderosos, pero para beber mucho vino, y sois fuertes para sufrir la embriaguez! ¡Los que por cohechos y dádivas justificáis al impío, y al justo le quitáis y obscurecéis su justicia!

Pues para denotar que este abuso de los jueces es en tanto perjuicio del bien público y en tanto deshonor de Dios (de quien mana toda legítima potestad), aquel Señor que era juez universal de los vivos y de los muertos, y había venido á este mundo para dar testimonio de la verdad, en medio de tantas angustias y de tan profundo silencio como guardaba, no quiso callar ni dejar de dar testimonio de esta verdad tan importante, y en ocasión que tanto lo pedía. Y así diciéndole el presidente: ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para librarte? Para reprimir esta soberbía y volver por la honra de su Eterno Padre, de quien se comunica todo el poder; y para mostrarle que la dispensación de su Pasión y Muerte no pendía de su gusto y voluntad de él, sino de la de Dios, le respondió (Joann., XIX, 11): No tuvieras poder ninguno contra mí, si no te fuera concedido de lo alto. Por cuanto dado que Pilatos no tuvo ninguna legítima potestad para condenar al Salvador, pero esa que tuvo para crucificarle de hecho, no la tuviera si Dios no se la permitiera, el cual tuvo por bien dejar en esta hora libre el poder de las tinieblas. Por tanto, no pienses que eres absoluto en este negocio, que al que te dió la potestad has de dar cuenta del buen uso ó malo de ella. Por esta causa, si bien tu pecado es grande, no juzgando conforme á justicia, los que me entregaron en tus manos le han cometido mucho mayor, pues ciegos con el odio y la envidia han obscurecido mi causa y pervertido mi juicio, y entregádome á un juez pagano, haciéndole fuerza y poniéndole temores para que me crucifique.

Advirtió Pilatos por estas palabras, que tenía superior en el cielo, al cual había de dar cuenta de lo que hiciese; y considerando, que, si bien el pecado de los judíos era mayor, el suyo sería grande si le condenaba, empezó á entrar en su corazón el temor; y si hasta entonces había tenido voluntad de favorecerle (Joann., 12), desde este pun-

to se declaró en querer librarle; y buscaba trazas y caminos para ello. Pero los judíos, como lo entendieron, daban (Joann., 12) voces perseverando en su intento; y no tratando más del delito de la blasfemia, porque veían que no hacía fuerza al Presidente, se volvieron á la primera acusación de la pretensión del reino, y así decían: Si á tal hombre como este das libertad, argumento claro es que no eres amigo del César, porque todo hombre que pretende hacerse rey es contrario al César. Como si dijeran: Si no te mueve que es blasfemo contra Dios, á lo menos débete mover que es traidor contra el César; tú eres ministro del César, en su nombre gobiernas esta provincia, para eso estás en la ciudad, para defender su jurisdicción y autoridad, y amplificarla. Bueno es que nosotros, con celo de hacer servicio al emperador y mostrarnos leales á su corona, te entreguemos este hombre, aunque es nuestro natural, y que tú quieres defenderle y sustentarle; nosotros le daremos á entender cuáles son los ministros que tiene, y de quien está confiado.

Estas y semejantes razones decían á voces en los oídos del presidente, el cual, como mal ministro y flaco juez, temió más perder la amistad del César que la de Dios: y por eso le castigó Dios por medio del mismo César (Josefo, lib. XVIII *Antiq.*, c. XVII; et Euseb., l. II *Histor. eccles.*, c. VII) quitándole el cargo y la vida. Pues como oyese (Joann., XIX, 13) y considerase estas postreras palabras de la amistad del César, hicieron tanta fuerza en él, que le acabaron de rendir, porque (Luc., XXIII, 24) eran grandes las voces que daban, pidiendo que fuese crucificado, y sus voces iban creciendo y prevalecían; y así se determinó Pilatos, á condescender con ellos y venir en lo que le pedían.

CAPÍTULO XXV

Da Pilatos sentencia de muerte contra el Salvador.

Turbado Pilatos con las voces de los judíos, y con el temor del César, le pareció que era más fácil atropellar con la humildad y silencio del Señor, que no con el furor y osadía de sus acusadores; por lo que se determinó á dar sentencia contra el Salvador, y contentar y aquietar con esto á los judíos. Serían poco más de las diez y media ó cerca de las once del día (Joann., XIX, 14), conforme á nuestra cuenta, cuando Pilatos acabó de rendirse y tomar esta resolución, y así empezó desde entonces á hacer, como por cumplimiento, todas las ceremonias necesarias para concluir este proceso, y dar esta sentencia con la solemnidad que las leyes y la costumbre requerían.

Por cuanto primeramente se sentó (Joann., 13) *pro tribunali* en aquel lugar que en griego se llamaba *Lithostrotos*, y en hebreo *Gabbatha*. Era este tribunal alto y eminente (que eso significa *Gabbatha*), y estaba el suelo de él curiosamente compuesto con piedras menudas de varios colores que representaban riqueza y majestad, lo cual llaman los griegos *Lithostrotos*. Estaba arrimado á la pared del pretorio por la parte de afuera, y descubierto y patente á toda la plaza, y que se podía subir él por dentro del pretorio tan solamente. Sacó (Joann., 13), pues, Pilatos al Salvador afuera; conviene á saber, fuera del pretorio donde le había preguntado, á este lugar, y sentósese en el *pro tribunali* á vista de todo el pueblo, de los judíos que allí estaban, y para mostrarles cuán fuera de propósito y sin causa se habían alborotado, les dijo (Joann., 14): *Ecce Rex vester*. Como si dijera: mirad á qué hombre acusáis de que se quiere hacer rey, que ni tiene talle de rey, ni aun apenas figura de hombre. Y como ellos respondiesen que

se lo quitase de delante y le crucificase, replicó Pilatos como jugando y riéndose de ellos: ¿Pues á vuestro rey tengo de crucificar? Esto es: ¿Habéis de sufrir y pasar por tanta injuria, que se diga que yo he puesto en una cruz al que se hacía vuestro rey? Y ellos concluyeron diciendo, que ni le reconocían ni querían por rey, ni tenían otro rey sino al César. Esto es lo que parece que significaban estas preguntas y respuestas, conforme á la letra de la historia que pasaba en lo de fuera.

Ahora, si queremos mirar al secreto misterioso que estaba encerrado en ellas, hallaremos que aquí se trataban dos causas diferentes. La primera era contra el Salvador, sobre si había de ser crucificado ó no; y todo el peso de esta causa estribaba en si era el Salvador blasfemo contra Dios, ó traidor contra el César, que fueron los dos artículos de su acusación, de los cuales, ya por tres veces le había dado por libre el juez, y testificado públicamente su inocencia. La segunda causa era contra aquella república y pueblo judaico, sobre si había de ser reprobado y castigado, y que de allí adelante ni fuese ni se dijese pueblo de Dios. Y todo el punto de este negocio consistía en recibir á Jesucristo nuestro Señor por su Rey y Mesías, ó desecharle y negarle; porque como estaba escrito en Daniel (IX, 26), no había de ser más pueblo suyo el que le había de negar. Y así como el pueblo de los judíos se valió en su causa del presidente de los romanos contra el Salvador, así Dios nuestro Señor se sirvió en la suya del mismo presidente contra los judíos, haciéndole testigo de su inocencia y pregonero de su reino, y poniéndole en la boca las palabras y razones que por ventura él no entendía cuando las decía.

Estaba, pues, el presidente sentado *pro tribunali*, y á punto de dar en estas dos causas la sentencia definitiva. Y aunque es verdad que en el discurso de la Pasión varias veces se habían declarado los judíos, acusando al Salva-

dor, pidiéndole para la muerte, escogiendo á Barrabás antes que á El, resistiendo al juez siempre que volvía por su inocencia, y alborotándose y haciendo amenazas cuando sentían que le quería dar libertad; con todo eso, ordenó Dios, justísimo Juez, que se ratificasen y confirmasen públicamente en su dicho, antes que se cerrase el proceso contra ellos: y como negocio tan grave y de tanto peso, se hizo esta acción con toda la solemnidad posible. Porque estando allí el mismo Señor presente por su persona, y todo el pueblo de los judíos con sus cabezas, esto es, con los pontífices, jueces y ministros en la plaza pública de la ciudad de Jerusalén, siendo cerca del mediodía, en la fiesta solemnísima de la Pascua, que juntamente era víspera ó preparación (que llamaban Parasceve) (Joann., XIX, 14) del sábado siguiente; habiendo concurrido innumerable gente de toda la tierra, el presidente de los romanos Poncio Pilatos, estando sentado *pro tribunali*, en voz alta, clara é inteligible les protestó diciendo: *Ecce Rex vester;* ¿veis aquí á vuestro rey, á vuestro Mesías, al que vuestra ley promete, profetiza y figura? El dice que su reino no es de este mundo; mirad si queréis creerlo, confesarle y recibirle. Y si aún tenéis algún temor de él, que quiera alborotaros y hacerse Rey con tiranía, y usurpar con violencia el reino de este mundo, mirad cómo está tan castigado y humillado. ¿Estáis contentos de lo que se ha hecho contra El, ó porfiáis todavía en que pasemos adelante? Ellos, que veían que todo iba ya de ceremonia y cumplimiento, daban voces diciendo: *Tolle, tolle, crucifige eum:* quita, quita á ese hombre delante; no hay para qué hacer requerimientos; acorta los plazos; ahorra de estas tardanzas; excusa las dilaciones, crucifícale luego. Replicó á esto Pilatos: *Regem vestrum crucifigam?* Todo fué darles más tiempo y espacio para pensar mejor lo que habían de responder, y moverles, siquiera por vergüenza, á desistir de su deman-

da. ¿A vuestro rey (dice) tengo de crucificar? ¿Aquel que, queráis ó no queráis, se convence de vuestras profecías, y de las señales de vuestras Escrituras, que es vuestro Rey y Mesías? Y que cuando no lo sea, por lo menos ha tenido el nombre y apariencia de ello: ¿y queréis con todo eso, con deshonor é infamia vuestra, que yo le crucifique? ¿Y que diga todo el mundo que condenaron los romanos al rey de los judíos á muerte tan infame y afrentosa? Todo esto les quiso decir en aquella pregunta: *Regem vestrum crucifigam.*

No obstante, los pontífices y sacerdotes (Joann., 15), que cuanto más sabios tanto estaban más apasionados, y cuanto mayores tanto más libres y atrevidos, sin vergüenza ni temor de Dios respondieron: No tenemos otro rey sino al César. Debieron entender, pues eran sabios, que si ya les faltaba el rey natural y no tenían otro sino al César, que era ya llegado el tiempo en que, según las Escrituras, estaba entre ellos el prometido rey Mesías. Mas como ciegos y apasionados, no quisieron recibir el rey que Dios enviaba para darles eterna libertad, y condenáronse, de su voluntad y por su boca, á perpetua servidumbre de reyes extranjeros.

En esta sazón (Matth., xxvii, 19), y estando el presidente *pro tribunali* á punto de dar la sentencia, le vino un recado de su mujer, en que le pedía, muy encarecidamente, que no se arrojase á condenar á aquel hombre justo; y la razón fué, que había tenido aquel mismo día muchas visiones por esta causa, de que había quedado muy atemorizada y congojada. Qué fué lo que vió, y si tuvo estas visiones por obra del buen espíritu ó del malo, no lo dice el Evangelio. Muchos de los Santos Padres afirman que Dios nuestro Señor la envió estas visiones para dar testimonio de la inocencia del Salvador, y ayudar y esforzar la buena voluntad que tenía el juez por medio de este aviso de su

mujer, á la cual le fué mostrado cómo aquel hombre era santo y justo (y aun por ventura también que era Hijo de Dios), y las grandes calamidades que habían de venir sobre aquella ciudad y moradores de ella, por la envidia y aborrecimiento con que le pedían la muerte, y empezó á temer que del castigo de los acusadores, le alcanzase buena parte á su marido, que era el juez, y así le dijo: *Nihil tibi et justo illi, multa enim passa sum hodie per visum propter eum.* Mira que te ruego y te aviso que no tengas parte en la condenación y muerte de este Justo, porque te hago saber que son muchas las penas y congojas que yo he padecido por respeto de él, por cosas que he visto y que se me han mostrado por visiones.

No quiso el Señor mostrar esta visión al mismo presidente; porque, ó no lo creyera teniéndola por sueño vano, ó no la publicara ni la dijera, ó no se la creyeran; pues como le sentían inclinado á favorecer al Salvador, podían decir que fingía revelaciones por librarle. Pero la buena mujer tuvo la visión y padeció mucho con ella, y no dudó de creerla ni tuvo corazón para callarla; y llena de temor y sobresalto, envió el recado á su marido, estando *pro tribunali* y en la mayor fuerza del negocio, y procuró inclinarle á no dar la sentencia, poniéndole miedo de que por esta causa él podía venir á padecer, y moviéndole á compasión de lo que ella había padecido. Y como Pilatos había de reparar por fuerza en el recado, y tener sobre él algunas preguntas y respuestas, luego entendería el pueblo lo que era, y se derramaría por toda la ciudad lo que había visto la mujer del presidente en favor del Salvador. Lo cual fué también un ilustre testimonio de su inocencia, para poner en mala fe á los que le aborrecían y acusaban.

Algunos piensan que fué el demonio el que la espantó con estas visiones, para estorbar por este camino la muerte del Salvador, la cual barruntaba ya que había de ser la

ruina total de su reino. Mas ¿cómo se puede pensar que procurase el demonio, por una parte estorbar la muerte del Señor, espantando á esta mujer con visiones, y que por otra incitase los ánimos de los judíos á que la pidiesen con tanta instancia y furor? Por cuanto si el demonio quisiera atajar esta pasión é impedir esta muerte, ¿qué otro camino más breve ni medio más fácil pudiera tomar que mover á compasión los ánimos de los pontífices y sacerdotes, pues era tan señor de ellos? Porque como ellos desistieran de la acusación, acabado estaba el negocio con el presidente. Pero cuando fuera así, que estas visiones hubieran sido por obra del espíritu malo, también cedía en gran manera en honra y gloria de Cristo nuestro Señor. Puesto que de tal manera fué condenado, que todos dieron testimonio de su inocencia y justicia, no sólo los hombres (como fué, el juez que le sentenció, y su mujer que le envió el recado, y centurión y soldados que le crucificaron) sino también los elementos que se alteraron; y aun hasta los mismos demonios del infierno, si es así que se lo pusieron á esta mujer en la cabeza.

Sólo los sacerdotes, y el pueblo incitado por ellos, perseveraban en su dureza y pertinacia (Matth., 24); y viendo Pilatos que ninguna cosa aprovechaba, sino que antes iba creciendo el alboroto, pidió agua y lavóse las manos delante de todo el pueblo. Lo cual hizo así, ó para hacerles reparar más y considerar mejor lo que pedían, y el cargo que tomaban sobre sí, ó conformándose en esto con la ceremonia que usaban los mismos judíos cuando querían salirse afuera de algún negocio, á protestar de su inocencia en algún delito, particularmente en el derramamiento de sangre ó muerte de algún hombre (Dout., XXI, 6), según que estaba escrito en su ley. Y para declararse más, y que no pudiesen ignorar lo que pretendía con aquella ceremonia, les dijo (Matth., XXVII, 24): Yo no tengo culpa ni quie-

ro tomar sobre mi conciencia la muerte de ese hombre justo; vosotros mirad bien lo que os conviene, porque sobre vosotros irá y á vuestro cargo será lo que se hiciere; este fué el postrer testimonio que dió Pilatos en la causa del Salvador, por el cual con pública y solemne ceremonia le absuelve y da por justo antes que le condene, y estando para condenarle declara su justicia é inocencia. ¡Nueva manera y nunca oída de dar sentencia! Porque los demás jueces dicen que por los méritos del proceso fallan que deben condenar y condenan. Pilatos, estando *pro tribunati*, se lava las manos y dice que halla que debe absolver y que no debe condenar, y con todo eso condena. Luego miente cuando dice que está inocente y sin culpa en la muerte de este justo. Porque no es posible que esté sin culpa el juez que da sentencia contra quien sabe y consta del proceso que no la tiene.

¡Oh injusto é inicuo juez, que juzgó contra su juicio y sentenció contra su voluntad, y se determinó en lo que no juzgaba y mandó ejecutar lo que no quería! ¡Hombre fingido y doblado, que quiso cumplir con Dios y con el mundo, y disimular la ambición y temor humano que tenía dentro con lavarse los manos por de fuera! ¡Oh Pilatos, pluguiera á Dios que tú sólo fueras el juez que temiese más al César que á Dios! ¡Y que tú sólo fueras el que mirase á las voces y rumor del pueblo, que á la justicia y á la verdad! ¡Y que fueras tú sólo también el que quisiese cubrir la mala vida y las malas obras con buenas apariencias! Pero poco sirve lavar las manos por defuera, y glosar las malas obras con buenas palabras, habiendo de ser juzgados de aquel Señor que hace tan poco caso de palabras, y dice que ha de juzgar según las obras.

Mas, al fin, Pilatos quiso lavar sus manos de esta sangre del Redentor, y los judíos, como bestias sangrientas, pedían que les cayese toda sobre sus cabezas. Así, cuando

lavándose las manos dijo (Marc., 25): Yo estoy inocente y me salgo afuera de la sangre de este justo; respondió todo el pueblo diciendo: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos y descendientes. Lo cual fué tanto como decir, que en aquella muerte no tenía culpa ninguna, y que si alguna había, ellos la tomaban sobre sí, y se obligaban por sí, y en nombre de sus hijos, á pagar la pena de ella. Habiendo, pues, consentido con tanta publicidad y solemnidad, y después de tantos requerimientos, el pueblo de los judíos en la pena que merecía la muerte tan injusta del Salvador, y habiendo señalado por su boca el juez que la había de ejecutar, conviene á saber: el emperador romano (pues no quisieron otro rey sino á él), entonces se concluyó el proceso, no menos contra ellos que contra el Salvador. Porque ellos quedaron sujetos á la pena que merecían, y así la pagaron después, siendo destruído su templo y su república por los emperadores romanos; y los que habían sido hasta entonces árboles plantados en la heredad del Señor, escogieron por su rey á un espino ó cambronera, cual era el emperador gentil, y salió fuego de él (como estaba escrito, (Jud., IX, 15), que los abrasó á todos. Y por cuanto desecharon (como dice Isaías, VIII, 6), las aguas de Siloé, que van con silencio; esto es, el imperio de Cristo, humilde y quieto, y escogieron al emperador romano como á río grande y caudaloso, trajo Dios sobre ellos muchas avenidas y poderosas (que fué el ejército de los romanos) que los destruyesen y anegasen, y ellos quedasen derramados, abyectos é infames, y sujetos á los extraños, sin tener en todo el mundo un palmo de jurisdicción, pues en la causa del Salvador usaron tan mal de ella.

Pilatos, no quedándole ya otra ceremonia ni solemnidad que hacer, dió la causa por conclusa. Y queriendo satisfacer al pueblo (Marc., XV, 15) más que á la verdad y á su propia conciencia, juzgó que se debía ejecutar lo que

pedían, aunque no lo probaban ni daban razón de ello, y pronunció por sentencia: Que debía condenar y condenaba á Jesús Nazareno á que fuese llevado por las calles públicas, con voz de pregonero que declarase su delito, al lugar donde los malhechores y delincuentes suelen ser ajusticiados; y allí, desnudo de todas sus vestiduras, fuese enclavado en una cruz con clavos en los pies y en las manos, y así enclavado estuviese penando hasta que naturalmente muriese; esto, atento á que había sido acusado de blasfemo y sedicioso, y que alborotaba al pueblo nombrándose rey de los judíos.

Corrió luego la voz por toda la ciudad de la resolución que había tomado el presidente y la sentencia que había pronunciado, y cómo sacaban á crucificar á Jesús Nazareno: aquel que había estado en opinión de gran santo, de gran predicador y de gran profeta; aquel que había sanado los enfermos, curado los endemoniados y resucitado los muertos. La confusión y alboroto de la ciudad, ¿quién la podrá declarar, y los varios pareceres que sobre este negocio se platicaban? ¿La tristeza y desmayo en los corazones de los discípulos y aficionados del Salvador? ¿Y por el contrario, la alegría de los enemigos y acusadores, como quien había salido con su intento y alcanzado una grande victoria? Lo cual fué tanto para afligir el corazón del Señor, cuanto lo suele ser verse uno vencido de sus enemigos contra razón y justicia. Fué tan grande este dolor, que no quiso callarlo el Espíritu Santo por los Profetas; y así dijo uno de ellos (Ps. XXXIV, 15): «Mis enemigos se hicieron á una contra Mí, y se alegraron con mis calamidades y trabajos; sobre Mí llovieron azotes, sin saber yo ni entender la causa.»

Y en otra parte parece que por sola esta causa pide al Eterno Padre la resurrección de su cuerpo: Alumbra (Salmo XII, 5), dice, mis ojos, destierra con tu resplandor mis

males, porque no me quede dormido en la muerte; porque no pueda mi enemigo decir en ningún tiempo: He prevalecido contra él. Los que me afligen se regocijarán si me vieren ya para caer, pero yo espero siempre en tu misericordia. Por ser ocasión ésta de mucha turbación para el corazón humano, les previno el Salvador especialmente de ella la noche antes á sus Apóstoles, animándolos con la esperanza de su resurrección, cuando les dijo (Joann., XVI, 20): «Dígoos de verdad, que vosotros lloraréis, y el mundo se regocijará: y vosotros estaréis tristes y afligidos; pero vuestra tristeza se volverá en gozo, porque yo os volveré á ver otra vez, y se alegrará y regocijará vuestro corazón, y vuestro gozo ninguno le podrá quitar de vosotros.»

CAPÍTULO XXVI

Sacan á crucificar al Salvador con la cruz á cuestas.

Dada por el presidente la sentencia contra el Salvador, se la notificaría alguno de aquellos ministros, y El la aceptaría por la obediencia de su Padre, con aquella humildad y caridad con que la aceptó en el primer instante en que fué concebido, diciendo lo que en su nombre estaba escrito en el salmo (XXXIX, 9): *Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei.*

En este salmo (39), en persona del Salvador se dice así: *Sacrificium et oblationem noluisti, aures autem perfecisti mihi*; ó como dijo San Pablo (Hebr., x, 5): *Corpus autem aptasti mihi: Holocaustum, et pro peccato non postulasti, tunc dixi: Ecce venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam: Deus meus, volui, et legem tuam in medio cordis mei.* Esto es: «Ofrendas y sacrificios no los quisiste, y por eso me diste á mí este cuerpo, conviene á saber: para ofrecerte en él agradable sacrificio. Holocaustos y sacrificios de los que se sue-

len ofrecer por algún pecado, no los deseaste ni pediste; entonces dije: Ahora vengo yo á muy buen tiempo. En el principio del libro está escrito que yo había de ser muy gran cumplidor de tu voluntad: así lo quiero yo, Dios mío, y tu mandamiento (aunque sea de morir) le tengo yo en mi corazón.» Esto está escrito en aquel salmo, y no se puede dudar, sino que en esta hora estuvo lleno el corazón del Señor de muy fervorosos afectos de profundísima obediencia y ardentísima caridad de Dios y de los hombres, y se puede considerar que diría: Para esto, Padre mío, nací, y para esto vine al mundo, no á buscar mi descanso ni mi gloria, sino la tuya, y la salud de las almas que Tú me encomendaste. Los hombres eran los reos, los acusados y los que habían de ser condenados en tu justísimo tribunal; y por librarlos Yo de la justa y rigorosa sentencia que en él había de oir, me he presentado como reo, y culpado en el suyo, que es injusto, para ser condenado en él, como lo soy. Recibid, Padre Eterno, esta sentencia en cuenta de la que Vos habíais de dar contra ellos; y pues Yo soy condenado por ellos, siendo inocente y justo, sean ellos libres y absueltos por Mí, aunque sean culpados y pecadores.

Habiendo, pues, concluído Pilatos con lo que era de su oficio, se retiró á su casa, dando lugar á la ejecución de los ministros. Los sacerdotes daban orden para que se publicase por toda la ciudad, y se diese aviso á los vecinos y á los forasteros que habían venido á celebrar la Pascua, cómo el presidente, convencido después de mucha información de los embustes y delitos de aquel hombre, le mandaba crucificar con otros dos ladrones: con esto el concurso de la gente á las casas del presidente, sería extraordinario, deseando todos ser testigos de suceso tan notable. Y como ya estaba ausente el juez, los ministros se entregaron del reo sentenciado. Esto significó el Evangelio cuando dijo

(Joann., XIX, 16): *Susceperunt autem Jesum;* recibieron á Jesús; esto es, los que habían de ejecutar la sentencia se apoderaron de él, y recibiéronle, como estaba escrito en el salmo (XVI, 12): *Susceperunt me, sicut leo paratus ad praedam.*

Lo primero que hicieron (Matth., XXVII, 31), fué desnudarle la clámide ó púrpura que le habían puesto por escarnio, renovando las injurias y descortesías, y descubriendo otra vez aquel cuerpo virginal, todo sangriento y señalado con tantos cardenales. Esta púrpura con que el Señor fué escarnecido, rubricada con su sangre, nos la dejó el Señor por una rica herencia: por eso quiso que se la quitasen á él, para que nosotros nos quedásemos con ella, y nos honrásemos y preciásemos de ella (S. P. Ignat. Exam., capitulo IV, § 44), deseando pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, por parecernos é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo. Porque esto es vestirse de su vestidura y su gala, de la cual se vistió El por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos ejemplo para que en todas las cosas á nosotros posibles, mediante su divina gracia, le queramos imitar y seguir, comoquiera que El sea el camino que lleva los hombres á la vida.

La corona no dice el Evangelio que se la quitasen, y así parece que se quedó con ella, para ir coronado como víctima agradable al ara de la cruz. No era razón que le quitasen la corona al que era Rey eterno y de todos los siglos. Y si la púrpura se la quitaron para vestir y honrar su cuerpo místico, la corona se había de quedar fija en él, como en quien era la cabeza de este cuerpo.

Después de haberle quitado la púrpura, le volvieron (Marc., XV, 20) á cubrir con sus vestidos, buscando en esto su mayor deshonra, y que fuese más conocido por ellos cuando le llevasen al suplicio. La púrpura se la pudieron

quitar fácilmente, porque, como dijimos, era una vestidura como capa abierta por delante; pero la túnica inconsútil, que era toda cerrada y se había de vestir por la cabeza, ¿quién dirá la poca piedad y mucha crueldad con que aquellos verdugos se la vistieron? Pues la vestidura se asiría de las espinas, y ellos con estirones la procurarían poner en su lugar, renovando agudísimos dolores, porque se meneaban las espinas que estaban hincadas, y se hincaban otras de nuevo en la cabeza. Todo esto se debió de hacer en el patio del pretorio, donde los soldados habían escarnecido al Señor; y á la puerta de él estaba preparada la cruz, tan grande y tan alta, que al que era de tan grande estatura le habían de poner en ella, como él mismo dijo (Joann., XII, 32), levantado en lo alto de la tierra.

Y aunqne es verdad que habían dado libertad á Barrabás (Luc., XXIII, 25), que era ladrón, homicida y sedicioso, quedábanles en la carcel otros dos ladrones merecedores de muerte, los cuales determinaron crucificar en compañía del Salvador. Debieron de solicitar aquesto los judíos, y vendría de buena gana en ello el presidente: lo primero, por hacer más solemne este acto de justicia, y dar al pueblo que había concurrido un espectáculo tan notable; y lo segundo, para mayor infamia y deshonra del Salvador, y para disimular y encubrir mejor la malicia y pasión con que se había procedido en su causa, haciéndola una misma con la de los ladrones, y pretendiendo que pensasen y se persuadiesen todos, que con la justicia que eran condenados ellos, era también condenado El. Mas sirvióse Dios de sus dañanas intenciones para hacer más ilustre el ejemplo de humildad de su Hijo, y como lo notó San Marcos, (XV, 28), para cumplimiento de la profecía de Isaías, que dice: *Et cum sceleratis reputatus est.* Estaría por ventura la cárcel pública junto á las casas del presidente; y trajeron estos ladrones del lugar donde estaban presos al patio del

pretorio, donde los aguardaba el Salvador, el cual los miró y recibió con la benignidad y agrado que siempre recibía á los pecadores, á aquellos principalmente que habían de ser compañeros de su deshonra y tormento. Ellos empezarían por ventura á blasfemarle desde luego con impaciencia de su pena, y con desdén y desprecio del Señor, viendo que solamente por calificar su deshonra se les anticipaba á ellos su castigo, y los sacaban en aquel día tan solemne en su compañía.

Todas estas prevenciones se hacían á los ojos de la Virgen; la cual sabía muy por menudo las cosas que pasaban, y oía el ruido y voces de la gente que concurría; y veía lo que desde lugar decente y algo apartado se podía ver. Las santas mujeres que estaban en su compañía, viendo la buena voluntad que Pilatos había mostrado, la resistencia que hacía á los pontífices y al pueblo, y los medios que ponía para librar al Señor, habían concebido esperanza de mejor suceso. Mas cuando vieron rendido al juez, y la sentencia dada y publicada, y que se iba de hecho ejecutando, ¿quién dirá el dolor de su corazón, y las lágrimas que se renovaron en sus ojos? Pero la Virgen Santísima, que sabía mejor que ellas todo lo que había de suceder, y estaba apercibida para este trance tan acerbo y riguroso, no hizo ni dijo cosa que no fuese de suma magnanimidad y modestia, esforzándola el Espíritu Divino, y acrecentándola las fuerzas como lo pedían las ocasiones. Y aunque atravesada de agudísimo dolor, pero prevenida de la divina gracia y enseñada de Dios, que la guiaba al santo monte, á ser participante más de cerca de las afrentas y tormentos de su Hijo, determinó ponerse en parte donde pudiese verle, y ser vista de El cuando pasase; y así con maravillosa constancia y valor se adelantó con su santa compañía, y se puso en el lugar que deseaba.

Habia fuera de la ciudad un collado pequeño, que cae

entre la parte septentrional y occidental del Monte Sión, sobre la mano izquierda, como se sale por la puerta que llamaban Judiciaria, que estaba hacia la misma parte occidental de la ciudad. Este lugar estaba deputado para hacer justicia de los malhechores, y por eso estaba fuera de la ciudad, por quitar á los moradores el horror de los cuerpos muertos de los sentenciados; mas no estaba muy lejos de ella (Joann., XIX, 20), porque pudiesen sin mucho cansancio hallarse presentes al castigo de los malhechores, que es cosa que para el ejemplo y escarmiento común se sue- e procurar en las ciudades. Los que han medido esta Tierra Santa y nos han dado relación de ella, dicen (*Adricom., Theatr. Terr. Stae. Descript.*, Jer., 118) que dista este monte de la ciudad quinientos pasos, y de las casas de Pilatos mil trescientos veintiuno. Este lugar, en la lengua hebrea vulgar se llama Gólgota, que es lo mismo en latín que decir *locus Calvariae*, y en romance el lugar de las Calaveras, que por abreviar llamamos comunmente Calvario. Llamábase así, ó porque allí se degollaban los malhechores, y las cabezas de ordinario no se enterraban; ó porque allí se quedaban los cuerpos de los ajusticiados, hasta que, consumidos del tiempo, no quedaban más que los huesos; y por una causa ó por otra, aquel lugar estaba lleno de calaveras.

No es bien pasar en silencio (1) que fué tradición de los hebreos, y opinión recibida de graves autores y doctores santos, que en aquel lugar estaba enterrado el cuerpo del primer hombre y padre de todos, Adán, y que allí estaba su cabeza, de la cual (por ser tan insigne) tomó nom-

(1). Orig., Tract. 33 in Matth.; Cyprian., Serm. de Resur.; Athan, Serm. de Pas et Cruc; Ambros, lib. X in Luc.; Bas., in, c. V; Isai.; Epiphan, Haer. 46; Chrys., Homil. 84 in Joann.; August. Serm. 71 de Temp et lib. XVI de Civ, c. 31.

bre todo el collado, llamándose *Gólgota* ó *Calvariae locus*. Si esto fué así (que no todos lo admiten), no sin misterio y particular providencia de Dios vino á morir el segundo Adán donde estaba enterrado el primero, y se dió principio á la vida donde estaba el cuerpo del que fué origen de nuestra muerte, y cayó la sangre del Hijo de Dios sobre la cabeza de aquel que, por serlo del género humano, comunicó á todos sus hijos la culpa que había de ser elevada con esta sangre. De cualquier manera que esto sea, el lugar era infame, tenido por inmundo entre los judíos y por abominable para todos; y en éste determinaron de crucificar al Salvador, castigándole como á malhechor en compañía de otros, igualándole en todas las cosas con ellos, para que fuese mayor su deshonra, llevándole por las calles públicas y acostumbradas al mismo lugar donde ajusticiaban los otros malhechores. De esta suerte se cumplió, como notó San Pablo (Hebr., XIII, 11), lo que en figura se mandaba en el Levítico, que del becerro que se sacrificaba por algún pecado, la sangre se llevase al tabernáculo y santuario, y el cuerpo para ser quemado fuera de los reales. Por lo cual Jesús, Salvador nuestro, para santificar con su sangre al pueblo, padeció también fuera de la puerta de la ciudad.

Et eduxerunt eum (Joann., XIX, 16). Apercibidas todas estas cosas, le sacaron á crucificar, y sacáronle con toda la solemnidad que á otros condenados, y mayor por las circunstancias particulares que concurrían en Él. El concurso de la gente por las calles era extraordinario, porque el Señor era muy conocido por toda la tierra, y por causa de la Pascua estaba llena de forasteros la ciudad de Jerusalén. Todos hablarían del caso, por haberse procedido en él con tanta violencia y publicidad, y darían varios pareceres, unos excusando y otros condenando la persona del Salvador, arrimándose al de sus letrados y sacerdotes.

Las olas de la gente serían grandes, de los que iban y venían á casa del presidente, y traían la voz de que ya le sacaban, deseando todos ser los primeros que le viesen salir en hábito (á su parecer) tan miserable.

Salió, pues, el Señor de las casas del presidente, y gran tropel de gente con Él. Iba en poder de los verdugos y ministros, que le tiraban por la soga que llevaba á la garganta, y debióle de recibir la gente que estaba á la puerta y en la plaza con el ruido y murmullo que en semejantes ocasiones suele haber, mirándole todos curiosamente al rostro, y notando por menor el aspecto y semblante que traía; el cual era tal de la sangre y de los golpes y salivas, que había mucho que notar en él; y estaría tan demudado que apenas le conocerían los que hubiesen tratado y conversado con Él.

La cruz en que le habían de poner, se la tenían preparada fuera de la puerta de las casas de Pilatos, á distancia de veintiséis pasos, que sería el espacio conveniente para ponerse en orden aquella procesión. La cruz dicen que tenía quince pies de altura, y el madero que atravesaba ocho; y el grueso de ella sería tanto, cuanto en buena proporción pedía su tamaño, y cuanto era menester para sustentar un cuerpo de tan buena estatura. Esta cruz tan grande y tan alta sería lo primero que vió el Salvador luego que salió de la puerta, y en ella reconoció las armas de su victoria, el cetro de su reino, el tribunal de su clemencia y la llave con que había de abrir las puertas del cielo.

Luego que llegó á ella, aquellos ministros bárbaros, en quienes no parece que había quedado rastro de humanidad, se la mandaron tomar sobre sus hombros, y que por sí mismo la llevase hasta el lugar donde había de ser enclavado en ella. ¡Oh nueva manera de ejecución de sentencia, que el condenado lleve á cuestas su cruz, y el que

ha de morir lleve el instrumento de su muerte! A los hombres perversos y facinerosos, cuando los llevan al suplicio, se les oculta el cuchillo ó instrumento que les ha de quitar la vida, por no lastimarlos con la vista de él, y al que á todos nos da la vida, le hacen ver, abrazar y llevar sobre sus hombros el madero de su muerte en que le han de clavar; mayormente, siendo tan grande y tan pesado, que apenas un hombre sano y robusto lo pudiera bien sufrir. ¿Cuánto menos podría el que siendo por su complexión tan delicado, estaba tan gastado y consumido?

Bien pudo ser (como algunos dicen) que fuese costumbre y estilo ordinario llevar los condenados las cruces en que habían de ser crucificados; y á esto parece que alude la sentencia del Salvador: «El que quisiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame.» Porque ¿para qué les había de mandar tomar sus cruces, sino por ser costumbre llevarlas los que habían de ser crucificados en ellas? Y si esto es así, no sólo fué gran crueldad hacérsela llevar al Salvador y sustentar aquel peso el que apenas podía sustentarse á sí, sino también fué sumo desprecio. Porque siendo la cruz cosa tan infame y abatida, y que no la llevaban sino los que habían de ser puestos en ella, no les pareció que había otro tan vil y despreciado como El, ni que pudiese ó quisiese cargarse con ella, sino solo El. No reparaban en su flaqueza, ni en su cansancio y fatiga, porque no hacían caso de El: solamente pretendían llevarle por las calles públicas á vista de todo el pueblo, humillado y afrentado con carga tan infame, y que por esta señal de llevar la cruz fuese conocido de todos que El era el que había de ser crucificado en ella. Abrazóla el Señor de buena gana, viendo y considerando las maravillas que había de obrar por medio de ella, y tomó en ella sobre sus hombros la carga de nuestros pecados, que solo El la pudiera llevar; y levantó en alto el cetro de su imperio, como dijo

Isaías, (IX, 6): *Factus est principatus super humerum ejus;* su reino y su imperio se cargó sobre sus hombros. *Et bajulans sibi crucem exivit in eum, qui dicitur Calvariae locum*, etc. (Joann., XIX, 17).

De esta manera empezó á caminar por las calles públicas de Jerusalén. Delante iba muchedumbre de pueblo; después los sacerdotes, los ancianos y letrados, los escribas y fariseos, muy alegres de la victoria que habían alcanzado. Seguiríanle los soldados y gente de guerra con sus armas; que si los llevaron para prenderle, mucho mejor los llevarían para crucificarle, temiendo siempre que sus discípulos no moviesen algún alboroto en el pueblo, para lo cual era bien estar apercibidos, y para cualquiera otra cosa que se ofreciese. Después de éstos iban los verdugos y ministros ejecutores de los gentiles, con los clavos, barrenas, sogas, martillos y los demás instrumentos necesarios. A lo último iban los sentenciados, que eran tres, dos ladrones, y después de ellos, como más insigne, el Salvador con su cruz sobre los hombros, al cual seguía (Lucas, XXIII, 27) mucha turba del pueblo y de mujeres que le iban llorando y lamentando; porque eran muchos los que le querían bien, y le tenían obligación por los beneficios que de El habían recibido. No faltaría en este acto tan solemne la voz del pregonero, que fuese publicando cómo aquella justicia la mandaba hacer Poncio Pilatos en aquel hombre, porque era blasfemo contra Dios y traidor contra el César, y tenía alborotado al pueblo con sus embustes y mentiras. Finalmente, se pregonarían del Señor tales delitos, que viniesen bien con la sentencia tan rigurosa que en El se ejecutaba. El ruido de las armas y las voces de los ministros serían muchas, para hacer lugar y romper entre la gente, la cual se llegaría á porfía por ver de cerca el rostro al Salvador, corriendo por unas calles y por otras, y atajando los caminos para mirar otra vez al que habían

conocido en estado tan diferente. De esta manera Caín, el hermano mayor, sacaba al campo á Abel para quitarle la vida.

CAPÍTULO XXVII

Encuéntrase el Salvador con su Santísima Madre y llega al Calvario.

No fué menor trabajo de este camino las injurias y baldones que decían los que estaban mirando por las calles y por las ventanas; pues aunque los sagrados Evangelistas no hablan de esto, el mismo hecho da á entender lo que sucedería en tanta muchedumbre de vulgo. Porque como oían pregonar tales cosas del Salvador, y se persuadían que estaban bien probadas; los que no habían creído en El se alegraban de ver declarada la verdad, y los que habían creído se corrían de haber creído la mentira; y los unos y los otros se vengaban en lenguas, multiplicando injurias y oprobios, y echando maldiciones á quien (á su parecer) tan bien las merecía. Así se cumplió lo que tantos años antes había dicho el Profeta: *Adversum me loquebantur* (Ps. LXVIII, 13) *qui sedebant in porta, et in me psallebant qui bibebant vinum:* Contra mí (dice) hablaban los que estaban sentados en la plaza ó en la puerta de la ciudad, y sobre mí hacían coplas y decían donaires los que bebían vino; y otras muchas cosas que en aquel Salmo dice á este propósito el Profeta.

El peso de la cruz era muy grande, y las espaldas sobre que cargaba estaban abiertas y desangradas con los azotes; y por ser tan larga, era tan forzoso ir arrastrando con ella por las calles, y dando golpes en la desigualdad de las piedras. Con estos golpes y con los vaivenes que daría á un lado y á otro, era forzoso lastimarse más el cuerpo, é hincarse más las espinas de la corona en la cabeza. Todo esto, y la prisa y crueldad de los verdugos, fué

causa de que á pocos pasos cayese el Salvador con la cruz, debajo de ella.

Habíase puesto la Santísima Virgen en lugar acomodado para ver á su Hijo y recibir este encuentro que tanto dolor la había de costar, muy cierta de la divina gracia con que había de ser tan ayudada en esta ocasión, de suerte que no hiciese ni dijese cosa indigna de su persona, y de la conformidad con que estaba sujeta á la voluntad de Dios. Pero, ¿quién podía estorbar el sentimiento y el dolor? Y cuando de lejos vió las armas y oyó las voces de los que hacían levantar al que había caído, y entendió los delitos que se pregonaban de su Hijo, ¿cómo pudo ser que no atravesase un cuchillo de agudo dolor las entrañas de la Madre, y que no saliesen copiosas avenidas de lágrimas por sus ojos? ¡Oh Virgen bendita entre todas las mujeres y afligida sobre todas! ¿Por qué habéis dejado, Señora, vuestro amado recogimiento, y os habéis expuesto al tropel de gente tan descortés y profana? Y si os trae el amor de vuestro Hijo, ¿por qué queréis dar y recibir aquese golpe, añadiéndole dolor con vuestra vista, y recibiéndole gravísimo por verle á El?

No tuvo la Virgen por contrario á su recogimiento hallarse presente á aquel espectáculo, que era origen de toda santidad, ni la sufrió el corazón dejar de ver aquella obra de Dios, que había de ser toda la vida materia de su contemplación, é incentivo de su amor y caridad. Pues haciendo Dios una obra como esta sobre la tierra, en la cual, más que en otra ninguna, descubría la grandeza de sabiduría, de su poder y bondad, y la grandeza de su justicia y misericordia, y de su inmensa caridad; y habiendo allí tantos jueces ciegos y apasionados que no la entendían ni estimaban, si sentían de ella como era razón, no quiso la Divina Majestad que faltase aquella Virgen y Madre suya, que solo Ella la entendía y penetraba y sabía estimar,

y ninguna otra criatura como Ella. Porque cada uno quiere que sus obras, si son de mucho primor, salgan á la luz delante de quien las estima y entiende.

Pues estando esta Señora en tal lugar y á vista de tal espectáculo, ¿qué olas y avenidas pasarían por su pecho virginal? ¿Qué lágrimas correrían por sus sagrados ojos? Porque si ahora nos da saltos el corazón y se nos erizan los cabellos de ver que llevan á morir por justicia á un hombre extraño que nunca conocimos, y nos falta el ánimo muchas veces para mirarle al rostro, ¿con qué esfuerzo dado del cielo miró la Virgen á su Hijo, que iba tan desfigurado y atormentado á morir afrentosamente en la cruz? Pero al fin le miró, y le miró de cerca, y el Hijo la miró á Ella, que era su Madre; y los ojos de los dos se encontraron, y quedaron atravesados los corazones de cada uno con el dolor y sentimiento del otro, y no menos regalados con la vista, y con la fidelidad y amor que reconoció cada uno en el otro. No se hablaron palabra, porque la prisa no daba lugar; y aunque estuviera muy despacio, el dolor era tan crecido que había anudado sus gargantas, de manera que no daba lugar á poder formar la voz. Pero los que se quieren bien con los ojos se hablan, y se dan á entender los corazones, principalmente siendo los ojos tan vivos y penetrantes como eran aquí los del Hijo y los de la Madre.

Porque entonces el Hijo vió aquella suspensión y admiración del alma de su sagrada Madre, causada de ver la alteza de la majestad de Dios, que con tanta luz conocía, y con tan viva fe creía en la persona de Cristo, tratada indignamente. Vió el agudísimo dolor de aquel corazón virginal que tenía delante de sus ojos á su Hijo, merecedor de toda honra y regalo, puesto en suma deshonra y tormento. Vió aquel agradecimiento tan humilde y verdadero con que la Madre agradecía al Hijo aquella Reden-

ción tan copiosa y tan costosa que hacía del género humano. Vió aquel reconocimiento tan leal de la parte tan rica y aventajada que á Ella la cabía de esta Redención. Vió aquella voluntad tan resignada, tan sujeta y tan conforme con la del Eterno Padre en caso tan dificultoso y tan repugnante á la naturaleza. Vió, finalmente, el Hijo amantísimo aquellas lágrimas, aquel dolor y quebrantamiento de corazón de su Madre, nacido de amor y compasión de sus males. Pues yendo el Señor rodeado de tan crueles enemigos, que como estaba escrito (Ps. XXI, 13), le cercaron como toros grandes é hicieron salto en él como león que brama y hace presa, y que mirando á una mano y á otra (CXLI, 5) no halló quién le conociese ni quisiese volver por El, ni salir á su defensa, no pudo dejar de consolarse viendo tan cerca de sí á la que le conocía mejor que otra ninguna criatura, y sabía estimar la obra que hacía, y agradecer el amor que le traía en aquellos pasos, y le había puesto peleando con sus enemigos en aquella estrechura.

La Madre, por otra parte, que vió á su Hijo en tan grande afrenta y dolor, reconoció en El el amor tan encendido que ardía en su pecho para con Dios y para con los hombres, la voluntad tan conforme y sujeta al mandamiento de su Eterno Padre, el esfuerzo y alegría de su corazón con que iba á padecer por los hombres, la redención del género humano, la renovación del mundo, la abundancia de la gracia, y los inestimables premios de gloria y vida eterna que habían de resultar de aquella muerte temporal de su Hijo. Con esta vista debió de crecer tanto en el conocimiento de aquella obra que hacía, y de aquella empresa que llevaba, que no se pudo contener, que no fuese tras El al monte santo á hallarse presente á aquel sacrificio, que el Sumo Sacerdote había de ofrecer para aplacar la ira de Dios y reconciliar con El á todos los

hombres. De esta suerte caminaba el Salvador, el cuerpo inclinado con el peso de la cruz, los ojos hinchados y como ciegos de las lágrimas y de la sangre, el paso lento por la flaqueza, las rodillas temblando, siguiendo á sus dos compañeros en la pena, aunque muy desemejantes en causa, con mofa y escarnio de los judíos, con empellones y maltratamiento de los verdugos, y con lágrimas y lamentaciones de las devotas y piadosas mujeres. Habiendo llevado su cruz para mayor afrenta por todas las calles públicas de la ciudad, al salir de ella, en la puerta que llamaban Judiciaria, se dice que cayó otra vez el Señor, faltándole ya la fuerza para poder pasar adelante con tanta carga. Por tanto, en aquella salida (Matth., xxvii, 32) trataron de darle algún alivio, buscando quien llevase la cruz hasta ponerla en su lugar. Esto, no por compasión (que en ninguna cosa la tenían), sino por ver que el Salvador no podía y caminaba muy despacio, cayendo á menudo con la carga, y no sosegaban hasta ver ejecutada la sentencia, temiendo siempre alguna novedad ó estorbo, ó de parte del juez ó de la turba; ó por ir el Señor tan gastado y consumido, que pudieron temer no se acabase antes de ponerle (como querían) en la cruz. Por esta causa, pues, buscaron quien se la llevase; y como la carga era tan infame, y el llevarla era señal de haber de ser crucificado en ella, no se hallaba nadie que quisiese ayudar en esto al Salvador.

En esta sazón hallaron allí á las manos un hombre que se llamaba Simón (Matth., xxvii, 32), natural de Cirene, ciudad en Africa nombrada y principal, padre que era de Alejandro (Marc., xv, 21) y Rufo, los cuales debían de ser cuando esto se escribió buenos cristianos y conocidos, y como tales los nombra el Evangelista para dar á conocer por ellos á su padre. Venía Simón (Luc., xxiii, 26) de su labranza, ó de su granja ó aldea, cuando le encontraron. Allí le asieron y alquilaron, y pagándole su trabajo, le hi-

cieron llevar la cruz, muy cerca (Luc., XXIII. 26) y detrás del Salvador. De esta manera, aliviándole en algo del trabajo, se quedaba en su punto la deshonra, llevándole la cruz tan cerca que todos entendiesen que era para El. ¡Hombre por cierto muy dichoso, que fué alquilado para carga tan gloriosa, cuya paga no pudo dejar de ser muy grande, pues abrazado con la cruz conoció la virtud y excelencia de ella, y del Señor que había de morir en ella, y alcanzó la salud y vida eterna por medio de ella!

Entre tanto que se concertaban estas cosas y cargaban con la cruz al Cireneo, se detuvo un rato el Salvador, y dicen que se sentó sobre una piedra que muestran á los peregrinos hasta el día de hoy. Esta fué buena ocasión para que una piadosa mujer, llamada Verónica, que algunos piensan ser aquella misma (Matth., IX, 20) que había curado el Salvador del flujo de sangre, viéndole el rostro tan obscurecido con la sangre mezclada con el sudor, se llegó sin que nadie se lo estorbase con toda reverencia y compasión á limpiársele con un lienzo blanco de tres dobleces que traía; y en todos tres, con particular milagro, quedó impreso y señalado el rostro divino del Salvador, dejándola el Señor este regalo en pago del que de ella recibía, y dándonos á todos prendas de que imprimirá su faz y su presencia en nuestras almas si meditamos en su Cruz, y con amor y devoción le hacemos compañía en sus dolores. Esta historia de la mujer Verónica se tiene por tradición digna de fe; y una de estas figuras se guarda y muestra en Roma con gran veneración, otra en España en la ciudad de Jaén, y otra dicen que está en Jerusalén.

Algunos piensan que esta devota mujer llegó á limpiar el rostro al Salvador antes que saliese de la ciudad, y que se muestra hoy el lugar donde esto sucedió; pero en esto va poco y no hay cosa que sea cierta. Lo que el santo Evangelio dice es, que en este camino (Matth., IX, 20) del

Calvario, no dejó el Señor de enseñar, consolar, exhortar y hacer en todo los oficios de quien era. Porque algunas buenas mujeres, que no eran de las que habían seguido al Señor desde Galilea (Matth., XXVII, 55) y andaban en compañía de la Santísima Virgen, sino otras buenas mujeres, vecinas de Jerusalén, movidas de la piedad natural con que se suelen enternecer las mujeres de cualquier calamidad ajena, lloraban amargamente de ver á Cristo nuestro Señor, á quien habían visto predicar, hacer tantos milagros y ser tenido en tan gran reputación, que hubiese venido á tan baja y miserable fortuna, que le llevasen públicamente á crucificar. Viéndolas, pues, el Señor derramar estas lágrimas, les fué á la mano, no consintiendo que llorasen por Él las que tenían tanto que llorar por sí. Pues aunque llorar la muerte del Señor es cosa santa y piadosa cuando nace de amor y compasión, y principalmente si lloramos también nuestras culpas, que fueron causa de ella, sin embargo, como el Señor vió que aquellas buenas mujeres le lloraban como á desdichado y miserable, que sin poderse defender era llevado á la cruz con violencia, y que estaban tan ignorantes de las calamidades que habían de venir sobre ellas, las advirtió de esto segundo, y desengañó de lo primero, diciendo: Hijas de Jerusalén (que así llaman á las naturales y vecinas de aquella ciudad), no lloréis por Mí, como por hombre desdichado y que padece por sus delitos y contra su voluntad, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos. A causa de que esto que pensáis de Mí, que soy miserable y desdichado por morir á manos de mis enemigos, ha de venir por vosotras y por ellos. Pues si Yo muero, es por mi voluntad y sin culpa, por la obediencia de mi Padre y bien universal de todo el mundo, y para resucitar muy brevemente, y ser ensalzado con gloria y nombre sobre toda gloria y nombre. Mas sobre vosotras vendrán muy presto días de tanto trabajo y apre-

tura, que se tengan por dichosas las que no parieron ni tuvieron hijos, por no verlos padecer ante sus ojos en aquella calamidad que ha de alcanzar á todos. La cual será tan grande, que tengan los hombres por mejor el morir que verse en ella; y como quien desea la muerte y no la halla, darán voces á los montes que vengan á caer sobre ellos, y á los collados que los sepulten vivos, y siquiera con esta muerte miserable los libren de males tan horrendos.

Quia si in ligno viridi haec faciunt, in arido, quid fiet? Enséñales el Señor á sacar de su Pasión el temor de Dios y de su justicia, y compárase á sí mismo á un árbol verde y fructuoso, y á ellos á uno seco y dispuesto para el fuego, y háceles esta razón: Si á Mí, que soy inocente, no me ha perdonado la Divina Justicia, y por las culpas ajenas me manda padecer tan graves males, ¿cómo disimulará con vosotros tantas y tan graves culpas propias sin que queden rigurosamente castigadas? Si en el árbol verde se ha prendido el fuego de la ira divina, como veis, ¿de qué manera pensáis que prenderá en vosotros, que por vuestros pecados estáis tan dispuestos al castigo como está la leña seca para el fuego? De esta manera llegaron al monte que llamaban Gólgota, y nosotros llamamos Calvario, lugar en que padecían los malhechores, y en el cual, como dijo el Profeta (Ps. LXXIII, 12), *Rex noster Deus ante saecula operatus est salutem in medio terrae.*

CAPÍTULO XXVIII

Decláranse algunas dudas acerca de este camino del Calvario.

No será fuera de propósito, poner aquí á la letra lo que escribe acerca de este camino Adricomio, en el *Teatro de la Tierra Santa*, en la descripción de la ciudad de Jerusalén, cuyas palabras son estas:

«Desde el palacio de Pilatos hasta el lugar donde se fijó en una peña la cruz, hay mil trescientos veintiún pasos, y por otra cuenta, tres mil trescientos y tres pies. Empezando el Señor este camino desde el palacio de Pilatos, á veintiséis pasos, que hacen sesenta y cinco pies, llegó al lugar donde le fué puesta la cruz sobre los hombros. Desde allí, llevando su cruz á cuestas por ochenta pasos, esto es, por doscientos pies, llegó al lugar donde hay tradición que cayó la primera vez con la cruz. Luego desde allí, por sesenta pasos y tres pies, que hacen ciento cincuenta y tres pies, es el lugar donde la Bienaventurada Virgen, con el Apóstol San Juan, salió al encuentro á su Hijo. Y desde aquí á sesenta y un pasos y pie y medio, que son ciento y sesenta y nueve pies, llegó á cierto encuentro de tres calles, donde le hicieron á Simón Cireneo que llevase la cruz. Item, desde allí á ciento noventa y un pasos y medio pie, que son cuatrocientos setenta y ocho pies, vino al lugar donde la Verónica le salió al camino. Desde allí á la puerta de la ciudad que llaman Judiciaria, hay trescientos treinta y seis pasos y dos pies, que hacen ochocientos cuarenta y dos pies, donde cayó la segunda vez con la cruz. Desde allí se va poco á poco subiendo una cuesta pedregosa hacia el Septentrión, y andando por ella trescientos cuarenta y ocho pasos y dos pies, que son ochocientos sesenta y dos pies, se llega al lugar donde habló el Señor á las mujeres que le lloraban. Continuando desde allí su camino por ciento sesenta y un pasos y pie y medio, que son cuatrocientos cuatro pies, se llega á la falda del Calvario, donde el Señor cayó la postrera vez. De allí á diez y ocho pasos, ó cuarenta y cinco pies, está el lugar donde los verdugos le desnudaron, y le dieron á beber el vino confeccionado con mirra y con hiel. De allí á otros doce pasos, ó treinta pies, está el lugar donde fué clavado en la cruz. Y, finalmente, de allí á otros catorce

pasos, ó treinta y cinco pies, se llega al lugar donde fué levantada y fijada la cruz.» Todo esto es del sobredicho autor; en lo cual se ve la piedad conque se ha andado este camino, pues tan por menudo se da cuenta de los pasos de él, y el saber esta suma, aunque sea poco más ó menos, ayudará para meditar estos pasos, y formar mejor en la imaginación el lugar donde sucedieron.

Solamente se ofrece una dificultad en lo que dice este autor, porque según se cuenta, le cargaron la cruz á Simón Cireneo dentro de la ciudad, quinientos veintisiete pasos antes de llegar á la puerta Judiciaria; y siendo esto así, ¿cómo viene bien lo que dice después, que cuando llego el Salvador á esta puerta, cayó la segunda vez con la cruz? Para averiguar en este punto lo que es más probable y verosímil, conviene satisfacer primero á otra duda: de qué manera ayudó Simón á llevar la cruz al Salvador. Muchas de las pinturas antiguas y modernas dan á entender que el Salvador se quedó con la cruz sobre el hombro y que Simón se la ayudaba á llevar levantando solamente la punta de ella que arrastraba por el suelo; y por ventura se fundaron en lo que dice San Lucas (XXIII, 26): *Et imposuerunt illi crucem portare post Jesum.* Si esto fué así, bien pudo ser que después de haber alquilado al Cireneo, cayese otras dos veces el Señor debajo de la cruz, porque á la verdad, esta ayuda era muy poca, y en cierta manera hacía mayor la carga, poniendo todo el peso de la cruz sobre los hombros del Salvador. Mas si miramos bien el texto de los Evangelistas, hallaremos ser muy probable lo que dicen muchos de los Santos: que le quitaron la cruz al Salvador y se la cargaron toda á Simón, al cual dicen San Mateo (XXVII, 32) y San Marcos (XV, 21), que le alquilaron, no para que ayudase á llevar, sino para que llevase la cruz: *Hunc angariaverunt ut tolleret crucem ejus.* Lo mismo significan, si bien se consideran, las palabras de

San Lucas: *Et imposuerunt illi crucem portare;* porque lo que luego dice *post Jesum*, fué dar á entender que no iba delante ni lejos del Señor, sino detrás y muy cerca de Él. Y si los pintores han entendido ó practicado esto de otra manera, la causa puede haber sido el no haber hallado otra traza para significar estos dos pasos en una misma pintura; conviene á saber, que el Salvador llevó sobre sí su misma cruz, como dice San Juan (XIX, 17), y que la llevó también Simón Cireneo, como dicen los otros Evangelistas.

De lo dicho se saca la respuesta de la otra duda, ¿cuándo empezó Simón á llevar la cruz? Lo más probable parece que fué á la salida de la ciudad (como hemos dicho), para subir la cuesta que había desde allí hasta el Calvario, y parece que lo da á entender San Mateo, el cual, después de haber contado la coronación de espinas, y la burla de los soldados que pasó en el pretorio, dice así: *Et duxerunt eum ut crucifigerent: exeuntes autem invenerunt hominem Cireneum, nomine Simonem*, etc. Lleváronle (dice) á crucificar, y á la salida hallaron un hombre, natural de Cirene, por nombre Simón, etc. Pues ¿qué salida es esta en que hallaron á Simón? Porque, ó fué cuando salieron de las casas del presidente, ó cuando salieron de la ciudad: y de cualquiera manera que sea, no viene bien lo que dice el sobredicho autor, que le obligaron á Simón á llevar la cruz doscientos treinta y siete pasos, después de haber salido de las casas del pretorio, y quinientos veintisiete antes de llegar á la puerta para salir de la ciudad. Por cuanto decir que luego en saliendo de la casa de Pilatos hallaron á este hombre y le alquilaron, y le llevaban de resguardo para valerse de él cuando apretase la necesidad, ni parece verosímil, ni viene bien con la crueldad de aquella gente, que no pensaban ni trataban de dar alivio al Salvador, hasta que vieron que caía con la cruz y que

no podía dar paso adelante. Por tanto, parece que dieron esta traza á la salida de la ciudad. También parece que se saca bien claramente lo que dice San Marcos: *Et angariaverunt praetereuntem quempiam Simonem Cireneum venientem de villa*, etc.; alquilaron (dice) un cierto hombre que pasaba, el cual era Simón Cireneo, que venía de su granja ó de su labor: todo lo cual da á entender que estaban ya en el campo.

Donde se puede echar de ver que el hombre iba de camino y que venía de su granja ó de su labor, porque entre los que ya están dentro de la ciudad, mal se echa de ver los que están de asiento ó van de camino, ni de dónde vienen ni adónde van. Luego, primero llevó el Salvador á solas su cruz, y después se la entregó á Simón: *Et bonus ordo nostri profectus est* (dice S. Ambr., lib. x in Lucam), *ut prius crucis suae trophaeum ipse erigeret, deinde martyribus traderet erigendum.*

Finalmente, se debe advertir que lo que dice este autor, que el lugar donde enclavaron al Señor está catorce pasos antes de aquel donde se levantó y fijó la cruz, supone lo que muchos piensan, que el Señor fué enclavado en la cruz estando ella tendida sobre la tierra: y este modo de decir por ventura no es el más cierto, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

Del día y hora y otras circunstancias de la crucifixión del Señor.

Habiendo llegado el Salvador al Calvario, dicen los sagrados Evangelistas (Matth., xxvii, 35; Marc., xv, 24; Luc., xxiii, 33; Joann, xix, 18) que le crucificaron, no declarando el modo en particular, ni hablando otra palabra en este punto, porque se remitieron al modo ordinario que había de crucificar á los malhechores, y les pareció que

cualquiera amplificación y encarecimiento era superfluo, después de haber dicho que le habían crucificado. Y aunque esto es así, no será fuera de propósito averiguar primero lo que parece más probable en algunas circunstancias de este misterio, para abrir mejor el camino á la meditación.

Primeramente, cuanto al día, es cosa cierta que fué crucificado el Señor la feria sexta, que es el día del viernes; y así vino á ser su resurrección el tercero día, que fué el domingo. Y es mucho de notar lo que dice San Gregorio Nacianceno (Orat. 1. Apolog.), que todo el misterio de la cruz corresponde maravillosamente al pecado del primer hombre. Por eso (dice), un árbol es contra otro árbol, y una mano contra otra mano. Aquellas manos digo, que se extendieron con fortaleza, contra la mano que se extendió con incontinencia; aquellas que estuvieron fijadas y encogidas con los clavos, contra la que estuvo suelta, desatada y remisa; aquellas que extendidas abrazaban, juntaban y recogían á sí todos los términos de la tierra, contra aquella que desterró á Adán del paraíso. Por eso también, el estar levantado en lo alto, fué contra la caída; la hiel contra el gusto; la corona de espinas contra la soberbia, y la muerte contra la muerte, etc. Esto dice este Santo, mostrando cómo el Señor en su Pasión y muerte fué desandando los pasos por donde Adán nos llevó á la muerte, y por el mismo camino con pasos contrarios restituyéndonos á la vida. Esto mismo podemos decir del día en que murió. Porque Adán fué criado en el día sexto, que fué en el viernes; y habiendo estado ocho días en el paraíso, el viernes siguiente, después de su desobediencia, fué desterrado de él. Pues quiso el Señor el mismo día que el hombre fué criado repararle, y en el que se perdió ganarle, y en el que fué desterrado del paraíso de la tierra abrirle las puertas del cielo.

Acerca de la hora es mayor la dificultad, porque dice San Juan (XIX, 14) que era casi la hora de sexta cuando Pilatos, estando *pro tribunali*, se determinó á dar la sentencia: *Erat autem Parasceve Paschae, hora quasi sexta, et dixit Judaeis: Ecce Rex vester*, etc. Y por otra parte, dice San Marcos (XV, 25) que era la hora de tercia cuando le crucificaron: *Erat autem hora tertia, et crucifixerunt eum.* Y aunque se dan varias salidas á estas palabras, al parecer encontradas, de los Evangelistas, lo cierto es que el Salvador fué crucificado antes del mediodía y muy cerca de él. Esta hora se pudo llamar con verdad hora de tercia, y también hora de sexta, ó casi mediodía: porque es de saber, que tenían los judíos dividido todo el día que llamamos artificial (esto es, desde que sale el sol hasta que se pone), en cuatro partes, y cada una de ellas tenía como tres horas de las nuestras. Desde el salir el sol hasta las nueve de nuestro reloj, se contaba la hora de prima; la hora de tercia empezaba desde las nueve y duraba hasta el mediodía; desde el mediodía hasta las tres de la tarde, era la hora de sexta; y la hora de nona hasta ponerse el sol. También es cierto que en el modo común de hablar, el tiempo que corre entre una hora y otra, pongo por ejemplo, entre las once y las doce, solemos decir y responder á quien pregunta la hora que es, que son las once, porque son las once dadas y hechas, aunque cuando el tiempo se va acercando al mediodía, como á las once y media y de allí en adelante, también decimos con verdad que son las doce ó cerca de ellas. Pues como la hora de tercia duraba desde las nueve hasta el mediodía, y el Señor fué crucificado antes del mediodía, con mucha verdad dijo San Marcos que era la hora de tercia cuando le crucificaron; por tanto, sería buen rato antes del mediodía cuando llegaron al calvario y se empezó el oficio de la crucifixión: todo lo cual entiende San Marcos por aquella palabra de

crucificarle. Y aunque esto es así, cuando Pilatos se sentó *pro tribunali* á dar la sentencia, serían ya las once de nuestro reloj, ó algo más (como dijimos en su lugar), y por quedar ya la menor parte de la hora de tercia hasta llegar al mediodía, dijo San Juan que era casi hora de sexta cuando Pilatos dió la sentencia. Por otra parte, como los judíos tenían todas las cosas á punto y dieron tanta prisa en el camino, y para darla mayor alquilaron al Cireneo, así llegaron al Calvario y crucificaron al Señor antes que se acabase la hora de tercia.

Mas no sin mucha causa y misterio hablaron los Evangelistas con esta diferencia, pues los que dijeron que había sido crucificado el Señor á la hora de sexta, fué para encarecer más el milagro de las tinieblas que entonces sucedieron, y duraron tres horas sobre la tierra, hasta la hora de nona; porque, cuanto esta obscuridad fué más al hilo del mediodía, tanto fué el milagro mayor y más notorio. El bienaventurado San Marcos, que notó cómo el Salvador había sido crucificado antes de acabarse la hora de tercia, nos declaró dos cosas que eran de mucha consideración. La primera, que el Salvador estuvo pendiente en la Cruz antes que muriese, por todo el espacio entero que hay desde la hora de sexta hasta la de nona, y aun alguno más, que vienen á ser más de tres horas de nuestra cuenta y reloj. La segunda (lo que si el Evangelista no lo dijera apenas se pudiera creer), es el poco tiempo en que se concluyó esta causa del Salvador. Por cuanto siendo causa tan grave, y por tantas circunstancias de tanto peso y dificultad, no pasaron seis horas enteras desde que se empezó hasta que se acabó; pues ya serían más de las seis de la mañana cuando los pontífices y sacerdotes, y todo su concilio, hicieron la primera acusación delante de Pilatos, y aún no eran las doce del mediodía cuando estaba dada y ejecutada la sentencia. Verdaderamente que por su humildad y silencio, como dice

Isaías (LIII, 7) fué atropellada su causa; y como El no resistía, fué condenado contra derecho y contra todo el orden del derecho. ¿Mas por qué decimos que no resistía, cuando es cierto que tenía El más deseo de padecer la muerte que sus enemigos de dársela, y que si El no se diera prisa á morir, ninguna fuerza humana pudiera llevarle á la muerte? Pero El se dió toda esta prisa por lo que muchos días antes tenía dicho (Luc., XII, 50): con un bautismo tengo de ser bautizado; ¡y cómo vivo en estrechura hasta que se me cumpla! Esto es cuanto á la hora.

Con respecto á la cruz, es cierto que era de madera tosca, no labrada ni acepillada, y en nada diferente de las cruces de los ladrones, pues cuando la halló la reina Santa Elena fué menester un milagro para distinguirla de ellas. Finalmente, era tal como hecha para deshonra y para tormento. Algunos piensan que tenía dos palos solamente, uno atravesado en otro, como se pinta de ordinario; ó con alguna cabeza que se levantaba en alto sobre los brazos, ó sin ella, como suelen pintarse las de los ladrones, porque todas eran de una misma hechura. Otros hay (*Greg. Turón*, l. I, *de glor. Mart.*, c. VI; *Iren.*, l. II, c. XLII) que añaden una tabla ó madero pequeño clavado en el mástil derecho de la cruz, en el cual estribaban los pies del crucificado, y allí se los clavaban; y es cosa verosímil que se hacía así ordinariamente para algún alivio del que moría, y mayor comodidad de los que le crucificaban. No falta (*Vide Salmerón*, t. 11, *tract.* 35) quien diga que le quitaron este arrimo de los pies al Salvador, y que para darle mayor tormento se los clavaron en el mismo palo derecho de la cruz, como se pinta de ordinario. Yo no sé si esta opinión tiene otro fundamento más que la pintura, aunque hay también algunas antiguas que ponen esta tabla en los pies; con la cual y con el título de la cruz, venían á ser cuatro piezas diferentes. Por ventura se funda en esto la opinión

de los que dicen que estaba hecha la cruz (*Vide Barad.*, t. IV, lib. VIII, c. III) de cuatro géneros de maderas, á saber: de cedro y de oliva, de palma y de ciprés. Puede ser que haya tenido esto principio en alguna buena alegoría, más que en historia; porque era mucha la prisa y el alboroto para buscar y componer estos géneros varios de maderas.

Hay quien diga (*B. Birg.*, l. IV, c. X) que la cruz era solamente de una pieza; conviene á saber, un árbol tosco y nudoso, que cortándole las demás ramas, le dejaban solamente dos que se levantaban á lo alto, en las cuales le clavaron las manos, dejando la cabeza en vano y sin arrimo, y que el títtulo estaba atado y pendiente entre estas ramas. A esto parece que alude San Cipriano en un verso de *Ligno Crucis* que dice:

Arboris haec species uno de stipite surgit,
Et mox in geminos extendit brachia ramos.

Y San Gregorio Nacianceno dice:

Uno item altero ramo arboris,
Dextram et sinistram extensus et fixus manus.

Pero muy probable parece que estos santos usan de metáfora y alegoría cuando llaman árbol á la cruz, porque así se hace más suave y devota la consideración de este misterio, lo primero mirando al Salvador como fruto colgado de aquel árbol, lo cual canta la Iglesia en un himno cuando dice:

Crux fidelis inter omnes
arbor una nobilis,
nulla sylva talem profert
fronde, flore, germine.

Lo segundo, porque esta metáfora viene bien con el misterio que los Santos tanto alaban, que por haber extendido Adán la mano al árbol vedado, extendió las suyas

el Salvador para ser clavadas en el árbol de la cruz, lo cual también canta la Iglesia en un himno que dice así:

De parentis protoplasti
fraude factor condolens,
quando pomi noxialis
in necem morsu ruit,
ipse lignum tunc notavit,
damna ligni ut solveret.

Resta, pues, que tenía la santa cruz dos palos atravesados como de ordinario se pinta, y otra tabla sobre la cabeza en que estaba grabado el título, y otra en que estribaban los pies, si ya no es que con particular crueldad se la quitasen al Salvador.

Tampoco tiene duda sino que fué el Señor fijado con clavos en la cruz, pues la misma palabra lo dice de Crucifijo y crucifixión de que usan los Evangelistas; y Santo Tomás, después de la Resurrección, se afirmaba diciendo (Joann., xx, 25): Si no viere en sus manos las señales de los clavos, y si no pusiere el dedo en el lugar de los clavos, etcétera. Pero en el número de ellos hay dificultad, porque algunos dicen que fueron solamente tres y que los pies fueron atravesados con un mismo clavo, como lo muestran de ordinario las pinturas: otros (1) tienen por más verdadero que los clavos eran cuatro, todos de una hechura y un tamaño, y que cada pie fué clavado con el suyo en la tabla que se ponía debajo, como lo muestran muchas imágenes antiguas, y lo dice claramente Gregorio Turonense y otros autores.

De la corona de espinas no hacen mención los Evangelistas; pero lo que parece cierto y comunmente sienten

(1) Greg. Tur., l. I de *Glor. Mart.*, 6; Cyp., Ser. de Pas.; B. Birgit., l. I, cap. LXX, l. VII, cap. XV; Tertul., l. cont. Jud. cap. XIII; B. Birgit., l. I, c. X.

todos es, que los soldados, aunque le desnudaron de sus vestidos para crucificarle, no le quitaron la corona de la cabeza; y así lo significan todas las pinturas y lo afirman graves autores.

Mas en una cosa se hallan diferentes pareceres, y es en cuanto al modo que hubo de crucificar al Señor (1). Porque algunos dicen que le tendieron sobre la cruz en la tierra, y que allí le estiraron los brazos y los pies con mucha fuerza y le clavaron en ella; y después con sogas y otros artificios, y gravísimo dolor (que no podía ser otra cosa) levantaron la cruz con el cuerpo clavado en ella, hasta ponerla en pie y derecha en el lugar que estaba preparado. Otros dicen que primero se levantó la cruz en alto (2), y se puso firme y fija en su lugar (lo cual se pudiera hacer muy mal estando ya el Señor crucificado): después pusieron alrededor de la cruz andamios ó escaleras, las que bastaban para subir en alto el Salvador y los ministros y verdugos, y allí en lo alto á vista de la gente le crucificaron.

Este modo segundo de meditar es más conforme á la costumbre de ejecutar cualquier justicia con publicidad y solemnidad en lugar alto y eminente; y viene bien con el modo de hablar que tienen muchos Santos, diciendo que el Salvador subió á la cruz, y con lo que la Santa Iglesia dice en una oración: *Domine Jesu Christe, qui hora sexta pro redemptione mundi crucis patibulum ascendisti*, etc. Y así como bajaron después el cuerpo de la cruz, quedando ella en pie y derecha, así parece que le pusieron en ella, ayudándose de las mismas gradas y escaleras.

---

(1) Ansel., l. de Pas. Dom.; D. Ant., 1 p. Hist., tít. v, cap. vi.

(2) Athan., Serm. de Pas.; Cyp., Serm. de Pas.; Amb., lib. x in Lucam; Iren., lib. xi, cap. ii; Bonav. in Fascic., fascic. 3, et in *Medit. Vitae Christi.*, cap. lxxviii. *Vide P. Martín del Río*, Serm. de Pas.

Hay también para esto otra conjetura, y es esta: Todos los conocidos del Señor, y las mujeres que le habían acompañado y seguido desde Galilea, se pusieron en esta ocasión algo de lejos, como notan los Evangelistas. Entre ellas estaba María Magdalena y las demás Marías que andaban de ordinario en compañía de la Virgen; y en este tiempo más que en otro es de creer que la Virgen no se apartaba de ellas. Por lo cual, cuando llegaron al monte, mientras crucificaron al Señor estaba también algo lejos como ellas, tanto por excusar los dichos y descortesías del pueblo, que andaba tan furioso y desatinado, como igualmente por templar en algo su dolor. Pues habiendo salido la Santísima Virgen de su recogimiento á costa de tan agudo dolor, llevada de Dios y de su deseo para ver con sus ojos lo que toda la vida había de tener en su pensamiento, y ser materia de su contemplación, no la sufriera el corazón ponerse lejos si no pudiera ver desde allí lo que pasaba, y no pudiera verlo si crucificaran al Señor tendido sobre la tierra. Por tanto, parece que le crucificaron en lo alto, donde pudiesen verlo aun los que estaban lejos. Y si se hizo de esta manera (como parece muy probable, aunque no hay cosa cierta del Evangelio), la historia pasó como veremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXX

Es crucificado el Salvador entre dos ladrones.

Con la fatiga y trabajo que hemos visto, llegó el Salvador al Calvario, donde se había de hacer aquel sacrificio que aplacase la ira de Dios con los hombres, y satisficiese por todos los pecados del mundo. Allí descargaron las cruces y se hizo una gran parada de la gente que había salido de la ciudad, y entre tanto que las cruces se fijaban en sus lugares, le ofrecieron al Señor ante todas cosas un

vaso de vino confeccionado con mirra, que llamó San Marcos (xv, 23), *mirrhatum vinum*, y San Mateo (xxvii, 34), vino mezclado con hiel, ó por ser la mirra muy amarga, y todo lo que es amargo solemos llamarlo hiel, ó porque por ventura *(Aug.*, lib. iii *de Cons. Ev.)* llevaba mezclada alguna hiel. Esta bebida se daba á los que habían de morir en el tormento de la cruz, para que, entorpecidos los sentidos y enajenados con el calor y fuerza de aquel vino, no sintiesen del todo ó sintiesen mucho menos los dolores. Esta piedad (ora fuese procurada por aquellas devotas mujeres que le acompañaban, ora por los ejecutores y ministros que hacían con él lo que solían con cualquier condenado) la aceptó el Señor con muestras de agradecimiento; y llegando el vino á la boca, lo gustó (Matth., xxvii, 34); y habiendo sentido la amargura con la lengua (Marc., xv, 23), no quiso beberle, mostrando en esto que no tenía necesidad de aquel socorro para mitigar el dolor de aquel tormento, quien tenía fuerza y voluntad para sufrir otros mayores. Ni quería que se entendiese que aquella constancia, paciencia y entero sufrimiento que tenía en la cruz, nacía del calor del vino, siendo tanto mayor el del amor y caridad y el del Espíritu Santo (Hebr., ix, 14) con que se ofrecía á su Padre en sacrificio. Por lo cual tomó de aquel vino lo que era amargo y penoso para el gusto, y no lo que era de algún alivio para el cuerpo.

Desnudaron luego al Señor de todos sus vestidos con la descortesía y crueldad que lo habían hecho las otras veces, porque desnudo le crucificaron, pues dice el Evangelio que los verdugos repartieron sus vestidos y echaron suertes sobre ellos, hasta la túnica postrera é inconsútil, que era como la camisa, y la que estaba más inmediata al cuerpo. No se puede dudar sino que fué de mucha pena para el Salvador esta vergüenza y desnudez que padeció en lugar tan público, al mediodía y en presencia de tanta

muchedumbre de gente, y que le herían más con los ojos los que le miraban, que si le atravesaran con los clavos. Tampoco callaron los Profetas este sentimiento, cuando uno de ellos dijo (Ps. XXI, 18): *Ipsi vero consideraverunt me: diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem.* Ellos (dice) se tomaron para sí mis vestiduras, y las partieron y sortearon á su gusto; y dejándome desnudo, me miraban con curiosidad y me consideraban con atención. Mucho importa considerar, dice San Ambrosio (lib. x, *in Luc.)* de qué manera subió el Señor á la cruz, y ver que sube desnudo: suba también así el que trata de vencer al mundo, de manera que no busque ayuda ni socorro del mundo. Adán fué vencido, que buscó vestidos con que cubrirse; aquel venció que se desnudó de ellos y subió á la cruz desnudo, cuales nos formó la naturaleza siendo Dios el autor. Así vivió en el paraíso el primer Adán, y así había de entrar en el paraíso el segundo. Esto dice San Ambrosio, y aunque de él y de otros Santos y autores se puede entender que el Salvador estuvo del todo desnudo en la cruz; también se cree muy piadosamente, que estando padeciendo esta vergüenza de su desnudez, le socorrieron con un velo ó lienzo que se atase en la cintura; y, como le fué revelado á Santa Brígida (lib. I, cap. XV, y l. IV, c. LXXVI), El lo recibió con grande gozo y se ayudó de sus manos para atarlo y componerlo no admitiendo para este oficio las ajenas, enseñándonos el recato y el amor de la limpieza y honestidad.

Ya estaría la cruz en este tiempo fija en su lugar, y puestas y atadas las gradas ó escaleras que eran necesarias para subir á ella. Y estando todo á punto, empezó á subir por ellas el Sumo y Eterno Sacerdote, no con otros ornamentos que con una corona de espinas en la cabeza, y desnudo por mayor escarnio, y con una grande llaga en las espaldas, y el cuerpo todo señalado de látigos y azotes.

Con El subían dos verdugos á los lados, que con la una mano le ayudarían á subir y en la otra llevarían los clavos y martillos y los demás instrumentos necesarios, mirándolo todo el pueblo, y no sin grandes voces, gritos y risa clamorosa de los judíos.

Subía el Señor vuelto el rostro hacia la cruz, mirándola de cerca con tanto amor y voluntad con cuanto la había deseado tantos años; porque en ella había de reclinar su cuerpo, derramar su sangre y fenecer su vida; con ella había de pelear; en ella había de triunfar, y por ella había de redimir al mundo. Pues si el bienaventurado San Andrés se regalaba con la cruz cuando la vió de lejos por el amor de su Maestro que había muerto en ella, ¿qué mucho es que se regalase el Salvador con su cruz por el amor de sus hijos que habían de morir por ella, y de los muchos mártires que habían de morir en ella, y por el amor y reverencia de su Eterno Padre que había de ser glorificado por ella? Así es de creer que dentro de su corazón la diría estas ó semejantes palabras:

¡Oh cruz dichosa! ¡Oh madero bienaventurado! Por espacio de treinta y tres años has traído enclavada mi alma en tu esperanza; hoy tendrás por tres horas enclavado mi Cuerpo en tu posesión. Gloriosa eres por haber martirizado por tan largo tiempo mis pensamientos; hoy lo quedarás más, autorizando mi cuerpo con dolores vivos y no imaginados. ¡Oh cruz, cuán diferente y cuán trocada has de quedar este día de lo que has sido hasta aquí! Pues la que eras instrumento de muerte y nota de infamia, desde hoy quedarás árbol de la vida y escala de la gloria. Gozoso voy á ponerme en tus brazos para que se sepa que los han de hallar abiertos para sí todos cuantos se llegaren á ti. En ti se enclavarán mis pies y mis manos, y con ellos las culpas y pecados de los hombres. En ti estará crucificado mi Cuerpo, y juntamente con él se crucificará el hombre viejo

(Rom., VI, 6), para que se destruya el cuerpo del pecado. En ti se derramará mi sangre, pero con ella se borrará la escritura (Colos., II, 14) y obligación que había contra los hijos de Adán. ¡Oh Padre Eterno! Reconoced á vuestro Hijo que está puesto en paso tan afrentoso y doloroso por sola vuestra voluntad, porque habéis querido que me encargue de pagar deudas ajenas. No pido, Señor, que me libréis de estas penas, sino que perdonéis aquellas culpas.

Allí se le representó al Señor cuán amada y reverenciada había de ser aquella cruz por amor de Él, y porque Él subía á padecer en ella aquel día. Allí se le representaron todos los mártires, que con la memoria de la caridad con que El se ofrecía á la muerte habían de padecer por El alegre y glorioso martirio. Allí tuvo delante todos los sentimientos que habían de tener sus fieles amigos, y las lágrimas que habían de derramar en la contemplación de su cruz. Allí vió todas las victorias y triunfos que habían de alcanzar sus cristianos de los enemigos visibles é invisibles por medio de aquella cruz, y todos los milagros que en virtud de aquella señal se habían de obrar en los siglos venideros. Finalmente, allí se le ofrecieron todos aquellos Santos que en su vida y con su mortificación y penitencia habían de ser crucificados con El, y cómo aquella cruz había de ser el estandarte verdadero, debajo del cual se había de ganar y conquistar el cielo y llenarse de bienaventurados, que por honra de aquel día le habían de seguir é imitar.

Habiendo llegado en estos pensamientos, ó en aquellos que El sabe mejor, al puesto donde había de ser enclavado, volvió el rostro al pueblo que estaba allí presente y las espaldas á la cruz, la cual estaba puesta en tal disposición como lo notó San Juan Damasceno (lib. *Fidei*, IV, c. XIII), que volviendo las espaldas á la cruz las volvió también á la ciudad de Jerusalén, para no mirarla con amor para siem-

pre; y el rostro lo tuvo hacia el Occidente, esto es, hacia la ciudad de Roma, donde había de estar la Cátedra de la verdadera fe, la Cabeza de su Iglesia y la Silla del Sumo Pontificado; y por consiguiente, tuvo el rostro que miraba al reino de España, donde tanto había de florecer la fe y la religión.

Volvió, pues, el Señor las espaldas á la cruz y el rostro al pueblo que estaba presente. También estaba allí su divina Madre, la cual le vió puesto en esta afrenta, desnudo como le había parido, con las señales de los tormentos pasados y de los azotes, que por todo su cuerpo estaban señalados. Al Hijo levantado en alto para ser clavado en la cruz entre tanta muchedumbre, se le irían luego los ojos hacia su Madre, ya porque los que están en tribulación miran más donde tienen más amor, ya porque no había allí otro que le conociese, le confesase y amase como Ella. Muchas veces había el Salvador mirado á su Madre en el espacio de treinta y tres años, con amor y reverencia como á Madre y con intensísima é incomprensible caridad; porque conocía como Dios la excelencia de la Virgen, y se gozaba en aquella obra maravillosa del Padre y del Espíritu Santo y suya. Asimismo, la Madre Santísima muchas veces había mirado y adorado el rostro y los ojos de su Hijo, con intensísimo amor como á Hijo, y con acatamiento y reverencia como á Señor, y con reconocimiento y agradecimiento como á su Redentor, y como á Autor de toda la gracia que había en Ella y en todos los hombres. Pues quien alcanzare á entender el amor y la alegría con que se habían mirado por tanto tiempo estas dos lumbreras del cielo, ¿cuán trocadas hallará las cosas si considera el dolor con que se miran ahora? ¿Cuándo el Hijo en su necesidad y pública afrenta mira á la Madre, y la Madre, en la fatiga del Hijo, no aparta sus ojos de El?

Pero aunque ha crecido incomparablemente el dolor,

no se ha disminuído en nada el amor. Porque la Madre miraba al Hijo, que se ofrecía en la cruz también por Ella, y más por Ella que por otra ninguna criatura, puesto que de aquella muerte la cabía más parte y la alcanzaba más fruto que á otra ninguna. Pues la que era tan humilde y tan agradecida y sabía el valor de los dones y gracias que Dios había puesto en Ella, ¿con cuánta compasión y amor miraba al Hijo que así se las ganaba y merecía? Y el Hijo, que amó tanto á su Iglesia, que se entregó á la cruz por ella, y derramó su sangre para lavarla con ella, y para hacerla hermosa, sin mancha (Eph., v, 27), ni arruga, ni cosa semejante, ¿con cuánto amor se entregaba por su Madre, y derramaba por Ella la sangre que había recibido de Ella, enamorado de la hermosura que había en Ella? ¡Oh, qué consejo tan alto fué de Dios, que cuando su Hijo subió á la cruz desnudo y embriagado como otro Noé de los amores de la Iglesia, se le pusiese delante aquella Virgen, que ella sola valía más que lo restante de la Iglesia!

Codicioso el Señor de esta hermosura, que había de obrar su sangre en nuestras almas, y mucho más de la hermosura de su bendita Madre que allí estaba presente, de su voluntad, y con grande é inmensa caridad, extendió los brazos y las manos al madero; y los verdugos, poniéndole los clavos en las palmas, con recios golpes las clavaron en la cruz y las apretaron bien con ella. Luego acudieron á los pies, y cada uno con su clavo, ó los dos juntos con uno solo, los clavaron asimismo en el madero. De esta suerte quedó el Rey de todos los siglos, no atado con cordeles, mas cosido con clavos, rotos sus pies y rasgadas sus manos, atado con hierro por sus mismas llagas y de sus mismas heridas colgado en una cruz.

Y aunque no era posible que al tiempo de clavar dejase de haber grandes voces y ruidos, ¿quién puede dudar sino que aquellos golpes penetraban los oídos é hincaban

agudamente aquellos mismos clavos en las entrañas y corazón de la Madre? Los cuales al principio quedaron bien apretados con la cruz, pero después se abrieron las heridas con el peso del sagrado cuerpo, y con la fuerza que hacían para sustentarse de ellas, empezó á correr más copiosamente la preciosa sangre de sus venas, y manar aquellos cuatro ríos del paraíso que habían de fertilizar toda la tierra. Miremos, pues, con atención y adoremos con reverencia esta sangre divina, porque es el precio de nuestra Redención, y no apartemos los ojos del alma del rostro de este Señor. El cual, aunque conservó siempre aquella mesura y gravedad de Dios, no pudo ser sino que en esta ocasión se puso demudado y amarillo, con el dolor de las heridas, con la congoja de estar colgado y estribando en ellas, y con la copia de sangre que de ellas vertía.

¡Oh tierra que sustentas el cuerpo desnudo y enclavado en una cruz de tu Criador! ¡Oh cielo que estás alumbrando su afrenta y desnudez! Pues que sois hechura de sus manos, ¿cómo no reconocéis al Señor que os hizo, y dais señal de vuestro dolor? Dióla sin duda el cielo, cuya luz se obscureció, y la tierra, que se estremeció y tembló, y las piedras que se quebraron. ¿Y qué no sentirían las piadosas entrañas de la Madre que le parió, y los pechos virginales que le criaron? ¡Oh corazón más firme en la voluntad de Dios que las mismas peñas, pues con la fuerza de tanto dolor no se rompió! ¡Oh alma más clara y resplandeciente que el mismo sol, pues con la fuerza de tan grande afrenta no se obscureció! ¡Oh espíritu más quieto y más fundado en Dios que lo está toda la tierra sobre su propio centro, pues con la fuerza de tan grande tempestad no se turbó, ni dió señal de impaciencia ó de flaqueza! Mas no pudo ser sino que hubiese mudanza en su sagrado rostro, porque aunque su voluntad estaba muy sujeta á la del Padre, el corazón humano de tal Madre que vivía de

la vida de su Hijo y le veía padecer y morir, es de creer que padeció inmensos dolores; y que la sangre socorriendo al corazón dejó amarillo y consumido el rostro, y desamparado el vigor de todo el cuerpo. ¡Verdaderamente la faltara del todo la vida si la virtud divina no la fortaleciera y sustentara!

Crucificaron luego dos ladrones (Marc., xv, 27), clavados también con clavos en sus cruces, sin hacer otra diferencia de ellos al Salvador sino ponerle en medio (Joann., xix, 18), dándole aquesta honra tan infame, para mostrar que entre ladrones era como la cabeza, y el principal ó capitán de ellos.

Pusiéronle también sobre la cruz, por mandamiento de Pilatos, una tabla en que estaba escrita la causa de su muerte. Estaba este título (Joann., xix, 20) escrito en tres lenguas, hebrea, griega y latina, para que todos los que habían venido aquellos días á Jerusalén, de cualesquiera naciones que fuesen, pudiesen leerle y entenderle. Y las letras no estaban comoquiera escritas, sino esculpidas y grabadas en la misma tabla, como se ve hoy día en la parte de este título que se guarda en Roma, en el cual se pueden notar tres cosas. La primera, que aunque los Evangelistas están diferentes en las palabras de este título, pues San Mateo dice (xxvii, 37): *Hic est Jesus Rex Judaeorum;* y San Marcos pone solas estas dos palabras (xv, 26): *Rex Judaeorum;* y San Lucas (xxiii, 38): *Hic est Rex Judaeorum;* es porque los Santos Evangelistas atendieron á decir el sentido y la sentencia de aquel título, que toda es una misma, dicha por estas ó por aquellas palabras; á saber: que la acusación que se le había puesto al Señor, y la causa de su muerte, era haber pretendido el reino de los judíos. Pero las palabras formales, como se leen en el título que estaba en Roma, son las mismas que puso San Juan (xix, 19): *Jesus Nazarenus, Rex Judaeorum.* Lo

segundo es de notar, que aunque en el orden de contar las lenguas dijo San Lucas (XXIII, 38), que estaba escrito con letras griegas, latinas y hebreas, es porque para la verdad de su historia no trataba del orden que tenían en el título estas lenguas, sino solamente que estaba escrito en todas ellas; pero San Juan que se halló tan cerca en esta ocasión, puso, no solamente el número de las lenguas sino el orden de ellas, diciendo (XIX, 20) que estaba el título escrito en hebreo, en griego y en latín. Lo tercero, es de notar, que como los hebreos leen al revés de los latinos, esto es, empezando el renglón desde la derecha á izquierda, así en el título de la cruz, no solamente las letras hebreas sino también las griegas y las latinas, están escritas en la misma forma, puesto el renglón al revés de como nosotros leemos, desde la mano derecha á la izquierda en esta forma:

SUNERAZAN SUSEJ

Este título puso Pilatos, ó porque era costumbre ponerse á todos los condenados, y si esto era así, también se les pondría el suyo á los ladrones; ó si no había costumbre quiso el presidente hacer esta particularidad en la causa del Salvador. Pues como en la verdad era inocente y tenido de muchos por Profeta, y había sido condenado sin causa, como el mismo juez lo dijo muchas veces, ya que se rindió por temor vano á dar sentencia, quiso excusarse y dar razón de sí en aquella pública escritura, dando á entender que con razón él le había condenado, siendo ministro del César, por haber pretendido el reino, y que aquella era y no otra la acusación que se había puesto contra El. Este pudo ser el intento de Pilatos; mas el de Dios fué diferente, como se vió en lo que sucedió después, y lo notó el Evangelista San Juan (XIX, 19).

CAPÍTULO XXXI

Los judíos y los gentiles escarnecieron al Señor.

ACABADO el oficio de crucificar al Señor, los soldados que esto ejecutaban quitaron las escaleras que para este efecto habían puesto, y quedó la cruz libre y desembarazada, sustentando en sus brazos á vista del cielo y de la tierra el precio de nuestra salud.

Todo el pueblo que había salido de la ciudad estaba mirando (Luc., XXIII, 35), y cebando los ojos en este espectáculo, y haciendo burla y escarnio del que así veían padecer; si bien es verdad que solamente con mirarle le afrentaban, porque en caso de tanta deshonra, el haber muchos miradores le hacía ser mayor. Esta es una de las causas por qué el sol retiró sus rayos en esta ocasión, como apartando los ojos para no mirarle, y poniendo esta sombra y velo para que no pudiese ser mirado libremente, templando en la manera que podía aquella vergüenza pública que padecía su Criador. Mas el vulgo de la gente, luego que le vió colgado de la cruz, levantaría las voces y las manos con risotadas, echándole maldiciones, porque así estaba escrito en la ley (Deu., XXI, 23): maldito es de Dios el que estuviere colgado en el madero. ¡Á esta maldición (Galat., III, 13) se sujetó el Señor por librarnos á nosotros de la eterna!

Luego los soldados que le habían crucificado tomaron sus vestidos, que, según la costumbre, debía de ser el interés de su trabajo. ¡Grande, por cierto, si ellos le supieran conocer y estimar! Los cuales por sí mismos no serían preciosos ni de mucho valor, sino como de hombre que amaba la pobreza, viles y ordinarios, aunque honestos, y los que comúnmente vestían los demás, á saber: la túnica in-

mediata al cuerpo, que servía como camisa, con lo demás de cualquier otro vestido interior de los que usaban todos; la túnica superior, que cubría decentemente todo el cuerpo, y el palio ó manto que se traía sobre los hombros. Hicieron, pues, los soldados cuatro partes de estas vestiduras (Joann., XIX, 23), para tomar su parte cada uno de ellos, como lo notó San Juan. Según esto, fueron cuatro los verdugos que crucificaron al Señor; los cuales, conforme lo dan á entender los Evangelistas (Marc., XV, 24), para excusar entre sí diferencias, echaron suertes para ver á quién cabía cada una de estas partes. En esta partición no entró la túnica ó camisa interior, la cual es común opinión que la había hecho la Virgen con sus manos para vestir á su divino Hijo siendo niño, y que Él había traído siempre y crecido juntamente con Él cuando era mayor (Joann., XIX, 23). Esta túnica no tenía costura, sino de arriba abajo estaba toda tejida con maravilloso artificio, y por eso los soldados no quisieron dividirla porque no se perdiese la hechura, sin la cual era de poca estima la materia: ni quisieron ponerla en alguna de las cuatro partes en que repartieron los demás vestidos, por no perder el derecho que podía tener cada uno sobre ella; y así determinaron de echarla en suerte para que, á quien le cupiese, se la llevase entera. De esta manera, con nuevos escarnios, y haciendo fiesta y donaire sobre las vestiduras del Rey fingido, le despojaron también de sus pobres y pocas alhajas que tenía. Tan adelante pasó la justicia que se ejecutó en Él, ó la injusticia que se usó con Él, que no le fué permitido dejar siquiera sus vestidos á su Madre y conocidos por prendas y memoria de su amor, sino que vió delante de sus ojos que se alzaban con ellos sus contrarios, y los partían entre sí á su gusto, y se entregaban en su hacienda en premio y por paga del agravio que habían hecho á su persona poniéndole en la cruz. De esta suerte (Matth., XXVII, 35)

cumplieron los soldados, sin pretenderlo ni entenderlo, lo que estaba profetizado en el Salmo XXI: Dividieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes.

Era costumbre de los romanos guardar los condenados todo el tiempo que les duraba la vida en la cruz, porque ninguno se atreviese á querer quitarlos de ella. Por esta causa, después de haber partido los vestidos (Matth., 36), se sentaron los soldados á hacer guardia al Salvador, la cual hacían de mejor gana y con más cuidado y vigilancia, por estar prevenidos y sobornados de los sacerdotes y letrados, los cuales temían del Salvador no se les desapareciese, ó con algún milagro falso se bajase de la cruz. También se recelaban de sus amigos y devotos no le quisiesen quitar estando vivo; ó de sus discípulos, no hurtasen el cuerpo después de muerto, como temieron que le habían de hurtar después de sepultado. Pues para esto le guardaban los soldados; y como el negocio iba despacio, se sentaron para guardarle. ¡Oh dolorosas horas y tiempo que tanto dura de tan cruel tormento! Los soldados robustos se cansan de estar en pie, ¿qué hará el más delicado de los hombres colgado en una cruz? Y durando tanto la Pasión del Señor, que se cansan los pies de los verdugos de sustentar su propio peso, ¿qué cansancio será el de los brazos sagrados, y qué dolor el de las santas manos, de cuyas llagas colgaba todo el cuerpo? ¿Y qué descanso tenían sus pies, pues no tenían otro apoyo sino el clavo atravesado en que por las mismas heridas estaban estribando?

Asimismo la gente común y plebeya, de que había mucha entonces en la ciudad, no pudiendo estar allí por tanto tiempo, unos iban y otros venían, y todos le blasfemaban (Matth., 39), injuriándole con palabras y con visajes, haciéndole gestos y meneando las cabezas.

De este modo se cumplió á la letra lo que estaba escrito en el Salmo XXI, 8: *Omnes videntes me deriserunt me*,

locuti sunt labiis, et moverunt caput; todos los que me miraban se burlaban de mi, decíanme injurias y meneaban la cabeza. Y en el Salmo CVIII, 25: *Et ego factus sum opprobrium illis, viderunt me, et moverunt capita sua;* heme hecho para ellos materia de escarnio y de baldones: viéndome, se burlaban y meneaban las cabezas. Lo que le decían era (Matth., XXVII, 40): Tú, que destruyes el templo de Dios y le vuelves á edificar en tres días, ¿dónde está ahora tu poder? ¿Por qué no le empleas en Ti mismo? Si eres Hijo de Dios, bájate de la cruz y creeremos en Ti.

Creyó el pueblo las calumnias que los sacerdotes habían publicado contra El, que se jactaba de que había de destruir el templo y tornarle á edificar en tres días, y que decía que era Hijo de Dios, y dábanle con esto en rostro, burlándose de El como de mentiroso, y alegrándose de verle colgado en la cruz, porque con esto se habían declarado y convencido sus embustes; pues si fuera el que decía, y tuviera el poder que predicaba, ¿en qué lo pudiera mostrar mejor que en librarse del tormento que padecía? ¡Oh gente ciega, á quien faltó la luz para conocer la inmensa caridad del que moría en la cruz! ¡No pudisteis creer que tenía tanto poder porque no le empleaba en su provecho, creyendo que si le tuviera, se valiera de él en primer lugar para librarse á sí mismo! ¡Pedísteisle por señal de ser Hijo de Dios que bajase de la cruz, siendo así que no quiso El dar otra mayor ni mejor de que lo era, sino morir en ella por la honra de Dios y salud de los hombres, y salir libre (Luc., XI, 30) al tercero día, después de haberle tragado la ballena como á Jonás, y volver á edificar el templo de su sagrado Cuerpo, después que vosotros le hubieseis destruido!

Ciertamente que con mucha razón dejaron los Evangelistas escritas estas blasfemias que decían al Salvador, estando agonizando en su tormento; porque apenas pare-

ciera creible, si ellos no lo afirmaran, que en corazón de hombres cupiera tanta fiereza y crueldad, que no tuviesen alguna compasión y sentimiento de humanidad d l que veían morir con tanta pena y en tan grande afrenta, aunque fuera enemigo y muriera por gravísimos delitos. Porque los hombres facinerosos, cuando son castigados por malhechores, tienen quien los anime y los consuele, y todos los asisten y acompañan, dando señales de sentimiento y dolor, queriéndose mostrar justos en el castigo y hombres en la compasión. Pero de sólo el Salvador estaba escrito (Ps. LXVIII, 21), que buscó quien se compadeciese de Él y no le halló; antes aquellos hombres miserables, arrebatados de las furias infernales (que no pudo ser de otra manera), viéndole tal que quebrantaba de dolor las mismas peñas, añadían dolor á sus dolores (Ps. XXVII), y le herían y afligían con sus lenguas, llenándole el corazón de hieles y amargura.

No fueron la menor causa de este desconcierto los sacerdotes y letrados y los ancianos del gobierno, que estaban allí soplando el fuego, y daban al pueblo ignorante y descortés aquellas palabras y razones que le decían al Señor. Porque ellos platicaban lo mismo en sus corrillos (Matth., XXVII, 41); y haciendo burla decían entre sí unos con otros: ¿á los demás ha hecho salvos y no se puede librar ni salvar á sí mismo? Bien se ve que su poder era fingido y sus milagros mentirosos, pues todo le ha faltado cuando más lo había menester. Muy bien le viene el refrán ordinario (Luc., IV, 23): médico, cúrate á ti mismo; si Él es el Rey de Israel y el Mesías prometido, ahora tiene en qué mostrarlo: bájese de la cruz que lo veamos, y aquí estamos dispuestos para creer en Él y recibirle. Él dice que confía en Dios, líbrele ahora y válgale Dios, pues Él se acoge á Dios y le quiere, porque Él mismo ha dicho que es Hijo de Dios.

Esto decían los arrogantes y necios sacerdotes, probando con el hecho que el Salvador era el verdadero Mesías, del cual estaba profetizado que le habían de decir estas mismas injurias, y estas mismas razones y palabras que ellos le decían. Porque en el Salmo XXI, vers. 9 estaba escrito, que habían de escarnecerle, meneando las cabezas y diciendo: *Speravit in Domino, eripiat eum, salvum faciat eum, quoniam vult eum;* pues Él quiere á Dios y espera en Dios, líbrele Dios y válgale Dios. Y en otra parte (Sap., II, 18): *Si enim est verus Filius Dei, suscipiet illum, et liberabit illum de manibus contrariorum, contumelia, et tormento interrogemus eum*, etc.; que fué tanto como si dijeran: Hagamos la experiencia con injurias y con tormentos; que si Él es verdadero Hijo de Dios, Él le tomará á su cargo, y le librará de las manos de sus enemigos. Y esto mismo es lo que decían los sacerdotes y los letrados.

¡Oh, lo que hace el mal ejemplo de los mayores! El pueblo tuvo por buenas estas razones, porque vió que los sacerdotes y escribas las aprobaban. Y aunque ellos por su gravedad y decoro (Marc., XV, 31) las decían entre sí mismos, los demás las pregonaban y se las decían en su cara, con suma inhumanidad, al Salvador. Porque esto mismo decía el vulgo de los que iban y venían (Matth., XXVII, 40): Tú que dices que tienes tanto poder, que podrías destruir el templo y volverle en tres días á poner en pie, ¿por qué no te salvas á Ti mismo? Esto mismo también decían los soldados gentiles (Luc., XXIII, 36) que le guardaban, los cuales, llegándose cerca donde el Señor pudiese verlos y oirlos, le decían: Si Tú eres rey de los judíos, sálvate á Ti mismo. Esta misma blasfemia (Matth., XXVII, 44; Marc., XV, 32; Luc., XXIII, 39) decían los ladrones que estaban crucificados con Él: Si Tú eres Cristo, líbrate á Ti y líbranos á nosotros de la cruz. La generación adúltera é infiel pedía esta señal para confirmación de las pasadas que había

obrado el Señor en el discurso de su vida, el cual estaba resuelto de no darles otra señal sino la de Jonás, Profeta (Luc., XI, 30), y confirmar la doctrina y milagros que había hecho en su vida, perseverando constantemente en la cruz hasta la muerte.

Pero los sacerdotes ciegos hacían fuerza en su mala razón, y daban al pueblo las piedras para que se las tirasen, que para esto habían salido. Fuera mejor que se hubieran quedado en la ciudad y tuvieran vergüenza, siquiera por su autoridad, de hallarse presentes á la ejecución de esta justicia, ó á lo menos tuvieran escrúpulo por su fingida religión, y por la reverencia del día de la Pascua, puesto que la tuvieron de entrar en el pretorio de Pilatos. Y porque ninguna cosa se escapase de su censura, repararon en el título que había mandado poner el presidente sobre la cruz, que como cosa sin su consulta y parecer, decían que había salido con un yerro notable. Porque no se había de decir *rey de los judíos* que ni lo era, ni aún cuando lo fuese había de ser castigado por ello, ni ellos consintieran que se hiciera tal afrenta á su rey; ni querían que lo fuese, ni que se lo llamasen á quien estaba así afrentado. Y presumiendo que el presidente no había advertido en este punto, se fueron á él los pontífices y le decían (Joann., XIX, 21): «No consintáis, señor, que se diga en el título: rey de los judíos, sino que El dijo que era Rey de los judíos.» Mas los miserables, con este bullicio y diligencia, no hacían otra cosa sino servir (sin entenderlo) á la divina Providencia, que quería honrar á su Hijo y abrir á todos los ojos, para que reparasen en el título glorioso de la cruz, en el cual estuvo firme Pilatos sin mudar una sola letra; y sin embargo de lo que alegaban, los envió para necios, diciendo (Joann., 22): «Lo escrito, está bien escrito.» Porque quería el Señor que en todas lenguas y naciones se publicase y creyese que Jesús Nazareno era el verdadero Rey de los judíos, y que

moría por redimir y santificar su pueblo, el cual se había de extender por todo el mundo, y había de ser creído de todas las gentes y confesado en todas las lenguas, para que así se cumpliese lo que estaba profetizado: *Dicite in nationibus, quia Dominus regnavit a ligno.*

CAPÍTULO XXXII

Los buenos cristianos hallan ejemplo, remedio y consuelo en Jesucristo crucificado.

Fué suma de la sabiduría de Dios, habiendo venido á este mundo hecho Hombre, escoger para salir de él la muerte más afrentosa y dolorosa que podía haber, y conquistar su reino por el madero de la cruz, abriendo esforzadamente el camino para el descanso y la gloria por medio de las afrentas y tormentos, embotándole al mundo sus más fuertes y mejores armas, y dando ánimo á los suyos para hollarle como á enemigo vencido (Joann., XVI, 33), y perderle el miedo aunque los ponga en grandes apreturas, esperando salir por medio de ellas (como El salió) al triunfo de la gloria.

Enseñónos también la suma reverencia, obediencia y amor que debemos tener á Dios sobre todas las cosas, perdiéndolas todas y la misma vida, cuando sea menester, para glorificarle y cumplir sus mandamientos. Además de esto esforzó nuestra flaqueza, armándonos de paciencia, de humildad y de confianza en Dios para todos los casos por adversos que sean, con lo cual somos hechos más fuertes que todos nuestros enemigos, despreciando por virtud de la cruz sus fuerzas, y no sintiendo sus golpes y heridas, porque todas dan en los bienes temporales, á cuyo amor por virtud de la cruz debemos estar crucificados y muertos. Diónos también á conocer el camino de la paz (Luc., I, 79), y enderezó nuestros pasos por él, guiándonos por la

pobreza, por las afrentas y deshonras, y desarraigando de nuestro corazón la codicia de estos bienes que el mundo estima, y de la cual nacen todas las perturbaciones y congojas. De esta manera la cruz en que se escandalizaron los judíos (I Cor., I, 23), y los gentiles tuvieron por locura, los escogidos y llamados de Dios han hallado en ella la virtud, la fuerza y la sabiduría de Dios.

Y habiendo su Divina Majestad ordenado manifestar su grandeza en la cruz y llevar por este camino á sus escogidos, era muy conveniente que así como en el cielo era grande en la majestad, así fuese en la tierra grande en la paciencia; y que El tomase primero su cruz para que le siguiésemos todos; y que El sólo tuviese más falta de los bienes que el mundo estima, y más parte en los males que el mundo aborrece, que otro ninguno de los hombres, porque como capitán había de ir delante por este nuevo camino que El nos descubrió para la vida. De aquí nació (lo que no se puede pensar sin mucha admiración) que en menos de veinticuatro horas que duró el proceso de la Pasión, llovieron sobre el Señor tantos trabajos en todo género y con tantas circunstancias para agravarlos, que no parece posible que pueda suceder á ningún hombre en el discurso de los tiempos ninguna manera de trabajo ó adversidad, que no la haya padecido primero en su persona con grandes ventajas nuestro Salvador. Porque su pobreza llegó á punto que le faltaron todas las cosas, pues ni tuvo una cama en que morir, ni un lienzo con que cubrirse, si no se lo dieran (como de limosna), ni en la sed y agonía de la muerte tuvo para refrescarse otro alivio que el que sus enemigos le quisieron dar, que fué hiel y vinagre. Finalmente, diciendo San Pablo (I ad Timot., VI, 8) que la suma pobreza es tener con qué cubrir el cuerpo y con qué sustentarle sin buscar otra cosa más, el Señor (II Cor., VIII, 9), que siendo rico se hizo pobre por nosotros, pasó más

adelante. Porque ni tuvo con qué cubrirse ni con qué apagar su sed; y las pobres vestiduras de que en su vida usaba, no pudo en su muerte dejarlas á quien quisiera, sino que se vió despojar de ellas, y que los soldados las repartían entre sí y sorteaban á su contento.

El desamparo de los hombres fué tan grande, que se pudo decir en su persona (Ps., XLI, 5): Miraba á una mano y á otra, y no hallaba á quien me conociese, porque mis conocidos antiguos huyeron muy lejos de Mí, y me tuvieron por cosa abominable. Y fué tanto mayor este golpe y caída, cuanto fué de más alto; de manera, que pudo decir mejor que Job (XXX, 22): Levantásteme en alto, y poniéndome sobre los vientos, me dejaste caer con mayor fuerza. Por cuanto habiendo sido estimado como Santo, reverenciado como Profeta, oído como gran Maestro y predicador, seguido de todo el pueblo con extraordinario concurso en el templo y en las sinagogas, en la ciudad y en el desierto, en la tierra y en el mar, habiendo sido engrandecido por sus milagros tantos y tan ilustres, querido y amado por los continuos beneficios que recibían de El, todo esto se trocó súbitamente en desconocimiento, en desprecio, en infamia, en odio y en aborrecimiento, como estaba escrito en su ley (Joann., XV, 25), que de balde le habían de querer mal. Puesto que sus naturales le procuraron la muerte con suma injusticia, y los gentiles se la dieron con suma crueldad; los sacerdotes y letrados eran como la levadura, con que toda la masa del pueblo quedó no poco avinagrada contra el Salvador; los príncipes soplaban, y en los populares se encendió tal llama, que no se pudo apagar con tantas afrentas y dolores, y no se contentaron viéndole colgado en una cruz, sino que como perros rabiosos despedazaban las carnes del que así veían morir con injurias y vituperios.

Teniendo tan declaradas contra sí las voluntades de

los judíos y gentiles, mayores y menores; en los suyos, que habían seguido su escuela, tampoco halló firmeza y lealtad. Pues de sus doce Apóstoles escogidos, uno le vendió y se hizo capitán de los que le iban á prender; otro, á quien El había dado el primado entre todos, le negó tres veces, echándose muchas maldiciones sobre que no le conocía, y los demás le desampararon, dejándole en poder de sus enemigos. ¡Oh ejemplo nunca visto de la inconstancia de las cosas humanas, y de la constancia que debe tener el verdadero cristiano en ellas! ¿Qué no sintió aquel bendito Corazón del Señor, cuando se vió tan falto de amigos y tan cercado de enemigos? Ya lo había significado muchos años antes por el Profeta, que dijo (Ps. xxi, 15): *Factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei.*

¡Sola su divina Madre nunca le desamparó, y le acompañó en su afrenta, cuando no le pudo ayudar ni defender, antes le acrecentaba intensamente el dolor con su presencia! Su Eterno Padre, que podía, no quiso por entonces volver por El, dejándole padecer con todo rigor á gusto de sus enemigos. Lo cual sintió el bendito Señor muy tiernamente, porque sus enemigos le daban con ello en el rostro, diciendo: Si espera en Dios, líbrele Dios y sálvele, pues que El dice que no quiere sino á solo Dios. Y no queriendo Dios por entonces librarle, ni dar muestras de que le quería bien, se quejó amorosamente cuando dijo: Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Mas ¿quién dirá cuán gravemente y de cuántas maneras padeció en la honra? Tuvo tanto más vivo el sentimiento de sus deshonras, cuanto era de más alto corazón, y había alcanzado mayor reputación y estima, y le habían tratado siempre con mayor reverencia. Pues estando en este punto tan reputado y acatado de toda la gente, los príncipes y magistrados le deshonraron, enviándole á prender fuera de la ciudad y en el campo, con mano armada

como si fuera ladrón, y trayéndole atado con violencia y vocerío por las calles más públicas de la ciudad. Y como el pueblo le vió preso y tan descompuesto y afrentado, todos (como suele acaecer) se dieron por engañados de la opinión que habían tenido de El, y como corridos de haber hecho tanta honra á un embaucador, procuraban deshacer el yerro con nuevas invenciones de injurias y de afrentas. De aquí nació el ofrecerse los del pueblo por testigo de todos los delitos que los sacerdotes querían fingir; y con un proceso hecho á su voluntad y lleno de tantas falsedades, le llevaron afrentosamente delante de todos los jueces que había entonces en Jerusalén, sometiéndole á todas las jurisdicciones, presentándole como reo delante de todos los tribunales, y saliendo de todos escarnecido y ultrajado.

De esta manera fué su deshonra la más calificada que se podía imaginar. Lo primero, por parte de su persona, que era verdadero Dios, y en cuanto hombre, tan acreditado y conocido.

Lo segundo, por parte de las personas que le deshonraron. Por razón de que los letrados y los ancianos, los pontífices y sacerdotes, los magistrados y jueces, era la gente más acreditada en letras y religión y de quien ménos se podía presumir, ó que ignorase la justicia, ó que quisiese hacer injusticia y agravio. Estos fueron los que después de mucho acuerdo, y habiendo examinado la causa en su concilio, le declararon por blasfemo y embaucador, y le condenaron por digno de muerte; todo el pueblo se la pidió y hacía fuerza al presidente con violencia popular para que se la diese; los soldados gentiles y sin Dios, y la gente más vil y soez, fueron los verdugos que la ejecutaron, poniendo en El las manos y las lenguas, sin ninguna vergüenza ó cortesía; uno de sus discípulos le vendió, y otro en su presencia le negó, despreciándose de haberle tratado ó conocido. Pues si bien se considera, cualquiera de estas cir-

cunstancias agrava la deshonra por parte de las personas que le deshonraron.

Lo tercero, por parte de los delitos de que le acusaron; á saber: de blasfemo contra Dios, que por lo menos se hacía Hijo suyo é igual con El; de traidor á los reyes, que les usurpaba su título y dignidad, y vedaba pagarles sus tributos; de hombre embustero y alborotador, que traía al pueblo embelesado é inquieto, juntando escuelas y enseñando doctrina nueva y perniciosa, discurriendo por la tierra, por aldeas y ciudades, sin tener domicilio señalado; de hechicero y encantador, que con milagros falsos y aparentes, hechos con ayuda del demonio, traía á la gente embelesada, y que se ofrecía á destruir el templo y en tres días volverle á edificar sin manos, con fuerza de palabras y de encantamientos; que todos eran crímenes gravísimos y odiosos, y contenían en sí otros muchos. Todos los cuales los sacerdotes y los letrados declararon y desmenuzaron, tanto al presidente Pilatos como al rey Herodes, acusando con gran fuerza al que callaba, y haciéndole probanza, con sólo su silencio, de delitos tan feos en tribunales tan graves.

Lo cuarto, creció su deshonra por parte de las cosas que hicieron con Él, que todas fueron llenas de dolor y de ignominia, á causa de que (como dijimos) le prendieron de noche, en el campo y con alboroto; llevároníe por la ciudad atado y con afrenta; examinaron su causa con violencia; y uno de los criados del pontífice, injuriándole de palabra como á descortés, le dió una bofetada en el rostro delante de su amo y del concilio de los sacerdotes. Los que aquella noche le guardaban, la gastaron toda en su deshonra, porque le cubrían los ojos y le escupían la cara, y dándole bofetadas, se reían y mofaban de Él como de profeta falso y mentiroso. Trajéronle por las calles diferentes veces, de unos tribunales en otros. Herodes le vistió, para

burlarse, como á tonto, y Pilatos le desnudó en su pretorio con suma vergüenza, para azotarle como á ladrón. La corte de los gentiles le adoró como á rey de burlas, hincándole con palos la corona en la cabeza, y el pueblo de los judíos no le quiso admitir ni confesar por rey de verdad, y puesto en competencia con un ladrón sedicioso y homicida, dieron al homicida libertad, y al autor de la vida tuvieron por indigno de ella. Y no refrenando siquira su furor viéndole desnudo, azotado y coronado de espinas, delante de Él, en su presencia y á sus ojos, le pidieron á voces para ser crucificado. Condenóle el juez; y siendo de suyo el género de muerte tan infame, le hicieron mucho más con la compañía de dos ladrones, crucificándole en medio como el más indigno de ellos; y haciéndole llevar por toda la ciudad el madero afrentoso de su cruz, le clavaron en ella desnudo, á vista de los suyos y de los extraños. Y como si todo esto no bastara, estando agonizando y con las ansias de la muerte, le decían palabras feas, dándole en rostro con los delitos que Él no había hecho y ellos le habían levantado. ¡Oh honrador y honra de los hombres! ¿quién así te deshonró por ellos? ¡Tú sólo mereces ser honrado y ensalzado por todos los siglos!

Los dolores de su cuerpo fueron tantos, que se pudo bien decir (Isai., I, 6), que desde la planta del pie hasta lo más alto de la cabeza no tenía parte sana, y que todo estaba hecho una llaga (Isai., LIII, 4) como el leproso, sin haberle quedado color, ni hermosura, ni vista ó figura por donde fuese conocido: las espaldas abiertas y todo el cuerpo señalado con azotes; los hombros molidos con el peso de la cruz; el pecho descoyuntado y estirado en ella; la cabeza traspasada con espinas, y de la mala noche flaca y desvelada; los cabellos mesados; la barba pelada y arrancada, y el rostro herido con bofetadas; las venas desangradas; la boca seca con la sed, y la lengua amarga con la

hiel y vinagre; las piernas y brazos estirados hasta contarle los huesos, las manos y pies barrenados; colgado de ellos, con clavos, de un madero, y abriendo las heridas con el peso de su mismo cuerpo; el corazón afligido y puesto á punto de morir, con la fuerza de la tristeza y congoja.

Porque ya que Dios quiso padecer, como Dios había de padecer; y así en lo que padeció, como en el modo y causa de padecerlo, claramente se descubría que era más que hombre el que padecía. Pues que estando con tan extremada pobreza, desamparado de sus amigos y rodeado de sus enemigos, tan deshonrado y abatido, y con tan graves dolores y tormentos, no se rindió ni mostró flaqueza, y no perdió un punto de su decoro y majestad. Antes bien, extendió animosamente los brazos, haciendo demostración de las fuerzas de Dios, y sustentando el peso de aquella cruz que solo El pudiera sustentarla. Ahora, si miramos la causa porque padeció, hallaremos que fué cosa muy conveniente á quien era, porque todo esto padeció por la justicia y por la verdad, y por volver por la honra de Dios y cumplir con el precepto que le tenía puesto, dejándose despojar de la hacienda y de la amistad de los hombres, de la fama y de la honra, de la salud y de la vida por no perder un punto de la obediencia. Padeció también por el bien público de todos los hombres presentes, pasados y venideros, ofreciéndose á su padre como holocausto verdadero, abrasado en el fuego de aquella caridad con que amaba á Dios sobre todo amor, y deseaba su honra sobre todo deseo, y el amor con que amaba á los hombres por haberle encomendado su Padre el rescate y redención de ellos. La cual hizo por esta causa tan copiosa, que, bastando una sola gota de su sangre para el remedio de mil mundos, El, por el excesivo amor que nos tenía, se dejó desangrar de tal manera, que no sólo pudiésemos ser rociados, sino también lavados

en su sangre nosotros y nuestras vestiduras. Por lo cual dijo el Apóstol (Apoc., I, 5): Amónos, y por eso nos lavó de nuestros pecados en su sangre. Y en otra parte: Bienaventurados (XXII, 14) los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero.

De esta manera nuestro grande amador, colgado de la cruz, nos estaba proveyendo de remedio, de ejemplo y consuelo. Puesto que remedio fué pagar por nuestras deudas al Eterno Padre, y satisfacer á la divina Justicia por nuestros desconciertos, y enriquecer nuestra pobreza con el tesoro de sus merecimientos, y armar nuestra flaqueza con la virtud de su cruz, para que habiendo (I Petr., IV, 1) padecido El en su sagrada carne, nosotros nos armásemos con este pensamiento y con la memoria de su pasión, en nuestras tentaciones.

Grande consuelo y ejemplo fué para los hombres dejarse tentar el Señor, y probar (ad Hebr., IV, 15) generalmente en cualesquier trabajos, para saber mejor compadecerse de ellos. Y grande sabiduría fué, y muy amorosa providencia, haber recogido á su Pasión todas las maneras de adversidades que los hombres en cualquier tiempo y ocasión podían tener. Esto fué de amigo muy fiel, y no menos de capitán muy esforzado, engolfarse animosamente (como estaba escrito en su persona) en alta mar (Ps. LXVIII, 3): *Veni in altitudinem maris*, y esperar á que descargasen sobre El todas las olas y tempestades que podían levantarse en ella, como El dijo en otra parte (LXXXVII, 8): *Et omnes fluctus tuos induxisti super me.* Todas tus olas (dice) las hiciste venir sobre mí, para dejar señalado con sus huellas é ilustrísimos ejemplos, camino real por medio de las aguas (esto es, por medio de las tribulaciones), por el cual pasase su pueblo alegremente, y sus enemigos (que son los amadores de este mundo) se sumiesen y anegasen como el plomo (Exod., XV, 10) en lo más profundo del agua. Quiero de-

cir, que los mundanos, de la pobreza no saben sacar sino tristeza, de las enfermedades impaciencia, y de las deshonras desesperación. Pero este Señor enseñó á sus escogidos á ganar por medio de la pobreza la riqueza, por medio de los dolores el descanso, por medio de la deshonra la verdadera honra y gloria, y por medio de la muerte (Ps. xv, 11) descubrió los caminos de la vida. Extendió sus manos á la cruz, y quedaron sus enemigos tragados y hundidos debajo de la tierra; fué guía y capitán de su pueblo redimido, y con la fortaleza que tuvo sufriendo le sustentó, y llevó sobre sus hombros á las moradas eternas de la gloria, según estaba escrito (Exod., xv, 12): *Extendiste manum tuam, et devoravit eos terra: dux fuisti in misericordia tua populo, quem redimisti, et portasti eum in fortitudine tua ad habitaculum sanctum tuum.*

CAPÍTULO XXXIII

Lo que obraba en el Padre Eterno la vista de Jesucristo crucificado.

MIRABA el Padre Eterno este espectáculo por todas partes tan maravilloso y tan digno de sus ojos; y habiendo de hablar en negocio tan alto y tan secreto con lenguaje de hombres, no se puede declarar con palabras el gusto y alegría que recibía, viendo las grandezas que con tanto valor obraba su amantísimo Hijo en la cruz, que todas eran para mayor gloria suya y manifestación de su santidad. Pues si en las cosas humanas se alegraría tanto un padre de ver salir á la lucha á su hijo armado, bien puesto en el caballo, con valor y gentileza, sin flaqueza ni fealdad, y que allí derriba sus enemigos y los rinde y atropella gloriosamente, principalmente cuando ha entrado en esta lid por injurias de su padre y por satisfacer á su honor, ¿qué complacencia tendría el Eterno Padre con la vista de aquel tan amado y obediente Hijo, viéndole tan bien

puesto en la cruz, sin rastro de impaciencia ó de flaqueza, padeciendo con tanta mansedumbre, y ofreciéndose con tanta caridad, poniendo terror á sus contrarios con su esfuerzo y valentía, vengando las injurias de su Padre y satisfaciendo á su honor, haciendo demostración de la justicia y de la misericordia de Dios, y manifestación de su gloria y santidad?

Y si el humo de los sacrificios antiguos, donde se quemaban en fuego material las carnes de los animales, le aceptaba Dios en olor de suavidad, ¿cuán acepto le fué este sacrificio, donde el sacerdote era su amantísimo Hijo, verdadero hombre y Dios, que se ofrecía á sí mismo en el altar de la cruz, Hostia viva y agradable, derramando toda su sangre por precio y purificación de nuestras culpas, el cuerpo asado en fuego de dolores, y el corazón en el fuego de la caridad? Sin duda quedó Dios tan satisfecho de esta paga y tan honrado con este sacrificio, que le empezaron á desagradar los sacrificios viejos de la ley, los cuales nunca le agradaron sino por ser como pintura y sombra de este nuevo sacrificio.

Este es aquel sacrificio que, ofrecido una tan sola vez, fué bastante para todos los hombres y para todos los siglos, sin ser menester otro diferente. Porque con solo este quedó la ira de Dios aplacada, su justicia satisfecha, la misericordia propicia, los pecados perdonados, el mundo reconciliado, y los dones de la gracia y de la gloria merecidos para los hombres. Y así como prometió Dios á Noé que cuando mucho lloviese, él miraría su arco (que puso en las nubes en señal de amistad con los hombres) para no destruir la tierra por agua, así mucho más mirando Dios á su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos á modo de arco, quita del arco riguroso de su ira las flechas que ya quería arrojar, y en lugar de castigos da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo, á hacer miseri-

cordia, que irritado por nuestros pecados á tomar venganza.

Porque (1) así como la causa porque amó Cristo nuestro Señor á los hombres, no son los hombres sino Dios, así también la causa porque Dios tiene prometidos tantos bienes al hombre, no es el hombre, sino Cristo nuestro Redentor. La causa porque el Hijo nos ama es porque lo mandó su Padre, y la causa porque el Padre nos favorece, es porque se lo pidió y se lo mereció su Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales planetas, por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia y se envían todas las influencias de gracias al mundo.

¡Cuán firmes son los estribos del amor que nos tiene Dios! Y no lo son menos los de la esperanza que nosotros tenemos en Él. Tú nos amas, buen Jesús, porque tu Padre te lo manda; y tu Padre nos perdona, porque Tú se lo suplicas. De mirar Tú su voluntad y mandamiento, resulta que Tú me ames á mí porque así lo pide tu obediencia, y de mirar Él tus padecimientos y heridas procede mi perdón y salud, porque así lo piden tus merecimientos. Miraos siempre, Padre é Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡Oh vista de soberana virtud! ¡Oh aspecto de divinos planetas de donde proceden los rayos de la divina gracia con tanta certidumbre! ¿Cuándo desobedecerá tal Hijo? ¿Cuándo no mirará tal Padre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? Pues digámosle con humide reverencia presentándole á su Hijo, puesto por nosotros en la cruz: *Protector noster aspice, Deus, et respice in faciem Christi tui.*

---

(1) M. Ávila, *Trat. del Amor de Dios.*

CAPÍTULO XXXIV

De la primera palabra que habló el Señor en la cruz.

Jesus autem dicebat Pater, dimitte illis nom enim sciunt quid faiunct. (Luc., XXIII, 34.)

De este agradamiento que el Padre Eterno tenía del sacrificio que su Hijo le ofrecía en la cruz, se valió el mismo Señor para favorecer á los hombres, no sólo á los justos, sino á los pecadores; y no á cualesquiera, sino á los que actualmente estaban cometiendo un gravísimo y horrendo delito; no solamente á los que se compadecían de El, sino á los que de balde le aborrecían, y gravemente le injuriaban, y cruelmente le atormentaban. Pues el benignísimo Señor tenía cuidado del bien de aquellos que le hacian mal, y le aquejaba la sed de la salud de aquellos que la tenían insaciable de su sangre, y no se hartaban de tanta como le veían derramar en la cruz. Por este motivo convenía que estando en ella, rogase al Señor públicamente por los que le habían crucificado, para que ninguno hubiese tan perverso que del todo se tuviese por excluído del rescate que se hacía con esta sangre, y del valor y méritos de esta oración.

Y no teniendo sano ningún miembro sino sólo la lengua, la cual con la fatiga mortal y derramamiento de la sangre tenía seca, y de la hiel que le dieron había quedado amarga, demanda con ella, y ruega al Eterno Padre que perdone á aquellos pecadores que le tenían puesto en tal aprieto. Con esto mostró el Señor que le dolía más la perdición de aquella gente, que todo lo demás que El padecía en su persona, pues no cuidando de sí cuida de ellos; y olvidándose de sí, se acuerda de ellos; y no pidiendo alivio

ni remedio para sí, le pide para ellos. Porque luego que le dejaron á los ojos de todo el pueblo, estirado en los brazos de la cruz y colgado de tres clavos del santo madero, no curando del cruelísimo tormento en que estaba, la primera cosa que hace, y el primer cuidado que mostró, fué aplacar la ira de su Padre, que se encendía contra los pérfidos judíos con la fatiga inmensa de su amantísimo Hijo. Tal, por cierto, convenía que fuese nuestro Sumo Sacerdote, y tan encendida su caridad, y tal el sacrificio que ofrecía en el altar de la cruz, y tan estimable su valor, que abrazase á los mismos enemigos y alcanzase perdón del mismo pecado con que le crucificaban. Y para vencer el mal con el bien, así como ellos multiplicaban y repetían las injurias, así El multiplicaba su oración; porque debió de repetirla muchas veces, pues el Evangelista que lo cuenta no escribe solamente que dijo estas palabras, sino que las decía: *Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.*

Verdaderamente, que si fué admirable el Señor en lo mucho que calló en su Pasión no volviendo por sí, no fué menos admirable en lo que habló volviendo por sus enemigos. Porque aqueste grande abogado nuestro, en pocas palabras representó á su Eterno Padre, en favor de aquellos pecadores, todos los motivos que podían tener fuerza para alcanzarles perdón, alegando la ignorancia de ellos y los méritos y dignidad de quien pedía. Padre (dice), que verdaderamente lo eres mío, y yo tu verdadero Hijo; yo sé, Padre mío, el amor que Tú me tienes, y Tú ves la reverencia y obediencia que á Ti tengo, pues solamente por ella estoy colgado y agonizando en esta cruz; no es justo que tal Padre y en tal ocasión niegue á su Hijo petición alguna; y para esta que ahora hago, me quiero valer del nombre de Padre, y del título de Hijo, y de la sangre que derramo, y de la agonía de muerte en que estoy. Padre

mío, lo que Yo te pido es que les perdones esta culpa. Ellos me quitan la vida injustamente, y Tú, como Padre, les puedes pedir mi muerte, y como justo Juez tomar venganza de ella. Yo, cuanto es de mi parte, los perdono, y te ruego y suplico que los perdones Tú también; y pues Yo los quiero por hermanos, sean por Ti mirados y adoptados como hijos. Véase ahora el valor de mi sangre en los mismos que la derraman; y ya que ha llegado el tiempo en que veas á tu Hijo colgado de una cruz, también es tiempo de perdonar y hacer misericordia.

Perdónalos, Padre, que aunque su culpa es gravísima y horrenda, al fin son hombres ciegos é ignorantes: unos apasionados y otros engañados; y los unos y los otros poco advertidos y mal considerados, para saber pesar (como debían) la malicia de su culpa. Sus príncipes y sacerdotes se han cegado en medio de la luz, y no han querido conocer la verdad de quien Yo era, habiéndoselo probado con señales evidentes; y no sólo esto, sino que han pervertido y engañado al pueblo para que me nieguen, y me pidan y procuren la muerte: Yo lo sufro por ellos de buena gana. Mas si esto, Padre mío, es alguna parte para disminuir la injuria que se te hace á Ti, ellos no han conocido que Yo soy tu Hijo, tanto más obediente para contigo, cuanto ellos son para conmigo más crueles. Por lo cual te suplico que no mires á que ellos me matan á Mí, sino á que Yo muero por ellos; y pues Yo muero por ellos, no mueran ellos por haberme dado la muerte á Mí: *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.*

El que de esta manera rogaba al Padre con voz alta que la pudieron oir todos, también se lo rogaba á su Madre bendita (Bonav., *In Stim. Div. Amor.)*, que allí estaba presente, hablándola en lo secreto de su corazón. La cual, como oyó la oración que el Hijo hacía entre las angustias de la muerte, se enternecieron sus piadosas entrañas, y

quedó su alma altísimamente alumbrada y enseñada por medio de ella. Y como también era parte como verdadera Madre para pedir venganza de esta muerte, conociendo la voluntad y caridad de su Hijo, con toda la fuerza que el Espíritu Santo la comunicaba, abrazó á aquellos perversos pecadores y crueles perseguidores en el amor de verdadera Madre, y juntando su oración con la del Hijo, pedía afectuosamente al Padre Eterno que los perdonase.

Con tales medianeros usó Dios de misericordia con muchos de los presentes que allí estaban *(Glos. ordin. in illiud Isai.* 53. *Et pro transgressoribus rogavit)*, que creyeron luego en el Señor: otros, después de muerto, movidos de los prodigios que pasaban (Luc., XXIII, 48), se convertían á Dios, hiriéndose en los pechos; y otros muchos millares (Act. II, 41) se convirtieron, después de haber subido el Señor al cielo, por el sermón de los Apóstoles.

CAPÍTULO XXXV

De la segunda palabra que el Salvador habló con el ladrón en la cruz.

Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi, hodie mecum eris in Paradiso. (Luc., XXIII, 43).

Entre estos en quienes tuvo efecto la oración del Salvador, fué uno de los dos ladrones que estaban crucificados con El, los cuales debían de ser judíos de profesión, pues á lo que parece de la blasfemia del uno y de la confesión del otro, tenían alguna noticia del reino de Cristo y del Mesías que esperaban. Y fué así, que pasó tan adelante la afrenta y desamparo del Señor, que no sólo los príncipes de los sacerdotes que le habían puesto allí y lo restante del pueblo que miraba (Matth., XXVII, 44), sino los mismos ladrones, colgados como estaban en sus cruces, blasfemaban de El. Tanto fué lo que el Hijo de Dios se humi-

lló por nuestro respeto, que los ladrones, gente infame y vil, estando en pública afrenta y recibiendo la pena debida á sus maldades, entonces cuando su propio dolor los había de hacer más compasivos, y la vergüenza de sus delitos los había de tener mudos, con desvergüenza y diabólico furor se empleaban ellos también en el Señor, lastimándole más de cerca con sus injurias y blasfemias.

Porque el uno de ellos, estando impaciente en el tormento que tenía merecido, y oyendo lo que hablaban los sacerdotes y letrados, que si era Hijo de Dios y Rey de Israel (como decía), se bajase de la cruz y se pusiese en salvo, aprendió de ellos la misma blasfemia, y añadía: que si fuera verdad lo que de sí había publicado, no sólo se había de librar á sí, sino también á ellos, pues eran compañeros del tormento. «Si Tú eres Cristo (Luc., XXIII, 39), decía, sálvate á Ti y á nosotros; mas porque no lo eres (como si dijera), padeces Tú y nosotros también; que si lo fueras, ¿qué mejor ocasión pudieras desear que aquesta para mostrarlo por las obras? ¿Y en quién era razón que mostraras tu poder sino en los que padecen en tu compañía? Que si tus enemigos te han querido deshonrar haciéndote compañero de ladrones en la pena, Tú (si fueras lo que dices) te habías de vengar de ellos haciendo á estos ladrones compañeros de tu gloria. Mas porque cayó en nuestra desdicha padecer en compañía de un hombre mentiroso y embaucador, por eso no tiene remedio ni alivio nuestra pena.» De esta manera hacía este ladrón cargo al Salvador, y no á sus delitos, del tormento que padecía. Así lo suelen hacer comunmente los blasfemos, que no mirando las culpas que les han acarreado sus trabajos, se quejan atrevidamente de Dios porque no los libra de ellos.

Pero otro ladrón, que con ojos alumbrados de Dios estaba contemplando aquel espectáculo, fuente de toda la gracia y santidad, considerando la profunda paciencia y

mansedumbre de aquel Señor que padecía y la caridad con que rogaba por sus enemigos, movido interiormente del Espíritu divino entendió, no sólo que era inocente, sino que era Rey verdadero; y que para gloria suya y confusión de sus enemigos podía librar á los ladrones del tormento y hacerlos participantes de su reino y de su gloria, aunque no de la manera que el otro su compañero blasfemaba. Por lo cual le reprendió y corrigió desde la cruz diciendo (Luc., 40): ¿Ni tú tampoco temes á Dios estando comprendido en la misma condenación y sentencia? Digo que es la misma, aunque la causa muy diferente, porque tú y yo padecemos justamente; pero Este, ¿qué cosa mala hizo?

Como si dijera: Maravilla es que la ceguedad de los sacerdotes y letrados sea tanta, que no conozcan la inocencia de este santo Cordero, que injustamente padece; y que su pasión esté tan encendida y tan embravecido su furor, que viéndole padecer tales dolores, estén tan lejos de compadecerse, que se los aumentan y dan mucho mayores con su lengua. Maravilla es que Pilatos, estando desapasionado y habiendo conocido la verdad, se haya dejado rendir á la injusticia, lo cual es argumento claro de que él y ellos, y ellos y él, han perdido del todo la vergüenza y el temor de Dios. Mas al fin, el presidente se dejó vencer del temor humano de perder la gracia y amistad del César, la cual quería conservar para sus pretensiones. Los sacerdotes, llenos de ambición y de codicia, han conseguido pertinazmente su intento de quitar delante de los ojos al que tenían por contrario de su honra y de sus intereses. Los unos y los otros, como gente descansada y que no sabe de tormento, tampoco se compadecen de los que entán en él. Pero lo que es peor, y que por ningún camino se puede excusar, es que ni aun tú tienes temor de Dios, siendo en ti tanto más feo el no tenerle, porque ni te humilla la

afrenta en que estás, ni te rinde la pena que padeces, ni te desengaña la muerte que esperas. Antes, estando como estás condenado, te muestras tan insolente como están los acusadores y jueces, y tienes tan poca compasión como si no participaras del tormento, siendo consorte y compañero en la misma sentencia y condenación.

Et nos quidem juste, etc. Nosotros con justicia somos castigados, porque recibimos la paga que merecían nuestros delitos; pero Este ninguna cosa hizo que no fuese de santo y gran Profeta. Y si mueve á lástima ver padecer á un hombre aunque culpado, y tú y yo que estamos aquí por nuestras culpas, á los que son hombres como nosotros pedimos siquiera compasión de nuestras penas, ¿cuánta más razón es que nosotros, que siendo hombres, estamos atormentados como El y somos culpados, no siéndolo El, tuviéramos lástima y compasión de su tormento? De esta manera estando el Señor en la cruz alumbró al un ladrón para ganarle, y al otro, porque no se perdiese, le proveyó de predicador que le reprendiese y enseñase, el que más á propósito pudiera ser, que era su mismo compañero.

Pues este dichoso ladrón, después de haber reconocido y confesado en esta forma sus pecados, y habiendo aceptado su cruz con humildad y paciencia como castigo merecido de ellos, y después de haber reprendido al compañero su blasfemia y predicádole la inocencia y santidad del Salvador, se volvió á él, y con humilde oración, le dijo (Luc., XXIII, 42): «Acuérdate, Señor, de mí, cuando vinieres en tu reino.» Que fué una modesta petición y maravillosa confesión; porque le confesó por Rey y creyó que había de resucitar, pues dijo que había de venir glorioso en la Majestad de su reino; y le tuvo por Dios, pues le llamó Señor y le pidió que se acordase de él, no para cosa de esta vida, pues estaba ya para perderla, sino solamente para que le perdonase sus pecados.

Ahora, si miramos el tiempo y circunstancias en que creyó y confesó estas verdades, se descubre más la fuerza de la luz y la gracia celestial. Veíale padecer como él, y que los sacerdotes y letrados le blasfemaban aún más que á él, ¿qué mucho que pensara que tenía las mismas culpas ó mayores que él? Y como dice San León (S. Leo de Pax): *Quae istam fidem exhortatio persuasit? Quae doctrina imbuit? Quis praedicator accendit? Non viderat prius acta miracula: cessaverat tunc languentium curatio, caecorum iluminatio, vivificatio mortuorum: ea ipsa, quae mox erant gerenda, non aderant: et tamen Dominum confitetur, et Regem, quem vidit supplicii sui esse consortem.* ¿Qué exhortación (dice San León) le persuadió esta fe? ¿Qué doctrina se la enseñó? ¿Qué predicador le despertó? El no había visto los milagros que primero se habían hecho; por entonces había cesado la cura de los enfermos, el alumbrar los ciegos y resucitar los muertos. Aquellas mismas señales que se habían de hacer al tiempo de su muerte, obscureciéndose el sol, quebrándose las piedras y abriéndose las sepulturas, aún no estaban presentes. ¡Con todo eso, confiesa por Rey y por Señor al que tiene por compañero en el suplicio! Esto dice San León.

Pero el mismo Señor, que después de subido á los cielos ha descubierto á tantos las excelencias de su cruz, se las descubrió á este ladrón, estando en ella, y por eso dijo: Acuérdate, Señor, de mí, cuando vinieres á tu reino. Bien, sé, Señor, y lo conozco, que aunque eres Señor de todo el mundo, pero que tu reino no es de este mundo, ni yo te suplico por cosa de este mundo estando yo en una cruz y Tú en otra, los dos ya casi fuera del mundo. Y aun cuando yo no mereciera esta cruz por mis delitos, y tuviera en mis manos todas las riquezas y haberes del mundo, todo lo dejaría libremente, y sobre todo escogiera esta cruz en que estoy por ser compañero de la tuya. Solamen-

te me tiene aficionado y suspenso la gloria y bienaventuranza que me has descubierto de tu reino. Y si á Ti, Señor, estando en este mundo te ha cabido tanta parte de la pena de mis pecados, no es mucho que cuando yo salga de él, me quepa alguna del premio de tus merecimientos. No te pido de las primeras sillas, ni la mano derecha ó siniestra de tu gloria; yo me tengo por muy favorecido en que me hayas dado la mano derecha de tu cruz, y esto me da algún atrevimiento para pedirte que cuando te veas en tu reino me tengas siquiera en tu memoria.

Aceptó el Señor de buena gana, entre tantas blasfemias de los sacerdotes, la confesión de un ladrón; el cual, así como conoció que aquel Señor (aunque estaba disimulado y encubierto) era Rey verdadero de aquel pueblo, de todos los hombres y de todos los siglos; y así como le predicó y le pidió mercedes como á Rey, así El se las concedió como tal, mucho mayores que las pedía. Alegre de ver ya el fruto de su sangre y las primicias de la conversión de los pecadores, y un ejemplar de la humilde confesión de los verdaderos penitentes, aquel Señor que juntamente con ser Rey era también Sumo Sacerdote, le absolvió desde la cruz, y le concedió plenaria indulgencia de sus culpas, para que en aquel mismo día gozase con El del paraíso. Y haciendo trono de su cruz, y asiento y silla en las mismas llagas de que estaba colgado y en los clavos á que estaba asido, despachó la petición de este ladrón, con liberalidad y magnificencia de Rey, diciendo: Yo te digo de verdad, que hoy estarás conmigo en el paraíso. ¡Tal, por cierto, convenía que fuese el trono de su clemencia, y que así se despachasen las causas de los pecadores!

CAPÍTULO XXXVI

Eclípsase el sol y hácense tinieblas sobre toda la tierra.

A sexta autem hora tenebrae factae sunt super universam terram usque ad horam nonam. (Mat., XXVII, 45).

Habiendo, pues, el Señor estado en la cruz como media hora, desnudo y con afrenta y vergüenza pública, á vista del cielo y de la tierra, y á la luz del mediodía, blasfemado de todos los que concurrían á este espectáculo y de los mismos ladrones que padecían con El, quiso el Eterno Padre dar desde el cielo testimonio del que así moría, con prodigios y señales manifiestas. Esto se hizo mostrando sentimiento las más principales criaturas del mundo, y como haciendo llanto y poniéndose luto por la muerte de su común Señor. Porque el sol primeramente (Matth., v, 45) (que por mandamiento de Dios sale cada día sobre los buenos y los malos), abominando esta maldad sobre todas las que se habían cometido en el mundo, apartó sus ojos y cubrió su rostro por no verla; y castigando á los que la hacían, escondió sus rayos porque no gozasen de ellos, y obscurecióse al mediodía cuando más resplandecía, para significar las sombras en que hasta entonces habían vivido los judíos, y la ceguedad en que de presente estaban en medio de la luz de tantas maravillas. También amenazaba esta obscuridad ira y castigo, cual merecía su culpa; porque les había de quitar el Señor la luz de sus favores y misericordias, y ponerlos en tal apretura y turbación, que viesen (como dicen) las estrellas á mediodía.

Mostrándose por una parte el sol tan sañudo contra la canalla de los judíos, que tan furiosos andaban en la muer-

te del Señor, por otra parte sirvió en esta ocasión á su Hacedor en la manera que podía. Por cuanto se puso luto en su muerte, y cubrió su desnudez con velo de tinieblas, y estorbó la vista de los que miraban, y enfrenó las lenguas de los que blasfemaban, y dió materia de admiración en todo el mundo y ocasión de inquirir la causa de efecto tan nuevo y desacostumbrado. Pues á la hora de sexta, poco más ó menos (Marc., xv, 33; Luc., xxiii, 44), después de ella, que en la cuenta de nuestro reloj viene á ser la hora del mediodía, estando la luna en oposición del sol y distante de él por toda la mitad del cielo, volvió atrás con movimiento apresurado, y se le puso delante para estorbarle la luz (Marc., 45), y el sol se obscureció, y quedó en tinieblas toda la tierra. ¿Qué otra señal del cielo más ilustre (Marc., viii, 11) que ésta pudieran pedir los judíos para remedio de su incredulidad? ¿Cuándo dos planetas tan insignes, y que son los ojos del mundo y lumbreras del universo, hicieron una mudanza tan nueva, tan súbita y apresurada, y tan fuera del curso ordinario de la naturaleza? Porque siendo así que el eclipse del sol se hace siempre poniéndose la luna entre él y la tierra, y estorbando que no pasen sus rayos para alumbrarla, de aquí es que este eclipse no puede suceder naturalmente sino en tiempo de conjunción. Y como el cuerpo de la luna es menor que el del sol y que el de la tierra, cuando se pone entre el uno y el otro, ni cubre del todo el sol, ni obscurece del todo la tierra. Pero en esta ocasión sucedió todo del revés. Porque la luna estaba llena y en oposición, y así fué menester que volviese atrás con su movimiento para ponerse debajo del sol. Y aunque su movimiento ordinario es velocísimo, no es tanto que no gaste veinticuatro horas en dar una vuelta al cielo: mas aquí, estando opuesta al sol y en la parte contraria del cielo, súbitamente y con un movimiento más veloz y arrebatado de lo que se puede imaginar, se puso debajo

del sol; y estando allí, siendo cuerpo tanto menor se obscureció el sol y se hicieron tinieblas sobre toda la tierra.

Pues ¿quién es este Señor que así manda en los cielos y gobierna los planetas, y tiene en la mano las riendas con que rige sus movimientos? ¿Quién es este Señor á quien obedecen las estrellas, y le sirven con su luz y le honran con sus tinieblas? Sin duda que esta grande novedad con que se desarmó y descompuso aquel reloj tan concertado de los cielos, no pudo tener otra causa sino una de las dos que dijo el gran Dionisio Areopagita, cuando antes de su conversión, y siendo solamente un filósofo gentil, estando en Atenas al tiempo que el Salvador padecía, admirado de este nuevo accidente del sol y de este nuevo movimiento de la luna, dijo: Ó la máquina del mundo perece, ó el Criador de la naturaleza padece.

Duraron estas tinieblas desde la hora de sexta hasta la hora de nona, que fué casi todo el tiempo que estuvo vivo el Salvador en la cruz. Con mucha razón se obscureció en esta ocasión toda la tierra, porque no había ya cosa en ella digna de ser mirada, sino solamente aquella obra del Señor que estaba obrando la salud en medio de la tierra. (Ps. LXXIII, 12): *Deus autem Rex noster ante saecula operatus est salutem in medio terrae.* Con esta obscuridad quedó el santo monte hecho un oratorio celestial, dando materia de contemplación con aquel santo y vivo Crucificado que allí estaba. Cerráronse en esta forma las ventanas del cielo para que los justos, entrando como Moisés en esta niebla y obscuridad, y apartando los ojos de todo lo visible, reciban en sus almas luz espiritual para ver, gozar y penetrar en este misterio, lo que á los ojos del cuerpo es invisible.

CAPÍTULO XXXVII

La Virgen nuestra Señora se puso con grande constancia cerca de la cruz.

La Virgen nuestra Señora y algunas santas y devotas mujeres que la acompañaban, y otros de los discípulos y conocidos del Señor, le siguieron hasta el Calvario. Llegados allí se pusieron algo lejos (Luc., XXIII, 49; Marc., XV, 40), pero en parte donde veían todo lo que pasaba; porque el alboroto del pueblo, el tropel de la gente y el furor de los ministros, las blasfemias y descortesías, las voces y malas palabras, no daban lugar para llegarse más de cerca. Pero ya que estaba ejecutada la justicia, y el inocente con los malhechores estaban todos colgados de sus cruces, y los sacerdotes apasionados y el pueblo furioso habían vomitado su veneno y cansádose de decir injurias y blasfemias, y sobre todo, con el espanto y admiración que causaron las tinieblas, se empezó á aquietar y retirar la gente, y á dar lugar los que se iban á los que venían. Entonces la Virgen, no perdiendo esta ocasión, y animada con aquella sombra que le hacía el sol (que parece que se obscureció para favorecer á la vergüenza virginal en lugar tan público y patente), y mucho más confortada del Espíritu Santo que la guiaba, se fué acercando á la cruz á buscar su Corazón, que estaba enclavado en ella.

Andaban en su compañía algunas devotas y piadosas mujeres, dignas por cierto de ser alabadas y encomendadas en el Evangelio (Matth., XXXVII, 55), porque con ánimo varonil se hallaron presentes á la muerte del Señor, cuando los Apóstoles, vencidos de temor, andaban derramados y escondidos, y porque habían venido desde Galilea de-

jando sus casas y sus tierras en seguimiento del Salvador, y le servían y socorrían de sus haciendas con todo lo que era necesario. Entre éstas había tres más conocidas, ó por ser más diligentes y continuas en el servicio del Señor, ó por el deudo que tenían con El, ó por tener algunas de ellas sus hijos en el Apostolado. Por estas causas eran más familiares al Señor y tenían trato más estrecho con su Santísima Madre, y acompañaron al Señor hasta la sepultura, y apenas (Matth., 61), después de estar en ella se podían apartar de El. Estas eran María Magdalena, hermana de Lázaro y de Marta, y otra María, mujer de Cleofás, por sobrenombre Alfeo, á la cual llama San Juan (Joann., XIX, 25), hermana de la Virgen nuestra Señora, ó porque en la verdad lo era, ó porque estaban casadas con dos hermanos, como algunos piensan, que lo eran San José y Cleofás, marido de esta María; la cual era madre de Santiago, dicho el hermano del Señor (Ad Galat., I, 19), por la semejanza que tenía con El, y llamado (Marc., XV, 40), Menor porque era de menor edad que el otro Jacobo, y también llamado (Matth., X, 3), Alfeo por su padre, que tenía este nombre. Era también esta María madre de José (Marc., XV, 40), que piensan algunos ser aquel justo que entró después en suertes con San Matías (Actor., I, 23), para el Apostolado; y también se dice que era madre de Simón Cananeo y de Judas Tadeo. Según esto, esta venerable matrona y hermana de la Virgen, tenía tres hijos Apóstoles, y el cuarto era justo que por serlo le habían puesto este nombre y entró en suerte para Apóstol. Todos éstos eran llamados hermanos del Señor (Matth., XIII, 55), por este parentesco tan estrecho que tenían con El. Con María Magdalena y María Cleofé acompañaba también á la Virgen la mujer del Zebedeo (Matth., XXVII, 56), madre de Santiago el Mayor y de San Juan Evangelista, llamada Salomé (Marc., XV, 40), que también se piensa que era hermana de la Virgen.

Estas Santas y piadosas mujeres, cuando estaba el Señor en Galilea, le seguían y le servían con sus personas y haciendas, y sabiendo que era llegado el tiempo en que había de morir (como El se lo había declarado), se vinieron con El desde Galilea á Jerusalén, no sufriéndolas el corazón hallarse ausentes en esta ocasión. Por esta causa no se apartaban de la Virgen, y la hacían compañía en aquel lugar de tanta afrenta, y en aquel día de tanta amargura y dolor.

Stabant autem (Joann., XIX, 25) *juxta crucem Jesu Mater ejus, et soror Matris ejus María Cleophae et María Magdalene*, etc. Estaba, pues (dice San Juan), cerca de la cruz de Jesús su Madre, y en su compañía estaba su hermana María Cleofé y también María Magdalena; y no solamente estaba cerca de la cruz viendo con sus piadosos ojos las heridas del Hijo, mas aun estaba en pie. ¡Oh fortaleza de ánimo! ¡Oh maravillosa constancia de Madre, tan parecida á su Hijo! El Hijo moría, y la Madre no temía la muerte; el Hijo estaba estirado en la cruz, y la Madre estaba en pie junto á ella; el Hijo padecía, y la Madre se ofrecía varonilmente á los perseguidores; el Hijo daba su vida por la salud del mundo, y la Madre estaba dispuesta á dar también (si fuera menester) la suya. El mundo se trastornaba, la tierra se estremecía y las columnas del cielo temblaban, y la Virgen se estaba quieta en su lugar. Las piedras se hacían pedazos, y estaba entero el corazón de la Madre. Los vientos bramaban y las olas subían hasta el cielo, y la navecilla de la Virgen, gobernada del Espíritu Santo, iba firme y sin torcer un punto de la voluntad de Dios.

Pero con esta conformidad de voluntad, ¿qué entendimiento podrá comprender ó qué lengua declarar las lágrimas y el dolor, los gemidos y quebrantamiento de corazón que tuvo la bendita Madre viendo á su dulcísimo Hijo su-

frir tan grandes, tan largos y tan vergonzosos tormentos? Porque á la medida del amor es la del dolor, y cual era el amor de su corazón, tal era su angustia; y así como no se puede bien entender el amor que tenía la Virgen á su Hijo, así ni el dolor que recibió de sus dolores.

Amábale por el largo trato y suavísima comunicación que había tenido con El, como ama un amigo á otro. Amábale por la doctrina tan alta que con luz tan extraordinaria había aprendido de El, como ama un discípulo á su maestro. Amábale por las muchas y grandes mercedes que había recibido de El, como á su bienhechor y Señor. De aquí nacía la reverencia con que de ordinario estaría delante de El, sin atreverse á levantar los ojos del suelo en su presencia. Pero en este día, puesta á par de la cruz, el amor la hacía mirar lo que no podía sin gravísimo dolor. Alzaba los ojos para mirarle, y era tanto el dolor que recibía de verle, que cuan presto los alzaba tan presto los bajaba, acudiendo á reparar la herida del corazón.

Amábale también como madre á un solo hijo. Si las fieras se dejan hacer pedazos y se ponen en manifiestos peligros por librar á sus hijos de ellos, ¿qué obraría el amor natural en las entrañas piadosas de tal Madre cuando viese en tantos peligros á tal Hijo? Porque las otras madres reciben naturalmente algún alivio con regalar y acariciar á los que salieron de sus entrañas, y con ponerse á la defensa de ellos, y hacer resistencia y pelear con los que los ofenden, y oponerse como muro para recibir los golpes y la muerte por aquellos á quienes dieron la vida. ¿Pero cuál fué, Señora, tu sentimiento cuando estando en este lugar viste á tu amado Hijo tan maltratado y no le pudiste socorrer? Vístelo desnudo, y no le pudiste cubrir; vístelo transido de sed, y no le pudiste dar á beber; vístelo injuriado, y no le pudiste defender; vístelo infamado de malhechor, y no pudiste volver por El; viste escupido su rostro,

y no le podías limpiar; finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podías enjugar, ni recoger aquel postrer aliento que de su sagrado pecho salía, ni juntar en uno los rostros tan conocidos y tan amados, y morir así abrazada con El.

Sobre todo, amaba la Virgen á su Hijo como á su Dios y su Criador, y como á su Redentor y santificador; y esto no con remisión y tibieza (la cual suele caer muchas veces en en el amor de las madres), sino con las fuerzas que el Espíritu Santo la daba, las cuales eran muy grandes, más de lo que se puede decir: y así, tampoco es decible, ni se puede tasar, ni hay palabras con que poder encarecer la grandeza de este amor. Aquellos entenderán algo de él que hubieren experimentado alguna vez las fuerzas de la caridad. Este amor quisisteis Vos, Señor, que fuese el sayón y el verdugo que atormentase á aquella Virgen, y señoreando de su corazón hiciese en él tantas heridas como su Hijo tenía en el cuerpo. El cuerpo de Jesucristo su Hijo estaba todo llagado con cinco mil azotes, su cabeza atravesada con tantas espinas, sus pies y manos barrenados con clavos, sus cabellos mesados, su rostro escupido y abofeteado, su pecho abierto, y sus huesos (que se podían contar) desencajados. ¿Qué tal pensáis estaría el corazón de la Madre que esto tenía delante de sus ojos, y en el cual había recogido el amor todos estos martirios que por el cuerpo de su Hijo estaban repartidos?

Estaba con todo esto allí la Virgen, y estaba cerca de la cruz, y estaba en pie con maravillosa constancia y entereza, dándola fuerzas el amor para llevar la carga que el mismo amor la ponía, ofreciendo á Dios con encendida caridad y humilde obediencia aquel Hijo que había concebido con tanto gozo, y parido con tanta gloria, y criado con tanto amor, y visto sus milagros con tanta admiración, y oído sus palabras con tanto gusto y provecho de su alma.

¡Y ahora le veía morir, no en su cama ni con su honra, sino por justicia, pregonado por blasfemo y traidor, llagado todo su cuerpo y colgado por tres clavos de un madero, entre dos ladrones!

Allí entre los verdugos que le habían crucificado y le estaban guardando, y entre las voces del pueblo furioso que le baldonaba, estaba la piadosa Madre en pie, viendo y oyendo de cerca lo que se hacía y decía. Honraba también con su presencia aquel lugar infame, y entraba á la parte de la cruz con su Hijo, y vencía con su fe y obediencia á todos los pasados, y estaba puesta para ejemplo y consuelo de todos los que en algún tiempo habían de tener parte en la cruz.

CAPÍTULO XXXVIII

De la tercera palabra que dijo el Salvador á su Santísima Madre y al Apóstol San Juan.

Cum vidisset ergo Jesus Matrem et discipulum stantem, quem diligebat, dicit Matri suae: Mulier, ecce filius tuus; deinde dicit discipulo: Ecce Mater tua.
(Joann., XIX, 27.)

Estando, pues, la Virgen tan cerca, miróla el Señor desde la cruz, y enternecióse sin duda con su vista. Estaba desnudo y afrentado, y vió que su Madre le estaba mirando. Veíase á sí, que según el estado presente, era deshonra de su Madre y su cuchillo de dolor; acordábase de los gozos pasados, y de la honra que por su respeto y por ser Madre de tal Hijo, la habían hecho todas las gentes; y estando las cosas tan trocadas, cuando uno desea esconderse de los suyos, y ni ver ni ser visto de ellos, entonces se vió puesto en lo alto donde le pudiesen ver todos, y á su Madre tan cerca. Vióla con el rostro consumido y

con el color demudado; vió aquellas lágrimas que con tanta mesura y gravedad caían de sus ojos, y no fué posible menos sino que en aquel trance y agonía de la muerte, le atravesase el corazón al piadoso Hijo ver el dolor y la afrenta de su tan querida Madre. Y el que lloró de ver llorar á la Magdalena por la muerte de su hermano, lloraría también de ver llorar á la Virgen por la muerte de su Hijo, y las lágrimas se mezclarían con la sangre, y los sollozos con los postreros gemidos de la muerte.

Sintió también grande regalo viendo á su Madre en aquella hora y en aquel lugar, y estimó con razón este servicio sobre todos los pasados, el cual nacía de tanta fe y devoción, de tanta lealtad y fortaleza, de tanta humildad y obediencia, y de tan encendido amor y caridad, que no eran poderosas las muchas aguas para apagarla, sino que ardía más y se enseñoreaba en medio de ellas: *Cum vidisset ergo Jesum Matrem.* Pues como Jesús viese á su Madre al tiempo que por medio de la cruz y de su sangre estaba destruyendo el pecado, conquistando el reino del cielo, y ganando para los suyos las riquezas de la gracia y de la gloria, repartió con larga mano con Ella todos estos bienes, y dióla la mayor y mejor parte de sus merecimientos, y levantóla á la más alta dignidad y excelencia entre todas las puras criaturas. Porque la preservó generalmente de todos los pecados, no sólo de los mortales, sino también de los veniales y del original; y recogió en Ella, con grandes ventajas, la muchedumbre de gracias y dones que por lo restante de la Iglesia estaban repartidas. Hízola Reina y Emperatriz en el reino que estaba ganando, y quiso que fuese abogada de los pecadores y tesorera de todas sus riquezas.

Además de esto, allí de presente quiso agradecerla aquel amor y gratificarla aquel servicio, mirándola, hablándola, y mostrando el cuidado y providencia que tenía de ella;

pues que estando todas las cosas en tal estado que convidaban á no mirarlas, y obligaban á apartar los ojos de ellas; teniéndolos Él obscurecidos con la sombra de la muerte, y pegados con la sangre que caía de la cabeza; sintiendo la presencia de la Madre, se esforzó á querer mirarla; y apretando los párpados, exprimió la sangre de ellos como pudo, y abriéndolos, enclavólos en los de la Madre, que estaba allí delante; y señalando con la cabeza al Evangelista y discípulo amado que la acompañaba, la habló desde la cruz y la dijo: Mujer, ve ahí á tu Hijo; y vuelto al discípulo y señalando á su Madre, le dijo: Ve ahí á tu Madre.

¡Oh maravillosa piedad del Hijo, y nuevo argumento del amor que tenía á su Madre! Estaba colgado en la cruz obrando la salud pública del mundo, y tratando con su Eterno Padre de la reconciliación y rescate de los hombres, y entre estos cuidados no se olvida de la soledad en que su Madre quedaba, para proveerla de regalo y de compañía, y darla otro hijo en lugar del que perdía. Bien pudiera el Señor disponer esto después de resucitado, pero fué más regalo mostrar este cuidado al tiempo que moría, y quiso honrar en público á su Madre, y no en aquellas visitas particulares y secretas que hizo después de la resurrección. También convenía que mejorase en su testamento al discípulo amado, que le hacía presencia en su cruz.

Por cuanto quería que la Virgen se dejase servir y regalar del Evangelista con toda confianza como de hijo, y que él la sirviese y regalase como á Madre, con amor, cuidado y reverencia; por eso le dijo: Ve ahí á tu Madre: y á Ella: Ve ahí á tu hijo. Como si dijera: Yo soy tu Hijo natural y verdadero, y Tú mi verdadera y muy querida Madre: todo el tiempo que me ha sido concedido te he obedecido como Hijo, y tenido amor y respeto como á Madre; mas ahora, que por la obediencia del Eterno Padre dejo esta presente vida, tiempo es de poner los ojos en otro que

haga por Mí este oficio. Este será el discípulo amado, á quien Yo pretendo honrar y enriquecer con este cargo: mirad, Señora, que á falta de vuestro Hijo, es la cosa más á propósito que yo podía dejaros. Haced cuenta que en el punto que ahora estoy ya os he faltado, y que estáis como viuda y desamparada, y sin Hijo; y esta es la causa porque os llamo Madre de él, y no os llamo mía, diciendo: Mujer, ve aquí á tu hijo; y al discípulo: Ve aquí á tu Madre.

Hombre verdaderamente dichoso, á quien todos debemos particular devoción y amor, en cuya persona nos miró la Virgen como á hijos y todos la miramos á Ella como á Madre. Acordaos, pues, Señora, que sois nuestra Madre por encomienda que os hizo vuestro Hijo en las postreras horas de su vida, cuando os dijo: Mujer, ve ahí á tu hijo. Nosotros estamos muy gozosos de teneros á Vos por Madre, por concesión del que era vuestro Hijo único y natural; y entre las riquezas que nos ganó en la cruz, no tenemos ésta por la menor, que haciéndonos hermanos suyos y miembros suyos, nos hizo, no sólo hijos de su Padre, sino también hijos vuestros. Y porque el teneros por Madre había de ser único refugio de los pecadores en vida y muerte, quiso el Señor descubrirnos este tesoro en el mayor fervor de su caridad, estando para expirar desde lo alto de la cruz, cuando en persona del Evangelista nos dijo á todos lo que cada uno debe tomar como si se lo hubiera dicho á sí: *Ecce Mater tua.* Advierte bien y abre los ojos, porque esta es tu Madre.

¡Oh Madre verdadera, por cuyo medio en las entrañas de tu caridad recibimos la vida verdadera de aquel Hijo tuyo y Redentor nuestro, que nos la mereció con su sangre en la cruz! Eva no se puede decir madre, sino madrastra, que mató á sus hijos antes que los pariese, y mirando con antojo y golosina el fruto de la muerte que estaba colgado del árbol vedado, se hizo madre de los pecadores.

Pero Tú, mirando con dolor y angustia el fruto de la vida que estaba colgado del árbol de la cruz, mereciste ser Madre de todos los vivientes. Y porque en el parto de estos hijos pasabas tan agudo y entrañable dolor, aquel que pariste con tanto gozo y alegría, te mostraba desde la cruz cuáles eran los hijos que á El y á Ti os costaban tanto. Por lo cual, señalando á los demás hombres, te decía: *Mulier, ecces filius tuus;* como si dijera: Mujer, estos son los hijos de tu dolor; y á nosotros nos manda mirar tu agonía cuando dice: *Ecce Mater tua*, para obligarnos al amor y agradecimiento que debemos á tal Madre y á pensar que siempre hemos de hallar amparo en Ella los pecadores, pues no se puede olvidar lo que la ha costado ser Madre de ellos.

Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua. Quedó el Evangelista muy contento y bien pagado de su amor y lealtad con aquella prenda que había alcanzado al pie de la cruz, y desde aquel punto tomó posesión de aquel cargo que su Maestro le había encomendado, y empezó á ejercitar con la bendita y afligida Virgen todos los oficios de un buen hijo para con su madre, y la miraba como á cosa suya, y como la mayor y mejor parte de sus bienes: *Accepit eam discipulus in sua.* ¿Qué bienes eran estos suyos que tenía el Evangelista, entre los cuales contaba á la Virgen, pues es cierto que no tenía nada suyo quien lo había dejado todo por seguir á su Maestro? Mas porque el Señor en pago de lo que habían dejado los Apóstoles les había prometido cien veces más en esta vida en bienes espirituales y después la vida eterna, ninguna cosa miraban como suya, sino la esperanza y derecho que tenían á este premio.

Pues el Evangelista supo conocer tan bien y estimar á esta Señora, que la contaba entre los bienes espirituales, y la miraba como premio de su apostolado; y por haber sido

admitido á acompañarla y servirla, se tenía por bien pagado y premiado de haber dejado todo lo que en este mundo esperaba y poseía.

CAPÍTULO XXXIX

El tiempo que el Salvador estuvo en la cruz, nos tuvo á todos presentes y se ofreció por nosotros.

BASTANTES veces, y con mucha atención y reverencia, debemos considerar cuán largo tiempo y con cuán grave tormento estuvo nuestro Redentor en la cruz. Por causa de que como ya por tres horas, desde la hora de sexta hasta la de nona, estuviese pendiente de ella, no pudo ser sino que con el peso de su cuerpo las llagas de sus pies y de sus manos estuviesen muy abiertas. Con este motivo, era tal la angustia y tan grande el rigor de su tormento, que si quería aliviar el dolor de las manos, acrecentaba el de los pies, estribando todo el cuerpo sobre el arrimo de ellos; y si quería aliviar el tormento de los pies encogiendo el cuerpo y sustentando todo el peso de él en los clavos de las manos, acrecentaba el dolor y abría y rasgaba más las llagas de ellas. Mas en la verdad, ni podía ni quería buscar alivio ninguno en su dolores, el que al mismo tormento de la cruz se había ofrecido de su voluntad por nosotros; y aun su flaqueza era tanta, que aun cuando El quisiera, le faltaba la fuerza para estribar y buscar remedios de mitigar el dolor. Así, el glorioso Rey de los mártires se había dejado del todo á los dolores.

Pues en esta ocasión, cuando el tormento tan largo daba lugar á la obscuridad del sol, con el temor y admiración había sido causa de mayor silencio y quietud, nuestro Sumo Sacerdote hizo una larga oración, teniéndonos delante á todos los hombres, y ofreciendo su sacrificio al Padre Eterno por nosotros. Y tengamos por cierto que

aunque no le vimos en su Pasión, El con sus ojos penetrantes y su inmensa sabiduría nos vió con ella, y nos vió y nos tenía presentes cuando pendía de la cruz, de la misma manera que ahora somos y estamos. Allí padeció por nosotros y se compadeció de nosotros, y despojó al Príncipe de este mundo de la escritura y obligación de nuestras culpas, y la clavó consigo en la cruz, y la borró con su sangre, y nos alcanzó de Dios todos los buenos pensamientos y santas inspiraciones, y todos los socorros de la gracia que de su mano hemos recibido.

Y no debemos pensar que así por junto y en general rogó por los hombres, para que les fuesen perdonados sus pecados y concedidos los dones de gracia; porque no fué así, sino que estando en la cruz nos tuvo presentes en su memoria á cada uno en particular; nos amó, y por cada uno de nosotros en particular se ofreció, como si cada uno hubiera de ser solo en el mundo. Y no sólo esto, sino que vió entonces cada uno de nuestros pecados, con todas sus circunstancias, como los ve después cuando se van haciendo, los cuales afligieron su sagrado Corazón: El estuvo rogando al Padre y ofreciendo su sangre por la paga de ellos.

¡Oh bienaventurada memoria, y dichosa hora en que nos hallamos presentes en el mismo monte Calvario, y estuvimos allí, no de lejos ni solamente al pie de la cruz, sino en la misma cruz, en el mismo pecho de nuestro Redentor, en el cual nos abrasaba con su inmensa caridad y nos ofrecía á su Eterno Padre como á cosa suya, para que en él y por él le fuésemos aceptos! ¡Oh Padre Eterno, cuya justicia es incomprensible! Ya que así lo quisiste, y ordenaste que tu inocentísimo y amantísimo Hijo pagase nuestras deudas, mira, Señor y Padre nuestro, la agonía en que se ve por tu obediencia, y la paga que te ofrece tan copiosa, para que así se aplaque tu justicia. Cese, Señor, cese

tu ira; y pues el fiador está tan castigado, quedemos libres los deudores. Mira, Señor, mira la paga y el pagador en este santo monte, que allí tiene toda la cuenta de nuestros pecados fijada en la cruz. Cuando mirares nuestras culpas no podrás ya mirarlas sino en ella, lavadas no menos que con la Sangre de Dios; y así te verás tan largamente pagado, como tú mismo puedes y sueles pagar lo que quieres.

CAPÍTULO XL

De la cuarta palabra que habló el Salvador en la Cruz.

Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna dicens: Eli, Eli, lamma sabactani?
(Matth., XXVII, 47.)

Por más de tres horas estuvo el Señor colgado en la cruz, rogando á su Padre por nosotros y ofreciendo el sacrificio de sí mismo por nuestros pecados; y después de tanta agonía y tan prolija y fervorosa oración, á la hora de nona ó cerca de ella (que será de nuestro reloj como á las tres de la tarde), á grandes voces (Marc., XXVII, 46), que las oyeron todos, se quejó de que su Padre le había desamparado, repitiendo las palabras que tantos años hace había escrito el rey David en su persona, para que Él las dijese en esta ocasión, y son las primeras del Salmo XXI, donde á la larga y muy en particular se trata de la Pasión, las cuales dicen así: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

Estaba este Señor el cuerpo llagado, el alma afligida, perseguido de los enemigos, desamparado de sus amigos, y con tanta falta de todas las cosas, que no tenía sobre qué reclinar su cabeza, porque no tenía otra cosa sino la cruz, y no hay en ella donde la recline; todas estas cosas eran admirables y grandes, y no cupiera en pensamiento

de hombres que podían caber en quien era verdadero Dios. Pero lo que excede toda admiración y vence cualquier encarecimiento, es que tal Hijo haya sido desamparado de tal Padre, y en ocasión que padecía tanto por sola su obediencia. Circunstancia digna que el Espíritu Santo la revelase á sus siervos los Profetas, y que ellos la dejasen escrita, y la predicasen en el mundo; que nosotros la oyésemos de boca del mismo Señor y que El la publicase á voces desde la cruz para despertarnos á considerarla con mayor atención. Por causa de que estando ya para expirar, falto de sangre y de fuerzas, con particular milagro (que sin él no se pudiera hacer) levantó la voz con grande clamor para descubrir su congoja y sentimiento, y mostrar que era El de quien se había dicho y en quien se estaba cumpliendo la profecía de aquel Salmo que dijo así: «Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

¡Oh secreto de la divina Justicia y de la divina Misericordia! El Justo es desamparado en sus penas porque fuesen amparados los pecadores en las suyas. El ser desamparado el Justo fué sumo rigor de la divina Justicia, y el ser amparados los pecadores fué sumo regalo de la divina Misericordia. Por cuanto ¿qué mucho era que por sus culpas fuesen destruídos los reinos, y asoladas las provincias, y abrasadas con fuego las ciudades, y anegado con agua todo el mundo? Pero cosa nueva es y nunca oída que el Padre Eterno desampare á su Hijo amado, y le haga sentir tan de veras la pena que se debía á nuestras culpas. Tanto hizo Dios por nuestro consuelo, y porque fuese firme la esperanza de que, estando tan bien pagada y satisfecha la divina Justicia, había de ser más copiosa con los pecadores su misericordia.

Mas aquí es mucho de considerar en qué manera pudo ser desamparado el Hijo de Dios de su Eterno Padre, por razón de que nunca aquella sagrada Humanidad fué des-

amparada del Verbo Eterno, con el cual estaba unida personalmente; ni menos el Verbo Eterno se pudo apartar jamás de su Padre, que siendo como era un mismo Dios con El, por razón de esta unidad, El estaba siempre en su Padre, y su Padre estaba en El. Ni tampoco aquella alma santísima fué desamparada de la vista clara de Dios, que tuvo desde el primer instante que fué criada; dado que por particular dispensación de Dios, para remedio nuestro, sintió aquellas congojas y amarguras que por ley ordinaria no sienten los que claramente ven á Dios. Ni menos le faltó la confianza que debía tener en su Padre un Hijo tan obediente, que por cumplir su mandamiento se había dejado clavar en aquella cruz. Y con esta confianza, llamándole Padre, le había rogado poco antes por los mismos que le atormentaban, cuando dijo: Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen. Y poco después, regalándose con el mismo nombre, encomendó su espíritu en sus manos, cuando dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Ni era posible que en algunas de estas maneras desamparara el Padre á su Hijo, é Hijo tan amado y obediente, que en todas las cosas había pretendido su gloria y procurado hacer su gusto y su voluntad: lo cual nos quiso El dar á entender cuando dijo (Joann., VIII, 29): *Et qui me misit, mecum est, et non reliquit me solum, quia ego quae placita sunt ei facio semper.* El que me envió (dice) está conmigo, y no me ha desamparado ni dejado á solas, porque Yo en todo le doy gusto y hago lo que es para El más agradable.

Desamparóle, con todo eso, por aquel breve tiempo de su Pasión, cuanto á los tormentos que le dieron y cuanto al sentimiento que tuvo de ellos. Pues en dos cosas pudiera ser ayudado en cuanto hombre: lo primero en lo de fuera, estorbando del todo que padeciese, quitando la fuerza á las espinas, á los clavos y á los azotes, secando los brazos

de los que le atormentaban, y endureciendo las lenguas de los que le acusaban y blasfemaban. De esta manera leemos que favorecía Dios á los mártires, socorriéndolos en presencia de sus enemigos con nuevas ayudas y milagros. Por cuanto quitaba la virtud al fuego que los cercaba, amansaba las fieras á que los echaban, y curaba de noche las llagas que recibían de día, y de otras mil maneras se declaraba en su favor, quitando la fuerza y virtud para que no les pudiesen dañar las criaturas. En esta misma forma, y con otras nuevas y diferentes, pudiera mucho mejor el Padre Eterno defender á su Hijo, enviando en su servicio innumerables ángeles, como él dijo á San Pedro cuando se quiso poner á defenderle con su cuchillo: *An putas* (Mateo, XXVI, 53) *quia non possum rogare Patrem meum, et exhibebit mihi modo plusquam duodecim legiones angelorum?* ¿Por ventura piensas que no podía Yo rogar á mi Padre, y me enviaría luego como por soldados de mi guarda y defensa más de doce legiones ó compañías de ángeles?

Pero no convenía, como Él se lo declaró (Joann., XVIII, 36) á Pilatos, que sus ministros y criados le defendieran y pelearan visiblemente por El. Porque su reino no era de este mundo, sino tal, que se había de conquistar y ganar por el desprecio del mundo. Por este motivo, y por el cumplimiento de las Escrituras, convenía que por entonces se diese licencia sobre El á sus contrarios, sin que se les pusiese estorbo ninguno para ejecutar sus intentos y mala voluntad. Esto significó el Señor cuando les dijo (Luc., XXII, 53): Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Y así, aunque á la entrada de su Pasión, representando el sentimiento de su humanidad, pedía á su Padre que, si era posible, le ayudase en esto, y que pasase de El aquel cáliz sin beberle; no obstante, bien entendió desde entonces la sentencia que estaba dada contra El, y la determinada voluntad de su Padre en que muriese sin defenderle ni estorbar-

le los tormentos. Lo cual se ejecutó con tanto rigor como El significó con esta grande voz cuando dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Pudiera también ser ayudado en la alegría interior y consolación del alma, la cual, aunque no quitara las afrentas y dolores que padecía en lo de fuera, pero sí la congoja y agonía que afligía dentro su sagrado Corazón. En lo cual suele Dios favorecer á sus siervos tan maravillosamente, que no solamente no reciben tristeza, sino por el contrario, quedan alegres y gozosos, y se glorían cuando tienen que padecer alguna cosa por El, trayendo el corazón dilatado en medio de la tribulación, y estando entre las llamas sin recibir lesión ni daño de ellas; levantados sobre sí mismos miran todas las cosas como debajo de sí, y ricos con poseer á Dios, ninguna cosa juzgan que les puede hacer falta; tan amparados y escondidos en lo secreto del rostro de Dios, que les parece que no les puede tocar ningún mal ni alcanzar el azote á su morada. Y si las almas de los justos se hallan muchas veces favorecidas de Dios de esta manera, ¿cuánto mejor lo pudiera estar el alma de Jesucristo para no sentir pena en su Pasión, pues veía claramente la divina Esencia desde el primer instante de su creación? Pues es cierto que de esta vista recibía tanto gozo, que, según ley ordinaria, otro trabajo, por grande que fuese, le podía causar pena; de manera que para que no sintiera tristeza ni congoja, no era menester añadirle de nuevo el gozo ni alegría, sino tan solamente no estorbarle el que naturalmente resultaba de su gloria.

Mas por cuanto Dios nuestro Señor desampara muchas veces á los suyos de este consuelo y protección sensible, y los deja experimentar y sentir la flaqueza de su natural, quiso Él también ponerse en este estado, para enseñarnos á nosotros cómo nos habíamos de gobernar en él. Porque muy poco consuelo nos quedaba en nuestra flaqueza si Él

no hubiera sentido desconsuelo en sus trabajos; por eso fué conveniente reprimir la corriente de su gloria, y que fuera dejado en medio de sus trabajos, para que los sintiera la naturaleza como si fuera puro hombre. Y cuán vivo sea este sentimiento y triste este desamparo, aquellos solamente lo saben conocer que alguna vez se han visto favorecidos de Dios, y estos son los que saben bien estimar el peso de estas palabras: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparas?, etc. De lo dicho se ve en qué forma y por qué causas fué desamparado el Señor de su Eterno Padre.

Lo que sí causa mucha admiración es, que habiendo guardado tanto silencio en todo el discurso de su Pasión, sin haberse quejado ni abierto su boca entre tantas acusaciones y calumnias, entre tantos agravios y falsos testimonios, entre tantas injurias y afrentas, y entre tantos tormentos y dolores, ahora, como si estuviera cansado de sufrir y tuviera gastada y apurada la paciencia, se queja de este desamparo con tan grande fuerza y clamor; y se queja tan tarde cuando ya su negocio podía tener poco remedio. Entonces pregunta las causas de su desamparo y pasión, cuando ya está ejecutada la sentencia. Mas si lo miramos bien, en estas mismas cosas, que parecen nuevas y admirables, está encerrada nuestra doctrina y enseñanza.

Ello es cierto, que padeció el Salvador con tanto silencio y tan profunda paciencia, que como han errado algunos, pudieran sospechar todo lo que de sí decía el santo Job (VI, 12), si tenía por ventura la carne de bronce y la fortaleza de piedra; la cual por eso no se queja cuando la labran y la dan golpes, porque ni tiene vida ni sentido. Así, el Señor de tal manera sufría los dolores como si tuviera el cuerpo de bronce; y de tal manera disimulaba y callaba en los agravios, como si tuviera el alma de piedra. Y aunque este silencio era necesario para darnos ejemplo de paciencia; mas para lo mismo era necesario también que se

entendiera que había mucho que padecer. Porque no podía ser muy grande ni muy ejemplar la paciencia, donde ó no había mucho que sufrir, ó no había sentimiento de lo que se padecía. Pues para testimonio de que la carne del Señor no era de bronce, bastaba ver la amarillez de su rostro, y la sangre que por tantas llagas y heridas manaba de sus venas. Y para mostrar que su espíritu no era de piedra, sino que vivamente sentía los agravios y sinrazones que se le hacían, y que ni la falta de conocimiento humano, ni la sobra de las consolaciones divinas le habían entorpecido el sentido, sino que como hombre de honra, de razón, de carne y de hueso, le afligían sus trabajos, todo lo que ellos pedían y merecían como quien había reprimido y encerrado dentro de sí este sentimiento por tanto tiempo y en tantas ocasiones y fatigas, para que se supiese lo que pasaba dentro de su corazón, rompió al fin de la vida con este gemido y clamor, diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Esta misma tristeza de su alma (como cosa que nos importaba mucho saberla para el consuelo y alegría de las nuestras) declaró el Señor de palabra á la entrada de su Pasión, y mucho más con el sudor de sangre que corría por todo su cuerpo. Sin embargo, esto fué en secreto, y no á todo el pueblo ni á todos los Apóstoles, sino á solos tres que apartó consigo en el huerto; á los cuales dijo también que aquella tristeza que entonces le afligía le había de durar hasta la muerte, para que, sabiéndolo ellos de Él, supiese después toda la Iglesia de ellos este desconsuelo, tristeza y desamparo de la alegría espiritual que padeció en lo secreto de su alma por todo el discurso de su Pasión. No convino entonces publicar esto y declararlo á todos, porque no se tuviera por flaqueza y desmayo, y como medio para mover á compasión y rendir á ruegos á sus enemigos. Antes por el contrario, cuando vinieron á prender-

le salió animosamente al encuentro, dándose á conocer y entregándose en sus manos y á todo el poder de las tinieblas. Mas cuando ya sus enemigos habían ejecutado su mala voluntad, y á ellos no les quedaba cosa que hacer ni al Señor que padecer, entonces le pareció que era tiempo para manifestar su corazón, y que supiésemos de su boca que no eran tan graves los tormentos que había padecido por de fuera en su cuerpo, cuanto el desamparo y desconsuelo que había sentido en su alma; por eso antes de expirar dió aquella gran voz, diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Aquí es mucho de notar que no se quejó, ni del discípulo que le vendió, ni del Apóstol que le negó, ni de los pontífices que le acusaron, ni de los testigos que le calumniaron, ni de los soldados que le escarnecieron, ni del presidente que le sentenció, ni de los verdugos que ejecutaron la sentencia. Generalmente no mostró queja de los hombres que intervinieron en su Pasión, habiendo experimentado en los suyos mucha flaqueza y poca lealtad, y en sus contrarios mucho aborrecimiento y crueldad. ¿Y quéjase á su Eterno Padre, en quien reconocía infinito amor, suma justicia y bondad? Pero ¿á quién se había de quejar sino á aquél en cuyo amor descansaba? ¿Y á quién había de preguntar las causas de su desamparo, sino al que todas las causas de lo que hace están fundadas en suma justicia y bondad? Enseñónos juntamente, que en nuestros trabajos y adversidades tenemos poco que negociar con los hombres y mucho que negociar con Dios, sin cuya voluntad y providencia no cae un pájaro en el lazo, ni se mueve una hoja en el árbol. Y si nuestros trabajos y calamidades son castigos de nuestras culpas, Él es el Juez que sentencia, aunque sean los hombres los que ejecutan; si son medicina de nuestras dolencias espirituales, Él es el médico que la receta, aunque sean los hombres los que la aplican; si son

para mayor mérito y aumento de gloria, Él es el que nos ayuda en la pelea y nos corona en la victoria. Y así como los delincuentes no ruegan al verdugo, sino al juez; y los enfermos no tratan de las medicinas que han de usar con el enfermero que los sirve, sino con el médico que los cura; y los soldados no muestran sus heridas á los enemigos con quienes pelean, sino á su príncipe que los ha de galardonar, así debemos nosotros cerrar los ojos á los hombres, que son los instrumentos y ejecutores de nuestra tribulación, y abrirlos y levantarlos á Dios, que es nuestro príncipe, nuestro médico y nuestro juez, manifestándole nuestra congoja, y derramando delante de Él nuestro corazón, como lo hacía el Profeta (Ps. LXVIII, 13), que dijo: Contra mí hablaban los que estaban ociosos en la plaza, y sobre mí hacían canciones los que bebían vino; pero yo, Señor, enderezaba á Ti mi corazón, etc. Lo cual cumplió á la letra nuestro Salvador, porque á la entrada de su Pasión, en aquella oración secreta que hizo en el Huerto, pidió á su Eterno Padre que no le desamparase en aquella ocasión, sino que, si era posible, pasase de Él aquel cáliz sin beberle; y visto que no había sido esta su voluntad, y habiéndose sujetado con humilde obediencia á todo lo que su Padre había dispuesto y ordenado de El, al mismo Padre á quien había suplicado al principio que no le desamparase, á ese mismo se quejó antes de morir porque le había desamparado.

¿Y cómo se quejó, sino preguntando las causas, porque su Padre y su Dios lo había querido así y le había desamparado? Suponiendo en esto, que si bien las causas porque los hombres nos persiguen suelen estar fundadas en odio y mala voluntad, y el inquirirlas y averiguarlas de ordinario es ocasión de impaciencia y materia de venganza, las causas que tiene Dios, todas nacen de amor y van encaminadas á nuestro provecho. Y son tales, que si las supié-

semos, no solamente no tendríamos queja, sino antes suplicaríamos á Dios nos pusiese en aquella tribulación. Así, el inquirir con humildad y piedad estas causas, es gran motivo de consuelo y de conformidad con la Divina voluntad. Y esto nos enseñó el Salvador cuando hablando con su Eterno Padre, le dijo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Y no pasó más adelante á las palabras que se siguen del Salmo XXI, en las cuales se da la razón por qué su Padre le había desamparado, cuando dice: *Longe a salute mea verba delictorum meorum.* Esto es: muy lejos me veo, Señor, de alcanzar salud y remedio de tantos males por causa de mis muchos pecados. Como si dijera: El haberme Vos, Señor, desamparado ahora, es por no haber querido yo desamparar á los hombres; y por haberme yo hecho cargo de sus culpas me habéis dejado anegar en medio de tantas penas. Hízonos con esto cargo el Señor de sus tormentos cuando los atribuye á sus pecados; los cuales pecados eran nuestros porque los cometimos, y suyos por haberse encargado de pagarlos. Y para darnos ocasión de reparar en esto, preguntó con voz alta cuál era la causa de su desamparo, pues de su parte no la había, y así dijo: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?

CAPÍTULO XLI

De la quinta palabra que habló el Salvador en la cruz.

Postea sciens Jesus, quia jam omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio. (Joann., XIX, 28.)

Estas palabras tan lastimosas que dijo el Salvador con tan grande clamor, recibieron algunos (Matth., XXVII, 47) de los que allí estaban y las oyeron, haciendo burla y

con risadas. La ocasión de esto fué, que el Salvador las dijo en su lengua hebrea y natural, en la cual para decir: Dios mío, Dios mío, repitió dos veces aquella voz: Eli, Eli; y luego al punto respondieron con mofa los presentes: Mirad que este hombre llama en su favor á Elías. Esto lo dirían por ventura los sacerdotes y letrados, tomando ocasión de reir con la semejanza que hay entre los nombres de Eli y de Elías. Corrió luego la palabra por los soldados de guardia que allí estaban, tanto más cuanto es gente más inclinada de suyo á cualquier burla y entretenimiento. Y porque con la ignorancia que tenían de la lengua, creyeron fácilmente que por haber dicho Eli, Eli, llamaba en su favor á Elías, uno de ellos, corriendo con presteza (Marc., xv, 36), llenó una esponja de vinagre, y levantándola en una caña se lo dió á beber, diciendo: Esperad, y veremos si viene á librarle Elías y quitarle de la cruz.

La causa que tuvo este soldado para darle á beber vinagre diciendo estas palabras, la escribe el Evangelista San Juan, y fué porque en esta misma sazón declaró el Salvador que tenía sed, diciendo aquella palabra: *Sitio.* Estaba nuestro Redentor tan señor de sí en medio del alboroto de aquel pueblo, y tan atento á cumplir la voluntad de su Padre, que todas las profecías que de El estaban escritas las tenía delante de los ojos, para que todas se cumpliesen sin que faltase ni una sola. Y llegando las cosas á este punto (Joann., xvi, 28), echó de ver que todo estaba ya cumplido, y que sólo faltaba por cumplir la escritura del Salmo (lxviii, 22) que dice: *Et in siti mea potaverunt me aceto.* Esto es: Y estando yo con sed, me dieron á beber vinagre. Pues para que esta Escritura se cumpliese, declaró el Señor que tenía aquella sed de que hablaba el Profeta, y que era ya llegado el tiempo en que le habían de dar á beber el vinagre; y por eso dijo: Sed tengo.

Era esta sed, sin duda, corporal, que en aquel punto le

afligía y le aquejaba. Porque la congoja y sudor del Huerto, la mala noche pasada, los caminos que aquel día había hecho á unas partes y á otras, los dolores gravísimos de estar colgado en la cruz, y el haber derramado tanta sangre en ella, todas estas eran causa de tener secas las entrañas y consumida la virtud, y la lengua pegada al paladar, como de El estaba escrito en el Salmo XXI: *Aruit tanquam testa virtus mea, et lingua mea adhaesit faucibus meis.* Y siendo tan estrecha su necesidad, y el remedio tan fácil como era un jarro de agua, no le pidió ni hizo instancia por él, sino contentóse con declarar sencillamente lo que padecía, diciendo: Sed tengo. Como si estuviera entre amigos que le quisieran bien, que en sabiendo su sed hubieran de darle luego refrigerio.

¡Oh Virgen Santísima! ¿Qué sintió vuestro piadoso corazón con esta palabra, cuando visteis el refrigerio que sus enemigos le dieron, y no fuisteis poderosa para dar un jarro de agua al Hijo que tan modestamente la pedía muriendo?

Pero ¿qué es esto, Salvador mío? ¡Qué, os da más pena la sed que no la cruz; pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed! ¿Qué sed puede ser esta que os fatiga tanto, sino el deseo de nuestra salud y de nuestro remedio? Como si claramente nos dijerais: Más me duelen vuestros males que los míos, y más siento vuestras culpas que los tormentos de mi cruz. ¡Ah! Si esta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversión y penitencia la apagarían, y yo, más cruel que vuestros mismos enemigos, no acabo de daros en vuestra sed siquiera este alivio y refrigerio.

Mas Vos, Señor, así como teníais sed de mi remedio, así la tuvisteis de padecer mucho por mí, y por eso no os quejasteis de la cruz, porque vuestro amor vencía y sobrepujaba á vuestros tormentos. Y después de haber bebido

aquel cáliz amargo á que os ofrecisteis en el Huerto con tanta resignación, os quedaba sed para beber otros muchos, si vuestro Padre lo ordenaba; la cual sed quisiste declarar cuando dijiste: Sed tengo. Bendita sea, Señor, vuestra caridad, que no la pudieron apagar las muchas aguas (Cant. VIII, 7); porque si viéramos un hombre con tanto ardor que se pusiera á la corriente de un río caudaloso á recibirle todo por la boca, y después de habérsele empapado y embebido en las entrañas dijera con todo eso que tenía sed, cosa fuera que causara grande novedad y admiración. Mas vuestro amor, Señor, fué tan encendido, que como estaba escrito de Vos (Ps. LXVIII, 2), os encontrasteis en alta mar y la tempestad os anegó, y entraron todas las aguas hasta lo interior de vuestra alma; y con todo eso decís que tenéis sed, y estando en medio de la mar, os parece el agua poca para satisfacerla y apagarla. Vuestra sed, Señor, era de padecer, y así era sed de la bebida que os dieron vuestros enemigos, porque con ella habían de acrecentar vuestro tormento. Estoy cierto que si esperárais algún alivio de ellos, no os quejárais de la sed. Pero sabíais Vos bien lo que estaba escrito, que en vuestra sed os habían de dar vinagre; y para dar lugar á que se cumpliese esta Escritura, y no dejar de probar este tormento, dijisteis con voz alta desde la cruz: Sed tengo.

Estaba allí cerca un vaso lleno de vinagre (Joann., XIX, 29), el cual era costumbre tener á mano en semejantes ocasiones, para animar á los ajusticiados si acaso desmayasen en el tormento, por razón de que el vinagre, principalmente si se junta con la hierba del hisopo, tiene virtud de añadir fuerzas, y volver el ánimo y confortar á los que desmayan. Pues como por una parte el Salvador había declarado su sed, y por otra, algunos de los que allí estaban habían empezado á burlarse de El, diciendo que llamaba á Elías, uno de aquellos soldados, que quiso entrete-

ner aquella burla y hacerla más solemne con su hecho (Matth., XXVII, 49), fué al punto corriendo para darle del vinagre.

Esto lo hizo con color de darle de beber para apagarle la sed de que se quejaba, y para detenerle el espíritu y la fuerza hasta ver si venía Elías á librarle. Y como estaba el Señor colgado en lo alto de la cruz y no podía beber del vaso, tomó el soldado una esponja, y empapándola en el vinagre, ató en lo alto de una caña (Joann., XIX, 29), un manojito de la hierba del hisopo, y poniendo la esponja entre la hierba, se la llegó hasta la boca, para que juntamente con el vinagre chupase también el zumo y substancia del hisopo. Y juntamente decía á los demás (Matth., XXVII, 49): Esperad, y veremos si viene Elías á quitarle del tormento; y los demás le respondían á él lo mismo: Espera, y verás si Elías viene á librarle.

Este es el fruto que sacó el Señor de aquella su viña de la sinagoga, tan regalada y tan beneficiada, que en lugar de uvas dió agraz, y en lugar de vino le dió á beber vinagre. Este es el regalo que tuvo nuestro Salvador en su hambre y en su sed para condenación de nuestra gula. Esta es la música con que al tiempo del comer y del beber le entretenían. Bebió (Joann., XIX, 30), con todo eso el Señor aquel vinagre, y no se desdeñó el mansísimo Cordero de aceptar aquel regalo, que con tanta mofa y crueldad le ofrecían sus enemigos. Aceptólo para cumplimiento de las Escrituras, y para mayor demostración de su mansedumbre y caridad; y luego que lo bebió dijo: *Consummatum est*: Acabado es.

CAPÍTULO XLII

De la sexta palabra que habló el Señor en la cruz.

Cum ergo accepisset Jesus acetum, dixit: Consummatum est. (Joann., XIX, 50.)

Dos oficios trajo nuestro Salvador al mundo, conviene á saber: de Maestro y de Redentor; y dos cosas le encomendó su Eterno Padre que hiciese, esto es, que nos enseñase y nos redimiese: y la una y la otra llevó hasta el cabo, y las puso en su perfección. De la primera dijo, después de haber predicado el último sermón á sus discípulos en la Cena (Joann., XVII, 4): *Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam: Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo*, etc. Esto es: Cumplido he perfectamente y llevado hasta el cabo la obra que me encomendaste, porque he predicado y manifestado tu nombre á los hombres. De lo segundo, dijo el mismo Señor cuando subía á padecer (Luc., XVIII, 31): *Ecce ascendimus Hyerosolimam, et consummabuntur omnia, quae scripta sunt per Prophetas de Filio hominis;* ved aquí, dice, que subimos á Jerusalén, y se acabarán de cumplir hasta la postrera letra todas las cosas que están escritas por los Profetas del Hijo del hombre. Esta palabra, *consummabuntur omnia*, que dijo aquí el Señor de futuro, estando para expirar en la cruz, dió testimonio que estaban ya acabadas de cumplir; y por esto repitió de pretérito la misma palabra cuando dijo: *Consummatum est.* Y así como se cumplieron á la letra todas las pasiones que estaban profetizadas del Señor, así también llevó El hasta el cabo, y dió la perfección y consumación á sus divinos y soberanos intentos

acerca de la gloria de Dios y remedio de los hombres. Todo esto se comprende en esta palabra: *Consummatum est.*

Maravillosa cifra y jeroglífico de toda la sabiduría y de la justicia y bondad de Dios: el Hijo verdadero de Dios y de la Virgen colgado de una cruz, con una letra que diga: *Consummatum est.* Porque este enigma de la cruz, tan obscuro para la sabiduría humana, que fué escándalo para los judíos y locura para los gentiles, con solas estas palabras se declaró, para que los escogidos de Dios reconociesen en la misma cruz la virtud y sabiduría divina, y la perfección y consumación de todas las cosas. *Consummatum est.* Ya está todo acabado; ya he bebido Yo el cáliz de mi Pasión, hasta agotarlo, sin dejar nada en él; ya se han cumplido todas las profecías, y se ha dado luz á las sombras, y declarádose la verdad de las antiguas figuras; ya se han pagado las deudas de los pecadores, y se ha comprado por su justo precio el premio de la gloria para los justos, y se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres; ya está acabada la pelea contra el pecado y contra el infierno, y se ha conseguido ilustre victoria; ya se ha dado fin al curso de la peregrinación y de la vida mortal, y se da principio al imperio y triunfo de la gloria: *Consummatum est.* Palabra, sin duda, preñada de inefables secretos, que encierra en sí todo el misterio de nuestra redención, y que sólo pudiera decirla el que sólo pudo obrarla y sólo pudiera darnos tan alegres nuevas desde la cruz, el que quiso y pudo hacernos tan largas mercedes por medio de ella.

Para reconocer mejor tan grande beneficio, puestos al pie de la cruz en presencia de este Señor, debemos atentamente considerar, y cuanto su gracia nos ayudare, ponderar en el divino acatamiento, cuán grande fué la deuda que nuestro padre Adán cargó sobre sí y sus hijos, desobedeciendo al mandamiento que Dios le puso. Pues por el mis-

mo caso se obligó por sí y por ellos á pagar la pena merecida por su pecado; la cual era tan grande, que ni ellos ni él, ni todos juntos, tenían caudal para pagarla. Añadíanse cada día deudas nuevas; y siempre que los hombres pecaban de su voluntad, hacían de nuevo obligación sujetándose al castigo. Y así como los hombres que han quebrado por deudas y tienen muchas obligaciones contra sí, huyen y se esconden, y se dejan ejecutar en sus bienes sin poderse defender ni volver por sí, del mismo modo andaban todos los hombres delante de la Divina Majestad, á quien habían ofendido, huídos y amendrentandos, temblando de sólo el nombre de justicia, padeciendo cada día ejecuciones en la hacienda, en la honra, en la salud y en la vida, sin acabar jamás de pagar.

¡Oh qué espectáculo tan miserable y digno de compasión era ver al hombre envuelto en tantas calamidades y castigado de tantas maneras, padeciendo de todas las criaturas que se habían hecho para servirle, y ejecutando todas en él la pena que debía á su común Señor! Y cuando después saliese de esta vida, los demonios estaban á punto para prenderle el alma y ponerla en la cárcel del infierno, hasta que allí con exquisitos tormentos pagase sus deudas por entero; y como no era posible acabar de pagarla, así era forzoso que la pena y la cárcel fuesen eternas.

Pero aquel Señor, que es rico en misericordia por las entrañas de su piedad, bajó del cielo á satisfacer por nuestra obligación, y á pagar, como se dice en el Salmo (LXVIII, 5) lo que El no había robado. Puesto en la cruz, con el precio de su sangre compró á su Eterno Padre nuestras deudas; y hecho por este título Señor de todos los hombres y nosotros sus esclavos, nos dió perfecta libertad, remitiéndonos la deuda graciosamente, y perdonando liberalmente nuestros pecados. Despojó también al príncipe de este mundo (Colos., II, 14) del derecho que tenía contra

nosotros, quitándole la obligación con que nos habíamos sujetado á él como escritura de deuda ya pagada, borrándola con su sangre y enclavándola en su cruz; y no quiso salir de esta vida sin dar El mismo al mundo las buenas nuevas de su rescate, cuando dijo: *Consummatum est.* Ya este negocio está acabado, y está pagada esta deuda.

Y fué tan copiosa está Redención, y tan sobrado y abundante el precio, que no solamente bastó para pagar nuestras deudas y librarnos del infierno, sino también para comprar por su justo valor el premio de la bienaventuranza. Por cuanto, aunque es verdad que no son condignas (Rom., VIII, 18) las pasiones todas de esta vida para merecer la gloria venidera que se descubrirá en nosotros, sin embargo, la Pasión del Señor fué dignísima de merecer esta gloria para todos; y lo que nuestras pasiones no pagaban, juntas con la Pasión del Cordero sin mancilla y nacidas del espíritu de su gracia se hacen justo precio y mérito condigno de ella.

Por esto dijo el Señor, habiendo derramado su sangre: Ya está pagado; ya la paga está consumada y perfecta. ¡Oh, palabra llena de consuelo y de confianza! El hombre pobre queda enriquecido con esta gran misericordia; el que antes temblaba como deudor del nombre de justicia y se escondía porque no podía pagar su deuda, ahora pretende de Dios como de justo Juez (II ad Tim., IV, 8) corona de justicia, y parece seguro ante el tribunal Divino, llevando delante del Señor, que dijo: Ya está pagado: *Consummatum est.*

Habiendo, pues, el Señor dado al hombre de gracia lo que á El le costó su sangre y su vida, á saber, la remisión de sus culpas y la virtud para merecer el premio de la gloria, se asentaron con esto y se concluyeron las paces firmes entre Dios y los hombres. Por que los hombres con sus pecados tenían ofendida la divina Majestad y provoca-

da su ira, y por seguir sus antojos habían quitado la obediencia á su legítimo Señor, y no le guardaban sus mandamientos. El cual era un estado muy miserable; porque ¿dónde podía huir ó cómo podía el hombre esconderse de Dios? ¿Y cuál de las criaturas le podía hacer amistad, teniendo por enemigo al común Señor de todas? ¿Y cómo podía tener paz consigo no teniéndola Dios con él? Era asimismo el remedio muy dificultoso, por no haber mediador que se pusiese á componer las partes y alcanzase de Dios perdón de lo pasado y del hombre la enmienda de lo venidero; puesto que mal se pueden hacer paces que sean firmes y verdaderas, si no es satisfaciendo los agravios hechos y cesando de hacer otros de nuevo. Mas el hombre por sí mismo era tan pobre y tan flaco, que ni tenía caudal para satisfacer por las ofensas hechas, ni fuerzas para sustentarse sin volver á caer de nuevo en otras. Esta, pues, era la causa por qué las paces con Dios no se hacían, y la guerra con enemigo tan poderoso había de ser á tanta costa del hombre flaco, que viniese á sentir la ira y saña de Dios con pena eterna.

¡Oh entrañas de la divina misericordia! que en caso tan apretado proveyó al hombre de abundantísimo remedio, dándonos un mediador como convenía entre los hombres y Dios, Cristo Jesús, que era verdadero hombre y verdadero Dios, en el cual tuvo por bien, como dijo el Apóstol (Colos., I, 20) que morase la plenitud de la Divinidad, comunicándose sin tasa y sin medida. Por Él quiso admitir los hombres á su amistad y reconciliar consigo todas las cosas, haciendo las paces entre los cielos y la tierra por medio dela sangre que derramó en la cruz.

Estaba, pues, el Príncipe (Isai., IX, 6) y mediador de la paz clavado en la cruz y levantado en el aire entre el cielo y la tierra, asentando las capitulaciones que convenía para que las paces fuesen firmes y perpetuas. Y no trataba con

Dios con sola fe como los otros hombres, sino que le veía claramente, y cara á cara hablaba con Él en presencia de los espíritus soberanos y de toda la corte celestial. Allí le estaba ofreciendo por parte de los hombres su sangre y su vida, para pago de sus deudas y satisfacción de sus injurias, y le suplicaba con gran clamor y eficacia (Hebr., v, 7) y con lágrimas que los perdonase y se reconciliase con ellos: y fué oído de su Eterno Padre en su oración, así por la paga tan sobrada que ofrecía, como por la reverencia con que lo pedía y por lo que se debía á su persona. Por respeto de ella y de este sacrificio se reconcilió Dios con los hombres, y se ofreció á mantener de su parte la paz y amistad con ellos siempre; y concluído así este negocio, dijo el Señor desde la cruz: Ya está pagado, ya está concluído todo y pacificado: *Consummatum est.*

De esta manera, por medio de la cruz se consumaron todas las cosas, y se pusieron en su punto y perfección: y muriendo en ella el Señor, se hizo, como dijo el Apóstol (Hebr., XII, 2), autor y consumador de nuestra fe. Por causa de que en la cruz obró las principales cosas que creemos é hizo firmes las que esperamos, nos quitó el amor de las que en esta vida poseemos y nos allanó el camino para alcanzar las que en la gloria deseamos. En esta cruz se halló el ser (II Cor., I, 20) y el efecto de todas las promesas de Dios, el cumplimiento de las profecías, el cuerpo de aquellas antiguas sombras y la verdad de todas las figuras. Y no habiendo podido la ley (Hebr., VII, 19) traer ninguna cosa á su debida perfección, porque toda estaba llena de ceremonias estériles (Galat., IV, 9) y vacías, el Señor con sola esta ofrenda consumó y perfeccionó (Hebr., X, 14) para siempre á los que habían de ser santos; y acudiendo con una palabra á todas estas cosas, dijo: *Consummatum est.* Todo está acabado, todo está cumplido, todo está perfecto y consumado; ya está ejecutado todo lo que había trazado

la eterna sabiduría, está pagado lo que pedía su rigurosa justicia, y está hecho en favor del hombre todo lo que convenía á su infinita piedad y misericordia. Ya está cumplido todo lo que se había prometido á los patriarcas, se había predicado por los profetas, y estaba significado y encerrado en las antiguas ceremonias y figuras. Ya está todo hecho: lo que era menester para enseñar nuestra ignorancia, y para esforzar nuestra flaqueza, y para corregir nuestra malicia: consumado está ya el remedio de todos nuestros males. Ninguna cosa falta de lo que era conveniente y necesario para despertar los tibios y alentar á los fervorosos, para curar los enfermos y preservar á los sanos, para el consuelo y aumento de los justos, y para el perdón y reconciliación de los pecadores. Ya está acabado todo lo que convenía para vencer al mundo, y para sujetar la carne, y para triunfar gloriosamente del demonio y del infierno: *Consummatum est.*

Para hacer verdadera esta palabra y concluir tan gloriosas empresas, hizo rostro el Señor con tanta constancia y entereza á las afrentas y á los dolores, y estuvo por más de tres horas colgado en la cruz, sin querer bajar de ella por mucho que sus enemigos se lo pedían, blasfemando de El porque no lo hacía, y ofreciéndose á creer en El si lo hacía: si es Hijo de Dios (decían ellos), bájese de la cruz y creeremos en El. No veía la gente incrédula y ciega que no era de Hijo de Dios dejar empezado y por acabar el negocio de la Redención que había tomado á su cargo, sino llevarle hasta el cabo, aunque fuese necesario juntamente con él acabar la vida: acabó la vida y acabó su empresa, y por lo uno y lo otro dijo: *Consummatum est.*

Diónos ejemplo en esto para no desistir ni volver atrás de lo que una vez hubiéremos emprendido para mayor gloria y servicio de Dios, por muchas dificultades que se ofrezcan y contradicciones que se levanten, porque no se

nos diga con razón lo del Evangelio (Luc., XIV, 30): *Hic homo coepit aedificare et non potuit consummare;* este hombre comenzó á edificar, y habiendo gastado con poco acuerdo su caudal, no ha podido consumar su obra ni llevarla hasta el cabo, y así ha quedado con pérdida y sin provecho. Perseveremos, pues, con firmeza en la cruz (Hebr., XII, 2), y corramos por medio de la paciencia sin desfallecer en la pelea de la fe, trayendo siempre delante de los ojos al Autor de ella, Jesucristo nuestro Señor, el cual, teniendo delante el gozo y descanso, escogió sufrir la cruz para nuestro remedio y ejemplo, no haciendo caso de la confusión y menosprecio que se le seguía de ella, y ahora está asentado á la diestra de Dios. Por esta causa muchas veces, como nos aconseja el Apóstol (Hebr., 3), con mucha consideración debemos resolver en nuestro pensamiento el ejemplo de aquel Señor que sufrió de los pecadores tan grande contradicción contra sí mismo, para que no nos acongojemos ni nos falte el ánimo en las dificultades y trabajos, pues aún no hemos resistido hasta derramar sangre en la pelea contra el pecado.

Conviénemos, pues, pelear (Eccl., IV, 33) y agonizar por la justicia hasta derramar la sangre, y ser fieles (Apoc., II, 10) hasta la muerte, si queremos alcanzar la corona de la vida y no huir de la cruz, sino perseverar en ella hasta que del todo se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, como perseveró nuestro Salvador hasta que pudo decir: *Consummatum est.*

No pueden ser largos los trabajos que tienen fin; breve es y pequeño todo lo que pasa con el tiempo. Las tribulaciones de los suyos quiso Dios que pasasen presto y apriesa: lo que al principio parece intolerable, si un poco nos sufrimos, á vuelta de cabeza ya es acabado. Y porque no nos faltase este consuelo de boca del Salvador, habiendo pasado sobre El tan grande tempestad de pasiones y estando

para morir, antes que expirase dijo: Ya esto es acabado: *Consummatum est.*

Levantaría entonces sus honestísimos ojos la Virgen, á ver si con esta palabra se acababa la vida del Hijo. Y ¿qué sentiría su piadoso corazón cuando mirándole á la cara, en la amarillez y mudanza de ella conociese la presencia de la muerte que ya se acercaba? ¿Qué sentiría cuando viese perderse el color del rostro, secarse los labios, afilarse la nariz, obscurecerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza y levantarse el sagrado pecho?

¡Oh nuevo género de martirio! ¡Oh castísimos ojos, guardados para verdugos de este día! ¡Veía la Virgen á su Hijo deshacerse en dolores, y no le podía ayudar; veía su cuerpo lleno de llagas, y no las podía curar; veía sus carnes sagradas teñidas de la sangre, y no se las podía lavar; veía su sangre de infinito valor derramada por la tierra, y no la podía coger; veía sus ojos sangrientos y mortales que estaban llorando, y no los podía enjugar; veíale morir de sed, y no tenía qué darle á beber; veía la sagrada cabeza pendiente y caída, y no se la podía sustentar; oía mil blasfemias que le decían, y no podía volver por Él; veíale desamparado de su Padre, y no le podía amparar; veíale que se le iba, y no le podía abrazar; veíale morir, y no podía morir con Él! Así estaba el corazón de la Madre, que parece que quería desamparar su propio cuerpo con el deseo y ansia de su Hijo; y su espíritu, como enajenado de sí mismo, estaba todo unido con Él en la cruz.

Cuando estando en esto, súbitamente le vió tomar nuevo aliento, y con entereza y fortaleza del pecho (Mateo, XXVII, 50), dando una grande y sonora voz que sonó en lo más íntimo de su alma, por la cual revivió su espíritu y se estremecieron sus purísimas y maternales entrañas, empezó á esperar nuevos sucesos en la vida de su Hijo, cuando la tenía ya por del todo acabada. Y estando muy

atenta á recoger esta postrera palabra que su Hijo decía, oyó que hablando con su Eterno Padre, le dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

CAPÍTULO XLIII

De la sèptima palabra que habló el Salvador en la cruz.

Et clamans voce magna Jesus ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
(Lucas, XXIII, 46.)

Poner una cosa en manos de otro es remitirla á su voluntad y disposición para que haga de ella como quisiere. Y si la cosa es muy amada y estimada, ponerla en manos de otro es tanto como encomendarla á su verdad y fidelidad, haciendo confianza de él, que por dejarla en sus manos y á su voluntad se tendrá por obligado á conservarla y mirar por ella con más cuidado y solicitud. De esta manera solemos hacer cargo á otros hombres cuando les decimos: En vuestras manos pongo mi vida, ó mi honra, ó mi hacienda; obligándolos á ser tanto más cuidadosos de nuestro provecho, cuanto nosotros por su respeto y en su confianza quedamos descuidados, y sacamos de nuestro poder y disposición nuestras cosas más queridas por remitirlas y ponerlas en la suya.

Y si á los hombres, que se beben como agua la mentira y la maldad, honramos algunas veces de esta manera y hacemos de ellos esta confianza, ¿cuánta mayor razón es que honremos á Dios, fiándonos de Él y poniendo en sus manos nosotros mismos y todas nuestras cosas, pues como dice el Profeta (Ps. CXLIV., 13), es santo en todas sus obras, y verdadero y fiel en todas sus palabras? ¿Quién jamás se quiso valer de Él que le faltase? ¿Quién se arrimó á Él que no le recibiese? ¿Quién por fiarse de Él cayó

en vergüenza? ¿Ó quién esperó en Él que le saliese en vano su esperanza, principalmente cuando todo lo que tenemos es suyo, y ninguna cosa ponemos en sus manos que primero no la hayamos recibido de ellas? Así nos corre mayor obligación de humillarnos (I Petr., v, 6) debajo de la mano poderosa de Dios, teniendo por bueno todo lo que hiciere con nosotos, y sujetándonos á su disposición y providencia.

Esta confianza que hacemos de Dios, entonces es de más estima cuando estamos en tribulación, y quitándonos algunos de los bienes que amamos, ponemos en sus manos los que nos quedan, para que haga también de ellos á su voluntad, por motivo de que con esto confesamos que es justo y santo en todo lo que hace con nosotros, y que cuando nos aflige, entonces nos ama, y que es fiel y verdadero en procurar nuestro bien, y que nunca debemos huir de sus manos aun cuando las descarga pesadamente sobre nosotros. Y si pasare tan adelante la tribulación que llegare hasta la misma muerte, aun entonces debemos esperar en Él, y no escondernos de su mano aunque la veamos que nos amenaza con la espada desnuda, teniendo por cierto que si nos mata de su mano, la muerte vendrá á ser causa de la vida. Así, con este espíritu y confianza decía el Santo Job (XIII, 15): *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo*; aunque me mate (dice) esperaré en Él.

Pues aquel gran Maestro de los hombres y honrador de su Eterno Padre, no dejó de enseñarnos esta doctrina desde la cruz, ni de honrar á Dios con este género de honra, puesto que á la entrada de su Pasión, estando en el Huerto, puso en manos de su Padre su honra y su vida, cuando dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero si no puede ser, Padre mío, sino que yo lo beba, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú. Y habiéndose certificado que su Padre quería que le bebiese, le to-

mó con tanto ánimo, que á San Pedro que se lo quería estorbar, le dijo: ¿El cáliz que me dió mi Padre no quieres tú que le beba? Así que en una ocasión tan apretada como esta, y estando á la vista de una muerte tan afrentosa y cruel, se puso todo en manos de su Padre; y habiendo quedado tal de ellas que no tenía parte sana en todo su cuerpo, y pasando el negocio tan adelante que estaba ya para acabar la vida en el tormento y afrenta pública de la cruz, no por eso dejó de reconocer el amor de su Padre que tan rigurosamente le trataba, ni dudó de poner también en sus manos el espíritu que quería apartarse del cuerpo. Por tanto, al que llamó Padre en el Huerto cuando le encomendaba su honra y su vida, después de perdidas, le llama también Padre cuando le encomienda su espíritu, diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y sabiendo de cierto que había de resucitar al tercero día, y que esta gloria era debida á sus merecimientos, no quiso con todo eso tomarla El por su mano, sino esperarla de mano de su Padre: por eso puso su espíritu en sus manos como en manos de fiel depositario, que al plazo señalado (que era al tercero día) le había de volver á su cuerpo con grandes ventajas de gloria y de inmortalidad, y así le dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

De esta manera tomó posesión en nombre de todos los justos de las manos de Dios, que era el lugar más seguro que podían tener para que no le dañase la muerte; según que está escrito: *Justorum* (Sap., III, 1), *animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum mortis:* las ánimas de los justos en la mano de Dios están, y por eso no les tocará á ellos el mal de la muerte. Y con habernos asegurado el Salvador las manos de Dios en que depositar nuestras almas, dió descanso al mayor de nuestros cuidados, cuando no sabemos qué ha de ser de ellas después de

esta vida. Por cuanto ¿qué hombre hay con un poquito de lumbre de fe, que no le ponga en congoja pensar lo que ha de ser de él para siempre? Esto debe de ser lo que más aprieta á los que están en el artículo de la muerte, cuando la dan priesa al alma para que salga y no sabe adónde ha de ir, pero sabe que á la parte donde cayere, allí ha de permanecer por toda la eternidad; y si estando en esta duda quiere alguno asegurarse estribando en sí mismo, se anega en el piélago de los secretos de Dios. ¿Pues qué otra cosa puede hacer entonces mejor sino arrojarse en la misericordia de Dios, y poner todo el negocio en sus manos, y decirle las mismas palabras que le dijo el Salvador cuando expiraba: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y notan los Evangelistas que dijo el Señor estas palabras con grande voz y clamor; porque San Mateo dice (XXVII, 50): *Jesus autem iterum clamans voce magna emisit spiritum*; y San Marcos (XV, 37): *Jesus autem emissa voce magna expiravit.* Qué fuese esto que dijo al tiempo de morir con tan grande voz, sólo San Lucas lo declaró (XXIII, 46) cuando dijo: *Et clamans voce magna Jesus ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum: et haec dicens expiravit.*

No sin causa dió el Señor esta tan grande voz, porque con ella mostró la confianza y seguridad conque moría, y el triunfo que alcanzaba de sus enemigos, porque aquella grande voz fué voz de vencedor. Mostró bien que era Señor de la vida y de la muerte, y que no moría por flaqueza y necesidad, sino por sola su voluntad; y como tenía fuerza para dar aquella grande voz, la tuviera también para sustentar y detener la vida por todo el tiempo que quisiera. Mostró, finalmente, con esta voz milagrosa y sobre las fuerzas humanas, lo que con las demás señales que entonces sucedieron; conviene á saber, que era verdadero Dios, lo cual probó el suceso, porque como dice San

Marcos (xv, 39), viéndole el Centurión, que estaba allí delante, que había muerto con tan gran voz, dijo: Verdaderamente que este hombre era Hijo de Dios.

Es mucho de considerar el profundo silencio que tuvo nuestro Salvador en el discurso de su Pasión entre tantas acusaciones y calumnias, sin defenderse ni volver por sí, ni tachar los testigos y acusadores; de manera (Mateo, xxvii, 14) que el presidense gentil ante quien pasaba su causa, se maravilló de ello vehementemente. Y con mejor espíritu se habían maravillado antes de lo mismo los santos Profetas, porque uno de ellos dijo (Isai., xlii, 1; Matth., xii, 19): Este es mi siervo escogido, mi amado, en quien se agrada mi alma: no clamará ni se defenderá, ni oirá nadie su voz en las plazas. Y en otra parte dice (Isai., liii, 7): Como cordero delante de quien le trasquila, así estará mudo y sin abrir la boca. Siendo esto así, y que estuvo como mudo delante de los hombres sin hablar apenas una palabra en ocasiones forzosas, con todo eso, en tres horas que estuvo en la cruz habló siete veces para provecho y enseñanza nuestra. De estas, las tres veces habló con Dios, y las dos de ellas á voces y á gritos. De las cuatro veces que habló con los hombres, la primera fué con un gran pecador (que era el ladrón) para darle perdón é indulgencia; la segunda con dos grandes justos, que fueron su Santísima Madre y el Evangelista San Juan, para darles consuelo; y de las otras dos, la una fué con los circunstantes, significando la sed que tenía, que fué tanto como hablar con la sinagoga, y mostrarla la sed con que salía de este mundo de su remedio, y hacer la última experiencia del vinagre que aquella viña le había dado siempre á beber; la otra palabra fué con la Iglesia nueva y pueblo escogido, dándole la buena nueva de que ya estaba acabado y concluido el negocio de su rescate y salud. Las tres veces que habló con Dios, las dispuso de manera que

la una fué la primera, y la otra la postrera, y la otra la de en medio; enseñándonos con esto el recurso que hemos de tener á Dios en todas ocasiones, y que éste ha de ser el principio, el medio y el fin de todos los negocios, aun en aquellos que tratamos con los hombres. Y el haber hablado dos veces á su Padre con gran clamor, fué para declarar el fervoroso afecto y deseo encendido de donde nacían sus oraciones, porque grande clamor en los oídos de Dios es el deseo fervoroso del alma aunque la lengua no se menee. Pues para mostrar el Señor el abrasado afecto de su corazón, quiso orar esta vez con grande clamor desde la cruz.

Diónos también con esto prendas seguras y esperanza cierta de que sus oraciones habían sido oídas, porque lo que se dice á voces es oído por todos, aun de los sordos y de los que están muy lejos, cuanto más de los que están cerca y tienen buen oído. Pues estando el Padre Eterno tan cerca de su Hijo, y teniendo los oídos tan atentos á sus ruegos, ¿cómo no había de oir los que se hacían con tales y tan grandes voces? Bien sabía el Salvador que sus oraciones, aunque se hiciesen callando, eran clamores en los oídos de su Padre, y que su Padre siempre le oía, como Él lo dijo por San Juan (XI, 42): *Ego autem sciebam quia semper me audis:* mas porque nosotros lo entendiésemos y advirtiésemos en ello, quiso hacer á voces esta postrera oración. De ella y de las demás dijo San Pablo (Hebr., V, 7), que nuestro gran Sacerdote en los días de su vida mortal ofrecía ruegos y oraciones, con grande clamor y con lágrimas, á aquel Señor que era poderoso para librarle de la muerte, y que fué oído, así por la reverencia con que oraba, como por la que se debía á su persona. Pedía este Señor á su Padre, ó no gustar la muerte si era posible, como se lo pidió en el Huerto, ó que si su voluntad era que la muerte le tragase, le sacase presto de sus gargan-

tas (Ps. xv, 10) sin que su alma se detuviese en el infierno, ni su cuerpo llegase á corrupción; de la manera que Jonás, aunque le tragó la bestia, salió al tercero día libre y salvo de ella; y fué oído el Señor en esta oración que hizo con muchas lágrimas y grande clamor, como dijo el Apóstol. Así, estando en la cruz entre los dientes de la muerte y á punto de ser tragado de ella, depositando su alma en manos de su Padre para que al tercero día la volviese al cuerpo, dijo con grande clamor: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Dichas estas palabras, aquel Señor que es nuestra gloria (Ps. III, 4) y por quien todos levantamos la cabeza, inclinó la suya (Joann., XIX, 30) y dió su espíritu. Los trabajos que el Salvador había padecido desde la noche antes eran tales, que mucho antes le hubieran acabado la vida si Él, con su divina virtud, no la sustentara. Él mismo había dicho (Joann., x, 17): Poder tengo para dejar mi alma muriendo, y para tomarla resucitando; ninguno me la puede quitar por fuerza: mas yo la dejaré de mi voluntad. Ninguno, por cierto, pudo quitarle la vida por fuerza (Ps. XXXVII, 13), pues tanta fuerza como hicieron sus enemigos que buscaban su vida no bastó para quitársela, sino que la sustentó el tiempo que quiso, hasta que se cumpliesen en Él las escrituras y toda la voluntad de su Padre. Hecho esto, dijo: Ya está acabado todo lo que tengo de hacer y padecer; y como á quien le quedaba el brazo sano y el poder entero, dió aquella voz tan sonora, encomendando el alma en manos de su Padre. Concluído esto dió licencia á la muerte, y Él mismo se compuso para morir con aquel decoro y majestad que á su persona convenía; porque murió en pie, como esforzado; y para que la muerte no le derribase la cabeza, Él mismo la inclinó blandamente sobre el pecho; luego se le puso el color mortal, los labios cárdenos y la naríz afilada, y todo el cuerpo se estremeció en

la cruz, y Él dió su espíritu en manos de su Padre, y su vida y sangre preciosa por el remedio general de todos los hombres.

El cuerpo muerto se quedó colgado en la cruz, apartado del alma; pero unido siempre con la persona del Hijo de Dios. La cruz sustentaba en lo alto aquel cuerpo sagrado que se había ofrecido por nosotros, y representaba á los ojos de Dios el precio de nuestra salud y el mediador de nuestra reconciliación, y á los ojos de los hombres el consuelo de nuestros trabajos, el dechado de nuestras costumbres, la imagen ejemplar de los predestinados, el capitán de nuestras peleas, la guía de nuestra peregrinación, el estribo de nuestra esperanza, y el incentivo y despertador de nuestro amor; el terror y espanto de los demonios, el vencedor de la muerte y del pecado, y espectáculo de toda caridad, el cual, desde su misma cruz como desde una cátedra, nos está siempre enseñando, reprendiendo y exhortando; y, como dijo el Apóstol de Abel (Hebr., XI, 4), después de muerto habla: *et defunctus adhuc loquitur.*

CAPÍTULO XLIV

De los prodigios que sucedieron después de la muerte del Salvador.

Hicieron sentimiento todas las criaturas, y los elementos todos se estremecieron en la muerte de su Señor; y sucedieron á vista y en presencia de aquel sagrado cuerpo tales maravillas y prodigios, que se descubría bien lo que dijo un profeta (Abac., III, 4): *Cornua in manibus ejus, ibi abscondita est fortitudo ejus;* conviene á saber; cuánta fuerza había en aquellos brazos estirados y manos enclavadas, y que allí estaba su fortaleza, aunque á los ojos de los hombres escondida y disimulada. Primeramente el sol, que milagrosamente se había obscurecido, con otro nuevo milagro quitó de sobre sí aquel velo de tinie-

blas (porque esas (Matth., XXVII, 45) no duraron sino desde el mediodía hasta la hora de nona), y cuando expiró el Señor estaba ya el día claro y el sol descubría con sus rayos aquella imagen de Dios, dechado de los predestinados y ejemplo de toda santidad, en cuya muerte se renovó el día después de las tinieblas pasadas, pues por virtud de su muerte (Isai., IX, 2) empezó á amanecer nueva luz á los que vivían en la sombra y región de la muerte.

Estando, pues, el día con su luz natural y acostumbrada, y habiendo expirado el Salvador, entonces la tierra tembló, las piedras se partieron, los sepulcros de los muertos se abrieron, y el velo del templo se rasgó desde lo más alto hasta lo más bajo. Los muertos resucitaron, los infieles creyeron y los pecadores se convirtieron. Porque el Centurión confesó claramente que el que estaba muerto en la cruz era verdadero Hijo de Dios, y la turba que presente estaba á este espectáculo, herían sus pechos y se convertían. De esta manera hacía todo el mundo llanto, y celebraban las exequias de Dios muerto con ceremonias muy convenientes á tan alta Majestad.

Donde se hizo primero demostración del sentimiento fué en el templo, celebrado por su grandeza y magnificencia, reverenciado por santidad en todo el mundo. Era este templo la casa que Dios había escogido entre los hombres para morar con ellos y oir sus oraciones por el tiempo que durase la Sinagoga, la ley, y el sacerdocio y sacrificios antiguos.

Había en él (Hebr., IX, 2), después del atrio ó entrada primera, un lugar que se llamaba *Sancta*, y otro más secreto que se llamaba *Sancta Sanctorum*. Dividíase el atrio del *Sancta* con un velo grande que estaba extendido desde lo más alto hasta el suelo; y asimismo con otro segundo velo se dividía el *Sancta* del *Sancta Sanctorum*. En aquel primer tabernáculo, que se llamaba *Sancta*, después del

primer velo estaba el candelero y la mesa en que se ponían los panes que llamaban de la Proposición, y el altar de los sacrificios. Después del segundo velo, en el *Sancta Sanctorum*, estaba el incensario de oro y el arca del Testamento cubierta toda de oro, dentro de la cual no había otra cosa más que una urna de oro llena de aquel maná con que los había Dios sustentado en el desierto; y la vara de Aarón, aquella (Núm., XVII, 8) que entre las demás varas que ofrecieron los príncipes de las doce tribus, había florecido y dado fruto en el acatamiento de Dios, en señal que le escogía Dios por sacerdote desechando los demás; estaban también las tablas de piedra que trajo Moisés del monte Sinaí, en que estaba escrita la ley. Esto era lo que había en el arca, y sobre ella los dos querubines que se miraban y cubrían el Propiciatorio. Estas tres partes del templo estaban en tal disposición que por el atrio se entraba al *Sancta* y por el *Sancta* al *Sancta Sanctorum*. El atrio era común para todos: en el *Sancta* entraban solos los sacerdotes, y esto libremente y de ordinario á hacer el oficio de sus ordinarios sacrificios; pero en el *Sancta Sanctorum* entraba solamente el sumo sacerdote y no más que una vez en el año; y entonces, después de haber derramado sangre, y ofrecido algún sacrificio por sí y por las culpas é ignorancias del pueblo.

Ahora es de saber que en esta sazón, cuando murió el Salvador, se rasgaron de alto á bajo estos velos que estaban en el templo, y dividían el lugar que llamaban *Sancta* del *Sancta Sanctorum*: y aunque todas las señales que entonces sucedieron fueron muy grandes, esta, empero, fué mayor y más misteriosa. Porque la dureza y ceguedad de los judíos pudo atribuirse el terremoto y los eclipses á causas naturales; pero romperse el velo del templo no era cosa que por ningún camino podía ser natural, sino señal milagrosa dada de la mano de Dios; el cual con la misma

sabiduría y providencia que había ordenado que por el tiempo de la ley antigua estuviese aquel velo pendiente del *Sancta Sanctorum*, con la misma quiso que se rompiese en la muerte de su Hijo. A fin de que con esta demostración fuese manifiesto á todos que la gracia y santidad habían desamparado aquel templo y aquellos sacerdotes y ceremonias; y que así como no quedaba allí cosa santa, así no era menester que quedase cosa secreta y encubierta.

Quedó, pues, aquel lugar, antiguamente sagrado, abierto y patente á los ojos de todos, y libre para que todos pudiesen entrar en él: no eran menester velos, porque ya había cesado el uso y representación de ellos; ni había para qué cubrir con figuras la verdad, pues estaba desnuda en la cruz y descubierta á los ojos de todo el mundo. El *Sancta Sanctorum* quedó como profanado, roto el velo que defendía la entrada y vista de él, y el arca del viejo Testamento, con su Propiciatorio, quedó descubierta como otra cualquiera cosa común y ordinaria; y el monte Calvario, que antes era lugar vil y profano, quedó hecho *Sancta Sanctorum*, porque tenía en sí el arca del nuevo Testamento, en la cual estaban encerrados todos los tesoros de Dios, y el verdadero Propiciatorio, por medio del cual estaba Dios reconciliando el mundo consigo.

En aquella arca no había más que un vaso de maná, la vara de Aarón y las Tablas de la ley, todas las cuales cosas estaban ya inútiles y vanas; porque la ley había tenido ya su cumplimiento en Jesucristo; la vara de Aarón había ya fenecido con su sacerdocio y cedió á la cruz que estaba levantada en el Calvario en señal del Sacerdocio eterno de Cristo; y su Cuerpo Sagrado era el verdadero maná que tiene todo sabor de suavidad y es el sustento de los que peregrinan por el desierto de esta vida. Todas aquellas sombras se habían deshecho con la luz, y todas aquellas figuras habían pasado á la verdad; toda la suma de los mis-

terios divinos estaba en Jesucristo, el cual no trataba de esconderse, sino de manifestarse y darse á conocer á todos; por eso estaba puesto en alto, desnudo y estirado en la cruz, para que muy despacio miremos y remiremos en El.

Mas por cuanto estando así levantado de la tierra (Joann., XII, 33), como lo había dicho, había de llevar tras sí á todas las cosas con la fuerza de su amor, y de su riqueza y hermosura, de ahí es que desde entonces se quedó la Sinagoga vacía, y su templo como casa desierta y sin dueño, y los ornamentos de él como cosa vil y despreciada, y sus ceremonias y sacrificios pesados y sin provecho. Y para que no pretendiese el ciego judaísmo cubrir la ignominia de su sinagoga con aquellos mismos velos que antes tenía para ostentación de gloria y santidad, en el mismo punto que murió el Señor se rompieron ellos por sí mismos, y manifestaron á todo el mundo la poca suhstancia que quedaba en las cosas que encubrían.

Sobre todo esto el *Sancta Sanctorum*, como dijo el Apóstol (Hebr., IX, 8), significaba el reino de los cielos, que es el secreto escondido á los ojos de los hombres mortales, donde particularmente mora Dios. Y el estar cubierto con velo y no poder entrar ninguno á él sino sólo el sumo sacerdote, nos daba á entender el Espiritu Santo (Hebr., IX, 8) que aún no estaba abierto el camino de la gloria, en tanto que estaba en pie aquel primer tabernáculo con todos sus ornamentos y ceremonias.

Mas cuando murió Cristo nuestro Señor (Joann., IX, 11), Sacerdote Sumo del nuevo Testamento, en el cual se prometían bienes eternos por su muerte, se presentó delante de su Eterno Padre, entrando al *Sancta Sanctorum* de la gloria por un tabernáculo, no como aquel de la Sinagoga que era hecho por manos de hombres de esta materia común y ordinaria, sino por otro mayor y más perfecto; conviene á saber: los mismos cielos, por los cuales penetró y

abrió camino hasta pasar de la otra parte del velo y llegar á la diestra del Padre, á lo más alto y encumbrado de la gloria.

Y no entró con sangre de cabritos y de becerros, sino derramando su misma sangre, la cual ofreció para rescatar y limpiar de pecados las conciencias de aquellos que habían de entrar con El y por El á la gloria. Por esto no fué menester que entrase una vez cada año derramando de nuevo sangre de animales, porque sola una vez entró y dejó franca la entrada para siempre, con redención eterna y sangre poderosa para lavar los pecados de todos los siglos. Por esta causa se rompió el velo del templo luego, mostrando que tan patente quedaba el camino del cielo y tan franca la entrada de él, cuanto quedaba la del *Sancta Sanctorum* después de roto el velo que la defendía.

Todas estas causas hubo de esta tan nueva y tan admirable señal, de las cuales gozan con mucha dulzura los que con fe pura y devoción sincera creen en el Crucificado, y reconocen y adoran su virtud. Mas para los judíos incrédulos y obstinados fué señal de grande espanto y de ira é indignación de Dios, cuando vieron que su templo, en quien ellos se gloriaban como de cosa de Dios, mostrando dolor de la muerte de su Señor y abominando su impiedad y blasfemia, se había despojado de sus antiguos ornamentos, y como roto con tanta fuerza sus mismas vestiduras.

Mientras esto pasaba dentro del templo, sucedió fuera de él un grande y desacostumbrado terremoto (Matth., XXVII, 51), del cual resultó que piedras muy grandes se quebrantaron y hendieron: tembló la tierra reconociendo la presencia y majestad de su Criador que con tanta gloria triunfaba de sus enemigos, mucho mejor entonces que cuando ahogados los egipcios sacó Dios á su pueblo de aquella servidumbre, y le guiaba por el desierto á la tierra de promisión, libre y victorioso. Porque entonces tembló la tierra

y reconoció la presencia de Dios, y le hizo reverencia con su temblor y movimiento, como está escrito en los Salmos (Ps. LXVII, 8): *Deus, cum egredereris in conspectu populi tui, cum pertransires in deserto, terra mota est:* cuando tú, Señor, salías guiando tu pueblo y pasabas por el desierto, entonces la tierra tembló y se movió de su lugar. Y en otra parte dice, que con los temblores de la tierra los montes daban saltos como cabritos, y los collados como si fueran corderos: *Montes* (Ps. CXIII, 6) *exultaverunt ut arietes et colles sicut agni ovium. A facie Domini mota est terra; a facie Dei Jacob.*

Pues si la tierra hizo entonces este reconocimiento cuando sacaba Dios á su pueblo de servidumbre temporal, y de una tierra le guiaba por el desierto á otra tierra, ¿con cuánta mayor razón hizo este sentimiento y reconocimiento cuando estaba el Señor en la cruz? Tembló la tierra y las piedras se quebraron, y reconoció este elemento la presencia de su Hacedor, que triunfaba gloriosamente del pecado, del infierno y de la muerte. Y habiendo rescatado á su pueblo de la servidumbre del demonio, le iba guiando (Exod., XV, 13) con su misericordia, y sustentándole con su fortaleza por el camino desierto de la cruz, hasta ponerle con libertad segura y perpetua en las moradas celestiales.

Tembló también la tierra para celebrar á su modo y con esta señal las exequias de su Criador; y siendo la criatura más pesada y el elemento más bajo y grosero, hacía su sentimiento y daba muestras como podía de su dolor. Y las piedras duras convencían y condenaban la dureza y obstinación de los judíos, pues ellas se partían y quebrantaban, y ellos no se querían mover á compasión ni á penitencia.

También tembló la tierra en señal y argumento de que había temblado el infierno, que estaba debajo de ella, y la muerte, que tenía encerrados sus despojos dentro de ella.

La muerte tembló cuando se vió tan cerca de la vida: y habiéndose atrevido á pelear con el Señor, cuando le reconoció de cerca se quedó absorta y helada, y pensando tragarle y digerirle como á todos los hombres, ella quedó sorbida y anegada en aquel infinito piélago de vida, como dijo el Apóstol (I, Cor., xv, 54): *Absorta est mors in victoria:* sorbida y deshecha queda la muerte con tan ilustre victoria.

Hízola el Señor una burla tal, que cuando pensó prender ella quedó presa; y levantándola consigo en lo alto de la cruz, la despeñó é hizo pedazos para siempre, como estaba escrito en Isaías (xxv, 8): *Praecipitabit mortem in sempiternum.* Que fué tanto como decir, que en este monte había de despeñar el Señor á la muerte para siempre. De esta manera vino á morir la muerte: no era posible que muriera de otro golpe sino de abrazarse con la vida. Así se cumplió lo que en persona del Salvador había profetizado Oseas (xiii, 14): *Ero mors tua, o mors.*

La muerte, como vencida, en señal de reconocimiento entregó al Salvador las llaves de sus fortalezas y tesoros; y el Señor, por haber muerto y salido vivo y con gloria de su sepultura, quedó con poder sobre todos los muertos, y con la llave de sus sepulturas para sacarlos de aquella prisión cuando quisiese. Así se lo declaró Él á su discípulo amado (Apoc., i, 18) cuando dijo: *Ego sum primus, et novissimus, et vivus, et fui mortuus, et ecce sum vivens in saecula saeculorum, et habeo claves mortis et inferni.* Yo (dice) soy el primero y el postrero; fuí vivo y después fuí muerto; y vesme ahora, estoy vivo con vida inmortal por todos los siglos, y como vencedor tengo en mi poder las llaves de la muerte y del infierno. Por virtud de este poder resucitarán todos los hombres en el día postrero; y para hacer alguna demostración de él cuando el Señor resucitó, otros muchos de los santos resucitaron con Él y vi-

nieron á la ciudad santa de Jerusalén, y se descubrieron (Matth., xxvii, 53) y aparecieron á muchos. Y aunque esta resurrección de los Santos no fué hasta que el Señor resucitó, sin embargo, en su muerte sucedió una notable maravilla. Porque al punto que expiró tembló la muerte de haberle acometido, y dándose desde luego por vencida, desamparó la posesión de las sepulturas, las cuales con esto se abrieron para dar lugar á la vida que se entrase por sus puertas, y dejó los muertos que estaban en ellas á disposición del Señor, que cuando fuese servido los volviese á la luz de aquesta vida.

Tembló también todo el infierno con los príncipes de las tinieblas que presidían en él. Porque, como dijo el Apóstol (Col., ii, 14), les quitó el Salvador de las manos la escritura de condenación que tenían contra los hombres, y la enclavó consigo en la cruz y la borró con su Sangre, pagando con ella cumplidamente por todos los pecados. Con esto despojó á los príncipes y potestades del infierno de la presa que retenían en él de los Santos Padres, y del derecho que tenían contra todos los pecadores que con fe y obras de penitencia se valiesen de este rescate; y los dejó burlados y confusos con esta insigne victoria y gloriosísimo triunfo. De manera que, bajando el Señor personalmente al reino del infierno á recoger estos despojos que había ganado con su muerte, todos los moradores de él le hincaron la rodilla é hicieron profunda reverencia. De aquí quedó la señal de la cruz terrible y espantosa á los demonios, porque es figura de Cristo nuestro Señor crucificado, y porque en ella fuimos nosotros redimidos, y por ella quedaron ellos vencidos y humillados. En esta cruz le estiraron los verdugos los brazos, y descubieron más la grandeza y poderío de ellos, porque extendidos en la cruz se echó de ver que eran grandes y poderosos (Exod., xv, 15). Entonces se conturbaron los príncipes de Edón, y el temor se apode-

ró de los robustos de Moab, y quedaron postrados los moradores de Canaán. *Irruat super eos formido, et pavor in magnitudine brachii tui;* caiga, Señor, sobre ellos temor y espanto, con el poderío y grandeza de tu brazo.

Vencidos estos enemigos, empezó á dilatarse el reino del Crucificado y á deshacerse el reino del pecado, y florecer la fe y la justicia y santidad en los corazones de los hombres, porque con el resplandor de la cruz empezaron á huir las tinieblas de los entendimientos y á deshelarse la dureza de las voluntades. Y siendo los gentiles los que menos conocimientos tenían de Dios, y los soldados los que suelen tener menos de piedad y devoción, para que se descubriese mejor la eficacia de la Pasión y Sangre del Señor, los primeros que le creyeron y confesaron entre la turba que allí estaba presente después de muerto, fueron los soldados y los gentiles. Así se cumplió lo que dice el Apóstol (Ephes., II, 13), que por virtud de la Sangre de Jesucristo, los que estaban lejos se habían puesto cerca en Cristo Jesús. Y así como en el nacimiento del Señor, cuando le perseguían los judíos y le buscaba Herodes para la muerte, entonces le reconocieron y adoraron, y sirvieron con sus dones los gentiles que vinieron del Oriente, así también en su muerte, cuando el vil judaísmo le blasfemaba, los gentiles le honraron y glorificaron. Por cuanto el Centurión (que así se llamaba el que presidía á ciento de los soldados), el cual (Marc., XV, 39) estaba de cara al Salvador viendo y considerando lo que pasaba, conviene á saber, que al tiempo de expirar (Marc., XV, 39) había dado una voz con tanta fuerza y entereza, que con tanta libertad había llamado su Padre á Dios habiendo sido acusado y estando muriendo por ello, y que con tanta confianza había encomendado su espíritu en sus manos, considerando estas cosas y viendo las señales tan prodigiosas que se habían seguido después de su muerte (Luc., XXIII, 47), glorificó á

Dios, y confesando públicamente su fe, dijo: Verdaderamente que este hombre era justo (Marc., xv, 39), y que no solamente era hombre justo, sino que era Hijo de Dios.

Tambien los soldados de guardia (Matth., xxvii, 54) que estaban en compañía del Centurión guardando el cuerpo del Señor, viendo el terremoto y las demás cosas que pasaban, concibieron grande temor por los agravios que le habían hecho y blasfemias que también ellos habían dicho contra El. Y dando gracias á Dios, y sujetándose á El con devota reverencia y religioso temor, confesaban la verdad que ya conocían diciendo: Verdaderamente que este era Hijo de Dios. No solamente alcanzó el fruto de la Pasión de Cristo á los gentiles, sino á los judíos, que como antes que muriese los unos y los otros le blasfemaron, así después de muerto le confesaron todos. Los gentiles libremente confesaban que era justo é Hijo de Dios; y los judíos, que tenían más parte en el horrendo pecado de su muerte, abominando su delito y movidos á penitencia (Luc., xxiii, 48) con la vista de un espectáculo como este, mudos y las cabezas bajas se volvían á la ciudad hiriéndose los pechos.

CAPÍTULO XLV

Abre un soldado el costado del Salvador, después de muerto.

Estaban con todo eso los príncipes de los sacerdotes duros en su porfía y obstinación, y trataban de hacer nuevos agravios é injurias al Salvador en su sepultura como se los habían hecho en su muerte, y cubrirlo todo con capa de religión y santidad. Había una ley en el Deuteronomio (Deut., xxi, 22), en la cual mandaba Dios que si alguno por sus delitos fuese condenado á muerte y puesto en la cruz, su cuerpo muerto no se quedase colgado en el madero, sino que el mismo día fuese sepultado. Y da la

razón la ley: *Quia maledictus a Deo est qui pendet in ligno, et nequaquam contaminabis terram tuam, quam Dominus Deus tuus dederit tibi in possessionem;* porque es maldito de Dios el que está colgado del madero, y de ninguna manera conviene que la tierra que Dios te ha dado en posesión quede contaminada con la vista de su cuerpo muerto (Galat., III, 13). Sujetóse el Señor á esta maldición que merecían nuestros pecados, para que alcanzásemos nosotros la bendición que merecieron sus virtudes. Querían, pues, los sacerdotes cumplir en Él la ley sepultándole aquel mismo día. Allegábase otra razón á esta, que el día siguiente era sábado (Joann., XIX, 31), y muy grande y solemne día de sábado por concurrir en uno de los días de Pascua; y la gente que había venido de fuera á la fiesta, estaba detenida sin poder ponerse en camino para sus casas, y en este sábado era mayor el concurso.

Siendo, pues, este sábado tal, no convenía que los cuerpos se quedasen colgados en las cruces en él, por causa de que la fiesta se embarazaba, y aun á su parecer se contaminaba con la vista de los malhechores, y la gente se divertía del propósito de su solemnidad con la presencia de los cuerpos muertos, y tomaban ocasión de hablar del caso cada uno como quería y sentía de él. Y como el concurso de gente era grande, los pareceres diferentes y las señales que se habían seguido á la muerte del Señor tan prodigiosas, y gran parte de los que estaban allí presentes se habían compungido, y el Centurión y sus soldados habían confesado libremente que era justo é Hijo de Dios, todo esto se convertía en rabia y furor de los príncipes y sacerdotes, y cedía en su ignominia y confusión, y temían no se levantase algún alboroto entre los del pueblo, y se encendiese algún fuego que no bastasen después á sosegarle y apagarle. Ningún medio, pues, hallaban mejor para prevenir estos daños que quitar de los ojos el cuerpo del Se-

ñor y sepultarle, para sepultar juntamente su memoria, y que ninguno más se acordase ni tratase de El.

Por estas causas, y no por hacerle honra, trataron de su sepultura, aun antes que ellos pensasen que era muerto. Y para cubrir su maldad (como siempre hacían) con máscara de santidad y religión, se fueron al presidente, y le rogaron que por respeto de su fiesta y de su sábado mandase quebrar las piernas á los crucificados, y dar á sus cuerpos sepultura. Este tormento de quebrarles las piernas solían dar á los ajusticiados, cuando por ser muy prolija la muerte de la cruz, querían acelerarles la muerte, y desembarazarse los ministros de la asistencia que hacían á la ejecución de ella.

Mas en querer usar esto con el Salvador le hacían agravio de muchas maneras. Lo primero, porque insistían en hacer una misma su causa y la de los ladrones, pidiendo para El y para ellos, á bulto, un mismo género de tormento y sepultura. Y cierto que el haberle crucificado entre los ladrones, fué sobra de malicia para deshonrar al Señor, y persuadir al pueblo que era justo lo que se hacía con El como lo que se hacía con ellos. Pero perseverar en este intento era manifiesta obstinacion y pertinacia, pues que las señales que habían sucedido eran espantosas, y todos se habían persuadido que las ordenaba Dios para honrar con ellas á su Hijo y publicar su inocencia, sin que á ninguno le hubiese venido al pensamiento que estas cosas se hiciesen por respeto de los ladrones que juntamente padecían con El. Solos los sacerdotes cerraban los ojos pérfidamente á lo que todo el pueblo veía, y sin querer hacer cortesía al que se la hacían todas las criaturas y elementos, se fueron á Pilatos dando petición en común sobre todos tres crucificados: *Ut frangerentur eorum crura, et tollerentur*; para que les quebrasen las piernas y los quitasen de las cruces. Además de eso, este nuevo tormen-

to con que querían acabar la vida del Señor era grandísimo, y no menos la injuria, dejándole los huesos quebrantados y el cuerpo feamente despedazado, cosa que no se hacía sino con ladrones facinerosos, y tal, que habiéndose sujetado el Señor á todo género de agravios y malos tratamientos, no consintió que se hiciese éste á su cuerpo ya difunto, antes bien lo tenía vedado y prevenido en el sacrificio del Cordero, figura expresa de su muerte, cuando dijo (Joann., XIX, 36): *Os non comminuetis ex eo.*

Esta profecía y voluntad del Señor, declarada de tantos años antes con aquella solemne ceremonia, se vino á cumplir á pesar de sus enemigos, que pedían lo contrario. Por cuanto bien pudieron crucificarle con los ladrones, pero no detenerle la vida para que no muriese antes que ellos. Murió el Señor cuando quiso, y previno la diligencia de los Sacerdotes con su muerte; pues que cuando vinieron los soldados á ejecutar el mandamiento del juez, quebraron las piernas al primero de los ladrones, que era el de la mano derecha, el cual, después de haber creído y confesado á Jesucristo, llevando esta pena con paciencia, aumentó su merecimiento y dió dichoso fin á su tormento, y con las piernas quebradas corrió más aprisa al descanso, en cumplimiento de lo que el Señor le había prometido: Hoy serás conmigo en el paraíso. Después de esto quebraron también las piernas al otro compañero que había sido crucificado con El, y cuando llegaron á Jesús con determinación de hacer el mismo ultraje, como vieron que estaba muerto, desistieron de su intento y no le quebraron las piernas, haciendo Dios esta diferencia entre el inocente y los culpados, y disponiendo las cosas para que se obrasen otras mayores maravillas y misterios en el cuerpo ya difunto del Salvador.

Por cuanto uno de los soldados que allí estaban (Joann., 34), corrió con gran furia contra el cuerpo muer-

to del Señor, y abrióle con una lanza el costado derecho, atravesándole con ella todo el corazón. Así le fué revelado á Santa Brígida (lib. VII, Revel., c. XV, *prope finem): Et sic stantibus turbis in circuitu venit unus accurrens cum furia maxima, et infixit lanceam in ejus latere destro tam vehementer et valide, quod quasi per aliam partem corporis lancea voluit pertransire.* Y en otra parte dice (lib. II, c. V): *In corde punctus erat tam amare et immisericorditer, quod pungens non destitit, donec lancea attigit costam, et ambae partes cordis essent in lancea.* «Estando (dice esta Santa) rodeado el cuerpo del Señor por las turbas, vino uno de los soldados corriendo con grandísima furia, y atravesóle una lanza por el lado derecho con tanta fuerza y vehemencia, que parece que quería sacarla por la otra parte; y quedó tan cruelmente herido, que no paró el que le hería hasta que la lanza penetró del todo el corazón de la una parte á la otra de El.» De esta manera nuestros yerros le atravesaron su piadoso corazón estando vivo, y el de la lanza estando muerto. Si miramos la intención del soldado que esto hacía, parece que nació de su desenvoltura y furor, llevando con indignación que hubiese muerto con tanta brevedad el Señor, y prevenido con su muerte que no le quebrasen las piernas y excusado los demás tormentos y escarnios de los soldados y de los judíos. Y ya que no le pudo atormentar y escarnecer vivo, quiso mostrar el ánimo que traía hincándole la lanza al cuerpo muerto; lo cual fué suma inhumanidad y crueldad mostrar furor contra un cuerpo muerto, y herirle derechamente el corazón, donde está la fuente de la vida. Por lo cual la santa Iglesia, llamando dulce al madero de la cruz, y dulces los clavos que sostenían en él la dulce carga del cuerpo del Señor: *Dulce lignum, dulces clavos, dulce pondus sustinent,* llama por otra parte al hierro de la lanza duro y cruel: *Quo vulneratus insuper*

mucrone diro lanceae. Porque si fuera crueldad herirle el corazón estando vivo, no fué menos inhumanidad haberle herido estando muerto. Pero si miramos la dulzura del corazón del Señor, hallaremos que la lanza quedó mucho más dulce que los clavos y que la cruz, porque si la cruz y los clavos tocaron en el cuerpo y en los pies y manos del Señor, la lanza tocó en su corazón, y nos dejó abierta puerta y camino para él.

Sed unus militum lancea latus ejus aperuit: uno de los soldados abrió su costado con una lanza; sobre lo cual dijo San Agustín (Psalm. cxx in Joann., t. x): *Vigilanti verbo Evangelista usus est, ut non diceret, latus ejus percussit, aut vulneravit, aut quid aliud,* etc. Con mucha advertencia usó el Evangelista de esta palabra: que no dijo que el soldado hirió ó llagó con la lanza el costado del Señor, sino que le abrió, mostrando que se había abierto una puerta franca por donde nosotros entrásemos al Corazón de Jesucristo, y por donde saliesen las riquezas de su Corazón y se nos comunicasen á nosotros. Por razón de que si la vida de cada uno procede de su corazón, y así aconseja el Sabio (Prov., iv, 23) que le guardemos con toda guarda y diligencia, del Corazón de Jesucristo había de salir la vida de todos. Así, no convenía que le guardase para sí solo, sino que se dejase herir en él, y aunque muerto, se abriese en su costado la puerta de la vida, para que con la muerte de El viviésemos todos, y con la vida que salía de El resucitásemos todos.

De esta manera fué formada la Iglesia del costado del Señor que estaba recostado en la cruz (Gen., ii, 21), en figura de lo cual fué formada la primera mujer del lado del varón cuando estaba durmiendo. Y aunque estaba Adán oprimido con profundo sueño, salió Eva viva y despierta, y fué llamada madre de todos los vivientes. Este (Ephes,. v, 32) fué gran Sacramento, en que estaba representada la

unión de la Iglesia con Jesucristo, el cual estaba echado en la cruz, y la cabeza inclinada con figura y disposición de quien dormía, y de su costado abierto salió la sangre y el agua con que fué formada y hermoseada su Esposa. Estando el Señor muerto salió la Iglesia viva, y madre de todos los que viven, por virtud de la muerte de Cristo Señor nuestro. ¡Oh muerte con que resucitan los muertos! ¡Oh herida con que sanan las heridas! ¡Oh sangre con que se lavan los que no están limpios! Este es el consuelo de los tristes, el esfuerzo de los tentados, el refugio de los afligidos. Por esta puerta entran y salen las abejas santas á fabricar sus panales en lo secreto del Corazón de Jesús (Ps. CIII, 18). Este es el agujero de piedra donde tienen refugio los erizos, y adonde (Ps. LIV, 7) vuelan los que tienen las alas como de paloma, para hallar allí su descanso y su guarida. Esta es la puerta (Genes., VI, 16) que mandó Dios á Noé que hiciese en el lado de su arca, para que entrasen por ella los animales privilegiados que no habían de perecer en el diluvio. Esta es la puerta (Deut., XIX, 2) abierta de la ciudad de refugio, donde se guarecen los delincuentes de la ira de Dios. Esta es la puerta dorada (Actor., III, 2) y hermosa del verdadero templo de Dios, donde los mendigos y enfermos alcanzan siempre salud y misericordia. Esta es la puerta del paraíso, que se cerró por el pecado del primer Adán y se abrió por los merecimientos del segundo, el cual había dicho de sí: Yo soy (Joann., X, 9) la puerta; por Mí, si alguno entrare, será salvo. Esta es la puerta de que tienen la llave dorada los amigos regalados y favorecidos de Dios. ¡Oh, cuán de veras desprecian las puertas de los reyes, y los favores y privanzas de los príncipes, los que tienen licencia de entrar por esta puerta á la bodega de los vinos preciosos (Cant. II, 4) y á la recámara secreta de Dios! *Haec porta Domini justi intrabunt per eam* (Ps. CXVII, 20). Esta es la fragua donde

hay fuego perpetuo y muy encendido con que se abrasan nuestros corazones, y se van labrando conforme á la imagen de Dios. Este es el testimonio del amor fervoroso y excelente caridad de nuestro Salvador, tener no solamente los brazos abiertos para recibirnos en ellos, sino también abierto el Corazón para recibirnos en él.

Y si el Apóstol decía (Cor., VI, 11) que su corazón estaba dilatado, y que todos los fieles cabían sin estrechura en él, ¿cuán ancho y cuán espacioso será el Corazón de Jesucristo para abrazarnos á todos en su incomprensible caridad dentro de él? ¡Para morada tan ancha y tan gloriosa era menester que correspondiese en su costado una puerta tal que nos convidase á entrar por ella! Este es el racional del Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento (Exod., XXVIII, 11), que en sólo una piedra tenía, no sólo escritos doce nombres, sino en la verdad á todos los hombres. Y aunque recibió esta herida después de muerto, la conservó después de vivo para ornamento de su cuerpo glorioso y resucitado, y para fuente de luz y de amor. Por eso, tocando (Joann., XX, 27) el Apóstol Santo Tomás en esta llaga, y poniendo sus dedos dentro de ella, se le encendió súbitamente una resplandeciente candela de fe en su entendimiento, y un abrasado fuego de amor en su voluntad.

¡Oh, qué suavemente regala, y qué regaladamente atrae, y con cuánta fuerza embriaga el Señor á sus escogidos con el licor soberano que mana de esta divina fuente! ¡Qué altamente favorece á sus amigos, dándoles puerta por su costado para entrar á lo íntimo de su Corazón y abrazarlos en él con brazos de estrecha amistad y de familiar comunicación! ¡Estos sí que son amores y favores, no los que dan los hombres! Por esto el Señor, para recoger y acariciar á sus Apóstoles que andaban medrosos y descarriados, cuando después de resucitado se les apare-

cía, les mostraba luego las manos y el costado, porque en él veían las ventajas de amor con que los amaba á ellos y á toda la Iglesia. Que si antiguamente decía (Cant. IV, 9): Heriste mi Corazón, hermana mía, heriste mi Corazón; ahora no le tenía solamente herido, sino del todo abierto: *Unus militum lancea latus ejus aperuit.*

CAPÍTULO XLVI

Del costado abierto del Salvador salió sangre y agua.

Et *continuo exivit sanguis et aqua.* En sacando el soldado la lanza del costado del Señor, luego al punto salió tras ella una fuente de sangre y de agua que bañó todo el cuerpo y corrió hasta el suelo. ¡Oh abismo de la divina largueza! ¡Siempre le queda á Dios algo que dar! Había dado ya la vida, que es todo lo que un amigo puede dar por otro, y derramado al parecer toda la sangre por las heridas de los pies y de las manos; pero no era razón que faltase qué darnos á los pobres, por una puerta tan principal como se había abierto en su costado, y así nos dió por ella aquella poca sangre que en las angustias de la muerte se había recogido al socorro del divino Corazón; y como precioso licor que se derrama de vaso quebrado y roto, no quedó gota ninguna de él. En testimonio de ello, con la sangre y tras de ella salió agua también, por ser aquella la postera sangre que tenía; y quedó el Señor en la cruz como una imagen viva y expresa de la divina bondad, abierto el corazón para darse y derramarse, y los brazos para recibir á sus criaturas.

El primero que gozó de este beneficio de la llaga del costado fué el soldado que la hizo, el cual (como es opinión recibida) se llamaba Longinos (August., *in Manual* cap. XXIII; Nazianz., *in trag. de Christo patien.*), y era ciego; ó lo que es más verosímil y afirmó San Isidoro, carecía

de un ojo tan solamente. Pues como abriese el costado del Señor, la sangre y agua que de él salía, vino corriendo á hilo por la misma lanza y le dió en las manos; y ungiendo con aquel sagrado licor sus ojos, le fué restituída perfecta vista en el cuerpo, y lo que más es, en el alma también, para que conociese con viva fe quién era aquel Señor que estaba muerto en la cruz; y creyendo en El fué después bautizado de los Apóstoles, y lleno de santidad vino á morir obispo y mártir, y de él se hace fiesta en la Iglesia á 15 de Marzo. ¡Tanto fué el efecto que hizo en él la sangre y agua que le alcanzó del costado del Señor! La demás que corría en el suelo, dice Nicéforo (Niceph., Callixt., lib. I, Hist., c. III), que la Virgen que estaba allí cerca y el discípulo amado la recogieron en un vaso y la guardaron con toda piedad y reverencia.

Y pues (dice el Evangelista) que de su costado salió sangre y agua, no fué humor flemático, como algunos imaginaron, sino agua verdadera que manó milagrosamente de su cuerpo, como también fué milagro (S. Thom., 3.ª part., c. LXVI, art. 4 ad 3, et q. 74, art. 7 ad 3) salir sangre de un cuerpo ya difunto. Lo cual ordenó así el Señor para probar con tan claro testimonio que su cuerpo no era fantástico, sino verdadero, porque por la sangre se mostró que su cuerpo era compuesto también de los cuatro humores; y que era compuesto también de los cuatro elementos, se mostró por el agua, que es uno de ellos.

Es mucho de advertir con cuánto peso de palabras confirma el Evangelista la verdad de aquesta historia, cuando dice (Joann., XIX, 34): Uno de los soldados abrió su costado con una lanza, y luego al punto salió de la herida sangre y agua; y el que lo vió por sus propios ojos es el que da testimonio de ello, y él sabe y está cierto que dice en ello la verdad, para que vosotros también seguramente lo creáis. Ciertamente que no dijera estas palabras con tanto enca-

recimiento, si no entendiera que en esta sangre y agua que salió del costado del Salvador estaba encerrado, no solamente grande milagro, sino también muy gran misterio.

Cuál sea este misterio, el mismo Evangelista que lo vió y notó, estando al pie de la cruz, y lo escribió en su Evangelio, lo declara por estas palabras (I Joann., v, 5): *Quis est qui vincit mundum, nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei? Hic est qui venit per aquam ets anguinem Jesus Christus: non in aqua solum, sed in aqua et sanguine: et Spiritus est qui testificat quoniam Christus est veritas.* ¿Quién es (dice) el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es Hijo de Dios? El cual nos enseñó con su ejemplo á pisar las honras vanas y menospreciar las riquezas, y huir de los deleites y regalos de la carne; y nos predicó la vanidad de los bienes presentes, y nos ganó y prometió los venideros. Ninguno, pues, vence al mundo sino el que cree que Jesús es Hijo de Dios; y por eso sigue su ejemplo como acertado, y cree su doctrina como verdadera, y espera sus promesas como seguras y ciertas, y se vale de su sangre para alcanzar perdón de sus pecados, y goza de su gracia para vencer las batallas presentes, y participa de sus merecimientos para entrar en los bienes venideros.

Hic est qui venit per aquam et sanguinem, Jesus Christus, non in aqua solum sed in aqua et sanguine. Este de quien hablamos y de quien hemos de creer que es Hijo de Dios, es Jesucristo, que vino al mundo por agua y por sangre, no en agua tan solamente, sino en agua y sangre. El Precursor San Juan Bautista vino en agua tan solamente, como él lo dijo (Joann., I, 26): Yo no bautizo más que con agua; y así su bautismo no tiene eficacia para lavar las culpas. Pero el bautismo de Jesucristo tiene eficacia para lavar las culpas por virtud de su sangre que derramó en la cruz, porque Jesucristo vino por sangre.

De aquí es, que muchas veces en el discurso de su vida juntó el Señor estas dos cosas: agua y sangre. Niño de ocho días derramó lágrimas junto con la sangre de la Circuncisión; en la última cena lavó los pies á sus discípulos con agua para darles á beber su Sangre; y en el cáliz mezcló agua con el vino que había de convertir en su Sangre; y en el huerto, puesto en agonía, juntamente con el sudor salió la sangre. ¿Quién dirá en el discurso de su Pasión cuántas lágrimas salieron de sus ojos junto con la sangre que salió de sus venas, pues dice San Pablo que en el tiempo que le duró la vida (Hebr., v, 7), ofrecía sus oraciones á Dios con grande clamor y con muchas lágrimas? Finalmente, después de muerto, salió de su costado agua verdadera y sangre. Vino, pues, Jesucristo, no en agua solamente, ni solamente en sangre, sino en sangre y en agua, para mostrar el efecto que había de hacer su Sangre, que era lavar las manchas de los pecados. Por eso dice San Juan (Apoc., VII, 13), que uno de los ancianos que estaban delante del Cordero, mostrándole los santos vestidos de ropas blancas, le dijo: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son y de dónde vinieron? Y respondió: Señor mío, eso Tú lo sabes; y dijo el anciano: Estos son los que vinieron de muchas y grandes tribulaciones, y lavaron sus ropas y las blanquearon en la sangre del Cordero. Pues aunque de buena razón las ropas que se mojasen en la sangre habían de quedar teñidas en su color, no obstante la sangre del Cordero, aunque en su substancia es sangre, en el efecto lava y blanquea las vestiduras como si fuese agua. Por eso Jesucristo vino por agua y por sangre, y no en agua tan solamente; sino en agua juntamente y en sangre.

Et Spiritus est qui testificat quoniam Christus est veritas; el Espíritu es el que da testimonio de que Jesucristo es la verdad, pues que en la ley vieja, cuando era tiempo de sombras y figuras, vino también Moisés, fiel mi-

nistro de Dios, y vino con agua y con sangre. A causa de que la primera señal que hizo para azotar á los egipcios, y castigar la dureza de Faraón, y probar que venía en nombre de Dios (Exod., VII, 20), fué convertir todas las aguas en sangre; y la postrera señal con que acabó de quedar libre su pueblo (Exod., XIV, 27), fué dejar ahogados á los mismos egipcios en el mar, que por ser y llamarse mar Rojo ó Bermejo, era representación de agua y de sangre. Todas las carnes de los sacrificios se lavaban con agua, la cual quedaba con esto mezclada con sangre, y rociando con ella se quitaban todas las inmundicias é irregularidades de la ley. Aquella piscina de Jerusalén (Joann., V, 2) en que sanaban los enfermos de cualquiera enfermedad, cuando era movida por el ángel, dicen muchos que era del agua ensangrentada con que se lavaban estos sacrificios. Y el mismo Moisés (Hebr., IX, 19; Exod., XXIV, 8), para dedicar el Testamento Viejo y confirmar aquel asiento que entonces se hacía entre Dios y los hombres, y para consagrar el tabernáculo y todos los vasos que habían de servir en el ministerio de él para el culto divino, tomó sangre de cabritos y becerros mezclada con agua, y con ella roció el libro de la ley, y todo el pueblo, y el tabernáculo y los vasos. Apenas había cosa en aquella ley que no se purificase con sangre y con agua.

Pero aunque en aquella ley había sangre y agua, era todo sombra y figura, y como ceremonias muertas, sin espíritu; y el mismo espíritu que fué comunicado en la ley de gracia, dió testimonio de que Jesucristo era el cuerpo de aquellas sombras y la verdad de aquellas figuras (Joanne, I, 17). Porque si bien la ley fué dada por Moisés, la gracia y la verdad fué hecha por Jesucristo. Por eso no sin causa quiso el Salvador que después de muerto le abriesen el corazón, que es el principio de la vida y oficina de los espíritus vitales, para que se entendiese que el agua y la san-

gre que de allí salían, no eran cosas muertas y flacas, sino vivíficas y eficaces, y que iban envueltas con su espíritu para la vida y remedio del mundo.

¡Oh sangre preciosísima con que somos redimidos! ¡Oh agua límpísima con que somos lavados! Agua con que somos reengendrados en el ser divino y espiritual, y sangre con que somos sustentados y alimentados en El. ¡Oh muerte con que resucitan los muertos! ¡Oh espíritu que salió del pecho de Cristo, con que se alientan todos los vivos! Salió, pues, de su costado agua y sangre; ¿qué cosa más limpia que esta sangre? ¿Qué cosa más eficaz que esta agua, con que por virtud del Espíritu Santo somos purificados y blanqueados? Ciertamente que la sangre de Jesucristo tuvo eficacia de lavar nuestros pecados por virtud del Espíritu; esto es, por estar unida con la Divinidad y persona del Hijo de Dios, de lo que tomó su valor; ó porque fué derramada por virtud del Espíritu Santo, que interiormente movía á Jesucristo nuestro Señor para que derramase su sangre por sólo el amor y obediencia de Dios. Por lo cual dijo el Apóstol (Ad Hebr., IX, 13): Si la sangre de los toros y cabritos, y el agua (Num., XIX, 9) mezclada con las cenizas de la vaca bermeja, que eran cosas muertas y sin espíritu, limpiaban á los que estaban inmundos según la ley, ¿cuánto más la sangre de Jesucristo, que se ofreció á sí mismo como Hostia limpia y sin mancilla en el fuego del Espíritu Santo, tendrá vida, por virtud de este Espíritu, para limpiar nuestras conciencias de las obras muertas y resucitarnos á nueva vida, para que con obras de vida sirvamos y agrademos á Dios vivo? Asimismo el agua tiene fuerza de lavarnos, renovarnos y reengendrarnos en el nuevo ser espiritual de la gracia, no por sí misma, sino por virtud del Espíritu Santo, según lo dijo el mismo Salvador á Nicodemus (Joann., III, 5): Necesario es nacer otra vez de nuevo; y si alguno no renaciera del agua y del Espíritu Santo, no

puede entrar en el reino de los cielos. De modo que el agua que por sí misma era estéril, recibe virtud del Espíritu Santo para reengendrar en Cristo á los bautizados.

De esta manera fué reengendrado el nuevo pueblo de Dios con agua y con sangre por virtud del Espíritu Santo, y se estableció y confirmó la nueva ley de gracia y del Testamento Nuevo entre Dios y los hombres con la sangre y agua que manó del costado de Jesucristo; así como antiguamente también, en figura de esto, el Testamento Viejo se había dedicado con agua mezclada con sangre de animales. Porque habiendo leído Moisés á todo el pueblo (Exod., XXIV, 8) el libro de la ley, en que se contenían todas las cosas que Dios mandaba á su pueblo y las que prometía hacer con él, el pueblo se obligó por su parte al cumplimiento y obediencia de estos mandamientos, y Moisés por parte de Dios, y como ministro suyo, se obligó á que serían ciertas y firmes todas las promesas. Y para mayor firmeza de este asiento, tomó sangre de los sacrificios y agua juntamente (Hebr , IX, 19); y por lo que tocaba á la parte de Dios, roció con ella el libro de la ley, y después á todo el pueblo por lo que tocaba á la suya, y dijo: Esta es la sangre con que se confirma el testamento que hace hoy Dios con vosotros.

Et spiritus est, qui testificat quoniam Christus est veritas; el Espíritu Santo da testimonio de que Jesucristo es la verdad de estas figuras (Hebr., VII, 22). Pór cuanto, ¿qué tiene que ver el pacto y testamento que hizo Dios por medio de Moisés en el pueblo antiguo, con el testamento que hizo por medio de Jesucristo en favor de la Iglesia hasta el fin del mundo? Los mandamientos de aquel eran pesados, y las promesas temporales, y así la sangre con que se confirmó hubo de ser de brutos animales; pero en el tiempo presente de la gracia, los mandamientos son suaves y de amor, y las promesas de los bienes eternos, y

la sangre con que se confirmó, la misma que derramó Jesucristo. Y así como Moisés, después de haber leído la ley, roció el libro y el pueblo con agua y sangre de animales sacrificados, así el verdadero Moisés, desde el lugar alto y eminente, leyó á toda la Iglesia, que había de ser hasta el fin del mundo, todo lo mejor y más perfecto de la ley y mandamientos de Dios. El libro no era otro que él mismo, que estaba desplegado como libro abierto en la cruz, y mostraba escrita con sangre en sus ilustrísimos ejemplos la perfecta obediencia de los mandamientos de Dios. No hay otro libro en que podamos mejor leer en qué cosas y de qué manera debe ser Dios obedecido y honrado, como Jesucristo crucificado. El cual, como bueno y fiel mediador, ofrecía al Eterno Padre por los suyos el riquísimo tesoro de sus merecimientos, y de parte de ellos ofrecía también obediencia de sus mandamientos tal y tan perfecta, que fuese á imitación de aquella suya, de que el Padre mostraba estar agradecido; pues por no perder la obediencia perdía la vida, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por el contrario, de parte de Dios prometía á los hombres el perdón de sus pecados, el socorro de su gracia y el premio de la gloria; todo lo cual tenía él pagado copiosamente con el valor de sus preciosos trabajos, y con su vida y su muerte.

Hecho este asiento entre Dios y los hombres, y estando ya muerto y quedando con su muerte firme y valedero el nuevo Testamento, á fin de que no faltase para su firmeza ninguna solemnidad de las que habían sido figuradas en el viejo (¡oh gloria del Crucificado!), salió de su costado la sangre y agua con que fuese rociado el libro de la ley nueva, y el pueblo escogido y llamado de Dios para guardarla y gozar de las promesas de ella. Mas porque el libro principal en que se leen los mandamientos y los consejos de la ley de gracia es Jesucristo crucificado, y este mismo Señor,

como mediador entre Dios y los hombres, estaba para con los hombres en nombre de Dios como verdadero Hijo de Dios, y para con Dios estaba en nombre de los hombres como verdadero Hombre y cabeza de todos los hombres, de aquí es que este mismo Señor, para cumplimiento de toda solemnidad, en nombre de las dos partes que se obligaban, y como libro en que se contenían los mandamientos y promesas de su Testamento, El mismo, arrojando una fuente de sangre y agua que salía de El como verdadero y único sacrificio, se bañó á sí mismo con ella como Sumo Sacerdote de la ley de gracia, y después consiguientemente á su cuerpo místico que es la Iglesia. Todos los que son llamados á ella son rociados con esta sangre y agua en la participación de los Santos Sacramentos. Y ninguno es escogido en la eterna predestinación de Dios á la santificación de su alma y á la obediencia de los Mandamientos divinos, que no sea por medio de este rocío de la sangre de Jesucristo, como dijo el Apóstol San Pedro: *Petrus Apostolus Jesu Christi electis advenis*, etc.; *in sanctificationem spiritus, in obedientiam, et aspersionem sanguinis Jesu Christi.*

Estos son los testigos que tenemos de que Jesucristo es verdadero Hombre y verdadero Dios, y Redentor y santificador de los hombres (I Joann., v, 7): *Quoniam tres sunt qui testimonium dant in coelo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt; et tres sunt, qui testimonium dant in terra, spiritus, aqua, et sanguis; et hi tres unum sunt.* Tres son (dice el Evangelista) los que en el cielo dan testimonio de que Jesucristo es verdadero Dios: El Padre Eterno, que en el río Jordán y en el monte Tabor dijo: Este es mi Hijo muy amado; el Verbo, que dijo: Yo y mi Padre somos una misma cosa; y el Espíritu Santo, que bajó sobre El en figura de paloma, y por medio de los Apóstoles dió testimonio de su

Divinidad, é inspiró la fe para que los hombres le creyesen; y estos tres testigos son una misma cosa en su substancia, y concordes en su dicho y testimonio: Otros tres testigos hay sobre la tierra, que dan testimonio de que es verdadero Hombre, conviene á saber: su espíritu que expiró en la cruz, y su cuerpo que quedó colgado en ella, del cual manó agua y sangre; y no puede ser sino Hombre verdadero quien tiene verdadera alma y verdadero cuerpo. Alma verdadera es en cuya presencia vive el cuerpo, y por cuya ausencia muere; y cuerpo verdadero es el que está compuesto de los cuatro elementos y de los cuatro humores: tal es el cuerpo del cual, después de muerto, salió agua y sangre. Luego tres son los que dan testimonio sobre la tierra de que Jesucristo es verdadero Hombre: su espíritu, que expiró en la cruz, y el agua y sangre que salieron de su cuerpo; y todos tres testigos son unánimes y conformes en este testimonio. También estos nos enseñan que Jesucristo es nuestro santificador y Redentor, pues dió por nosotros su precioso espíritu en manos de su Padre, y nos rescató con su sangre, y nos lavó con el agua del santo bautismo. Y no pudo ser sino verdadero Dios y Redentor quien dió agua que por virtud del Sacramento nos reengendrase, y derramó sangre que tuviese valor para el rescate del mundo.

De esta manera estaba por una parte el cuerpo del Salvador colgado de la cruz en lugar público é infame, y por otra su sangre preciosa presentada en el acatamiento Divino para remisión de nuestros pecados y rescate de todo el mundo. Lo cual estaba figurado en los sacrificios que antiguamente se ofrecían por algún pecado, como altamente le ponderó el Apóstol en la carta á los hebreos (XIII, 11): Aquellos animales (dice), cuya sangre es llevada por el sumo sacerdote y ofrecida en el *Sancta Sanctorum* por algún pecado, sus cuerpos son sacados fuera de los

reales para ser allí consumidos y abrasados. Porque así lo mandaba Dios (Lev., IV, 4), que los becerros y cabritos que habían de ser sacrificados por el pecado de los sacerdotes ó príncipes ó de todo el pueblo, fuesen traídos delante de la puerta del tabernáculo, y poniendo las manos sobre su cabeza los que habían cometido el delito, fuesen allí sacrificados, y desde allí la sangre fuese llevada por el sacerdote á lo interior del tabernáculo, y el cuerpo sacado fuera de los reales para ser allí quemado.

Para que esto se cumpliese y respondiese bien la figura á la verdad, Jesucristo Señor nuestro, habiendo de santificar su pueblo con su sangre, padeció fuera de la puerta de la ciudad, y su cuerpo estaba colgado de un madero, en el campo, en el sitio común de los otros ajusticiados (Ad Hebr., XIII, 13): *Exeamus igitur ad eum extra castra, improperium ejus portantes; non enim habemus hic manentum civitatem, sed futuram inquirimus.* Y pues El padece fuera de la ciudad, salgamos nosotros con El, y salgamos como El salió llevando su cruz, y hechos participantes de sus improperios y de sus dolores. Salgamos de nuestro regalo y de nuestras honra, salgamos de nuestras casas y de nuestra tierras, y salgamos de nosotros mismos. Para salir de esta manera, la cruz es la que nos llevará si nosotros la llevamos á ella. Y si las tribulaciones y apreturas llegaren á tanto que nos quieran echar de este mundo, no nos pese el salir del mundo, pues salimos á aquel Señor que padeció fuera de la puerta de la ciudad para vencer al mundo. Y si los que son huéspedes y están de paso en una ciudad, no les pesa salir de ella y caminar para llegar á su patria, no nos pese á nosotros que nos arroje de sí el mundo, pues no tenemos en él ciudad ó patria permanente, y andamos en busca de la venidera, que es eterna y está fuera de este mundo.

CAPÍTULO XLVII

Da Pilatos licencia para quitar el cuerpo del Salvador de la cruz y darle sepultura.

Perseveró el Señor en la cruz hasta que murió en ella: después de muerto, quedó su cuerpo colgado hasta que fué abierto su costado, y dió la sangre que le quedaba y el agua con que había de ser lavada y hermoseada su Iglesia, y hasta que todos los que quisieron le miraron y reconocieron puesto en el tormento. Los soldados le guardaban para que nadie le quitase, y así durase la afrenta más que la vida para público escarmiento de otros malhechores. Blasíemaban de Él los judíos antes que expirase, y le decían: Si eres Hijo de Dios, baja ahora de la cruz. Y no veía la gente ciega é infiel que en ninguna cosa mostraba más ser Hijo de Dios que en no bajar de la cruz por sólo su querer y autoridad. Por razón de que habiendo subido á ella el Hijo amantísimo por voluntad y obediencia de su Eterno Padre, en ella había de perseverar hasta que por la misma obediencia y voluntad fuese quitado. Dándonos ejemplo de no estar inquietos y apresurados en la tribulación, sino sufrirnos despacio y con paciencia en ella, usando de medios sosegados y prudentes, esperando ser librados de la mano de Dios al tiempo y en el modo por Él determinados.

Es mucho de notar que los reyes de la tierra, como con la vida se les acaba el reino, en muriendo empiezan á ser despreciados y olvidados; empero nuestro Soberano Rey, como conquistó su reino muriendo, en acabando la vida se empezó á manifestar su gloria, aun antes que fuese quitado de la cruz, para que así se cumpliese lo que estaba escrito: que había de reinar el Señor desde el madero. Por

cuando estando en él, le hicieron reconocimiento todas las criaturas con público y solemne sentimiento, y el Eterno Padre tomó á su cargo el quitarle de la cruz, pues Él por su obediencia no había querido quitarse de ella. Para esto despertó de la gente más calificada de la ciudad de Jerusalén que le bajasen con tanta honra y reverencia con cuanta ignominia y afrenta había sido puesto en ella. Á lo cual se siguió el acto de la sepultura, no como de facineroso y ajusticiado, sino como de Justo y Redentor, con tanta pompa y aparato que la profetizó Isaías cuando dijo (XI, 10): *In die illa radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, et erit sepulcrum ejus gloriosum;* maravillándose con razón cómo á muerte tan afrentosa se seguía sepultura tan gloriosa.

Primeramente, entre los demás que intervinieron en este piadoso oficio, los autores y cabezas fueron dos: el uno senador, ó como regidor ó jurado de la ciudad de Jerusalén, y el otro letrado y maestro en aquel pueblo. Ambos á dos, nobles, principales y ricos, como convenía que fuesen para tener gracia con el presidente y autoridad con el pueblo, y posibilidad para hacer la pompa y gastos funerales. El uno se llamaba José (Matth., XXIII, 57), natural de Arimatea (Luc., XXIII, 51), ciudad de Judea (Judic., IX, 41), dicha por otro nombre Ruma (I Reg., 1), y Ramataín, patria también que fué de Samuel, y dista como veinte millas de Jerusalén. De esta ciudad tenía su origen José, aunque era vecino y morador de Jerusalén, y noble decurión en ella, y de su consejo y ayuntamiento. Era además de esto cuanto á sus costumbres, hombre bueno y justo, que había cursado de secreto en la escuela del Señor, oído y creído en su doctrima (Marc., XV, 43), y esperaba por su medio la redención de Israel, y que había de florecer entre los hombres el reino de Dios, no temporal y terreno, sino espiritual y divino. Mas aunque esto era así

(Joann., XIX, 38), no se había con todo esto declarado por discípulo del Señor, como era hombre rico y principal, por respeto y temor de los judíos.

El otro (Joann., 39) que acompañó y ayudó á José, fué Nicodemus, hombre letrado y principal entre los judíos, fariseo de profesión, y tenido y respetado como maestro del pueblo de Israel. Este fué (Joann., III, 1) el que, reconociendo al principio que el Salvador era maestro venido del cielo, por conservar su autoridad y no caer en odio de su gente, no tuvo ánimo para venir de día, y vino una vez de noche á reconocerle y comunicar con El sus dudas, y salió de aquella plática altamente enseñado de las cosas celestiales, y de la nueva regeneración de los que habían de entrar en el reino de los cielos, que se había de hacer de agua y de Espíritu Santo.

Aunque estos dos hombres tan insignes eran discípulos ocultos del Señor, no dejaban por eso de volver por El en sus juntas y ayuntamientos públicos de la manera que podían (Joann., VII, 47), pues que en un concilio de pontífices y fariseos, condenando todos al Salvador y su doctrina, y al vulgo también porque, como gente ignorante y novelera le seguía, Nicodemus salió á la causa y habló gravemente en favor del Salvador, notando á los jueces de apasionados porque contravenían al tenor de la ley, condenando á un hombre sin conocer de su causa y sin oirle. Y fué de manera, que se volvieron todos contra él, dándole en cara con que defendía á los galileos, como si él fuera uno de ellos, ó como si de Galilea hubiera salido jamás algún profeta; y dejándole por hombre sospechoso, se deshizo la junta y todos se volvieron á sus casas.

José, asimismo, aunque era también discípulo oculto, cuando vió que se juntaban los judíos contra el Salvador, no se dejó llevar de ellos, ni vino en su consejo y determinación, ni quiso consentir en sus decretos; ó porque ma-

nifiestamente les hizo resistencia, favoreciendo la verdad y abominando su pasión y envidia, ó porque viendo su obstinada y depravada voluntad, y perdiendo la esperanza de traerles á buen consejo, tuvo por mejor retirarse sin quererse hallar presente á sus concilios, dando de esta manera testimonio de la verdad de la manera que podía. Por lo menos parece que no se halló en aquel concilio que el jueves en la noche se juntó en casa del sumo sacerdote para buscar testigos contra el Salvador, pues dice San Marcos (XIV, 64) que todos los que se hallaron en él le condenaron por merecedor de muerte. Menos se hallaría en el pretorio de Pilatos, ni en casa de Herodes con los demás que con tanta instancia apretaban la acusación contra el Señor; ni salió de la ciudad al monte Calvario, á dar calor con su presencia, y favor con su autoridad, á la sentencia inicua que allí se ejecutaba, antes como quien abominaba de tan horrenda maldad, se estaba encerrado en su casa, dando lugar al diabólico furor de los judíos, y esperando algún gran suceso en caso tan nuevo y extraordinario.

Pues como vió las señales no menos misteriosas que prodigiosas que habían sucedido en la muerte del Señor, y el testimonio público que daban todas las criaturas de su gloria y santidad, cobró nuevo ánimo y esfuerzo para declarar con obras la fe que por temor hasta entonces había escondido, y saliendo de su casa, donde estaba encerrado, entró con osadía á la del presidente para pedirle el cuerpo de Jesús. ¡Oh eficacia de la sangre y muerte de Cristo! Cuando el Señor predicaba, cuando daba vista á los ciegos, curaba los leprosos, lanzaba los demonios, resucitaba los muertos y obraba las demás maravillas con espanto y admiración de todos; cuando era seguido y reverenciado como gran Profeta, entonces José y Nicodemus, y otros (si por ventura había algunos) de los más ricos y principales

que creyesen en el Señor, escondían su fe llenos de flaqueza y de temor. Y ahora que está el mismo Señor repudiado de la sinagoga, calumniado de los escribas y letrados, acusado de los pontífices y sacerdotes, tenido por peor que los públicos ladrones y homicidas, pedido para la cruz por los judíos, azotado y escarnecido de los gentiles, condenado á muerte por el presidente de los romanos, ejecutada por los ministros y soldados la sentencia, y el cuerpo colgado entre dos ladrones para escarmiento de otros malhechores; cuando los Apóstoles andaban huidos, los discípulos turbados, y el ganado del buen Pastor descarriado; cuando todas las cosas amenazaban y ponían temor y espanto, entonces, ¡oh gloria del Crucificado!, quedó la cruz vencedora, dando brío y esfuerzo para confesar y honrar públicamente al muerto á los que de miedo no se habían querido declarar por discípulos del vivo.

Pues como fuese ya tarde (Matth., XXVII, 57), y estuviese muy cerca la fiesta del sábado, que se empezaba á guardar desde el poner del sol, en la cual no era lícito bajar el cuerpo de la cruz ni ocuparse en el oficio de la sepultura, viendo el poco tiempo que había, y que si aquel se pasaba era forzoso quedarse el cuerpo en la cruz por todo el día siguiente, salió José (Joann., XIX, 38) con determinación de su casa, y entró á Pilatos, animosamente, para pedirle el cuerpo del Señor. Por esta misma causa de que los cuerpos no estuviesen el sábado en la cruz (por ser grande la fiesta de aquel sábado), habían rogado á Pilatos los judíos que diese licencia para quitarlos de las cruces después de haberles quitado la vida quebrándoles las piernas. Quebraron las piernas á los dos ladrones, y quitáronlos por ventura luego de las cruces. Al Salvador halláronle ya muerto y no le quebraron las piernas, y como no pudieron quitarle de la cruz haciéndole esta injuria, determinaron afrentarle dejándole en ella. Así se quedó el Salva-

dor solo en la cruz, como Señor del campo en que había vencido y triunfado gloriosamente de sus enemigos, sin consentir ser desclavado de ella por manos de pecadores.

Ni José, que era justo, quiso valerse para esto de la licencia que había dado Pilatos á los judíos, porque ellos le querían quitar impía y afrentosamente, y él no quería sino con honra y piadosamente. Por esta causa fué menester esfuerzo y osadía para tratar de este negocio con el presidente, puesto que era declararse por discípulo, en tiempo que tantos estaban declarados por enemigos, y perder mucho de su honra en honrar la sepultura de un hombre ajusticiado. Estaba el cuerpo en lugar infame, habiendo precedido muerte afrentosa é infame. El pueblo andaba furioso para hacer otro tanto de los discípulos como lo que habían hecho del Maestro. Ninguno podía mostrarse en público, ni darse por aficionado del Señor, sin mucho riesgo de su vida y detrimento de su autoridad. Sobre todo esto no se podía quitar el cuerpo de la cruz sin licencia del juez, y era este juez el que por temor y flaqueza, contra razón y justicia y contra su misma conciencia, le había condenado. ¿Qué se podía presumir sino que había de tomar por afrenta suya la honra que se hiciese al Señor, pues cualquier testimonio de su inocencia lo era también de su perversa é inicua sentencia?

Todas estas dificultades venció el fervor de la fe y caridad que había en el pecho de José. Y deseando el hombre justo tener parte en la cruz de Jesucristo, determinó pisar su honra y su autoridad, y servir con ella á las afrentas y deshonras del Crucificado; y no haciendo caso del vulgo desatinado, ni del sentimiento que podía causar su esfuerzo y valor en el pecho del presidente, flaco y cobarde, tomó ánimo (Marc., xv, 43): *Et audacter introivit ad Pilatum, et petiit Corpus Jesu.* ¡Grande demanda y de inestimable precio y valor! Pidió el cuerpo de Jesús, pidió-

le al presidente, y pidióle con osadía, como quien pedía cosa suya y que de derecho le pertenecía: *Et audacter introivit ad Pilatum, et petiit Corpus Jesu.*

Este es el Cuerpo formado en las entrañas virginales por obra del Espíritu Santo, el cual el Hijo de Dios unió á su misma persona para obrar en El y por El la redención del mundo. Este es el Cuerpo que se ofreció en sacrificio agradable, y derramó toda su sangre en la cruz para santificar y hermosear su Iglesia, á la cual tomó por su esposa, haciéndola El para sí, á su costa, linda y graciosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante. Este es el cuerpo que, para este efecto tan solamente de padecer la muerte por su Iglesia, con particular providencia y dispensación de Dios, fué entregado aquella hora al poder de las tinieblas; y pasada aquella hora, habiendo cumplido con la obediencia que su Padre le había encomendado, había de salir otra vez del poder de las tinieblas, y volver al de su amada esposa la Iglesia, por la cual se había entregado en manos de sus enemigos. Tenía, pues, la Iglesia en el cuerpo de Jesús su tesoro y riqueza, su enseñanza y ejemplo, su compañía y consuelo, y el manjar con que se había de sustentar para la vida eterna; y todo esto había de obrar por medio de la muerte que recibió de mano de sus enemigos. Por este motivo José, en nombre de toda la Iglesia, entró osadamente á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús, qne se había entregado á su poder para morir, y estaba ya muerto, y había de volver al de la Iglesia para darle la vida.

Maravillóse Pilatos (Marc., XIII, 44) con esta relación, oyendo que el Señor era ya muerto: durábale, por ventura, la pena de verle morir injustamente; y como deseaba que estuviese vivo, así no quería creer fácilmente que hubiese muerto. Remordíale la conciencia de la injusta sentencia que había dado, y tenía algún consuelo mientras le duraba

la vida, esperando vanamente algún remedio del yerro que había hecho en condenarle. Daba y tomaba consigo mismo, y no podía quitársele de la memoria la mesura y gravedad del Salvador, y lo que con El le había pasado aquel día en el pretorio, y le parecía, ó que era Hijo de Dios, como se había dicho de El, ó si era Hombre, que por su persona merecía vivir para siempre. ¿Quién podrá dudar sino que el juez flaco é inicuo estaba lleno de temor viendo la obscuridad del sol, los temblores de la tierra, y las demás señales de que le irían trayendo por momentos las nuevas á su casa? Y por ventura buscaba nuevas trazas para quitar al Salvador de la cruz, ó deseaba que librase Dios con algún milagro al que él, debiéndolo hacer, no había querido librar por la autoridad de su oficio. Como estaba con estos discursos y cuidados, se maravilló cuando le dijeron que había muerto: principalmente, porque el tormento de la cruz solía ordinariamente ser más largo, y durar no sólo por algunas horas, sino á veces también por algunos días; y el Salvador era mancebo y estaba en lo más florido de su edad, y poco antes le habían dicho que estaba vivo, y que para darle la muerte era menester la fracturación, y los ladrones no hubieran muerto tan pronto si no les dieran de nuevo este tormento. Tenía más esperanza del Señor que de ellos, pues por los milagros que había oído decir que hacía con otros, presumía que tenía virtud más que humana, y que se valdría de ella para durar en la vida sobre las fuerzas naturales.

Así, se maravilló Pilatos cuando le dijeron que en tan breve tiempo había ya expirado el Señor, sin otro tormento más que el de la cruz tan solamente. No miraba el hombre regalado é infiel, que si otros duraban más tiempo en el tormento, el Salvador era de complexión muy delicada, y la tenía gastada con los ayunos y vigilias, con los caminos y peregrinaciones, y con el uso continuo de la predi-

cación y largas oraciones. Sobre todo esto, había pasado una noche tan trabajosa en casa del pontífice; aquel mismo día había sido azotado con tanta crueldad, traspasada su cabeza con tantas espinas, andado tantos caminos en diferentes tribunales y últimamente llevado sobre los hombros el madero pesado de la cruz por las calles públicas de la ciudad. Y tanto de esto como de la aflicción y congoja de su piadoso corazón, que entre las olas de tan furiosa tempestad había sentido, estaba ya casi desangrado, y tan exhausto y consumido, que fué maravilla poder estar por tres horas vivo en la cruz. Estuvo, empero, vivo en ella todo el tiempo que era necesario para concluir el negocio que tenía á su cargo y cumplir las Escrituras; y en estando ya todo hecho y consumado, como quien no quería la vida para más, bajó la cabeza y dió el espíritu á su Padre.

Y quiso Dios con su secreta providencia que el presidente dudase, y se admirase, y con esta ocasión se informase, porque así convenía para la mayor gloria de la Resurrección y para mayor consuelo de los fieles, que fuese cierta la muerte de su Redentor, y constase jurídicamente de ella (Marc., XIII, 44). Con este fin hizo llamar al centurión, que como ministro suyo, y puesto por él sobre los demás soldados que guardaban al Señor, era más á propósito para creer y recibir su testimonio. Estábase, por ventura, el centurión en el Calvario haciendo guardia al cuerpo difunto del Señor, y como había de ser testigo de su muerte, le tenía Dios prevenido con los rayos de su luz y bendiciones de su dulzura, porque viendo morir al Salvador con tan grande clamor, creyó y confesó y glorificó á Dios, diciendo: Verdaderamente que este hombre era Justo é Hijo de Dios. Pues cuando Pilatos le llamó y le preguntó si era verdad que fuese muerto, ¿qué podemos pensar que le respondería? Su información sin duda, fué tal, que no estaba antes el presidente tan maravillado de su muerte, como lo quedó

después de las circunstancias de ella, por lo cual hizo donación á José del Cuerpo, para que á su devoción le honrase y sepultase. Y como dice otro Evangelista (Matth., XXVII, 58): *Jussit reddi corpus*; mandó que le volviesen el cuerpo, como posesión que de derecho era suya y de todos los fieles discípulos, que eran miembros de aquel cuerpo, el cual por tiempo determinado, y tan solamente para ciertos efectos que ya estaban cumplidos, había sido entregado en poder de los gentiles.

Salió José contentísimo del buen suceso de su atrevimiento; y armado con la autoridad y decreto del presidente, y mucho más con el amparo y asistencia divina, trató de apercibir las cosas necesarias al entierro, no ya con secreto, sino públicamente y á los ojos de toda la ciudad (Joann., XIX, 39). Vino también Nicodemus, sin esperar el silencio y sombra de la noche (Joann., III, 2), como lo había hecho al principio cuando tenía más flaca la fe; y los dos se juntaron para quitar el cuerpo de la cruz y sepultarle honrosamente, sin perdonar ningún gasto ó peligro, ni hacer caso de su honra y autoridad, y sin tener cuenta con el odio y murmuración del vulgo, ni con los juicios y pareceres de la gente grave, y lo que es más, sin tener respeto á la misma ley.

Porque la ley (Num., XIX, 16) prohibía severamente el tocar los cuerpos de los muertos, y si alguno tocaba el cuerpo de hombre que hubiese muerto por sí mismo ó á manos de otro, ó algún hueso de muerto, ó la misma sepultura, era tenido por inmundo, hasta que con ciertas ceremonias se limpiase y purificase. Pretendía el legislador desviar aquel pueblo, flaco y mal inclinado á la idolatría, de las supersticiones de los gentiles, y de los hechizos y nigromancias que ejercitaban por medio de los muertos, y juntamente ponerles horror con los pecados, que son las obras muertas que contaminan el espíritu de los que las hacen. Pues

estando esta ley de por medio, tenían estos dos hombres, tan principales y bien entendidos, un título bien aparente para con color de religión y piedad, retirarse de un negocio tan odioso y tan peligroso. Mas esta dificultad venció también la fe, la cual les enseñaba que aquel muerto no hacía inmundos, sino purificaba á los que lo eran; y que la Pascua por este difunto no se contaminaba, sino antes se renovaba, porque por medio de su muerte era principio y origen de toda la limpieza y santidad, y autor de la resurrección y de la vida é inmortalidad.

Por lo cual estos nobles varones, no sólo se animaron á sepultarle, sino también á honrarle de todas las maneras que alcanzaron (Matth., XXVII, 60). José le dió su sepultura, que para sí mismo tenía preparada, teniéndose por muy dichoso en haber depositado el tesoro de la vida en la casa que tenía para después de su muerte, y concibiendo cierta esperanza de su resurrección, pues estaba en su sepultura la vena de la vida. Asimismo, confesándole por Hombre nuevo, autor de la ley y Testamento nuevo y renovador del mundo, le sepultó en un sepulcro nuevo (Matth., XXVII, 60), y le envolvió en una sábana, no sólo limpia sino también nueva (Marc., XV, 36), la cual compró para este efecto, no teniendo por cosa conveniente que se envolviese el cuerpo muerto del Señor, donde hubiese estado el cuerpo vivo de cualquiera de los otros hombres. Tanta es la reverencia y pureza con que nos enseñó á recibir y tratar el cuerpo del Señor, y la diligencia y costa que habíamos de hacer para disponernos á ello.

Al mismo tiempo preparaba Nicodemus unciones aromáticas, no con escasez, sino con grande abundancia y largueza, pues que cuando se vino á juntar con José (Joann., XIX, 39) traía consigo mezcla de mirra y acíbar en cantidad como de cien libras. No pretendió embalsamar al Señor para preservarle de corrupción, por cuanto bien sa-

bía que dentro del mismo cuerpo estaba el principio de la corrupción. Por eso no le abrió ni le sacó las partes interiores, como se hace con los otros muertos, sino que le dejó entero y dispuesto para la resurrección, que había de ser luego y antes de poderse resolver el cuerpo. Ungióle, sí, y bañóle, y como que le hizo nadar en aquellas especies aromáticas, honrándole con aquella largueza, y declarando la grandeza de su deseo y amor, dando testimonio que en aquel cuerpo estaba el tesoro de nuestra incorrupción, con mucha más abundancia de lo que aquellas cien libras de mirra y áloe representaban.

CAPÍTULO XLVIII

Es quitado de la cruz el cuerpo del Salvador y puesto en la sepultura.

Salieron, pues, José y Nicodemus de la ciudad con este apercibimiento, y con todos los instrumentos y ministros que eran necesarios para quitar el cuerpo del Señor de la cruz. La Virgen nuestra Señora y Madre de nuestro Salvador, con ánimo varonil y maravillosa constancia estaba acompañando al cuerpo difunto de su Hijo, y haciendo presencia al misterio de la cruz, con profundísima humildad y altísima conformidad con la voluntad de Dios. No tenía solicitud ni congoja de la sepultura, porque sabía que esto estaba á cargo de Dios, y esperaba con ánimo quieto y sosegado lo que Él acerca de esto disponía: atendía solamente á lo que estaba á su cargo, que era no desamparar aquel puesto, sino llevar con igualdad y perseverancia la parte que le cabía en la cruz, esto es, en los dolores y deshonra de su Hijo. Sentían las entrañas maternales de la Virgen la muerte tan atroz de su querido Hijo; el alma estaba atravesada con aquel espectáculo que tenía delante de sus ojos, y de las olas del corazón revol-

vían á los ojos copiosas avenidas de lágrimas, que con grande serenidad y mesura corrían por su divino rostro.

¡Oh Virgen soberana! no menos favorecida y ayudada de Dios que afligida y traspasada de dolores, en quien sola entre las puras criaturas derramó Dios los tesoros de su gracia, y obró cosas grandes el que es Todopoderoso; pues que el Espíritu, que era su maestro y moraba dentro de Ella, ninguna ocasión perdía de enseñarla, y por medio de aquel libro que tenía delante abierto sobre la cruz, la comunicaba por momentos nuevas luces y nuevos resplandores, y encendía en su voluntad nuevos fuegos y ardores, y la manifestaba cuanto es posible en esta vida, los tesoros de la sabiduría de Dios que estaban escondidos en su Hijo. ¡Oh sagrario divino de la Santísima Trinidad, en cuyo pecho se obraron los primores más delicados de la gracia, y en cuyas alabanzas los que menos saben son más atrevidos, y los que algo alcanzan se hallan cortos y mudos! Fué tanto lo que con las ocasiones de este día creciste en conocimiento y amor, que los querubines se hallan ignorantes, y tibios los serafines en tu acatamiento. Y aunque los ángeles de paz lloraban este día amargamente, estuvieran con todo eso solas y faltas de solemnidad las exequias del Hijo de Dios, si no estuvieran honradas y acompañadas con las lágrimas devotas de su Madre, que le conocía más que todos y le amaba sobre todos. ¡Oh maravillosa disposición de la divina Providencia, que así se deleitaba con las penas de la Virgen y se regalaba con sus lágrimas! Por cuanto si un agua olorosa es de tanta más estima cuanto se destila de hierbas y de flores más virtuosas, y de más fragancia y suavidad, ¿de cuánta estima serían en los ojos de Dios aquellas lágrimas que procedían de tanta reverencia, de tanto amor y de tanto dolor, de tanto conocimiento y de tan alta admiración, de tan humilde agradecimiento y de tanta conformidad y tan fervoroso ofrecimiento?

En esta contemplación estaba la Virgen ocupada, acompañada del Evangelista y de las otras santas mujeres, honrando la muerte de su Hijo con sus lágrimas, y más con los afectos de su corazón, cuando llegaron al Calvario aquellos dos nobles varones José y Nicodemus, con los demás que les acompañaban. Acercáronse luego las demás mujeres y cogieron en medio á la Virgen, la cual, como Madre del difunto, representaba la viudez y orfandad de toda la Iglesia; y el Evangelista, que hacía oficio de buen hijo, se adelantó al recibimiento. No se oían otras razones sino lágrimas, ni había otros cumplimientos sino sollozos; principalmente cuando llegaron á la afligida Madre, que tenía delante de sus ojos muerto y colgado de una cruz al hijo de sus entrañas. ¡Espectáculo doloroso, y que quebrara el corazón de los más duros y extraños!

Hiciéronla cortesía y reverencia: lloraba ella y lloraban ellos, y no era posible hablarse otra palabra; finalmente la dirían: Ya, señora, es pasada esta tormenta; ya vuestro Hijo descansa, y ha sido vencedor de entre las manos de tan furiosos enemigos. ¡Oh Señora, mucho tenéis de qué consolaros entre tantos motivos de dolor! La inocencia de vuestro Hijo es muy notoria; todos ven el agravio que se le ha hecho, y la violencia con que se ha tratado su causa; la envidia de los acusadores y la flaqueza del presidente han sido públicas y manifiestas; y al contrario, la constancia y modestia, el silencio y gravedad de vuestro Hijo fué, Señora, tal, que causaba admiración y reverencia al mismo juez que le condenaba. ¡Oh desventurada república y ciudad en donde se ha hecho tal desconcierto! ¡Ciudad que se ha sujetado á la pena de tan horrendo delito y á la infamia de tan abominable maldad! No quiera Dios, Señora, que hayamos sido nosotros parte en consejo tan diabólico; encerrados hemos estado dentro de nuestras casas, por no ver, ni entender, ni oir,

lo que nosotros no podíamos remediar. Pero ¿qué excusación es haber estado encerrados, sino confesar nuestra flaqueza y cobardía, que nos escondimos viendo condenar á nuestro Maestro, y no pusimos á riesgo nuestras vidas por salir á la defensa de la inocencia y de la verdad? Mas la bondad determinada de Dios fué que muriese este inocente por el bien común de todos; y al pueblo loco y furioso, ¿cómo fuera posible corregirle y enfrenarle? Ahora venimos, Señora, y nos presentamos ante Vos, tarde para ayudar y defender al vivo, pero muy á tiempo para honrar y sepultar al muerto. Ya traemos licencia del juez; dádnosla Vos, Señora, como Madre, y recibid en nombre de vuestro Hijo y nuestro Maestro esta pronta voluntad y devoto servicio.

No es posible sino que la Virgen humildísima se halló muy obligada á estos varones, y con mucho comedimiento les agradeció á lo que venían. Significaríales la voluntad que su Hijo les tenía, y la obligación en que le estaban, y el gusto que Ella tenía de que los hubiese Dios escogido y esforzado para una obra como esta, que había de tener tan grande paga en esta vida y en la venidera; y tomando de Ella licencia, porque la tarde estaba muy adelante, se aplicaron á quitar de la cruz el Santo Cuerpo para darle sepultura. La Madre quedó con nuevos sobresaltos esperando ver á su Hijo más de cerca, y desde los brazos de la cruz recibirle en los suyos. Arrimaron, pues, las escalas, y no fiando este oficio de criados, subieron ellos mismos, y poniéndose en lugares convenientes, se ayudaban con los martillos y tenazas para arrancar los clavos que fuertemente estaban asidos en la cruz; y quitados que fueron los de las manos, los brazos y todo el peso del cuerpo cayó sobre los mismos que le desclavaban. ¡Dichosos hombres que merecieron recibir los primeros abrazos del cuerpo crucificado y difunto del Señor, y adornarse y hermosear-

se, y teñir sus vestiduras con la preciosa sangre que había manado de sus heridas! ¡Con cuánto consuelo y devoción de su espíritu se quedó uno de ellos abrazado con el sagrado Cuerpo, entre tanto que el otro se bajaba á desclavar los pies! Hecho esto, poco á poco y con suma reverencia, fueron bajando el Santo Cuerpo, ayudando en lo que podían los presentes, hasta que vino después de tan furiosa tempestad á tomar tierra.

Estaba esperando la Virgen para recibirle en sus brazos, y no se le podía hacer otro mejor ni más solemne recibimiento. Cuando vuelven los reyes vencedores de las batallas, principalmente si han peleado valerosamente por sus personas y libertado su reino de algún grave yugo y servidumbre, entonces son recibidos de sus vasallos con grandes demostraciones de honra y de regocijos públicos, con danzas, aclamaciones, arcos triunfales y todas las demás invenciones que los hombres han hallado para reconocer, honrar y hacer solemnes los triunfos de sus reyes, y emplear en su servicio la hacienda, honra y libertad que confiesan haber recibido de ellos. Volvía nuestro Rey de pelear con el mundo y con el demonio, con el pecado y con la muerte; había peleado valerosamente por su persona, y recibido muchas heridas en su Cuerpo, y dado su vida en la demanda; salía vencedor, y dejaba todos sus enemigos y nuestros, vencidos, quebrantados y deshechos. Resultó de esta victoria quedar nosotros libres del poder de las tinieblas, y haber pasado al reino de la luz y esperanza de la vida eterna. ¡Oh Iglesia católica, república escogida del Hijo de Dios, pueblo conquistado y ganado con su sangre! ¿Con qué honra, con qué pompa y aparato, con qué solemnidad y triunfo, con qué aclamación, con qué cánticos y alabanzas, con qué arcos triunfales, con qué aderezos, con qué joyas y preseas recibes á tu Rey que baja victorioso del madero de la cruz? Cierto es que no tuviste otra cosa

en que recibirle sino en los brazos de su Madre. ¡Oh almas deseosas de honrar á Jesucristo y celebrar sus triunfos, reconoced esta gracia que os ha hecho Dios, depositando en esta Virgen sus tesoros, para que en Ella y por Ella honréis á vuestro Rey y Redentor! ¡Oh perla preciosa de la Iglesia y honra del linaje humano! ¡Suplid, Señora, nuestras menguas, y abrid vuestros brazos y los senos de vuestro corazón, y recibid en ellos, después de habernos redimido, al que cuando vino á redimirnos dignamente recibisteis en vuestras purísimas entrañas!

¿Quién dirá que la Virgen se afrentaba de su Hijo por haber muerto con tanta infamia en la cruz, pues el Apóstol no hallaba otra cosa en que gloriarse sino en esa misma cruz? Tenía la Virgen tanto más por qué gloriarse en ella, cuanto había recibido más dones y gracias por medio de ella. Vos, Señora, conocisteis entonces el misterio de la cruz mejor que le conoció el Apóstol después de predicado y recibido el Evangelio. Vos, como tan humilde, sabiais estimar y agradecer las gracias de Dios mejor que ninguna criatura, Vos entendiais bien que todas estas gracias os las había ganado vuestro Hijo en la cruz. Pues cuando le visteis bajar de ella herido y llagado, afeado y como leproso y muerto por Vos, ¿qué sentisteis, qué dijisteis, con qué deseos y ansias de amor le recibisteis? ¡Dadme, dadme (diría), á mi Señor!

Cuando vuestro preciosísimo Hijo, Señora, os habló desde la cruz, por no enternecerse ni enterneceros, no quiso llamaros Madre, sino dijo: Mujer, ve ahí á tu hijo. Decidnos ahora, Virgen, por vuestro precioso amor, si ahora que El estaba ya difunto y Vos sola, sentiais la ternura y el dolor, si le llamasteis Hijo. Cuando siendo de doce años le perdisteis por tres días y le buscasteis con tanto dolor, no se pudieron contener vuestras maternales entrañas cuando le hallasteis en el templo, sin que le llamaseis Hijo, dicien-

do (Luc., II, 48): Hijo, ¿por qué lo habéis hecho así? Ahora que os le bajan muerto del tormento, ¿cómo pudisteis detener la fuerza de vuestro amor, que no dijeseis: Hijo mío, ¿y cómo venís así? ¡Oh señores! Dadme, dadme á mi Hijo y mi Redentor.

Reprimía la Virgen con modestia y gravedad las olas de su corazón, y salían con abundancia las lágrimas por sus ojos; sentóse al pie de la cruz y recibió en su regazo el cuerpo muerto de su Hijo, y sustentándole por los brazos en los suyos, le dejó reclinar su cabeza entre sus virginales pechos. Y poniendo los ojos en El atentamente, y levantándolos después al cielo, dió más fuerza á la meditación devota de la Pasión del Señor, á la compasión y lágrimas, á la contemplación profunda y sosegada, y á los altísimos sentimientos de dolor y de amor que por todo el discurso de los tiempos habían de tener sobre este misterio los fieles y regalados hijos de Dios.

Hijo mío (diría), ¿quién os ha puesto así? No me quejo, Señor, de los que os han quitado la vida, pues Vos la habéis ofrecido de vuestra voluntad por ellos y por la obediencia de vuestro Eterno Padre. ¡Oh Padre Eterno, bendita sea tu providencia, y bendita sea tu largueza y amor, que por dar la vida á los esclavos has entregado á la muerte á tu mismo Hijo! ¡Hijo mío, estas eran vuestras ansias; cumplidos están ya vuestros deseos! ¡Estas heridas, estos dolores, estos clavos y esta lanza que yo veo ahora en vuestro cuerpo, es lo que Vos habéis traído por toda la vida en vuestro corazón! ¿Cómo habéis podido vivir trayendo tan pesada cruz en él?

¡Muerto habéis, Señor, á mano de vuestros enemigos; pero no como flaco y cobarde, sino como mueren los valerosos y esforzados, y como Hijo de quien sois! ¡Oh Hijo del Eterno Padre, esta era la obediencia, este el celo de la honra de Dios, este el amor de los prójimos, este el des-

precio de todas las cosas temporales, esta la constancia para predicar la verdad, y la fortaleza para salir á la defensa de ella, que nos había de enseñar en el mundo el que era verdadero Hijo de Dios! ¡Oh Eterno Dios, grande en la justicia y grande en la misericordia! ¿Qué justicia es esta que has ejecutado en tu querido Hijo? ¿Y qué misericordia la que has usado con los desconocidos y viles esclavos?

Hijo mío, ¿no me habláis? Si Vos teniais pena y congoja cuando entrabais en vuestra Pasión, ¿qué mucho que la sienta Yo cuando salís de ella? Y si Vos estabais conforme con la voluntad de vuestro Padre, Yo lo estoy también con la vuestra. Basta que lo hayáis querido Vos para que Yo lo quiera; y basta que lo hayáis sentido Vos para que lo sienta Yo. ¡Oh Padre Eterno, que así os habéis agradado y aplacado en el sacrificio que os ofreció en su Cuerpo este inocente Cordero! ¡Recibid también el que su afligida Madre os ofrece en su espíritu, y haced de hoy más con los pecadores copiosa misericordia, pues por ellos habéis hecho en vuestro Hijo tan rigurosa justicia!

De esta manera estaba la Virgen atravesada con agudo dolor y levantada en altísima contemplación; y el Hijo que poco antes, estando vivo, se había ofrecido con abrasada caridad en los brazos de una cruz muerta, ahora muerto estaba en los brazos de su Madre viva. La cual sentía sus dolores y los ofrecía también cuanto era de su parte por la honra de Dios y salud de los hombres, con todas las fuerzas de la caridad que el Espíritu Santo la comunicaba. Y fué tan agradable á Dios aquel amor con que en medio de tantos dolores se extendió la Virgen á ser el remedio y salud del linaje humeno, que como quedó su Hijo mediador y Redentor de todos los hombres, así también quedó ella mediadora y abogada de los mismos hombres.

Pues como fuese ya tarde, aquellos nobles y piadosos varones pidieron á la Virgen les diese licencia para sepultar el Cuerpo del Señor (Joann., XIX, 41). Estaba junto al lugar donde el Señor había sido crucificado un huerto, junto al Calvario, donde se hacía justicia de los malhechores, el cual la divina Providencia quiso que se plantase y conservarle allí para que sirviese al misterio de nuestra redención. A causa de que, así como nuestro Salvador tuvo respeto al árbol donde Adán pecó por desobediencia, para extender él también las manos al árbol de la Cruz, así también le tuvo á que se había cometido en huerto aquel pecado, para dar principio á su Pasión orando en un huerto y rematarla en otro con su sepultura. También convenía que fuese huerto donde se había de plantar aquella bendita flor de Jesús y sepultarse aquella semilla de la gloria é inmortalidad.

Y es así (Joann., XIX, 41), que estaba en el mismo huerto un sepulcro nuevo, en el cual no se había sepultado otro ningún difunto. Era como una celda ó aposento redondo cavado en la misma peña, de tanta altura, que un hombre puesto en pie apenas con el brazo extendido pudiera tocar en la cumbre. Por la parte del Oriente tenía una puerta tan pequeña, que era necesario inclinarse bien para poder entrar por ella; á la parte del Norte estaba el lugar de la sepultura, labrado en la misma peña, de siete pies de largo, y levantado como tres palmos de lo restante del suelo; y la piedra dicen que es mezclada de color blanco y colorado. Este sepulcro parece que era propio del mismo José de Arimatea, y que él mismo le había labrado con grande estudio y curiosidad (Matth., XXVII, 60); pues dice el Evangelio de él, que puso al Señor en un sepulcro suyo, nuevo, que él había labrado en una peña.

De esta manera se vió por una parte la altísima pobreza de nuestro Salvador, pues habiendo muerto desnudo,

no sólo no tenía sepultura, pero ni aun mortaja propia en que envolver su cuerpo. Y por otra, la providencia de Dios, que despertó la devoción de estos dos hombres ricos y principales, para que hiciesen este oficio con todas las ceremonias y significaciones de honra que alcanzaron. Pues primeramente, tendiendo el cuerpo sobre una piedra (que es la primera cosa que se visita á la entrada de la iglesia del Santo Sepulcro, y se llama *lapis unctionis)*, sobre los lienzos le ungieron con no pequeña cantidad de unciones aromáticas, y le envolvieron en aquellos lienzos limpios y nuevos que para este efecto había comprado el mismo José. Hicieron con Él (Joann., XIX, 40) todo lo que era costumbre hacer entre los judíos con las personas de calidad que sepultaban. No hicieron nada menos, porque les pareció que el Señor por haber muerto en la cruz no había perdido nada de su calidad, para no hacer con Él todo lo que era de costumbre; ni quisieron con todo eso hacer más, por su modestia, y por la del mismo Señor que estaba muerto, ni extenderse en la pompa funeral conforme á su fe y devoción, sino templarse y acomodarse en todo á la costumbre.

Después de esto, llevaron su santo Cuerpo al sepulcro acompañado de aquellos santos varones y de sus familiares que habían allí concurrido, y de las piadosas mujeres que estaban en compañía de la Virgen, y mucho más de todos los ángeles y espíritus bienaventurados que se hallaron allí presentes para honrarle, asistiendo á la sepultura de su Señor. José y Nicodemus pusieron el cuerpo en aquel sepulcro cavado en la peña, excusándose cortesmente (Joann., XIX, 40) que le ponían allí por estar más cerca y á mano, y no haber tiempo, por respeto del sábado, ni para buscar otro sepulcro más suntuoso, ni para convocar más gente, ni para hacer más aparato y ostentación por las calles de la ciudad.

Pero en la verdad, ningún otro aparato era más conveniente que éste para el entierro del Señor; conviene á saber: que su cuerpo fuese envuelto en lienzos limpios y nuevos, que significasen la pureza y limpieza de las almas que le habían de recibir, y una sepultura cavada en una peña y en la cual ninguno hasta entonces se había sepultado. Porque así como entrando en esta vida nació de Madre virgen, así saliendo de ella volviese á sepultura virgen, de la cual, como de Madre virgen, naciese otra vez á la vida inmortal y gloriosa.

Estaban allí presentes (Matth., XXVII, 61) María Magdalena (Marc., XV, 47) y la otra María, madre de José (Lucas, XXIII, 55), y las demás mujeres que habían venido con él desde Galilea, las cuales sentadas en frente del sepulcro lloraban y lamentaban la muerte del Señor, y juntamente veían y notaban (Marc., XV, 47) en el lugar donde le ponían, y el modo y disposición con que queda el cuerpo en el sepulcro. Porque tenían ánimo de volver pasada la fiesta y dar algún alivio á su pena y á su amor, siquiera viéndole, adorándole y renovando las unciones.

De la Virgen nuestra Señora no se dice que estuvo presente en la sepultura, ni por ventura la dejaron asistir á ella, porque no creciese su llanto y su dolor. Quedaríase en el Calvario con decente compañía. Y para enseñar á toda la Iglesia la adoración y reverencia que había de hacer á la cruz, Ella la primera, movida del Espíritu Santo, estaría adorando el santo madero de la cruz, que hasta entonces era tan aborrecible é infame. Juntamente aguardaría su compañía para volverse antes de la noche á la ciudad.

CAPÍTULO XLIX

Baja el Salvador al infierno á librar las ánimas de los Santos Padres.

Habían estado cerradas las puertas del cielo hasta que el Salvador murió. El fué el primero, como queda dicho, que por medio de su sangre rompió el velo y dejó abierto el camino para entrar en el *Sancta Sanctorum* de la gloria (Hyer., *Ad Dardam.*, ep. CXXIX). La sangre de Jesucristo, dice San Jerónimo, es la llave del paraíso; porque la tierra de los vivientes que el primer Adán perdió la halló el segundo, y nos la volvió y restituyó habiéndola, perdido el primero. En el Evangelio se me promete el reino de los cielos, el cual, aun nombrado, no le halló en el tiempo viejo. Esto dice San Jerónimo. Pues como hasta entonces no había reino del cielo, todas las almas de los que morían estaban detenidas, como en una cárcel, en los lugares más profundos de la tierra. Y como los merecimientos y estados de ellas eran diferentes, lo eran también los lugares donde estaban encerradas. Unas almas salían de esta vida con culpas mortales, y éstas iban al lugar que propiamente llamamos infierno. Otras llevaban culpas veniales, ó alguna pena temporal que pagar por las mortales ya perdonadas que habían cometido en esta vida, y éstas iban al purgatorio. Otras no tenían más culpa que la original, como eran las de los niños que morían sin remedio, y éstas iban al limbo de los niños. Otras había que salían de esta vida en gracia, sin tener que pagar pena ninguna, pero no podían entrar en el cielo hasta que el Salvador pagase la deuda común de toda la naturaleza. Estas iban á otro lugar ó seno del infierno, que el Evangelio llama el seno de Abraham (Luc., XVI, 22), porque en él estaba este gran Pa-

triarca, y todos los que por imitación de su fe y justicia eran verdaderos hijos suyos.

De manera que porque no era posible ver á Dios antes de la muerte de nuestro Redentor, así era necesario que todas las almas, hasta aquel punto, estuviesen en alguna pena. La pena es de dos maneras: una que llamamos de daño, que solamente consiste en carecer de la vista de Dios; y otra de sentido, como es el tormento que se padece del fuego. Cada una de estas penas puede ser temporal ó eterna. Y como de aquí resultan cuatro géneros de penas, así también había cuatro senos ó lugares diputados para ellas. Porque unos padecían la pena de daño y de sentido juntamente: si ésta había de ser eterna, estaban en el infierno; y si temporal, solamente iban al purgatorio. Otros había que solamente padecían la pena de daño: cuando ésta había de ser eterna, iban al limbo de los niños; y cuando por algún tiempo señalado, al limbo que llamaban de los Padres ó seno de Abraham.

Qué disposición hubiese entre estos lugares no consta claramente, ó cómo ó de qué manera estaban entre sí divididos y apartados. Mas parece cierto que el lugar de los condenados estaba en lo más ínfimo de la tierra, y que el limbo de los Santos Padres estaba muy superior á él. Pues dice el Evangelio (Luc., XVI, 22), que cuando el rico avariento murió, fué sepultado en el infierno y que, estando en los tormentos levantó en alto los ojos y vió á Abraham y á Lázaro con él en su seno, y pidióle á Abraham que le enviase á Lázaro para que le diese algún refresco, le fué respondido que no era esto posible, entre otras razones, por la gran distancia que había de un lugar á otro, tan cerrada y tan sin camino, que no podía pasar nadie de la una parte á la otra. Este era el estado, cuando el Salvador murió, de los senos del infierno.

Luego, pues, que expiró en la cruz, su Alma santísima,

unida con la Divinidad y acompañada de innumerables ángeles, bajó en persona á los lugares profundos del infierno, donde tanto número de almas estaban cerradas. Fué muy conveniente que hiciese por sí mismo esta jornada para quebrantar aquellas cárceles, soltar aquellos presos, glorificar con su presencia aquellos justos, y recoger para sí, después de la victoria, aquellos riquísimos despojos. Así nos declaró con otro nuevo argumento su humildad y excelentísima caridad, pues ningún lugar hubo tan abyecto é infame donde no le llevase el amor de las almas y el deseo de su remedio.

Y siendo aquellas almas tantas en número y tan excelentes en mérito, puesto que eran aquéllos reyes, patriarcas y profetas que le creyeron, y le desearon, y le figuraron, y le predicaron; los que por espacio de tan largos siglos fueron de unos en otros sustentando en el mundo la fe y esperanza de este remedio que tenía Dios prometido, habiendo sido tan estrechos amigos de Dios y gozado de su gracia y comunicación, estando entre ellos sus padres y progenitores, según la carne; finalmente, estando allí recogido todo el fruto que había obrado en su Pasión en los tiempos precedentes, era razón que El por sí mismo los visitase y consolase, y les llevase las primeras nuevas de su libertad el mismo que había sido su Redentor y el autor de ella. Convenía esto también para que fuese su victoria más célebre y más glorioso su triunfo, pues habiendo vencido desde la cruz los reinos del infierno, bajó á ellos como á su propio señorío, y entró, no como prisionero, sino como Rey y libertador, llenando aquellos calabozos del resplandor y gloria de su Majestad, y dando libertad perfecta á todos aquellos que, por haber vivido con su fe y muerto en su gracia, estaban dispuestos para entrar, por virtud de su Sangre, en la bienaventuranza de su gloria.

Bajó, pues, el alma de Cristo nuestro Señor de los cuatro lugares ó senos que había en el infierno, solamente al seno de Abraham, donde estaban las almas de los Santos Padres. Porque allí era razón que bajase por sí misma donde había tantos amigos suyos, y en donde había de hacer tan largas mercedes, y de donde había de salir con tan ricos despojos. Mas no por eso dejó de visitar desde allí en cierta manera los demás lugares del infierno, manifestando en ellos su virtud con nuevos y particulares efectos, porque todos generalmente le conocieron, y les fué revelada la redención que había hecho en la cruz, y la dignidad á que Dios le había levantado sobre toda criatura. Este nuevo conocimiento obró diferentes efectos, según la varia disposición de las almas que allí estaban.

Porque las que estaban en el purgatorio, sin duda tuvieron algún alivio en sus penas, y grande consolación y gozo de ver ya hecha su redención y abierta la puerta del cielo, sabiendo cierto que en acabando de purgar por sus culpas no habían de ser más detenidas (como hasta allí) en las cárceles del limbo, sino que luego habían de entrar en la posesión de la gloria. Además de esto, algunas de ellas fueron del todo libres de sus penas por la honra y reverencia de aquel día. Y para que el regocijo fuese mayor, y el acompañamiento del Salvador más cumplido, fueron libres aquellas que, según la divina ordenación, acababan aquel día de cumplir su destierro y penitencia, ó por la particular fe y devoción que habían tenido en vida, con el Redentor, y esperanza en su Muerte y Pasión, merecieron que aquel día, por virtud de la misma Pasión, se les diese plenaria indulgencia y remisión de su tormento. Las almas de los condenados y los espíritus malignos fueron reprendidos del Señor de su incredulidad ó de su obstinación y pertinacia, y por su soberbia y dureza sintieron nueva tristeza y aumento de su rabia y dolor.

Y así éstos como los niños del limbo, como también las almas del purgatorio y las de los Santos Padres, unos de su voluntad con fidelidad y amor, otros con natural respeto y reverencia, como los niños del limbo, y otros forzados y con violencia, todos generalmente hincaron las rodillas é hicieron reverencia y acatamiento al Señor, como dijo el Apóstol: *In nomine Jesu omne genuflectatur, coelestium, terrestrium et infernorum.*

CAPÍTULO L

Los judíos ponen guardia en el sepulcro.

Permitió con todo eso el Señor, que estando ya rendidos los poderíos infernales, los príncipes de los sacerdotes y sinagoga de los judíos, ciegos con su incredulidad, perseverasen en su dureza y obstinación. No contentos con haber visto morir en un palo al que de balde aborrecían, daban nuevas trazas y ponían todo su esfuerzo por obscurecer su gloria y borrar su nombre de la memoria de los hombres. Ya estaba muerto y le temían como si estuviera vivo. Los discípulos estaban escondidos de miedo de los sacerdotes y letrados, y los letrados y sacerdotes andaban turbados de miedo de ellos. Su mala conciencia los atormentaba y les ponía delante lo que había de ser; conviene á saber: que aquellos pocos discípulos flacos y temerosos habían de predicar y persuadir al pueblo que aquel muerto había resucitado y era Rey de los judíos y de todos los siglos; y si muchos le habían creído estando vivo, eran muchos más los que habían de creer en El después de muerto. Ellos furiosos con este suceso que imaginaban, repetían obstinadamente lo que se había dicho por ellos y en nombre de ellos. (Luc., XIX, 14): *Nolumus hunc regnare super nos.*

Teniendo sobre esto su acuerdo (Matth., XXVII, 62), un

día después del viernes, que sería el sábado, luego de mañana se juntaron de común consentimiento los príncipes de los sacerdotes y los fasiseos á hacer una petición sobre esto al presidente. No miraron que era sábado y día de Pascua también, por lo cual era más solemne la fiesta de aquel sábado, y que no les era permitido, ni por su ley ni por sus costumbres y tradiciones, parecer en semejante día delante del juez, pedirle guarda, llevar los soldados al sepulcro, sellar la piedra y hacer las otras diligencias que querían; solamente les apretaba su cuidado, y el negocio, que no sufría dilación. Los grandes veladores de la guarda del sábado, que les parecía que no podía la misericordia dispensar con él para remedio y cura de un enfermo, ahora quebrantan el sábado, movidos de la envidia, para hacer mal y calumniar á un Justo. Los que el día antes tuvieron escrúpulo de entrar en el pretorio por no contaminarse en el día de Pascua, estos mismos en el mismo sábado de Pascua, no sólo entraron á Pilatos, sino que con halago y lisonja, por hacer mejor su negocio, llamaron señor al que, por querer parecerlo y ejercitarlo en nombre de los romanos, aborrecían y tenían por tirano.

Señor (Matth., 63), dirían, los embustes de este hombre fueron tales, que nos ponen en cuidado después de muerto, y tenemos por necesario poner soldados de guarda en su sepulcro. Bien fuera haber hecho esta diligencia desde el punto que fué su cuerpo puesto en él; mas, ¿quién puede advertir en todas las cosas? Ahora, mirando en ello, nos hemos acordado de lo que por olvido no habíamos advertido; y es que este engañador solía decir estando vivo, que había de morir crucificado, y luego resucitar al tercero día de como fuese muerto. De esta manera tenía engañado al mundo, porque les decía que había de padecer aquel género de muerte que Él merecía y temía por sus delitos, haciéndoles por esto creer que era profeta; y después, con

diabólico artificio, los tenía suspensos con vanas esperanzas de que había de resucitar glorioso. En lo primero salió profeta verdadero, y no podía dejar de serlo; tal era su vida, que no podía esperar sino tal muerte. La falsedad de lo segundo se convencerá bien presto, pues no es muy largo el plazo de tres días. Por esto, señor, te requerimos y rogamos que interpongas tu autoridad y tu decreto, y mandes poner guardia en el sepulcro hasta que este tercero día sea pasado, porque por ventura vendrán sus discípulos, y para hacer verdad esta mentira, hurtarán y desaparecerá su cuerpo adonde no sea visto ni hallado. Y aun cuando no se atrevieran á parecer delante de nosotros, ni venir con estos cuentos á los hombres de letras y prudencia, el mal es que persuadirán estas fábulas al pueblo y le harán creer que ha resucitado de los muertos.

Y aunque el pueblo es pueblo, y el vulgo es ignorante y novelero, no por eso deja de ponernos en grande riesgo con estas sus novedades y alborotos; por motivo de que fueron tantos los que seguían á este hombre cuando vivo, que con razón temíamos que si el mal no se atajara se había de arruinar nuestra república. Pues siendo tanta la gente que se le allegaba, y diciendo Él, como decía, que era Rey de los judíos, y enseñando, como enseñaba, nuevas doctrinas y opiniones, ¿qué se podía esperar sino que el pueblo se partiera en bandos y sectas diferentes, y unos murieran á manos de los otros, y todos á las de los romanos, que justamente pudieran venir sobre nosotros, pensando que toda la república se rebelaba contra ellos? Tanta es la fuerza de un hombre engañador y sedicioso. Si esto veíamos cuando era vivo, ¿qué sería si se persuadiese el pueblo que después de muerto había resucitado? Sería, sin duda, el daño mayor, el peligro más cierto y el yerro más inexcusable. Por eso conviene, señor, prevenir los daños y poner suficiente guarda en el sepulcro á tiempo;

que con pequeñas diligencias se pueden excusar inconvenientes grandes.

Oía Pilatos este razonamiento, y echaba de ver que aún hervía en los pechos de estos hombres la envidia y furor; y habiendo él pensado que bastaría azotarle, se maravillaba mucho que no bastaba estar muerto y sepultado para que estuviesen satisfechos y libres del temor de que se había de hacer su rey. Mas no queriendo faltar á la obligación de su oficio, ni atravesarse, por otra parte, con gente tan inquieta y bulliciosa, despachó su petición con harta sagacidad y prudencia; pues ni les negó los soldados de guarda para que no le echasen culpa de lo que después sucediese, ni quiso él ponerlos de su mano y por su órden, no fuera que le tuviesen por sospechoso y dijesen que se había hecho á una con ellos para que disimulasen con los discípulos y les permitiesen hurtar y esconder el cuerpo del Señor. *Habetis* (Matth., XXVII, 65) *custodiam*, les dijo, *ite, custodite sicut scitis;* ahí tenéis harta guardia; los soldados están á vuestro mandado, no os lo vedo; id vosotros y poned guarda á vuestro contento y como veis que es necesario.

Con esta orden del presidente, los sacerdotes y fariseos recogieron buen número de soldados, y caminando al sepulcro pusieron todo cuidado en donde había más peligro. Estaba el sepulcro cavado en peña viva, y por ninguna parte se podía hurtar el cuerpo, sino solamente por la puerta; ésta quedó cerrada con una gran losa, que para ponerse á removerla era menester más esfuerzo y osadía del que tenían los discípulos, flacos y medrosos. Mas por no faltar á ninguna diligencia, fortalecieron bien el sepulcro, sellaron la piedra, y pusieron gente de guardia y guarnición en todos los pasos y lugares convenientes.

No era menester este aparato para reprimir á los discípulos; que estaban muy lejos de juntarse para esconder al

muerto, los que muertos de miedo estaban tan escondidos que apenas acababan de volver en sí, andando el Señor á buscarlos y juntarlos después de resucitado y vivo. No obstante, era menester todo este aparato y diligencia para reprimir á los judíos, y convencer su obstinación y pertinacia. Pues que por una parte ellos mismos con sus prevenciones se cerraban todos los caminos para no poder huir de la verdad, y por otra ponían testigos que diesen testimonio de ella, tales, que ni podían desecharlos ni tacharlos, sino que diciendo ellos que el Señor había resucitado, había de ser creído y tenido por verdad, pues ellos mismos los habían puesto allí como confidentes suyos, para que no pudiesen sus discípulos decirlo con mentira.

Miser et infelix Judaee (dice San Atanasio): *qui mortis vincula dissolvit, nom solvet sepulchri sigilla? qui expoliavit infernum, timebit monumenti signacula? Muni sepulchrum, signa lapidem, statue milites, obside monumentum custodibus: isto modo egregium opus majus efficis, statuis enim spectatores ac testes resurrectionis, meorumque miraculorum praecones ministros tu praeparas.* ¡Oh desdichado y miserable judío! El que rompió las prisiones de la muerte, ¿no romperá los sellos de la sepultura? El que despojó al infierno, ¿temerá, por ventura, las cerraduras del sepulcro? Date prisa á guardar el sepulcro, sella la piedra, pon soldados de guarnición, cerca el monumento con guardas: de esta manera la obra que por sí misma es excelente, tú la harás más ilustre, porque me pones centinelas que se hallen presentes y sean testigos de mi resurrección, y me preparas ministros que sean pregoneros de mis milagros.

Cuánta verdad sea lo que aquí dice San Atanasio, se ve claramente por una carta que el presidente Pilatos escribió al emperador sobre lo sucedido en la Pasion del Salvador, la cual refiere Egesipo, y de ella hace mención el an-

tiquísimo Tertuliano; me ha parecido conveniente ponerla aquí. Es del tenor siguiente:

PONTIUS PILATUS CLAUDIO TIBERIO, SALUTUM

Nuper accidit (et quod ipse probavi) judaeos per invidiam, se, suosque posteros crudeli condemnatione punisse. Denique cum promissum haberent patres eorum quod illis Deus eorum mitteret de coelo Sanctum suum, qui eorum Rex merito diceretur, et hunc se promiserit per Virginem missurum ad terras; istum itaque, me praeside, in Judaeam Deus Hebraeorum cum misisset, et vidissent eum caecos illuminasse, leprosos mundasse, paralyticos, curasse, daemones ab omnibus fugasse, mortuos etiam suscitasse, imperasse ventis, ambulasse siccis pedibus super undas maris, et multa alia fecisse; cum omnis populus Judaerum eum Filium Dei esse diceret, invidiam contra eum passi sunt Principes Judaeorum, et timuerunt eum, mihique tradiderunt, et alia pro aliis mihi de eo mentientes dixerunt, asserentes istum magum esse, et contra legem eorum agere. Ego autem credidi ita esse, et flagellatum tradidi illum arbitrio eorum: illi autem crucifixerunt eum, et sepulto custodes adhibueront: ille autem, militibus meis custodientibus, die tertio resurrexit. In tantum autem exarsit nequitia Judaeorum, ut daret pecuniam custodibus, et dicerent: dicite quia discipuli eyus corpus ipsius rapucrunt; sed cum accepissent pecuniam, quod factum fuerat, tacere non potuerunt, nam et illum surrexisse testati sunt se vidisse, et se á Judaeis pecuniam accepisse.

Que traducida en romance dice así:

PONCIO PILATOS Á CLAUDIO TIBERIO, SALUD

Poco ha que sucedió (y yo lo he tenido por verdad), que los judíos por envidia se han castigado á sí mismos y

sus descendientes con una cruel sentencia y condenación. Es el caso, que sus antepasados tuvieron promesas de que su Dios les había de enviar del cielo á su Santo, que con razón se nombrase Rey de ellos, el cual había prometido enviarle por medio de una Virgen. Pues habiendo enviado Dios á Judea este Santo, siendo yo presidente, y habiendo ellos visto por sus ojos cómo había alumbrado á los ciegos, limpiado los leprosos, curado los paralíticos, echado los demonios de los cuerpos de los hombres y resucitado también á los muertos, mandado á los vientos, andado con los pies enjutos sobre las ondas del mar y hecho otras muchas cosas; como todo el pueblo de los judíos dijese que era Hijo de Dios, los príncipes de los judíos tuvieron envidia contra El y le temieron, y me le entregaron. Y como me dijesen unas cosas por otras, afirmando que era mago y que hacía contra la ley de Dios, yo creí que era así, y azotado se le entregué á su voluntad, y ellos le crucificaron, y después de sepultado le pusieron guardias. Pero El, estándole guardando mis soldados, resucitó al tercero día. Y en tanto grado se encendió la maldad de los judíos, que dieron dinero á los guardias y les dijeron: decid que sus discípulos se llevaron su cuerpo; pero ellos, habiendo recibido el dinero, no pudieron callar lo que había sucedido, porque testificaron cómo le habían visto resucitar, y que habían recibido el dinero de los judíos.

CAPÍTULO LI

Espera la Virgen nuestra Señora la resurrección de su Hijo.

Habíase vuelto la Virgen nuestra Señora desde el Calvario y lugar del sepulcro al Cenáculo del monte Sión, haciéndose fuerza para arrancarse de aquellos lugares y dejando el corazón acompañando al cuerpo de su Hijo en el sepulcro, volvió por los mismos pasos y caminos

que había visto venir á su Hijo cargado con el madero de la cruz, llena de luto y de viudez, renovando la memoria de sus dolores, salpicadas las tocas y manchado el vestido con la sangre preciosa de su redención, resolviéndose toda en lágrimas de amor y de dolor. Volvía por las calles de la ciudad amparada de la sombra y obscuridad de la noche, para no ser del todo conocida. Y como el caso estaba tan reciente, todos hablarían de Él, unos condenando, otros excusando: los unos y los otros dejaban hincadas saetas en su piadoso corazón. Muchos la conocerían y hablarían de ella; ¿qué dirían? Otros más conocidos, cuando la viesen, se tendrían por obligados á llegarse y hablar con ella; ¿qué la dirían? Entró, finalmente, en el Cenáculo de Sión, y allí se renovaron las lágrimas, trayendo á la memoria los misterios que la noche antes había obrado el Señor en él, cercado (como la oliva de sus pimpollos) de todos sus Apóstoles. Ahora ¡oh súbita mudanza! ellos estaban huídos y escondidos, y Él, después de una muerte tan acerba y afrentosa, quedaba en el sepulcro.

Entrando, pues, la Virgen en la casa, retiróse á algún apartado lugar de ella, y despidiéndose con lágrimas de aquellas santas mujeres que la habían hecho compañía, se quedó sola á llorar y descansar llorando, y empezó á derramar su corazón con el divino acatamiento, con ardentísimos afectos. Contemplaba á su Hijo muerto, al mundo redimido, á Dios aplacado, el camino del cielo abierto, las profecías cumplidas y la sangre del Nuevo Testamento derramada. Repetía con su pensamiento, una y muchas veces, las dolorosas estaciones de aquel día, y experimentaba grandes provechos en su alma con la memoria de ellas. El águila real que solía levantar su vuelo á lo más alto y clavar los ojos en el sol de hito en hito, estaba ahora abrazada con este cuerpo muerto, gustando su sangre y cebándose en ella, que por todas las heridas manaba de Él.

Acordábase de la noche antes, que con tanta ternura y reverencia se había despedido de ella. Mirábale en el huerto, puesto en agonía y tan perseverante en su oración; acompañábale en los tribunales, yendo y viniendo con Él á los jueces; notaba sus respuestas, admiraba su silencio, penetraba su sentimiento, reverenciaba su obediencia y abrazaba su inmensa caridad. Hacía memoria muy por menudo de todo el proceso de aquel día; y como quien sabía estimar este tesoro, ninguna cosa quería perder de él. Compadecíase de sus dolores, miraba su semblante doloroso, oía sus gemidos, estaba atenta á sus palabras, y recogía en su alma aquellas preciosas lágrimas que mezcladas con la sangre corrían por su rostro: conservaba estas memorias en su pecho, y conferíalas entre sí en su corazón.

Bajaba con su pensamiento al limbo y hallábase presente á las fiestas de los Santos Padres. Revolvía en su pecho el sepulcro, y miraba los pies y las manos traspasadas; y otra vez le sonaban en los oídos y la herían el corazón los crueles golpes de los martillos que las enclavaron. Miraba la cabeza traspasada con las espinas, los cabellos pegados con la sangre, la barba mesada, las mejillas cárdenas, el pecho descoyuntado, las espaldas llagadas, el costado y el corazón abiertos; y daba voces con lágrimas al Padre Eterno para que le resucitase y volviese al cuerpo el alma, que estando para morir el mismo Hijo suyo con grande clamor, y oyéndole Ella, había depositado en sus manos.

Consideraba á los Apóstoles huidos y escondidos; á los demás discípulos que habían creído, escandalizados, y al cuerpo místico de su Hijo no menos herido y despedazado de lo que estaba el natural; y como Madre no menos del uno que del otro, deseaba vida y espíritu para ambos, y recogerlos, abrigarlos y vivificarlos con el calor y amor de sus entrañas.

En estos pensamientos y oraciones se pasó la noche

toda del viernes; luego, siendo de día, puso la piadosa Madre cuidado y diligencia en recoger los hijos que con la fuerza de la tempestad andaban turbados, y con la conciencia de su culpa tristes y desanimados. ¿Dónde estarían? ¿Qué harían? ¿Qué dirían? ¿Qué pensamiento revolverían? ¿Qué lágrimas llorarían? Y como la sangre de Jesucristo empezaba á obrar espíritu de penitencia en ellos, estarían confusos de su flaqueza, arrepentidos de su culpa, animados á la enmienda, deseosos de hallar favor con su Maestro para volver á su gracia. ¿Y qué mayor favor, qué mayor consuelo y confianza podían tener que hallar á la Madre propicia para volver á la gracia del Hijo? Si por ventura envió la Virgen al Evangelista que los buscase, y en su nombre los acariciase y esforzase, ¿en dónde los halló? ¿Quién le dió señas de ellos? O si por ventura todos ó la mayor parte de ellos, desde que huyeron en el huerto, se recogieron al Cenáculo, y allí estuvieron escondidos hasta que volvió la Virgen, dejando á su Hijo muerto en el sepulcro, ¿con qué lágrimas la recibirían? ¡Cómo se arrojarían todos á sus pies, reconociendo su excelencia, engrandeciendo su fe, alabando y ensalzando su fortaleza, gozándose en su amparo, y deseando y pidiendo su favor!

¡Oh Virgen benignísima, recibid á los pecadores que quieren valerse de Vos! Estos hombres que aquí veis, cobardes y flacos, son los capitanes que vuestro Hijo tiene nombrados para la conquista del mundo: estos son los príncipes de su reino; estos los pastores de su rebaño, y los huesos firmes en que se ha de sustentar su cuerpo místico. No tengáis, Señora, en poco, que en esta ausencia tan amarga de vuestro Hijo os haya dejado esta prenda tan dulce y tan querida: tanto nos amó, que habiéndose El entregado á manos de sus enemigos, expresamente les mandó que no hiciesen mal á ellos; y habiéndose dejado sacrificar el inocente Cordero con tanto rigor, tuvo cuidado que

no tocasen á sus huesos. Esta es, Señora, la familia que queda á vuestro cargo; esta es la Iglesia, que como niña aún, está tierna y se está formando y fortaleciendo en el abrigo de vuestras maternales entrañas, á fin de que siendo vivificada á su tiempo con la plenitud del Espíritu divino, salga á luz con dichoso parto, para gloria del que la redimió y hermoseó con su sangre y para bien de todas las gentes.

De esta manera se pasó todo el día del sábado en aquella santa casa y cenáculo de Sión. El Evangelista contaría muy por menudo á los demás sus condiscípulos el discurso de la Pasión á que se había hallado presente, y las diferentes maneras de injurias y de dolores que habían llovido aquel día sobre su buen Maestro; la paciencia con que había sufrido, la mansedumbre con que había respondido, el silencio que había guardado, la gravedad y mesura con que se había conservado, las palabras que estando en la cruz había dicho, el grande clamor con que había expirado, las señales y prodigios que en su muerte habían sucedido, y la voz con que el Centurión y los demás circunstantes le habían confesado. Esta plática los alentaría en tan grande tribulación, y sobre todo la presencia y palabras de la Virgen, la cual como olvidada de su pena, acudía á la necesidad y flaqueza de ellos, dándoles ciertas esperanzas de la resurrección de su Hijo, y cumplimiento de todas sus palabras y promesas. Este, pues, era el estado de las cosas en aquel día. Los príncipes de los sacerdotes perseveraban en su envidia y furor, y deseaban haber á las manos á los discípulos para hacer de ellos lo que habían hecho del Maestro, y no descansar hasta borrar del mundo su memoria. El pueblo estaba escandalizado y partido en opiniones: todos hablaban del caso, unos de una manera y otros de otra. Unos aprobaban la persona del Salvador y otros la condenaban, siguiendo el parecer de sus letrados

y mayores; todos estaban espantados cuando cotejaban el discurso de su vida, su predicación y milagros, con el suceso de muerte tan infeliz y afrentosa; de lo cual se hablaba en todos lugares y por todas personas largamente. Los Apóstoles estaban temerosos y escondidos, esperando á ver en qué paraban cosas tan extraordinarias y nuevas. La Virgen nuestra Señora, recogida en su celda llorando su soledad con maravillosa conformidad y paciencia, y con cierta y segura esperanza de ver á su Hijo resucitado y glorioso. El cuerpo difunto del Señor estaba en el sepulcro envuelto en sus lienzos y sudarios, preparado con mirra y áloe en grande abundancia, como era de costumbre.

El mismo sepulcro estaba bien sellado y guardado, previniendo todas las calumnias que podía alegar la infidelidad de los judíos, y disponiendo los corazones á la fe de la resurrección. Porque el sepulcro era nuevo, en el cual ningún otro difunto se había puesto, á fin de que no se pudiese decir que era otro el que había resucitado. Estaba cavado en piedra viva para guardar fielmente su depósito, y que ninguno pudiese sacar por otra parte el cuerpo sino por la puerta. La puerta estaba bien cerrada y sellada, y para quitar todo temor, con número bastante de soldados que defendiesen, si por ventura alguno venía á hurtar el muerto, y fuesen testigos como El por sí mismo había salido vivo. El alma, finalmente, estaba en el limbo de los Santos Padres, haciendo desde allí demostración de su poder y majestad en los reinos del infierno, cercada de reyes, patriarcas y profetas, y de todo cuanto bueno había tenido el mundo hasta aquel día; y como retirada por aquel espacio breve en lo secreto de la tierra, daba orden en su triunfo, y disponía la solemne entrada que con tanta y tan ilustre compañía había de hacer al tercero día en el mundo, y después de los cuarenta días en el cielo, llevando tras sí los cautivos que había rescatado, según estaba

escrito en el Salmo LXVII, 19: *Ascendens in altum captivan duxit captivitatem.* Y como dijo el Apóstol (Ephes., IV, 9), el haber subido y el decir que subió, ¿por qué es sino porque bajó primero hasta lo más profundo de la tierra? El que bajó debajo de la tierra, ese mismo es el que subió sobre los cielos para llenarlo todo con su presencia de gloria y majestad.

AD MAJOREM DEI GLORIAM

ÍNDICE

Págs.

§ I.—Prólogo á los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús. Las causas que han movido á escribir esta historia de la sagrada Pasión..... 5

§ II.—Del modo que se debe guardar en la meditación de la sagrada Pasión..... 8

§ III.—Cómo debe ser ayudada la memoria para la meditación..... 11

§ IV.—Cómo debe ser ayudado el entendimiento en la meditación de la sagrada Pasión..... 17

§ V.—Qué afectos se pueden sacar de la meditación de la Pasión para ayudar á la voluntad..... 19

§ VI.—Del coloquio..... 23

PREÁMBULO á la historia de la sagrada Pasión..... 25

CAPÍTULO I.—Hácese concilio contra el Salvador, y Judas le vende..... 39

CAP. II.—Entra el Salvador en Jerusalén á cenar el cordero con sus Apóstoles..... 45

CAP. III.—Lava el Salvador los pies á sus discípulos ... 49

CAP. IV.—Instituye el Señor el Santísimo Sacramento, y declara á San Juan quién es el traidor..... 53

CAP. V.—Despídese el Salvador de su Santísima Madre para ir á padecer..... 61

CAP. VI.—Sale el Salvador al huerto y da cuenta de su tristeza á sus discípulos..... 66

CAP. VII.—De los motivos de tristeza que tuvo nuestro Salvador..... 73

CAP. VIII.—De otras causas más secretas de la tristeza de nuestro Salvador..... 79

CAP. IX.—Hace el Salvador oración en el huerto y suda sangre..... 84

Págs.

CAP. X.—Es el Salvador entregado y preso..... 93
CAP. XI.—Es el Salvador presentado delante de los pontífices, y acusado..... 105
CAP. XII.—Condenan los sacerdotes al Salvador, y es injuriado como blasfemo..... 113
CAP. XIII.—Niega San Pedro al Salvador..... 120
CAP. XIV.—Del amor con que Cristo nuestro Señor padecía por los hombres..... 130
CAP. XV.—Es condenado el Salvador por todo el concilio. 138
CAP. XVI.—Llevan al Salvador delante de Pilatos, y Judas se ahorca..... 143
CAP. XVII.—Examina Pilatos al Salvador y remítele á Herodes..... 149
CAP. XVIII.—Búrlase Herodes del Salvador como de loco. 160
CAP. XIX.—Examina otra vez Pilatos al Salvador, y da otra vez testimonio de su inocencia..... 166
CAP. XX.—Es antepuesto Barrabás al Salvador..... 170
CAP. XXI.—Manda Pilatos azotar al Salvador..... 175
CAP. XXII.—Es el Salvador burlado de los soldados gentiles..... 182
CAP. XXIII.—Saca Pilatos al Salvador delante del pueblo, y ellos le piden para la muerte..... 192
CAP. XXIV.—Examina Pilatos otra vez al Salvador y desea librarle de la muerte..... 201
CAP. XXV.—Da Pilatos sentencia de muerte contra el Salvador..... 208
CAP. XXVI.—Sacan á crucificar al Salvador con su cruz á cuestas..... 217
CAP. XXVII.—Encuéntrase el Salvador con su Santísima Madre, y llega al Calvario..... 227
CAP. XXVIII.—Decláranse algunas dudas acerca de este camino del Calvario..... 234
CAP. XXIX.—Del día y hora y otras circunstancias de la crucifixión del Señor..... 238
CAP. XXX.—Es crucificado el Salvador entre dos ladrones. 246
CAP. XXXI.—Los judíos y los gentiles escarnecieron al Señor..... 256
CAP. XXXII.—Los buenos cristianos hallan ejemplo, remedio y consuelo en Jesucristo crucificado..... 263

Págs.

Cap. XXXIII.—Lo que obraba en el Eterno Padre la vista de Jesucristo crucificado..... 272
Cap. XXXIV.—De la primera palabra que habló el Señor en la cruz..... 275
Cap. XXXV.—De la segunda palabra que el Salvador habló con el ladrón en la cruz..... 278
Cap. XXXVI.—Eclípsase el sol y hácense tinieblas sobre toda la tierra..... 284
Cap. XXXVII.—La Virgen nuestra Señora está con grande constancia cerca de la cruz..... 287
Cap. XXXVIII.—De la tercera palabra que dijo el Salvador á su Santísima Madre y al Apóstol San Juan.. 292
Cap. XXXIX.—El tiempo que el Salvador estuvo vivo en la cruz nos tuvo á todos presentes, y se ofreció por nosotros..... 297
Cap. XL.—De la cuarta palabra que habló el Salvador en la cruz..... 299
Cap. XLI.—De la quinta palabra que habló el Salvador en la cruz..... 308
Cap. XLII.—De la sexta palabra que habló el Salvador en la cruz..... 313
Cap. XLIII.—De la séptima palabra que habló el Salvador en la cruz..... 322
Cap. XLIV.—De los prodigios que sucedieron después de la muerte del Salvador..... 329
Cap. XLV.—Abre un soldado el costado del Salvador después de muerto..... 339
Cap. XLVI.—Del costado abierto del Salvador salió sangre y agua..... 348
Cap. XLVII.—Da Pilatos licencia para quitar el cuerpo del Salvador de la cruz y darle sepultura..... 358
Cap. XLVIII.—Es quitado de la cruz el cuerpo del Salvador y puesto en la sepultura..... 369
Cap. XLIX.—Baja el Salvador al infierno á librar las almas de los Santos Padres..... 380
Cap. L.—Los judíos ponen guardia en el sepulcro..... 384
Cap. LI.—Espera la Virgen nuestra Señora la resurrección de su Hijo..... 390

233.36
P.181
4632
PALMA, Luis de la
AUTHOR
Historia de la Sagrada Pasion
TITLE
LOANED
BORROWER'S NAME
ROOM NUMBER
MAR
Mrs. Batchelor
Bobeck
MAY 1
Aguilar
MAY
4632